

EBERON

LAS PUERTAS DE LA NOCHE

LA OSCURIDAD ONÍRICA. LIBRO III

KEITH BAKER



Lectulandia

Un grupo de soldados cansados de la guerra han descubierto un complot que podría hacer trizas el tejido de la realidad para siempre. Para salvar sus propias vidas y evitar que una raza de monstruos desencadenen una tormenta de horrores sobre un mundo renacido, deberán adentrarse en el auténtico corazón de Dal Quor. Para detener la catástrofe a tiempo, tendrán que abrirse camino hasta el corazón de... las Puertas de la Noche.

Lectulandia

Keith Baker

Las puertas de la noche

Eberron: La oscuridad onírica - 3

ePub r1.0

EtrioI 24.11.14

Título original: *The gates of night*
Keith Baker, 2006
Traducción: Ramón González Ferriz
Ilustraciones: Mark Zug & Debbus Kauth & Rob Lazzaretti
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Etriol
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Lee Moyer, un hacedor de sueños

CAPÍTULO 1

XEN'DRIK
KARUL'TASH
22 de lharvion de 997 AR

—*Laraek ixen korth* —susurró el enano al mismo tiempo que pasaba los dedos por el borde del disco de metal.

Las runas grabadas en el acero ardían con fuego azul. La luz se desvaneció y, al hacerlo, el disco se volvió borroso e indistinto, casi invisible contra el suelo de piedra. Con cuidado, el enano dio dos pasos hacia atrás y descendió por el corredor. Alzó la mirada hacia Daine y asintió bruscamente. Si el disco era activado, derribaría el túnel, que parecía ser la única entrada a ese misterioso puesto de avanzada.

A Daine no le entusiasmaba la idea de quedar atrapado más abajo, pero las posibilidades de sobrevivir a aquella noche nunca habían sido muy altas. Fuera lo que fuese aquel lugar, era una evidente amenaza para la gente de Cyre. Daine pretendía inutilizar la base. Si él y sus soldados lograban completar la misión y escapar, mucho mejor. Si no, derruir la entrada tendría que bastar. Al menos al mensajero le daría tiempo de advertir a la guarnición de Casalon.

—Era un buen plan; lo reconozco.

El sonido repentino le sobresaltó. No se veía a ningún guardia, pero el silencio era imprescindible. Daine se volvió y se quedó mirando a Jode.

—Te he ordenado que fueras a inspeccionar —susurró Daine.

Jode negó con la cabeza.

—Daine, es hora de despertarse.

Con esas palabras, regresó el recuerdo: visiones de otra batalla.

Una mujer kalashtar envuelta en sombras...

Tendida en un estrado de piedra, rodeada de pedazos de cristal brillante...

Traición...

Una voz apurada, siseante, exigiendo un frasquito de líquido azul...

Daine bajó la espada y puso la punta a la altura del corazón del mediano.

—¿Quién eres tú? ¿Lakashtai? ¿O Tashana?

—Tú sabes quién soy.

Una furia fría se apoderó del corazón de Daine.

—¡Basta! Ya he tenido bastante con tus juegos.

—Sé por todo lo que has pasado —dijo Jode—. Me imagino lo duro que ha sido

para ti. Pero ahora se ha acabado. Te lo mostraré.

Jode tendió la mano, pero Daine sólo sintió ira. Todavía estaba recomponiendo aquel rompecabezas, pero estaba claro que Lakashtai había estado manipulándole durante semanas. Posiblemente durante meses. Había utilizado sus sentimientos por Lei contra él, y ahora eso. Daine golpeó la mano del mediano con la hoja de la espada.

El hombrecillo hizo una mueca, pero no retrocedió.

—No es exactamente el alegre encuentro que me esperaba. —Brotó una gota de sangre en uno de sus dedos, y suspiró—. Daine, conoces la verdad aunque no quieras verla. Tienes que confiar en mí. Una vez más.

Daine miró a los ojos de su viejo amigo en busca de algún rastro de engaño. Más recuerdos refulgieron en su mente.

Jode en las calles de Metrol, rodeado de hombres tatuados...

El cuerpo del mediano tendido en un osario debajo de Sharn...

Maldiciéndose, Daine tendió el brazo y le cogió la mano al mediano.

Por un momento, Daine se quedó ciego, abrumado por las sensaciones. El mundo pareció venirse abajo; su vista se alzó desde la base para observar el risco de Keldan. Podía ver cada detalle con una claridad cristalina. Conocía la posición de todo forjado caído, de todo cadáver cyr. Y sabía que era un sueño. Podía percibir los límites del campo de batalla, cómo se desvanecía fuera de su campo visual; era como una burbuja plateada flotando en la oscuridad.

La oscuridad estaba viva, y le veía.

El terror inundó a Daine. Ni siquiera podía ver el espíritu que merodeaba en las sombras, pero lo percibía: un gigante frío extendiéndose para aplastar su pequeña huida en sueños. Sintió los tentáculos gélidos en su corazón. Pero también sentía otra cosa. Una fuente de luz y calor. Una fuerza que añadía su vigor al suyo.

Jode.

Daine sintió cómo la risa de su amigo nacía en su interior, junto a un torrente de recuerdos.

Volando por los aires a horcajadas en un enorme reptil semejante a una ave, con una inmensa llanura desolada debajo de él...

El primer encuentro entre Daine y Jode en Metrol, ahora visto con los ojos de Jode...

Y una horrenda cara morada, con un anillo de tentáculos retorcidos avanzando hacia él. El desollador de mentes en el subsuelo de Sharn, la última cosa que Jode había visto en vida...

Ya no había ninguna duda en la mente de Daine. Se trataba de Jode, y la fría oscuridad se hizo añicos contra las dos mentes unidas.

Después se halló de nuevo en el túnel, mirando la cara de su amigo. Tras él, Krazhal y Kesht estaban inmóviles. Con sus nuevos sentidos, Daine podía percibir que estaban vacíos, fragmentos arrancados de su memoria, como el propio pasillo.

Pero Jode...

Daine se olvidó de la oscuridad, de Lakashtai, de todo eso. La espada se le cayó de entre los dedos al dar un paso adelante y, cogiendo a Jode por los hombros, lo lanzó en el aire.

—Lo sé, lo sé —dijo Jode con una sonrisa—. Es mi milagro.

—¿Cómo es posible?

—¿Crees que lo sé? De nosotros dos, ¿quien ha estado muerto?

—Pero has dicho que sabías por lo que había pasado...

Jode sonrió.

—¿Acaso no sabes que siempre he tendido a exagerar? Después de que me cogiera Teral, todo estaba más bien... borroso. En ocasiones, os vislumbraba a los tres u os oía hablándome. De vez en cuando, tus sueños, este lugar, se me aparecían a la vista, y veía a la criatura contra la que luchas, pero no podía alcanzarte. Luego, todo cambió. Estaba aquí y podía sentir tus pensamientos.

Daine dejó al mediano en el suelo.

—¿Y cómo sabías lo que iba a pasar cuando nos tocáramos?

—Es un sueño. A veces, en los sueños sabes lo que va a pasar.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Daine. La fuerza que observaba desde la oscuridad todavía estaba allí, poniendo a prueba sus defensas. Pero aunque ya no se tocaban, aún sentía la fortaleza de Jode. Ya no estaba solo. Y cualquiera que fuese la fuerza que se había enfrentado a él antes, no podría vencerlos a ambos.

—¡Cuéntame lo que me he perdido! —dijo Jode—. Veo... ¿Un viaje por el mar? ¿Una pared de fuego? Quiero detalles. ¿Y cómo están Lei y Través?

¡Lei! En el caos del sueño, Daine casi se había olvidado de la batalla que había dejado atrás.

—No hay tiempo. Ambos están en un terrible peligro. Si esto es un sueño, tengo que despertarme. Ya.

Jode se encogió de hombros.

—Es tu sueño. Y ése es tu trabajo.

Daine cerró los ojos y los abrió rápidamente.

Nada.

—¡Por los dientes de Dorn! —maldijo, golpeando la pared con los puños.

El dolor y el entumecimiento le atravesaron los nervios, pero lo que le rodeaba flaqueó. Una ira impotente ardió en el corazón de Daine. Volvió la mirada hacia el túnel en busca del disco explosivo escondido.

—No —dijo Jode en respuesta al pensamiento no expresado de Daine—. No sé qué nos haría la muerte, pero si Lei tiene problemas, ¿crees que eso es lo primero que debes intentar?

—¿Qué hago si no?

—Tranquilízate —dijo Jode—. Recuerda que esto es un sueño. Tu sueño. Cierra los ojos y dame la mano.

Luchando contra sus emociones airadas, Daine soltó aliento y cogió la mano del mediano.

«Despierta».

Y lo hizo.



—Daine —dijo Harmattan, cuya voz era un siseo atronador, como metal chirriando en medio de un gran viento que parecía proceder de todas las direcciones—. Ha pasado mucho tiempo.

Harmattan estaba en la única entrada de la sala. A primera vista, parecía un hombre inmenso, de unos nueve pies de alto, con una capa al viento y músculos semejantes a los de los ogros. El metal refulgía en su cuerpo, como si estuviera cubierto de malla. Hasta su capa parecía forjada con eslabones de metal. Una bruma oscura envolvía su cabeza. Puntos de luz roja insinuaban la presencia de unos ojos en el interior de la sombra.

Través había visto a Harmattan en acción y sabía que su aspecto era engañoso. Harmattan no llevaba malla y no era un hombre. Cuando Través volvió a mirar a Harmattan, nuevos pensamientos invadieron su mente...

«Una red de fuerza mágica sostiene juntos los fragmentos de metal. Esa energía está concentrada en la cabeza de Harmattan. El resto de su cuerpo es, por lo tanto, maleable y prescindible. Un estallido suficiente de energía abjuradora podría deshacer temporalmente la fuerza que mantiene unido su cuerpo. Con todo, esa red es extremadamente poderosa, y es probable que tal esfuerzo no tuviera éxito».

Y después, como un idea repentina...

«Tu encuentro previo sugiere que Harmattan fue en el pasado un soldado forjado y que sólo descubrió todo su poder una vez que su cuerpo original fue destruido».

Ésos parecían ser los pensamientos de Través, una corriente natural de conciencia en respuesta a la llegada de Harmattan. No lo eran. Otra fuerza estaba compartiendo el cuerpo de Través, una inteligencia antigua llamada Shira, que había estado encarcelada durante decenas de miles de años. Través quería saberlo todo sobre la entidad que se hacía llamar Shira, pero aquél no era momento para preguntas. Daine estaba empuñando sus armas y caminaba hacia Harmattan. Través había visto al raro guerrero arrancando la carne de los huesos con el movimiento borroso de los fragmentos metálicos, y sabía que Harmattan no dudaría en matar a un humano.

Través echó a correr, agitando el mayal en un arco bajo. Raramente había sentido vergüenza, pero experimentó una punzada de culpa al derribar al suelo a su

sorprendido oponente.

—Esta lucha no puede ganarse con una espada, capitán —dijo Través—. Te necesitan otros. No desperdicies tu vida.

Daine alzó la mirada desde el suelo; la ira ardía en sus ojos. Una vibración recorrió la forma metálica de Harmattan —un crujido que hacía las veces de risa—, y Través vio gotas de sangre en el suelo. Aunque lamentaba haber golpeado a su amigo, sabía que fácilmente podría haber sido la sangre de Daine la que manchara el piso.

—Si crees que puedes ganarte mi confianza con tanta facilidad, estás tristemente equivocado, hermanito —dijo Harmattan.

—Sin duda. —Era una voz suave, femenina, perfectamente familiar.

«Forjado. —El análisis surgió espontáneamente en la mente de Través—. Un diseño infrecuente, que sacrificaba la durabilidad en aras de la velocidad. Placas de mitral con adornos discretos; capacidad visual mejorada, lo que permite una precisión óptima incluso en condiciones de oscuridad. Incrustado...».

El análisis místico prosiguió, pero fue ahogado por los verdaderos pensamientos de Través cuando la recién llegada surgió ante su vista. Esbelta, elegante, con las placas de mitral teñidas de barniz azul oscuro. Hojas de metal oscuro se abrieron en sus antebrazos.

Índigo.

Través había sentido una punzada de culpa al tirar al suelo a Daine. Ahora era un martillo lo que golpeaba su espíritu. Recordó la alegría que había sentido luchando junto con Índigo, pocos momentos antes de intentar, derribando un túnel inestable, que ella y Harmattan quedaran enterrados.

Índigo estaba junto a Harmattan, bloqueando la salida. Su cara era una máscara de metal azul, pero Través detectó la ira en sus palabras.

—Has elegido, Través. Has elegido a tus amos. Ahora muere con ellos.

El sentimiento de vergüenza arreció, pero Través le hizo frente con el recuerdo de Harmattan ordenando a sus secuaces que torturaran a Lei. Través, ciertamente, había elegido. Cualquiera que fuese el vínculo que mantuviera con Índigo, tenía que proteger a su familia.

—Estoy seguro de que no has venido hasta aquí para amenazarme —dijo Través, ayudando a Daine a ponerse en pie.

—Eres irrelevante —dijo Harmattan—. A pesar de los deseos de Índigo, creo que te dejaré con vida... Nuestra familia ya es demasiado pequeña. Y has cumplido tu propósito, lo pretendieras o no. Tu paso nos ha dado entrada, y en cuanto a por qué estamos aquí... Creo que después de todo yo estaba equivocado. El destino es raro.

—¿Qué quieres? —gruñó Daine.

—He venido aquí en busca de una sola cosa, sólo una cosa. Sabía que me esperaba en este antiguo lugar, así que di por hecho que debía ser una reliquia del pasado distante. Pero aquel al que sirvo tienes misteriosos designios y me lleva por caminos que nunca imaginé. Quiero la botella.

«¿La botella?». Eso no significaba nada para Través.

—¿De qué estás hablando?

—Él lo sabe —dijo Harmattan, mirando a Daine—. Una pequeña botella llena de líquido azul, que brilla ligeramente, con un sello familiar estampado en la parte superior. —Su capa se abrió a su alrededor, y a aquella distancia era fácil verlo claramente: un plano de pedazos metálicos en movimiento. Un pensamiento, y esa acumulación de cuchillas los atravesaría—. No tengo ningún deseo de hacerle daño, y preferiría dejar a mi hermano con vida. Si luchamos, moriréis todos. Dame la botella, pequeño ser de carne y hueso, y puede ser que os perdone la vida a Lei y a ti.

—¿Daine?

Nada de eso tenía sentido. Pero Través conocía a su capitán. Daine estaba sumido en sus pensamientos. Era obvio que sabía de qué estaba hablando Harmattan.

Daine metió la mano en su bolsa y sacó una pequeña botella, un objeto de cristal en el que latía una luz azul.

—¿Esto?

—Sí.

—¿Has venido hasta Xen'drik y le has cortado el dedo a Lei por esto?

—Sí. ¿Estás dispuesto a entregármela?

—No —dijo Daine, tirando del tapón de la botella.

Harmattan siseó e Índigo dio un salto que la convirtió por un momento en un borrón de metal oscuro. Través ya estaba en movimiento. Un humano podría haberse quedado sin aliento o haberse puesto a rezar por una resolución pacífica, pero Través no tenía ni aliento ni fe. Mientras Daine consideraba la oferta de Harmattan, Través estaba calculando el posible curso del ataque de Índigo. Se lanzó contra ella, y ésta retrocedió con un traspie.

La mirada de Índigo continuó fija en Daine.

—¡No! ¡No lo hagas!

Través siguió su mirada. Daine alzó la botella y se bebió el líquido. Través se apartó de la trayectoria de Índigo de un salto, en parte con su atención todavía puesta en Daine.

Daine cayó al suelo.

—¡No! —La voz de Harmattan llenó la sala; fue un aullido tan terrible como una tormenta—. ¡No puede ser!

Través dio un paso atrás y acudió junto a Daine. No podía derrotar a Harmattan. Lo sabía. Pero si iba a morir, moriría con su capitán.

—¡Es el destino! —rugió Harmattan. Su capa se disolvió en una placa de metal giratoria, una Tormenta que reflejaba su furia interior—. Este lugar. La botella. ¡Todo esto debía suceder!

—Si nuestro destino es marcharnos con el líquido —dijo Índigo, cuya voz suave casi se perdía bajo la ira de Harmattan—, lo recuperaremos de su cuerpo.

—No. —Través les hizo frente, y los pensamientos de Shira convergieron con los

suyos.

«Harmattan está en desventaja aquí. No puede desatar todo tu poder sin infligir graves heridas. Si tratan de recuperar los fluidos corporales de Daine, tendrán que actuar con precisión. Y se ha mostrado reacio a matarte».

Era la única arma que podía mostrarse eficaz contra Harmattan.

—Hermano —dijo—, esta batalla ha terminado. Fuera lo que fuese ese líquido, lo has perdido. No te permitiré que lleves a cabo obra alguna de necrófago. Si sigues con esa intención, tendrás que destruirme.

Harmattan no dijo nada. La tormenta de metal que le rodeaba se ralentizó y cobró de nuevo la forma de una capa ondeando. Su voz volvió a ser calma.

—Si eso es lo que tengo que hacer...

Índigo se lanzó contra Través.

No fue un combate, sino un sueño. Través había pasado horas contemplando su estilo de lucha, analizando sus destrezas y sus debilidades, las tácticas que utilizaba. Sabía exactamente lo que haría, y estaba preparado para ello.

Pero ella estaba igualmente preparada para enfrentarse a Través.

Fue como pelear contra el viento. Trató de hacerle la zancadilla, pero ella saltó por encima de su embestida. Tuvo ventaja para golpear, e imitó el movimiento de Índigo. Golpes que podían partir el metal fallaron su objetivo por menos de una pulgada. Era una danza mortal, pero Través nunca había estado más tranquilo, más perfectamente en paz. No tenía la necesidad de pensar. Sabía lo que debía hacer.

Era consciente que a Índigo le sucedía lo mismo. Durante los primeros intercambios de golpes, había estado movida por la ira. Había golpeado con menos cuidado. Quizá si él hubiera sido más despiadado, podría haberla derribado en esos primeros momentos. Pero ahora ella estaba tan tranquila como él. La lucha se convirtió en una escena de movimiento y estrategia, y ser parte de ella... era para lo que ambos estaban hechos. Través podría haber seguido durante días, y no conocía nada más satisfactorio. Índigo era su mundo. Tenía cada sentido concentrado en la danza.

Y ése fue su error.

Través retrocedió de un salto y esquivó por poco un terrible ataque doble que podría haberle decapitado. Estaba iniciando su contraataque cuando sintió una presión insoportable en los brazos y el pecho.

Harmattan.

El extraño forjado no podía desatar todo su poder sin hacer trizas a Daine, pero incluso en su forma humanoide su fuerza era asombrosa. Través se había concentrado tanto en Índigo que no había visto cómo se movía Harmattan. Ahora estaba inmovilizado por el acero y la magia, pues aunque el cuerpo de Harmattan estaba hecho de pedazos de metal, la fuerza que los mantenía unidos era más dura que el hierro. Los brazos de Harmattan volaron sobre el pecho de Través para constituir una banda irrompible. El mayal de Través quedó parcialmente atrapado bajo la masa de

metal, con la cadena colgando por delante. Índigo dio un paso al frente. Sus pinchos adamantinos refulgieron y el mayal se partió: la cadena metálica cedió como si fuera una cuerda. Índigo dio otro paso y colocó una espada a la altura de los ojos de Través.

—Es el fin, hermano.

Cuando Harmattan habló, Través sintió la vibración. Se revolvió contra sus brazos, pero su fortaleza no podía hacer sombra al poder de Harmattan.

—Eso parece.

—¿Por qué? —dijo Índigo. Través ya no percibía ira en su voz. Sólo decepción—. ¿Por qué te volviste contra nosotros?

—No quería hacerlo.

—Destruiste a Hidra. Yo podría haber muerto. ¿Por qué? ¿Por estos sacos de carne y sangre? Estarán muertos dentro de unos cuantos años, en el mejor de los casos. Nosotros tenemos la eternidad.

—Sí, hermanito. No tienes nada en común con esas criaturas.

—Tengo recuerdos. Tengo una buena amistad. ¿Puedes decir lo mismo? —Se le ocurrió algo, como si el espíritu que tenía incrustado en el pecho le hubiera dado una información.

—¿No hay nada entre nosotros? —La espada de Índigo no temblaba. Tenía la punta a una pulgada de los ojos.

Través midió sus palabras.

—En realidad —dijo—, no sé qué siento. Pero sé que debo proteger a mi familia.

—Nosotros somos tu familia —dijo Harmattan.

—Quizá sí, pero olvidas algo.

—¿El qué?

—Nuestra hermana.

Índigo volvió rápidamente la mirada a un lado... Demasiado tarde.

Harmattan explotó en un millar de pedazos, y Través salió volando.

CAPÍTULO  XEN'DRIK
KARUL'TASH
22 de lharvion de 997 AR

Lei tenía frío. Notaba los nervios entumecidos. Abrir los ojos requirió de toda su energía, y cuando lo hizo, lo que la rodeaba se le apareció borroso y distorsionado. Oía sonidos distantes, pero no los comprendía ni tenía fuerza suficiente para volver la cabeza.

Los recuerdos regresaron goteando a su mente. Cristales. Fragmentos de cristal. Una mujer le había dado a Lei un objeto roto..., pedazos de una esfera de cristal. Cuando Lei los tocó, una puerta se abrió en su mente. Sintió el dibujo que había en el interior de la esfera, sintió su antigüedad. La mujer le pidió a Lei en susurros que reparara el dibujo roto, y era imposible resistirse a su voz. Lei sabía lo que había que hacer. Era como si lo hubiera sabido siempre. Veía el dibujo completo en su mente. Sabía cómo reparar los daños. Y con el aliento de su voz, se limitó a hacerlo. Pero le había exigido mucha energía, más de la que tenía. Vio cómo una red de luz cobraba forma cuando los pedazos de cristal se fusionaban; cómo la verdadera forma emergía de la ruina. Pero a medida que los dibujos se volvían más claros, todo cuanto la rodeaba se tornaba más borroso. El pensamiento se le revolvió. Lo único que importaba era reparar los daños. Y cuando la última pieza encajó en su lugar, todo lo demás se desvaneció.

Estaba recuperando la sensibilidad. Lei dobló los dedos. Notaba en ellos algo raro. Sintió de nuevo los brazos y las piernas. Estaba tendida en una plataforma fría y dura. Oyó el roce del metal contra la piedra. Volvió la cabeza para mirar el lugar del que procedía el ruido.

Través entró en su campo visual. Estaba luchando con otro forjado, una figura más pequeña que él, esbelta, que lo acosaba con dos espadas gemelas. Los dos parecían igualados en fuerzas, y su danza mortal distrajo a Lei. Entonces, Harmattan envolvió a Través con un remolino de metal, y la lucha llegó a su fin.

La visión de Harmattan la estremecía. Las imágenes parpadeaban en la mente de Lei...

Harmattan ordenando a sus secuaces que la torturaran.

Harmattan sobreviviendo a una poderosa descarga eléctrica, recuperando su forma después de que se le hiciera un agujero en el torso.

Harmattan transformándose en una tormenta de acero afilado, rasgando la carne de un grupo de depredadores en un abrir y cerrar de ojos.

Lei parpadeó. Los forjados estaban hablando, pero no había tiempo para escuchar. Través la necesitaba. Tenía que haber una respuesta. La fuerza física era inútil ante Harmattan. Podía recobrar su forma tras ser herido. Su cuerpo no era un cuerpo; era una masa de fragmentos sostenidos por la fuerza mágica.

«Sostenidos por la fuerza mágica».

No había tiempo que perder. Lei visualizó un trazo en su mente y lo reprodujo en la palma del guante de su mano izquierda. Pese a estar exhausta, encontró un último rescoldo de energía en su interior, el poder justo para completar el ritual.

Los forjados no se habían percatado de ella. La guerrera azul tenía una de las espadas alzada contra la cara de Través; la amenaza era inequívoca. Musitando una oración para Onatar, Lei apretó el puño e hizo un rápido movimiento de lanzamiento.

Sólo la más débil ondulación del aire delató el paso de la energía que había liberado. Hasta que golpeó a Harmattan.

El dolor desgarró a Lei. Había tejido un ensalmo de abjuración en su guante, un estallido de poder que podía hacer añicos otros encantamientos. Durante la guerra había utilizado esa técnica para hacer frente a las explosiones arcanas de los hechiceros enemigos. Pero nunca había tocado una fuerza tan poderosa. Era como si tratara de apagar una vela con los dedos y descubriera que tenía la mano en una hoguera. Apagar esa llama parecía imposible, y el dolor crecía a cada momento. Pero no retrocedería. Recordó las palabras desdeñosas de Harmattan, el dolor cuando su sirviente Hydra le cortó el dedo, y se agarró a esa ira y la utilizó como pilar contra el dolor.

Harmattan se hizo añicos, como si una figura de arena fuera golpeada por una poderosa ráfaga de viento. Su cuerpo se desintegró, y el suelo se cubrió de pedazos metálicos brillantes como cristales.

Índigo respondió al instante. Mientras Lei trataba de ponerse en pie, la asesina forjada se volvió hacia ella. En circunstancias normales, los poderes de Lei podrían haber estado a la altura de su enemigo; ese mismo día ya había destruido uno de los cuerpos de Hydra. Pero estaba exhausta. El ataque contra Harmattan había agotado sus últimas reservas y no tenía energía para alimentar ninguna clase de artificio. En su estado, un combate con Índigo sería corto y desagradable.

Pero mientras Índigo se volvía para enfrentarse a Lei, se produjo un estallido de metal, y la forjada cayó al suelo.

«¡Través!».

Liberado del abrazo de Harmattan, Través derribó a Índigo con una certera patada. Lei sintió una oleada de alivio, pero éste pronto se convirtió en temor. Índigo se había puesto en pie y luchaba con denuedo. Través perdió el mayal, y con la caída de Harmattan, Índigo peleó con más fiereza todavía. Lei hizo una mueca cuando un golpe certero impactó en el hombro izquierdo de Través. Para una criatura de carne y

hueso la herida habría sido mortal, pero Través siguió luchando. Con todo, el desenlace sólo podía ser uno. Desarmado, Través podía ralentizar a Índigo, pero no detenerla.

—¡Corre, Lei! —dijo mientras esquivaba otro golpe—. ¡Coge a Daine y márchate!

Índigo silbó enfurecida, y su siguiente golpe arrancó una capa de mitral del pecho de Través.

«No voy a dejarte solo con ella», pensó Lei, que metió la mano en la bolsa mágica en la que llevaba sus instrumentos.

Estaba demasiado débil para blandir el bastón, pero tenía que haber algo...

Ahí estaba. Sus dedos encontraron una larga varita. Sonrió, blandiendo el arma. Podría haber sido inútil contra Harmattan, pero Lei tenía la sensación de que Índigo no sería tan invulnerable.

Lamentablemente, lo que a Índigo no le ofrecía la armadura se lo proporcionaba la velocidad. La forjada danzó alrededor de Través, sin permanecer en ninguna parte más de un segundo, y lo último que Lei quería era darle al explorador.

«¡Ahora!».

Través retrocedió de un salto y se produjo un estallido de truenos cuando Lei liberó el rayo contenido en la varita. La energía iluminó la sala con una brillante ráfaga de luz, pero cuando Lei recuperó la visión, Índigo seguía en pie. La forjada había esquivado el chorro de energía. Se echó a correr hacia Lei con las espadas negras abiertas como alas, dispuestas a sajar carne y huesos. Y Través estaba demasiado lejos para ayudarla.

Un escalofrío se apoderó del corazón de Lei. Sus instintos le gritaron que huyera, pero la forjada era más rápida que ella, y no había ningún lugar al que huir. Sólo había una posibilidad. Cuando Índigo saltó hacia ella, Lei blindó sus nervios, alzó la varita y liberó la última carga de energía.

Esa vez el rayo dio de pleno en el pecho de Índigo. Ésta retrocedió dando traspiés. Descargas de electricidad crepitaban en sus extremidades. El esmalte azul de su torso se ennegreció y carbonizó, pero siguió en pie.

¿Qué iba a hacer falta? Lei siguió apuntando a Índigo con la varita. Ya no quedaba energía en ella, pero la forjada no lo sabía. Lei se sobrepuso a la extenuación y trató de que el miedo no se reflejara en su cara.

—Ponme a prueba.

Índigo la observó de manera cansina. Estaba claramente herida, pero había logrado esquivar el primer ataque. Podía ser capaz de esquivar otro.

—Basta. —Era Través—. No puedes ganar así. No hagas que te destruya.

¿Era pena lo que Lei advirtió en su voz? ¿O desesperación?

—Ya lo has hecho —dijo Índigo con la mirada fija en Lei. Pero sus palabras eran para Través—. Confié en ti. Creía que eras... mi hermano. Pero elegiste a ésta antes que a mí. No una vez, sino dos. —Los pinchos de sus brazos se retrajeron media

pulgada y volvieron a extenderse. ¿Un tic nervioso?—. Quizá me destruyas hoy, pero ella morirá conmigo.

Índigo alzó sus espadas y saltó como si fuera un borrón de metal ennegrecido. Sin embargo, se produjo otro estallido de movimiento, otra ráfaga de luz. Un extremo de metal atravesó su abdomen. Quizá fuera un efecto de la luz, pero parecía arder con una radiación interior.

La espada de Daine.

Fuera porque el rayo de luz había causado más daños de los que parecía o por alguna magia oculta en la espada brillante, el golpe detuvo a la forjada. Índigo bajó la mirada a la espada. Después, cayó de rodillas. El sonido del metal contra la piedra fue curiosamente sordo. La luz se apagó en sus ojos de cristal y se vino abajo, la gracia mortal reducida a la madera y el metal inertes. Y allí, tras ella, estaba Daine.

Lei se lanzó a sus brazos, cediendo al cansancio. Se quedó recostada contra él, con los ojos cerrados, y halló consuelo en su calidez. Daine le estaba hablando, y las palabras caían sobre ella como una ola reconfortante. Después, un pensamiento penetró en su mente cansada y la devolvió de golpe al mundo.

«Harmattan».

Se apartó de Daine.

—Tenemos que salir de aquí.

Daine frunció el entrecejo al mismo tiempo que le ponía las manos en los hombros.

—¿Qué pasa?

Miró hacia el arco, a los pedazos de metal esparcidos sobre el suelo.

—No está muerto. No sé cuánto durará este efecto, pero puede ser que sólo tengamos unos minutos para largarnos de aquí. Quizá menos. Si se recupera, no podré volver a hacerlo. No podré.

Daine frunció nuevamente el entrecejo, mirando los restos del líder forjado.

—Es una buena noticia. —Le apretó los hombros y sonrió, aunque Lei se dio cuenta de que era una sonrisa forzada—. Través, vámonos.

Través estaba junto al cuerpo de Índigo, mirando a la forjada caída. Al cabo de un instante, sacó la espada de la espalda de Índigo. Se reunió con Daine y Lei, y le ofreció al capitán la empuñadura de la espada. No dijo nada.

Daine suspiró al cogerla. Miró a su alrededor, buscando cualquier cosa que pudieran estar olvidado en la sala. Su mirada se topó con el cadáver de Tashana, con Índigo y los restos de Harmattan. ¿Hubo un destello de movimiento?, ¿un cambio en la disposición de los pedazos de metal?

Lei le tiró del brazo.

—Tenemos que irnos. Ya.

—Lo sé. Pero... —Volvió a mirar a su alrededor—. ¿Dónde está Jode?



En su lucha final, Tashana había desgarrado el brazo izquierdo de Daine. Sus terribles garras habían perforado con facilidad la malla y le habían dejado unos profundos surcos en la carne. Pero esa herida no era lo que le inquietaba, pues apenas sentía el brazo. Lo que le preocupaba era una comezón en la espalda. Se había dado cuenta de ella en cuanto se había despertado: dolor y picor, como si se hubiera revolcado sobre unos rastros. Pero no había tiempo para rascarse la espalda.

—¿Dónde está Jode? —dijo.

Lei y Través le miraron de soslayo. El rostro de Lei estaba transido por la sorpresa y la preocupación.

—Jode... está muerto, Daine.

—Es una larga historia, pero hace un momento estaba hablando con él, y aquí estoy, así que supongo... —Miró a su alrededor—. ¡Jode! —gritó. El eco de su voz recorrió los muros de la sala.

—¿Has estado hablando con él? —Lei sacó su bastón de la bolsa y se apoyó en él—. Daine, está muerto.

—¡Lo sé! —le espetó. Le picaba la espalda y pensó en rascarse con la daga—. Estaba soñando, y se encontraba ahí y decía que...

—¿Estabas soñando? ¿Oyes lo que estás diciendo?

—¡No me lo estoy imaginando! Era él. La botellita que llevaba conmigo, el líquido, debe...

Un ruidoso traqueteo le interrumpió..., un estremecimiento que recorría los pedazos de metal esparcidos sobre el suelo.

—¡No tenemos tiempo para esto! —dijo Lei—. Esa cosa puede recobrar su forma en cualquier momento. Y no tengo fuerzas para volver a derribarlo. ¡Tenemos que largarnos de aquí ahora!

—Está en lo cierto. —Través había abandonado los restos del mayal y había cogido la ballesta. Tenía una flecha preparada contra la cuerda—. Creas lo que creas, Jode no está en esta sala. No estamos en condiciones de enfrentarnos a ningún enemigo, y mucho menos a ése.

—Tienes razón —dijo Daine.

Sabía que su encuentro con Jode había sido algo más que un sueño, y había dado

por hecho que Jode... aparecería cuando él se despertara. Pero Jode no estaba allí, y probablemente no era el mejor momento para interpretar sueños. Respiró hondo, aclaró sus pensamientos y evaluó la situación.

—Si esos dos han conseguido entrar, quizá su pequeño amigo de los pinchos en los brazos esté también aquí. Través, avázate. Explora el camino hasta la puerta de entrada y después regresa a la sala central. Nos reuniremos allí.

Través saltó por encima de los pedazos de metal y desapareció por el pasillo. Tras seguir sus movimientos, la mirada de Daine quedó fija en una de las piezas de hierro amontonadas. Apartó un objeto abollado y quemado, pero fácilmente reconocible. Era la cabeza de un soldado forjado.

Al recogerla, Daine se vio asaltado por dos sensaciones. La primera fue de familiaridad al mirar la cara y el sello grabado en la frente. Estaba seguro de que había visto a ese sondado antes. Y entonces, se le ocurrió...

«Saludos, Daine. Ha pasado mucho tiempo».

La criatura sabía quién era. ¿Cómo?

Al mismo tiempo, una ola de energía surgió de la cabeza..., un cosquilleo débil y entumecedor. Mientras la sensación se le expandía por el cuerpo, los eslabones de la malla empezaron a temblar y a apretarse contra él, como si estuvieran atrapados por una poderosa fuerza magnética. Daine trató de soltar la cabeza, pero no podía abrir la mano. La presión de su armadura se hizo más fuerte y los pedazos de metal que le rodeaban empezaron a crujir.

—¡Lei! —gritó.

Antes de terminar la palabra, el dolor punzante sustituyó al cosquilleo. Lei había golpeado la cabeza con su bastón de maderaoscura, pero al hacerlo éste había impactado también en los dedos de Daine. La cabeza se estrelló contra la pared más cercana con un satisfactorio crujido. La fuerza que tensaba la armadura de Daine desapareció, pero mientras se frotaba la mano vio que uno de los pedazos de metal se deslizaba por el suelo hacia la cabeza, seguido inmediatamente por otro.

—¿Te he hecho daño? —preguntó Lei.

«Genial —pensó—. Primero soy un loco y ahora soy un idiota».

Apretó el puño herido: el dolor le ayudó a protegerse de la vergüenza y la quemazón en la espalda.

—Unámonos a Través —dijo—. Estoy empezando a ver por qué quieres alejarte de esta cosa.

Los dos salieron corriendo de la sala. Tras ellos, oyeron el sonido del metal contra la piedra. Un creciente flujo de fragmentos metálicos se deslizaban por el suelo hacia la cabeza de Harmattan.

El tiempo se estaba agotando.



Daine no estaba herido. Quería arrancarse la piel de la espalda. Un monstruo imposible de detener lo seguía. El misterio de Jode persistía en su mente. Y estaba haciendo cuanto podía para prepararse por si cualquier enemigo se presentaba inesperadamente.

Pero el corazón del monolito todavía le dejaba sin aliento.

Karul'tash era una torre hueca, una asombrosa obra de ingeniería. Daine apenas podía ver el otro lado de la cámara central, y ni siquiera podía intuir el lejano techo. Había visto torres altas antes. Había pasado casi todo el año anterior en Sharn, y las agujas centrales de la ciudad hacían que el monolito pareciera pequeño. Pero se trataba de lo que había en su interior. Una columna de obsidiana ocupaba el centro de la cámara, cubierta con sellos y taraceada con una docena de metales y piedras preciosas. La escarpada masa del cilindro era asombrosa, y más asombroso era todavía que el cilindro estuviera suspendido en el aire, a unos diez pies del suelo de la sala.

Docenas de anillos flotaban alrededor del pilar central, una miríada de metales y anchuras. Los anillos se levantaban y caían, dando vueltas en distintas direcciones y a diferentes velocidades.

Y también estaban las esferas: doce orbes flotaban alrededor del pilar. Desde el suelo, era fácil imaginarlas como una rara decoración. Pero Daine sabía que no era así. Eran vehículos entre planos, diseñados para llevar pasajeros de un nivel de realidad a otro.

—Falta una —dijo Lei.

—Lakashtai —dijo Daine—. Y sin embargo, no creo que vaya a volver por sí misma.

Señaló las mesas que había en la sala, altares cubiertos de cristales brillantes. La magia no estaba entre sus habilidades, pero anteriormente Lei había utilizado esos mosaicos de gemas para controlar una de las esferas. Daine era consciente de su cansancio, y no le gustaba obligarla a cansarse más, pero no había otra opción.

—Necesito que vuelvas a poner esto en marcha.

—¿Quieres saber adonde ha ido Lakashtai? —dijo Lei.

—Eso, para empezar.

Lei se encaminó cojeando a la zona de las luces; se apoyaba en el bastón. Daine rodeó la columna corriendo y lo que vio al otro lado hizo que el corazón le diera un vuelco. Dos aliados habían entrado en la torre y les habían ayudado a derrotar a los unidores de fuego. Uno de esos soldados estaba tendido en el suelo, ante Daine; sus

heridas eran tan graves que el capitán tardó un instante en darse cuenta de que el cadáver era el de Shen'kar. La mitad del cuerpo oscuro del elfo había sido separada del resto, y lo que quedaba allí estaba cubierto de cortes, como si se hubiera visto sorprendido por una tormenta de cuchillos... o por el metal arremolinado de Harmattan.

«¡Maldita sea!». Daine había pasado más tiempo enfrentándose a los salvajes elfos oscuros que teniéndolos como aliados, pero en el transcurso de las últimas horas había llegado a respetar a Shen'kar. Y cualesquiera que fueran sus diferencias, un guerrero no merecía morir de esa manera.

—Capitán. —Través llevaba un cuerpo en brazos. Una mujer, sin conocimiento, con la piel negra como el carbón cubierta de cortes. El otro elfo oscuro—. Está muy herida, pero estable.

Daine asintió.

—¡Sígueme! ¿Qué has encontrado?

—La puerta continúa abierta. Las guardas están en su lugar. Y los elfos sulatar permanecen acampados en el perímetro de las defensas mágicas. He visto al menos tres de sus trineos voladores.

—Fantástico.

Encontraron a Lei trabajando en las consolas de cristal.

—¿Situación? —dijo Daine.

—No puedo recuperar la esfera que Lakashtai ha utilizado para escapar —dijo Lei—, pero se ha ido a...

—Dal Quor —dijo Través.

—Eso es —dijo Lei, sorprendida—. ¿Cómo lo has...?

—Más tarde —dijo Daine—, cuando no tengamos a ese montón de chatarra pisándonos los talones. Tenía la esperanza de que pudiéramos salir por la puerta principal, pero eso es imposible.

—Puedo desactivar las guardas...

Daine negó con la cabeza.

—Hay un ejército acampado ahí fuera, esperando a que su sacerdote regrese y los lleve a la tierra prometida. Aunque encontremos la forma de sortearlos, no podemos dejar este lugar en sus manos. ¿Quién sabe qué hemos provocado ya ayudando a Lakashtai? Además, si tu amigo oxidado no puede eliminar las guardas por sí mismo, le estamos haciendo un favor al mundo dejándole aquí.

Lei frunció el entrecejo.

—¿Estás diciendo que abandonamos?

—Me conoces... Me encanta abandonar. —Daine esbozó una falsa sonrisa—. Venga, Lei. Eres nuestro genio de la magia. Fuiste tú quien me dijo qué eran esas esferas.

—Vehículos para llegar a otros planos. ¿Quieres salir en una de las esferas?

—¿Que si quiero? No. —Una visión del cuerpo destrozado de Shen'kar destelló

en la mente de Daine—. Pero es mejor que la alternativa. ¿Puedes hacerlo?

Lei bajó la mirada hacia el panel.

—Creo..., creo que sí. Pero ¿adonde quieres ir?

—¿Me lo preguntas porque soy un experto en los planos? Quiero irme a casa, Lei, pero por el momento aceptaré cualquier lugar que no sea, pongamos, un pozo de fuego eterno.

—¿Y una llanura de hielo eterno?

Daine parpadeó.

—¿Es la única opción?

—Bueno, es una posibilidad. No puedo acceder a todas las esferas. Debe tener algo que ver con la actual conjunción de los planos. Y probablemente no tenga mucho sentido ir a Dolurrh en un intento de evitar la muerte.

Hasta Daine había oído hablar de Dolurrh, el plano en el que las almas de los muertos eran despojadas de todos los recuerdos de sus vidas anteriores.

—Haz lo que te parezca mejor. ¡Pero de prisa!

Quizá fuera cosa de su imaginación, pero a Daine le pareció oír el sonido del metal contra el metal acercándose desde la distante cámara en la que habían dejado a Harmattan.

—¡Perfecto! —dijo Lei. Una luz refulgió alrededor de sus manos y una de las enormes esferas descendió hasta el suelo—. Bueno, no perfecto, pero vistas las alternativas...

Ahora Daine estaba seguro de ello: un rugido metálico procedía del pasillo.

—¡Vámonos! —gritó, corriendo hacia la esfera.

Se había abierto un portal en el lateral de la inmensa esfera opalescente, y Daine saltó a su interior. Por dentro, la esfera era decepcionante. Aparte de una repisa que recorría el extremo de la cámara, la sala estaba completamente vacía: Daine no veía cómo se podría poner en movimiento la esfera, pero ése no era su trabajo. Lei estaba justo detrás de él, y Daine tiró de ella hacia dentro.

Lei se sentó con las piernas cruzadas en el centro exacto de la sala, y ésta se iluminó. Un complejo patrón geométrico se manifestó a su alrededor, esbozado en líneas de fuego. En todas las superficies aparecieron runas y sellos. Cada letra era del tamaño de la mano de Daine, un recordatorio de que aquello era obra de gigantes. Lei estudió las paredes. Susurró una palabra en una lengua brusca y desconocida, y uno de los símbolos brillantes de la pared se iluminó más por un instante.

Través estaba en el portal. Le pasó la elfa herida a Daine. Bajo su armadura de cuerno, la mujer era poco más que una niña abandonada, y al cogerla le pareció que pesaba casi como una pluma. Un instante después, el forjado estaba a bordo.

—¡Lei! ¡La puerta! —gritó Daine.

—¡Estoy trabajando en ello! —dijo Lei.

Ahora el rugido era cada vez más alto; un aullido, como un huracán, combinado con el roce del metal contra el metal.

—¡Va a subir otro pasajero!

—¡Lo estoy intentando! —dijo Lei.

Lo vieron: una nube brillante, acero mortal, corría hacia ellos.

—¡*Hul'kla'tesh!* —gritó Lei.

No podía haber estado más cerca: un puñado de fragmentos de metal cayó al suelo cuando el portal se cerró. Una terrible rozadura resonó en las paredes, metal rasgando el cristal.

—Está a nuestro alrededor —dijo Lei.

—¡Sácanos de aquí!

Lei cerró los ojos, con las manos puestas en el suelo. Las líneas de color bailaron en el suelo, y sintieron que la esfera ascendía.

Pero la altura no detuvo a Harmattan. Todavía oían el chaparrón de metal golpeando las paredes de la esfera.

—¡Cogeos! —gritó Lei.

La artificiera cantó una cadena de brascas sílabas y en las paredes se encendieron algunas palabras.

Y cayeron fuera del mundo.



«Este vehículo acaba de traspasar una barrera entre planos. Tus compañeros están sufriendo vértigo y náuseas a causa de ello».

Como siempre, Través conocía los pensamientos de Shira conforme los oía. Cuando miró a Lei, su malestar le pareció evidente. Al volver la vista hacia la oscura guerrera ella, Través se percató de la gravedad de sus heridas, de que estaba al límite de la muerte. Con cuidado, dejó a la mujer herida en el saliente que rodeaba la sala.

—¿Ya está? —preguntó Daine.

Los restos del ataque de Harmattan se acallaron y las líneas brillantes del suelo parpadearon.

Lei abrió los ojos.

—Sí —dijo. Estaba tendida en el suelo, con las piernas todavía cruzadas—. Ahora estamos a salvo.

—¿A salvo? Creo que tenemos ideas distintas de lo que es estar a salvo —repuso Daine, rascándose la espalda—. Pero de todos modos... buen trabajo, a los dos. ¿Dónde estamos?

—En ninguna parte.

—¿Y eso está muy lejos? —dijo Daine.

—Todo lo lejos que puedas imaginar. Hasta que complete la secuencia y abra la puerta estaremos atrapados entre mundos. Somos... hipotéticos, por así decirlo.

«Etéreos».

—Etéreos —dijo Través, haciéndose eco del pensamiento de Shira.

—Exacto. Podemos estar aquí tanto tiempo como queramos. —Lei abrió los brazos, tendida en el suelo—. Estoy agotada. Si tengo que curarte las heridas o ayudar a nuestra pobre pasajera, voy a tener que dormir un rato. Aquí deberíamos estar a salvo.

—¿Deberíamos? —dijo Daine.

—No hay nada seguro. —Lei se encogió de hombros—. No soy una viajera entre planos experimentada. Es posible que haya, no sé, ballenas etéreas comedoras de esferas de cristal nadando por ahí...

«No hay ballenas etéreas comedoras de esferas de cristal». Través se abstuvo de

compartir la observación de Shira.

—Pero si las hay, nunca he oído hablar de ellas. Y si algo nos ataca, puedo acabar con la transición con una palabra.

—Y entonces, ¿estaremos en alguna parte? —dijo Daine.

—Sí.

—¿Dónde?

—Thelanis.

Daine suspiró y se sentó.

—Lamento mucho decepcionarte, Lei, pero ni siquiera sé si eso es una ciudad, un país o un plano de existencia.

—Salvaje ignorante. —Lei se incorporó—. Es un plano. ¿No has oído hablar de la Corte de las Hadas?

—¿Un reino mágico lleno de espíritus que roban bebés, gigantescos calderos de oro y siniestras brujas que maldicen a las princesas arrogantes?

—No tienes que ir a Thelanis para encontrar a una bruja —dijo Lei—. Pero sí, es ése. De acuerdo con las leyendas, es muy parecido al mundo al que estamos acostumbrados, sólo que hay más magia. Espíritus en el agua y los árboles, esa clase de cosas. Lo importante es que resulta fácil viajar a este plano y es el que más fácilmente se puede abandonar. La razón por la que tenemos tantos cuentos de hadas es porque la gente cae accidentalmente en este reino, o porque los espíritus de Thelanis, los videntes, se introducen en Eberon. Así que no sólo no es un lago de fuego o la tundra infinita, sino que con suerte encontraremos un camino de vuelta a casa.

«No es tan sencillo». De nuevo, Través ignoró el pensamiento ajeno.

—No es tan sencillo —apuntó Daine—. Soberano y Llama, ¿qué hemos hecho? Tashana, Lakashtai... No sé qué pensar.

—Pues no pienses —dijo Lei—. Duerme.

Daine suspiró, pero finalmente asintió.

—Supongo que tienes razón.

—¿Acaso lo dudabas?

Lei sacó mantas y almohadas de su bolsa mágica, que contenía una asombrosa cantidad de artículos, y al cabo de un instante, estaba desenrollando dos esterillas.

—¿Tienes para tres? —dijo Daine.

El capitán se había encaminado hacia la mujer elfa y estaba observando sus heridas. La levantó cuidadosamente del saliente.

—Sólo he traído para nosotros dos.

Hasta Través percibió el ligero escalofrío en la voz de Lei. No fue una sorpresa. Daine había tenido tratos con esas elfas de piel negra, o drows, como al parecer se llamaban, pero Lei y Través habían sido capturados por drows, y Lei casi había muerto a sus manos. Esa mujer había ayudado a rescatarlos, y estaba claro que era de una tribu distinta, pero Gerrion, el semielfo, también los había rescatado de un

enemigo para acabar traicionándolos. Esa mujer era una desconocida, y después de Gerrion y Lakashtai no resultaba sorprendente que Lei sospechara de los desconocidos.

Entonces, Través se dio cuenta de algo: un detalle anómalo, trivial, que con la excitación había pasado por alto incluso a su mirada escrutadora.

—Lei —dijo—. Tu mano.

Ella levantó la mano hacia él.

—¿Qué?

—Ya no estás herida.

Lei dejó ir la manta y Daine casi soltó a la mujer que llevaba en brazos al echarse a correr hacia Lei. Ésta tenía la mano en lo alto, como si fuera un tesoro. Ese mismo día, el forjado Hydra le había cortado el dedo meñique de la mano izquierda, pero el dedo volvía a estar allí. Negó con la cabeza, asombrada.

—Ni..., ni me he dado cuenta —dijo—. Creo que está aquí desde que me he despertado. Sabía que había algo raro.

—¿Cómo es posible? —preguntó Daine.

—No lo sé —respondió Lei, agitando felizmente el puño—. ¿Y sabes qué? No voy a pensar en ello hasta que no haya dormido unos cuantos días seguidos.

—No me siento bien dejando a una mujer herida en el suelo —dijo Daine, depositándola cuidadosamente en una de las mantas—. Así que tú y yo tendremos que compartir esterilla.

—O tú tendrás que dormir en el suelo —concluyó Lei. Pero estaba sonriendo y permitió que Daine la dejara en la otra manta.



Lei y Daine dormían. La elfa herida estaba inconsciente. Través contempló los dibujos de las paredes. Siempre se sentía levemente incómodo cuando sus compañeros dormían. Aunque sabía que esa experiencia era inofensiva y necesaria, le resultaba del todo incomprensible. La única ocasión en la que un forjado perdía la conciencia era cuando resultaba gravemente herido, tan gravemente que tenía que ser reparado antes de recobrar la conciencia. En el pasado, Través había pensado que los humanos que dormían estaban heridos, y le había preocupado que sus compañeros no volvieran a despertarse a menos que fueran tratados por un sanador. Pronto descubrió que no era así, pero de todos modos ver a los demás durmiendo siempre le hacía sentirse raro.

Pero entonces Través descubrió otra emoción allí. Sabía que Índigo habría dicho

que el sueño era una debilidad, uno de los muchos defectos que hacía a los llamados respiradores inferiores a los forjados. Pero al observar a Daine y Lei durmiendo, uno junto al otro, sintió una rara envidia. La batalla con Índigo, la traición de Lakashtai... Deseaba poder escapar de eso, aunque sólo fuera por un momento. Se preguntó cómo sería soñar.

«No fuiste hecho para soñar».

«¿Cómo lo sabes?». Tratar de comunicarse con Shira era una sensación extraña. No la percibía como una presencia distinta, sino como pensamientos que aparecían en su mente al igual que si fueran suyos.

«Porque fuiste hecho para mí».

«Tú tienes miles de años más que yo —pensó Través—. Eso no tiene sentido».

«No tiene sentido. —Era como si estuviera poniéndose de acuerdo consigo mismo—. Pero sigue siendo verdad».

Los recuerdos fluyeron por Través. Tiempos de guerra. La gente de Shira en peligro en dos frentes. Necesitaban escapar de su tierra antes de que un inminente cataclismo la destruyera, y estaban luchando contra un temible enemigo para encontrar un nuevo hogar. Vio la creación de los forjados... No, no de los forjados, sino de criaturas muy parecidas a ellos. Eran soldados, pero eran también portadores de esperanza. Shira era la primera de su especie en intentar la transición. Su esencia había sido fundida con la esfera, que podría introducirse en cualquier portador de esperanza. Pero sólo días después de unirse con su primer portador, había sido capturada por el enemigo. El portador fue destruido, y ella encerrada en la oscuridad de un sótano.

«Eso no significa que fuera hecho para ti —pensó Través—. Es lo que cualquier forjado haría».

«¿Tú crees?». Emergió un nuevo recuerdo, pero éste era suyo. Harmattan hablándole a las puertas de la bodega...

—Es una reliquia de esta antigua tierra, una llave de la naturaleza más inusual. Sólo un forjado diseñado para interactuar con ella puede usarla. Hidra, Índigo..., no sirven; no interactuaría correctamente con sus auras.

—¿Qué os hace pensar que yo sí puedo? —había preguntado Través.

—Que yo podría si tuviera cuerpo, y tú eres mi hermano.

El recuerdo se desvaneció, y el siguiente pensamiento fue de Shira.

«Puede ser que no tenga sentido, pero es cierto. No fuiste hecho para los sueños. Fuiste hecho para escapar de ellos».

Través dejó que ese pensamiento se esfumara. Todavía no estaba seguro de qué sentía por Shira. Su conocimiento y su capacidad analítica eran, sin duda, útiles. En ese momento, mientras contemplaba la sala, Shira identificaba los símbolos grabados en las paredes como uno de los lenguajes de los gigantes y traducía cada palabra que miraba. Pero por mucho que resultara agradable tener compañía, no era lo mismo que hablar con Lei o Daine.

O Índigo.

Ése era el corazón del asunto. Todavía tenía en mente su última batalla. Recordaba cada uno de sus movimientos y rastreaba todas las heridas que le había infligido. La visión de Daine atravesándola con su espada, el estallido de emociones que había sentido al verla caer mientras Shira susurraba algo acerca de la resonancia mágica del arma de Daine.

Ella habría ganado la batalla. Sin Lei, sin Harmattan..., índigo le habría derrotado. En cierto sentido, no parecía justo que él siguiera con vida. Veía la batalla en su mente, y sabía que había perdido..., o que habría perdido. Ni siquiera podía culpar a Índigo por querer destruirle. La había traicionado por Lei. Había tratado de encerrarla en la antigua bodega. Harmattan debía haberla salvado, mientras que Través la había traicionado de nuevo.

Recordó esos momentos finales, con la mirada fija en ella, echada en el suelo de Karul'tash, con la herida abierta en su abdomen. Tendida como si fuera a dormir.

Pero los forjados no dormían. La mayoría de la gente no podía advertir la diferencia entre un forjado destruido y uno inmóvil.

Como Índigo había estado.

Través sabía que sus amigos habrían querido acabar el trabajo de haber sabido que había alguna posibilidad de reparar a Índigo. Pero Través no podía mencionarlo. Ningún artificiero la habría encontrado en las profundidades de Karul'tash, y las manos de Harmattan no eran lo suficientemente diestras para una obra como ésta. Sin duda, el monolito había sido su tumba. Pero de alguna forma, Través pensaba que no podía traicionarla una tercera vez.

Al final, ella ganaría su batalla.

Través alejó ese pensamiento. Estudió las inscripciones de las paredes, tratando de enterrar su culpa con la actividad. Y una vez más, deseó poder dormir.

—Estás muy triste —dijo Jode—. No es el fin del mundo, a menos que lo sea.

Daine abrió los ojos. Estaba solo en la cama, en su habitación de la posada de Sharn. Se había quedado dormido acurrucado junto a Lei, y sin ella la cama parecía doblemente vacía.

—Hay aquí mucho espacio para los tres, ¿no crees? —Jode saltó sobre el colchón y contempló la habitación—. ¿Te has parado a pensar en la posibilidad de hacerte posadero? Tu encanto, las gachas de Lei... Eso es una mina de oro, amigo mío.

Daine se incorporó. Se dio cuenta de que la espalda ya no le picaba, lo que confirmó sus sospechas.

—Sí, es un sueño —dijo Jode—. Y como es tu sueño, quizá podrías imaginar que hay algo delicioso en la despensa.

—¿Sabes qué estoy pensando? —dijo Daine.

Jode puso los ojos en blanco.

—Yo soy aquello en lo que estás pensando.

—Creía que habías vuelto conmigo.

—Es difícil de explicar —dijo Jode—. Creo que estoy soñando. Pero no tengo cuerpo, así que estoy soñando tu sueño. Cuando te despertaste, yo seguía allí. Siento cosas, destellos de tus emociones, imágenes de lo que te rodea, pero sobre todo he estado vagando en sueños.

—Pero ¿eres real? ¿No estoy sólo imaginando esto?

—Daine, cuando le preguntas a tu amigo imaginario si es real, ¿qué respuesta esperas obtener? —Jode negó con la cabeza—. No sé lo que soy. Quizá sea un fantasma. ¿Importa eso? Tienes cosas más importantes de las que preocuparte.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles?

—¿Qué tienes pensando hacer?

—Llevarme a Lei y a Través a casa.

Daine salió de la cama. La habitación parecía perfectamente normal. Después de semanas de terrores nocturnos y de la travesía por Xen'drik, se había acostumbrado al horror.

—Por supuesto. Ése es el noble capitán. Como cuando cruzamos Cyre para llevar a Lei a Sharn. Aplastar todos los obstáculos que se encuentren en el camino hasta

llegar al santuario.

Daine miró por la ventana. El sol iluminaba las calles de Altos Muros, pero estaban vacías, el distrito habría sido abandonado.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Estás desamparado.

Daine frunció el entrecejo. Sintió que la ira y la frustración se agolpaban en su mente, y en ese momento, un grupo de nubes pasó ante el sol.

—¿Qué debería hacer si no?

—Encontrar a Lakashtai.

El estruendo de un trueno estremeció la habitación y al otro lado de la ventana empezó a llover. Daine se volvió hacia Jode; ahora sentía verdadera ira.

—¿Y cómo voy a hacerlo? Ni siquiera sé dónde está.

—Ni qué robó, o por qué te eligió a ti. Ni si seguís estando en peligro. ¡Ni si vuestra pequeña aventura ha puesto en riesgo a todo el mundo! —Jode hizo un gesto dramático—. Imagina que el destino de Khorvaire estuviera en juego.

—¿Crees que es así?

Jode sonrió.

—Bueno, no, pero ¿no sería algo estremecedor?

La fiera ira empezó a retroceder.

—Supongo. Pero...

Daine dejó la frase sin acabar y apartó la mirada. Lakashtai le había tomado el pelo. Todavía no comprendía totalmente la sucesión de hechos que le habían llevado a Xen'drik. Cuando lo pensaba, sentía vergüenza. Su debilidad había desencadenado todos esos acontecimientos.

—¡Por los dientes de Dorn! —Jode saltó de la cama y le dio un golpe en la rótula—. Tú no hiciste todo eso. Lo hizo Lakashtai. Ahora tienes que descubrir cómo y por qué.

—¿Y cómo crees que debería hacerlo?

—Creo que es un trabajo para los vivos —dijo Jode—. Y ahora, si has terminado de contemplar la lluvia, creo que me debes un desayuno.

—¿Qué esperas que...?

Daine se interrumpió cuando el olor de canela y pan recién cocido se filtró por el suelo.

—Eso está bien —dijo Jode, deteniéndose para degustar el aroma—. Pero antes echémosle un vistazo a tu brazo.



A Daine le picaba la espalda.

Alguien tiró de su brazo izquierdo. Abrió los ojos, extendió la mano derecha y cogió a...

Lei.

—Lo siento —susurró—. No quería despertarte.

—Está bien —murmuró él.

Daine se incorporó tratando de asimilar lo que le rodeaba. Volvía a estar en la esfera. El aire era gélido, y la única luz procedía de los sellos parpadeantes grabados en las paredes y el suelo. Sus pensamientos aún estaban nublados por el sueño y no tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido.

—Echémosle un vistazo a tu brazo —dijo Lei.

Daine se la quedó mirando y, por un momento, se preguntó si todavía estaba soñando. La situación no parecía real. Y entonces, su estómago gruñó..., pero en este caso no había pan recién hecho para satisfacerle.

Lei oyó el sonido.

—Todavía tengo unas cuantas raciones en la bolsa —dijo mientras examinaba la manga hecha trizas—. No mucho, me temo, pero... —Su voz se apagó.

—¿Qué? —dijo Daine.

Través estaba en un extremo de la sala, pero al oír el tono de Lei, el forjado se volvió para observarlos.

—Míralo tú mismo —dijo Lei.

Valiéndose de las dos manos, la artificiera hizo un agujero en la manga de la camisa de Daine, en el sitio en el que las garras de Tashana le habían alcanzado.

—¡Eh! —exclamó Daine, pero se quedó en silencio al ver la piel. Las heridas que Tashana le había infligido habían desaparecido, no había rastro de moratones ni cicatrices—. Buen trabajo. ¿Puedes hacer algo con...?

—No lo he hecho yo —dijo Lei—. He atendido a Través mientras dormías y he preparado un ensalmo de curación para ti, pero no he llegado a utilizarlo.

—Puede haber sido la misma fuerza que ha restaurado tu dedo.

Través se había acercado para examinar mejor el brazo de Daine.

—Es posible —dijo Lei—. Si sus garras no le hubieran atravesado la piel, pensaría que todo es una especie de ilusión...

—Lo ha hecho Jode —dijo Daine.

Los otros se lo quedaron mirando.

Estaba empezando a recordar el sueño. A diferencia de sus visiones del campo de batalla de Keldan, éste era como un verdadero sueño. Los detalles eran borrosos y se desvanecían.

—Ahora me acuerdo. Me ha curado justo antes de que me despertara.

—¿De que te despertaras? —se extrañó Lei—. ¿Estás diciendo que Jode lo hizo en un sueño?

Su tono le molestó.

—¿No tienes un mejor ejemplo? Algo arregló tu dedo.

Lei suspiró.

—Daine, Jode no podría haberme curado la mano ni cuando estaba vivo. No sé por qué estás empecinado en eso, pero tiene que haber otra explicación.

—Fue esa botellita. El líquido azul.

—¿De qué estás hablando?

«Ella estaba inconsciente cuando me la bebí», pensó Daine.

—Es... —Daine se rascó la espalda mientras trataba de juntar las palabras—. El año pasado, cuando luchamos contra esa cosa en las cloacas, Teral dijo que estaban robando Marcas de dragón, que iban a robarte tu Marca de dragón.

Lei asintió. Notó un escalofrío al recordar la cámara de los horrores en las profundidades de Sharn.

—¿Recuerdas que recuperamos unas cuantas botellas de líquido negro allí? ¿Y que se las dimos a Alina? Bueno, una de ellas no contenía líquido negro, sino azul. Y tenía la Marca de dragón de Jode grabada en el sello.

—¿Estás diciendo... que te has bebido su Marca de dragón?

—¡Tú eres la experta en magia! —dijo Daine—. No sé qué era. Pero ni siquiera los sanadores Jorasco pudieron explicar lo que le pasó a Jode, ¿recuerdas? Me bebí la poción y vi a Jode en sueños. Y ahora... creo que me ha curado.

—Eso es imposible —dijo Lei.

—Díselo a tus dedos —respondió Daine—. A los diez.

Lei bajó la mirada hasta su mano.

—Pero él no se me ha aparecido en sueños. Y ya te lo he dicho: Jode no podía hacer esto.

—Si tú lo dices —replicó Daine—. Yo, por mi parte, no pienso quejarme. —Miró hacia la otra esterilla: la mujer drow seguía envuelta en la manta—. ¿Has comprobado si...?

—Quería atenderte a ti primero —dijo Lei, mirando a un lado.

—Bueno, veamos si el sanador misterioso ha visitado a nuestra amiga.

Daine apartó cuidadosamente la manta.

La fuerza que había sanado a Daine y Lei no había tocado a la elfa oscura. Su piel de ébano presentaba docenas de cortes, y la manta estaba manchada de sangre coagulada. Ninguna de las heridas era profunda, pero su cantidad cortaba la respiración. Aunque Daine había visto casos peores, sintió que el corazón le daba un vuelco. «Esa... cosa... forjada... iba a por mí, pero ella se interpuso entre ambos».

—Cúrala —dijo él.

—¿Qué? —Lei no parecía contenta.

—Has dicho que has preparado un ensalmo sanador. Yo no lo necesito. Cúrala.

Lei dudó, y Daine le puso las manos en los hombros.

—No te pido que te guste, Lei. Pero esa mujer ayudó a salvarte de los unidores de fuego. Arriesgó su vida por nosotros menos de un día después de que yo la golpeará.

Nos estaba guardando las espaldas cuando la hirieron.

Lei no dijo nada y se quedaron en silencio. Daine se preguntó qué le estaba pasando por la cabeza. ¿La traición de Gerrion?

—Lei —dijo Daine, al fin—, por favor.

Ella asintió y se alejó de él. Se arrodilló junto a la mujer drow, sacó una moneda de plata de su monedero y la pasó por encima de la mujer herida, comenzando por sus pies y subiendo lentamente hasta su cabeza. Un débil, resonante tintineo llenó la sala, y los cortes empezaron a desvanecerse. El poder del ensalmo era limitado, y sólo algunas de las heridas quedaron completamente sanadas. Pero grandes hendiduras se convirtieron en tajos poco profundos, y desaparecieron los rastros de infección.

El tintineo se interrumpió. La mujer drow parecía estar dormida, y Daine la contempló. Era indudablemente elfa, con rasgos elegantes, grandes ojos con forma de almendra y orejas largas y puntiagudas. Como la mayoría de los elfos que Daine había conocido, era baja, esbelta y atlética, pero más predispuesta a la velocidad que a la fuerza. Aunque en su mayor parte los elfos eran de piel más bien clara, esa mujer era completamente negra, de una tonalidad mucho más oscura incluso que el tono que pudiera observarse en un humano. Esa oscuridad estaba interrumpida por una red de tatuajes blancos, abstractos pero casi hipnóticos a causa de su complejidad. Tenía el pelo largo, del color de la luz de la luna, blanco plateado y brillante. Ese manto de cabello la cubría más que la ropa. Lucía en los antebrazos protecciones hechas de conchas opalescentes y unas espinilleras del mismo material. Aparte de esa armadura, llevaba un corto taparrabos negro y unas pocas bandas de cuero alrededor del torso. Dos pequeñas fundas pendían de su arnés hecho a mano, pero sus cuchillos debían haberse quedado en el monolito.

Sus peores heridas se habían curado, y su respiración era lenta y regular, pero seguía con los ojos cerrados y no se movía.

—¿Lei? —dijo Daine.

—El ensalmo se ha agotado. Si sigue inconsciente, no puedo hacer nada más.

Lei se inclinó para observar más de cerca a su paciente.

—Está consciente —dijo Través.

—Y enfadada.

Su voz era basta; su acento, raro; las palabras se mezclaban; y *enfadada*. La mujer abrió los ojos, blanco plateado puro sin iris ni pupila.

Y entonces, todo quedó negro.

La sobrenatural oscuridad era profunda, pero no absoluta. Daine podía ver las vagas formas de Través y Lei entre las sombras. Pero la mujer drow se había desvanecido, había desaparecido en el mismo momento en que se había impuesto la oscuridad.

—Desenvainad las armas. —La elfa oscura hablaba con una cadencia grave y lírica, pero una pausa sugirió que no se hallaba totalmente cómoda con la lengua común—. No debéis morir desarmados.

«Lei nunca va a parar de reprochármelo», pensó Daine. Veía movimiento en las sombras... Través había levantado su ballesta, pero Daine no iba a participar en ese juego.

—No —dijo—. Lei, Través, guardad las armas. No vamos a luchar.

—¿No? —La voz les rodeaba, parecía emerger de las sombras—. ¿No soy merecedora de vuestras armas? Cambiarás de opinión rápidamente.

El golpe fue un martillo en la espalda, una sólida patada que impactó directamente contra su columna vertebral y le arrojó hacia adelante. Se dio la vuelta, pero la mujer se había desvanecido de nuevo entre las sombras. El dolor latió en sus nervios y se vio tentado a ceder a su creciente ira, a desenvainar su espada para darle a esa mujer la batalla que buscaba. Y en ese momento, el risco de Keldan destelló en su mente. La elfa oscura podía ser una desconocida, pero se habían enfrentado al mismo enemigo. Daine había perdido a demasiados de sus compañeros de armas en los dos últimos años como para rendirse ante uno ahora, aunque le considerara su enemigo.

—¿Por qué haces esto? Te hemos salvado la vida.

—¿Que me habéis salvado la vida? —Su voz recordó a Daine el zumbido de los avispones..., musical, pero lleno de furia mortal—. ¿Vosotros?

«¡Cuidado!». Daine se agachó, y esa vez la patada apenas le rozó. Extendió los brazos, tratando de tocarla, pero su mano no halló más que aire vacío.

—¡Ya basta! —gritó Lei, y la luz inundó la sala. Tenía la mano levantada por encima de la cabeza y su guante refulgía con una radiación mágica que hizo añicos las sombras—. ¡Basta de esto! No sé qué te pasa, mujer, pero te he traído de vuelta de la misma entrada a Dolurh. Si quieres volver, ¡puedo enseñarte el camino!

Aunque la luz revelaba la presencia de la mujer drow, ésta no paraba de moverse; era una sombra borrosa. Saltó por el aire, girando por encima de Lei, en una increíble muestra de agilidad. Lei apenas había acabado de hablar cuando una mano oscura apareció alrededor de su garganta.

—Ilumina el camino, tejedora de ensalmos —dijo la drow—. Estoy preparada.

La elfa oscura retenía el cuello de Lei con tres dedos, pero el efecto fue terrible. La artificiera palideció mientras trataba de evitar la asfixia y sus brazos le caían sin fuerza a ambos lados de su cuerpo. La elfa oscura tenía el otro brazo doblado hacia atrás, con los dedos juntos formando un extremo puntiagudo que a Daine le recordó la cola de un escorpión.

Daine sostenía la espada en la mano, aunque no recordaba haberla desenvainado. Junto a él, Través tenía una flecha en la ballesta y una segunda en los dedos, dispuesto a disparar en un abrir y cerrar de ojos. Daine se percató de la ira que se iba acumulando en su interior: si algo le pasaba a Lei, sería culpa suya. Abrió la boca, pero antes de que pudiera decir algo otra voz llenó la sala.

—Tu ira está fuera de lugar —dijo Través. Las palabras eran sibilantes y rápidas, dichas en el idioma de los elfos oscuros. Lakashtai le había dado a Daine el poder de entender la lengua de los drows, aunque no podía hablarla—. Tememos tu furia, pero no sabemos por qué tenemos que enfrentarnos a ella.

Los ojos de la mujer se abrieron un poco más durante una fracción de segundo, pero no le temblaron las manos.

—Estoy harta de esta farsa, hombre de metal —dijo, respondiendo a Través en la lengua drow—. Habéis roto mi camino y he perdido al último de mi sangre. ¡Y fanfarroneáis de vuestra hazaña!

La punta de la flecha de Través no tembló ni por un instante, y su voz era suave y segura.

—No sabemos nada de vuestras costumbres —dijo—. Sólo queríamos salvar la vida de un respetado aliado, y habríamos hecho lo mismo con tus compañeros si hubiéramos podido. Si la muerte es lo que deseas, fácilmente te la podré dar, pero no hagas que Lei pague el precio de tu ignorancia.

—Zzz. —La drow emitió un sonido agudo con la lengua—. Que me des la muerte es algo tan equivocado como que me hayáis dado la vida. ¿Sabes algo del mundo que queda más allá? Habéis roto mi camino a la tierra final y ahora tendré que empezar de nuevo.

—Ésa no era nuestra intención —dijo Través.

La mujer entrecerró los ojos.

—¿Cómo es posible que no sepáis estas cosas? Sois guerreros. ¿Por qué seguir el camino si no buscáis su final?

Través estaba distraído a la mujer, pero los dedos de ésta seguían reteniendo la garganta de la artificiera. Daine veía el dolor y la ira en los ojos de Lei, y ardía como el fuego. Todavía no sabía qué poder se estaba reservando la mujer, pero si se movía

rápidamente podría apartar de un empujón a la distraída elfa de Lei. Apretó con más fuerza la espada y un torrente de adrenalina recorrió su cuerpo. Se preparó para actuar...

Y la esfera se estremeció.

Hasta entonces, el suelo había sido totalmente estable, no se movía como el de un barco y era fácil olvidarse de que se trataba de un vehículo y no de un edificio sin ventanas. Era una falsa seguridad. Se produjo un segundo temblor, y Daine trastabilló tratando de mantenerse en pie. Lei perdió el equilibrio y cayó de rodillas, pero la mujer drow se mantuvo erguida y siguió reteniendo el cuello de Lei. No se trataba de una tormenta. El segundo temblor vino acompañado por un pesado golpe, un gran impacto contra el caparazón exterior.

—¿Qué es esto? —siseó la drow.

—¡¿Harmattan?! —gritó Daine a Través.

—¡Creo que no! —gritó Través en respuesta.

La sala todavía temblaba a causa del impacto, y los y las líneas brillaban con cambiantes dibujos de llamas coloreadas. Través volvió a centrar su atención en la elfa oscura y habló en lengua drow.

—Todos estamos igualmente en peligro, y esa a la que amenazas es la única que puede salvarnos. ¿Es ésta la muerte que deseas?

La sala se estremeció por tercera vez y un pasaje de palabras brillantes escritas en la pared brilló y se apagó con un temblor sobrecogedor. La mujer drow mantuvo perfectamente el equilibrio en mitad del caos, con la mano derecha tras la espalda y preparada para atacar, y los ojos entrecerrados por la concentración.

—No.

Soltó a Lei, y la artificiera cayó al suelo, jadeando y frotándose la garganta. Daine corrió a su lado mientras Través seguía apuntando a la elfa oscura con la ballesta.

Lei se había incorporado valiéndose de un brazo cuando Daine llegó hasta ella. Todavía intentaba recobrar el aliento.

—Centro... del suelo... —dijo entre jadeos.

Las líneas y los símbolos brillantes que cubrían el suelo de la sala le recordaron a Daine los dibujos de magos construyendo cárceles para demonios o espíritus díscolos. Recordó a Lei sentada en la mitad del vasto sello cuando habían abandonado Karul'tash, y la ayudó a llegar al centro del dibujo. Otro impacto estremeció la sala, y esa vez se produjo un temible ruido de cristales rotos. Lei se sentó y el fuego frío del dibujo místico brilló con más fuerza. Daine sintió un cosquilleo gélido en la piel cuando las fuerzas mágicas empezaron a crecer.

—¡Helkad thelora!

Lei tenía los ojos cerrados y la piel brillante por el sudor. Otro ruido y fragmentos de cristal cayeron del techo. Una terrible sensación de vértigo arrastró a Daine, y de repente, se sintió sólido..., como si durante el último día hubiera estado flotando sin darse cuenta y la gravedad hubiera regresado súbitamente. La luz de las inscripciones

relucientes se apagó, y Lei suspiró de manera audible. Todavía respiraba con algunas dificultades, pero su expresión seguía en calma. Parecía que su viaje había terminado.

Se volvió hacia la mujer drow.

—¡Tú! —dijo. Daine seguía sosteniendo la espada y la ira crecía en él. Podría haber jurado que la empuñadura se calentaba en su mano—. ¿Todavía quieres morir?

Aunque desarmada y en inferioridad numérica, la elfa oscura no mostraba señal alguna de miedo. Le miró a los ojos, y Daine sostuvo la espada en lo alto, dispuesto a atacar al primer movimiento. Finalmente, la mujer habló.

—El hombre de metal dice la verdad —contestó—. Ésta no es la muerte que busco. ¿Dónde está la tormenta de cuchillas?

«¿Harmattan?».

—Le hemos dejado atrás al huir del monolito, y no va a salir de ahí.

—¡Entonces, regresemos! —dijo—. Si también es vuestro enemigo, luchemos juntos una vez más. ¡Enfrentémonos a nuestro destino!

—También podemos no volver, dejarle atrapado en el monolito y gozar de una vida larga y fértil —dijo Daine.

La mujer silbó.

—Eres un guerrero. Luchaste contra los unidores de fuego. ¿Y huirás de ese enemigo?

—Por ahora —dijo Través—. Sólo un loco lucha contra un enemigo al que sabe que no puede vencer, y nosotros no le hemos encontrado ningún punto flaco en su armadura. Es nuestra presa, y en su momento caerá, pero esta cacería será larga.

—Entonces, me uniré a vosotros —dijo la mujer—. Tengo que derrotar a esa criatura si quiero encontrar mi camino a la tierra final. Lucharé a vuestro lado y perdonaré los males que me habéis causado.

«Te hemos salvado la vida, granuja desagradecida», pensó Daine. Pero estaban en una tierra desconocida y, pese a sus inconvenientes, era una talentosa guerrera.

—Aceptamos tu generosa oferta —dijo—. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Xu'sasar —respondió—. Hija del escorpión, bendecida por las tres lunas.

—¿Qué te parece si te llamamos Xu?

La mujer volvió a silbar.

—Los extranjeros destruí todo lo que tocáis. Supongo que es natural que también destruyáis la belleza de mi nombre.

—Entonces, Xu. Yo soy Daine. Éste es Través.

—Y yo soy Lei.

El bastón de maderaoscura refulgió en la luz tenue. El golpe alcanzó a Xu'sasar en el cuello con una tremenda fuerza. La elfa oscura salió volando contra la pared. Lei había sacado su bastón de la bolsa mientras los demás hablaban, y ahora estaba junto a Daine con la punta de su arma contra la drow. Daine podría haber jurado que oía un débil canturreo, una preciosa voz justo en el umbral de lo audible.

—Si cambias de opinión con respecto a lo de morirte, dímelo.

Xu'sasar estaba acurrucada contra la pared, dispuesta a saltar, y Daine pensó que la lucha volvería a empezar. Pero la elfa oscura se relajó.

—Buen golpe, tejedora Lei —dijo—. Cuando volvamos a luchar, lo haremos en igualdad de condiciones. —Se volvió hacia Través—. Hombre de metal, ¿dónde da comienzo nuestra cacería?

—Aquí —dijo Lei—. Bienvenidos a Thelanis.

CAPÍTULO  7

NOCHE:
LUNA DEL CAZADOR
Thelanis

«La transición entre planos ha sido completada con éxito, pero este vehículo ha sufrido daños considerables». En ese caso, el comentario de Shira era innecesario. Una red de pequeñas fracturas cruzaba el techo, y polvo y pedazos de cristal cubrían el suelo. Las líneas grabadas en él todavía ardían con luz mística, pero su brillo era débil y parpadeante, y muchos de los sellos de las paredes se habían apagado completamente.

«¿Cuál es el alcance del daño?», pensó Través.

«Cualquier intento de retomar el viaje acabaría con la destrucción del vehículo y de todos sus ocupantes».

Lei, aparentemente, había concluido lo mismo.

—Espero que hayamos llegado al lugar adecuado, porque no creo que este pedazo de cristal vaya a ir a ninguna parte.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Daine, pasando un dedo por la grieta de una de las paredes.

«Un ataque de algún predador nativo del plano etéreo».

«Creía que no había ballenas etéreas comedoras de...».

«No era una ballena».

Por primera vez, Shira había interrumpido su cadena de pensamientos, y fue una sensación inquietante. Pero mientras lo pensaba, sentía que el espíritu se arrepentía.

«Hace mucho tiempo que puedo compartir mis pensamientos. No pretendo interferir tus acciones».

«Pero ¿podrías?».

No hubo respuesta. Shira no era una presencia activa en la mente de Través. Sólo la sentía cuando *hablaba* y, cuando ella decidía desaparecer, a él le resultaba imposible percibir sus pensamientos o emociones.

¿Estaba preocupado?

Un instante antes, le había permitido a Shira que tomara el control de su voz. Había sido Shira quien había llegado a la conclusión de que, tras sus bravuconadas, la mujer drow estaba confundida y asustada, y había sido Shira quien había hablado en la lengua de los elfos oscuros. Mientras Través centraba su atención en la ballesta,

dispuesto a disparar una flecha en cuanto el peligro amenazara a Lei, Shira había hablado a través de él para tratar de calmar a la guerrera drow. Le había pedido permiso, y Través se había sentido como si estuviera al mando de la situación, pero ¿podía Shira tomar su voz en contra de su voluntad?

«Fuimos diseñados para trabajar juntos. —El pensamiento surgió en su mente—. No tengo ningún deseo de arrebatarte la libertad».

«Pero ¿podrías?».

—¿Través?

La voz de Lei sacó a Través de sus ensoñaciones. Tanto Daine como ella le estaban mirando. Normalmente, podía escuchar a Shira y otra conversación al mismo tiempo, pero esa vez se había distraído tanto con la voz interior que se había olvidado del mundo exterior.

«Daine te ha preguntado si estás preparado para explorar».

—Sí, capitán, estoy listo —dijo Través—. Mis disculpas, Lei. Últimamente he tenido muchos quebraderos de cabeza.

Daine asintió, pero Través vio la preocupación —¿o era recelo?— en sus ojos.

—Bueno, Lei —dijo Daine—, abre.

Lei puso la mano en el centro del suelo.

—*Doreshk tul'kas* —murmuró, invocando los poderes de la esfera.

Una luz surgió bajo la mano de Lei y se desplazó hasta la pared. Un instante después, el cristal se separó de la luz y se abrió una salida al mundo exterior.

Y la noche entró.

Sólo se oía susurrar al viento, pero el cambio en la atmósfera fue absoluto. El aire de Thelanis era húmedo e intenso, cargado con el olor de la hierba y la lluvia reciente. Karul'tash y la cápsula de cristal eran sitios secos y estériles, y sus tres compañeros se detuvieron a disfrutar de la brisa fresca. Través no respiraba. Aunque notó el cambio de temperatura y humedad, no sintió ningún placer; las sensaciones eran solamente información. Miró de soslayo a Daine y recibió un asentimiento de confirmación. Con la ballesta en la mano, Través se deslizó por la abertura y salió al mundo.

El suelo estaba frío bajo sus pies; terreno blando, juncos cubiertos de rocío. Través dio un paso a su izquierda con la espalda contra la cubierta de cristal de la esfera y contempló los alrededores. Parecían estar en mitad de una vasta y ondulada extensión de terreno. Había algunos arbustos aquí y allá, pero no se veían árboles. Lo que saltaba a la vista eran las piedras. Esas formaciones rocosas grises variaban enormemente de tamaño, e iban de guijarros más pequeños que la cabeza de Través a inmensas colinas que empequeñecían el vehículo. Débiles rastros de luz alumbraban las piedras con alguna clase de fosforescencia; parecía que fueran fantasmas encaramándose a las piedras de granito. El cielo era del negro puro de la noche, sin nubes. Una multitud de estrellas cubría la bóveda celeste y rodeaba una única luna: un orbe más grande que cualquiera de las doce lunas de Eberon. Dorada pálida, la

débil radiación que emanaba cubría el páramo.

Través rodeó la esfera. Las llanuras se extendían en todas direcciones. Aunque las formaciones rocosas ofrecían una fácil cobertura a los enemigos, Través no vio ningún movimiento. Regresó a la salida de la esfera y le hizo un gesto a Daine: despejado.

Daine abandonó el orbe con las dos armas desenvainadas y preparadas. Lei le siguió blandiendo su bastón. Través oyó claramente un gemido cuando la artificiera pasó junto a él.

Cuando Través se quedó mirando el bastón de maderaoscura, un pensamiento le vino a la cabeza. «Los poderes del objeto están enmascarados y no pueden determinarse». Sintió un vago destello de frustración, y tuvo la seguridad de que aquello era un eco del orgullo herido de Shira. Al principio pensó que el espíritu no tenía emociones, que era una entidad puramente analítica, pero cuanto más se comunicaban más sentía Través que estaba comprendiendo mejor la personalidad del espíritu. Volvió a mirar el bastón de Lei. La cabeza estaba esculpida para parecer el rostro de una mujer duende con rasgos delicados, cuyo pelo largo se trenzaba alrededor del mango del bastón. La cara estaba vuelta hacia él, y Través tuvo la sensación de que le observaba.

—¡Por el martillo de Onatar! —dijo Lei entre dientes.

Le había dado la espalda al paisaje y estaba mirando la esfera. Través siguió su mirada. Nunca había adoptado la costumbre de maldecir, pero era fácil ver qué había provocado esas palabras de Lei. En la cubierta había un cráter tan grande que Través se podría haber introducido en él, y las grietas cubrían toda la superficie.

—¿Puedes explicar eso? —dijo Daine.

Lei negó con la cabeza; tenía los ojos abiertos de par en par.

—Es mi primera excursión por el éter, me temo.

—Y esperemos que la última, si siempre son así de divertidas.

—Bueno, no vamos a volver a utilizar esta esfera —dijo Lei. Pasó un dedo por la cubierta—. Francamente, me sorprende que no se hiciera añicos al impactar contra la barrera del plano.

—Las estrellas no están bien.

Ninguno de ellos había visto cómo la mujer drow había salido de la esfera, pero de alguna forma se había deslizado entre los demás. Ahora estaba a una docena de pies de distancia mirando el cielo. El viento agitaba su largo cabello plateado.

—Así es, princesa —dijo Daine—. Ya no estamos en Xen'drik.

Xu'sasar contempló las estrellas con una fiera intensidad. Finalmente, se volvió hacia ellos.

—Matemos algo —dijo.

Daine y Lei intercambiaron una mirada.

—¿Por qué íbamos a hacer eso? —dijo Lei.

Xu'sasar frunció el entrecejo, claramente confusa por la pregunta.

—Es la forma más sencilla de conocer la naturaleza de este lugar.

—¿Has oído hablar alguna vez de los mapas? —preguntó Daine, negando con la cabeza—. Través, no sé adonde vamos, pero quiero más información. Dame un círculo, una legua alrededor de nuestra posición actual. Sé rápido y silencioso, y... —dijo, y miró de soslayo a Xu'sasar— no mates nada a menos que sea imprescindible.

—Comprendido —dijo Través.

—Ve con cuidado si ves luces —dijo Lei—. Las leyendas sobre Thelanis mencionan con frecuencia faroles flotantes que tratan de llevar a los mortales por mal camino.

—Comprendido.

—Y yo te acompañaré, por si hay algo que matar —dijo Xu'sasar.

—O te quedarás aquí —repuso Daine—. Lo único que quiero es información.

—Razón por la que...

—Dejarás que sea Través quien lo haga —concluyó Daine—. ¿Quieres matar al montón de chatarra andante que hemos dejado en Xen'drik? Entonces, tenemos que trabajar juntos. Y cuando digo «trabajar juntos» quiero decir que harás lo que yo diga.

Xu'sasar no dijo nada. Volvió a contemplar las estrellas.

—Través, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí.

Través se tomó un momento para contemplar las piedras que rodeaban la esfera de cristal, fijando las formas y los perfiles en su memoria. Quería asegurarse de que encontraría el camino de regreso. Después, se adentró en la oscuridad, otra sombra en la noche.



Través ya había visto que las piedras más pequeñas que había en el campo eran del tamaño de su cabeza. Sólo cuando se acercó más a uno de esos guijarros se dio cuenta de que era una cabeza..., un rostro esculpido mirando al cielo. La primera que encontró era la cara de un elfo, con rasgos delicados y largas orejas puntiagudas; los ojos de ese ídolo de piedra estaban cubiertos de musgo fosforescente, brillante en la oscuridad. La cabeza estaba medio enterrada en el suelo, y Través se preguntó si podía ser la cara de una estatua de cuerpo entero enterrada en la tierra.

«¿Algo que añadir?».

«Escóndete». El pensamiento de Shira pareció brusco y no respondió más preguntas.

El del elfo de granito fue sólo el primero de los semblantes que Través se

encontró en su recorrido por la llanura. Un niño humano, un gnomo arrugado, un enano con barba luminiscente... Través no encontró un patrón en su ubicación, ningún rasgo común salvo el hecho de que todos miraban a la luna. Sólo cuando llegó a la cumbre de una pequeña colina pudo contemplar desde arriba una de las formaciones rocosas más grandes, y entonces se dio cuenta. Todas eran caras. Los rasgos de las piedras más grandes eran burdos y granulados, y parecían ser obra del viento y el clima, y no del martillo y del cincel; pero a pesar de todo eran reconocibles como cabezas humanoides con pelo trazado en el musgo brillante. El silencio reinaba en la llanura. Había una total ausencia de sonidos de insectos, de cantos de pájaros. Sólo Través caminando por un valle de caras.

Las caras no fueron lo único que Través encontró en su exploración de la llanura. La región podía ser tranquila y silenciosa, pero no estaba vacía. Los rastros en la hierba húmeda eran casi invisibles, pero Través había detectado comandos de Valenar en los bosques de Cyre y veía las huellas de su paso: grandes, caninas... Lobos, seguramente, aunque del tamaño de ponis. De manera ocasional, Través advertía huellas de caballo, pero éstas eran viejas y débiles, y estaban muy separadas entre sí, como si los caballos saltaran varios cientos de pies con cada paso.

Llevaba caminando casi un cuarto de hora cuando oyó los aullidos.

Los aullidos eran profundos, voces de perros de caza y no de lobos. El sonido procedía de un lugar más cercano de lo que Través había esperado a juzgar por la debilidad de las huellas. Al cabo de un momento de silencio, los aullidos empezaron de nuevo, más cerca todavía. Través ya tenía la espalda contra una de las grandes piedras; avanzó hasta el árido borde de la formación y encontró un saliente a buena distancia del suelo. El explorador colocó una flecha en la ballesta y esperó.

Los perros llegaron. Eran dos, ambos más grandes que cualquier perro de presa que Través hubiera visto antes. Tenían el pelo denso y brillante, del color de la sangre fresca y húmeda. El hocico, las orejas y las patas eran más oscuras y pastosas, como si la sangre se hubiera secado y apelmazado. Los ojos de los animales eran de color rubí pálido, brillantes a la luz de la luna, y de la nariz del primero salió vaho cuando olfateó el aire.

Través permaneció totalmente inmóvil. Ambos perros bajaron la cabeza y olisquearon la hierba. Estando seguro de que habían detectado su olor, Través evaluó los mejores ángulos de ataque. Tenía la confianza de que los animales no podrían alcanzarle en ese saliente, pero ignoraba qué refuerzos podrían traer si escapaban. Uno de los perros levantó la cabeza y su mirada se fijó en Través. Cuando empezó a abrir la boca para aullar, Través disparó.

Xu'sasar golpeó antes de que la flecha llegara a su blanco.

Pareció materializarse de la misma noche, dejando una estela de sombras tras su piel, como neblina. No iba armada, pero no importaba. Su codo impactó contra la garganta del perro con una tremenda fuerza, e interrumpió el aullido antes de que empezara. Sus dedos rígidos se lanzaron contra los ojos del animal y golpearon con la

rapidez de un escorpión, pero Través apartó la mirada antes de que el ataque llegara a su fin; el segundo perro seguía libre. No tenía de qué preocuparse. Ese animal no era tan despierto como su compañero, y todavía estaba volviéndose hacia la drow cuando una de las flechas de Través le atravesó el cuello. La segunda flecha derribó al suelo a la bestia, pero para su sorpresa no se quedó ahí mucho tiempo. Era como si la criatura estuviera hecha de sangre. Se disolvió y fluyó por la hierba. Una mirada confirmó que la presa de Xu'sasar había tenido el mismo destino.

Través saltó del saliente y se arrodilló para observar la hierba. Todavía se estaban evaporando restos de sangre. Hasta el rastro dejado por los animales era débil, como si sus pies apenas hubieran tocado el suelo. La sangre que había quedado en las flechas desapareció rápidamente. Al cabo de un momento, no había señal alguna de la batalla.

—Daine te ha dicho que te quedaras con ellos —dijo sin mirar a Xu'sasar.

—No es de mi familia —respondió ella, encaminándose hacia él. Sus pies descalzos eran silenciosos sobre la hierba, y su voz, una canción susurrada—. Tenía ganas de cazar y encontrar información. Y he hecho ambas cosas.

—¿Qué has descubierto?

Través sentía una genuina curiosidad. La mujer drow parecía extremadamente complacida consigo misma.

—Todos estamos muertos —dijo, exultante.

CAPÍTULO 8

NOCHE:
LUNA DEL CAZADOR
Thelanis

La bolsa de Lei era mucho más grande de lo que parecía. Durante el tiempo en que estuvo en el ejército, Lei llevaba en ella los víveres de su escuadrón. Ahora se aseguraba de que contuviera siempre una serie de herramientas místicas. Dispuso esos pertrechos sobre una manta: pedazos de madera grabada, piedras semipreciosas pulidas, sobres con hierbas raras, partes del cuerpo de extrañas criaturas conservadas, pedazos de papiro cubiertos de intrincados grifos y otras cosas por el estilo. Sacó de la bolsa un pequeño fragmento de cuarzo y empezó a pulverizarlo en un mortero

—¡Maldita drow!

Daine había tardado unos minutos en darse cuenta de que Xu'sasar había desaparecido. Adondequiera que hubiera ido, lo había hecho sin dejar rastro. El capitán rodeó la esfera una docena de veces en busca de señales de vida. La llanura estaba vacía y en silencio; el único movimiento procedía de la ligera brisa que agitaba la hierba. Al cabo de un rato, se sentó junto a Lei.

—Te dije que no recogieras a niños descarriados —dijo la artificiera.

—Sé que no es fácil llevarse bien con alguien que acaba de intentar matarte —dijo Daine—, pero las cosas no son siempre sencillas. Cuando nos conocimos, la retuve a punta de cuchillo, traté de utilizarla como rehén. Y a pesar de ello luchó para liberarte de los unidores de fuego.

—Bueno, si consigue que la maten lo único que habré perdido será un ensalmo de sanación —dijo Lei—. Si vuelve, creo que tú deberías ser el siguiente rehén.

—Al menos tengo algo que esperar. —Daine contempló el improvisado taller de magia de Lei—. ¿Esto nos va a llevar a casa?

—No es tan sencillo.

—Inténtalo.

—Sé que es posible caminar de Thelanis a Khorvaire —dijo Lei. Añadió unos cuantos pelos de bigote de verynx al mortero y siguió con su trabajo—. Hay lugares blandos entre los mundos; lo único que tenemos que hacer es encontrar uno. Pero... es como decir que hay un árbol en Breland que tiene las raíces de oro. Thelanis es otro mundo, Daine. Es otro nivel de realidad, y el tiempo y la distancia pueden no funcionar del modo en que estamos acostumbrados. Si vagamos a ciegas, podemos

tardar años en encontrar el camino a casa.

—Pero has tenido una idea.

—Bueno..., no tenemos más posibilidades que el propio Viajero, pero sí, tengo una idea.

Daine dejó la daga en el suelo y dobló el brazo por encima del hombro para rascarse la espalda.

—Te escucho.

—Necesitamos una visión oracular.

—¿Y?

—Los augurios y la adivinación son formas de magia. Los sacerdotes que practican la verdadera adivinación piden a los dioses su guía.

Daine frunció el entrecejo.

—¿Me estás diciendo que nuestra única esperanza está en manos de los Soberanos?

La voz de Daine era fría. La religión era un tema que prefería evitar. Daine era un devoto seguidor de la Llama de plata cuando Lei y él se conocieron, pero en el transcurso de la guerra había ido dando la espalda lentamente a la Llama y las creencias en poderes elevados. Lei todavía recordaba el día en las ruinas de Cyre en que Daine había roto su arco; nunca le había visto tocar una flecha desde entonces. Lei comprendía esa amargura. Tras la estela de la guerra había conocido a mucha gente que pensaba que ningún dios justo permitiría que sucediera un horror como aquél. Pero Lei todavía creía en los Soberanos. La Última guerra era obra de manos humanas. Lei no creía en la predestinación. No aceptaba la idea de que las manos divinas daban forma a todos los acontecimientos de Eberon. Los Soberanos eran ideales, y eran una fuente de inspiración. Onatar podía guiar las manos del artesano, pero era el artesano quien decidía hacer una espada en lugar de una pala. En ese momento, con todo, la inspiración podía ser lo único que necesitaran.

—En absoluto. Pero la adivinación funciona, Daine. Sea la guía de Aureon, la Llama de plata o alguna forma pura del conocimiento, hay un poder ahí afuera que podemos convocar para que nos dirija.

—Si fuéramos sacerdotes —dijo Daine con la voz todavía cargada de amargura.

—El poder es poder. —Lei encontró una botellita de agua pura y la añadió a la mezcla—. Si esto funciona... Bueno, debería mandar la pregunta al éter. No sé qué responderá, si es que lo hace. Pero es la única idea que tengo.

—¿Y si funciona?

—Nos dan un empujoncito en la dirección correcta, que es más de lo que tenemos.

—¿Y después?

Lei estaba acostumbrada al sarcasmo de Daine. Ese tono calmado y serio era impropio de él.

—¿Qué quieres decir?

Daine se volvió a rascar la espalda.

—Anoche hablé de nuevo con Jode.

—Fue un sueño...

—Quizá lo fuera. Pero tenía razón. ¿Qué pasó en Xen'drik, Lei? ¿Qué hicimos?

Lei sintió frío de repente.

—Eso ya ha terminado.

—¿Ya ha terminado? Lakashtai se tomó muchas molestias para llevarnos a Xen'drik, Lei. No sabemos por qué, y no me gusta. Hemos perdido una batalla y ni siquiera sabíamos que estábamos en guerra. Al menos, quiero comprender por qué estamos luchando.

El corazón de Lei martilleaba. Con sólo pensar en los acontecimientos de los días anteriores se puso a sudar. Tendió la mano para coger una varita, pero le temblaron los dedos y volcó un frasquito de ojos de lagarto, que se vertieron sobre la manta.

Daine le cogió la mano.

—¿Qué pasa?

—No..., no lo sé —dijo—. Es que...

Lei trató de desentrañar sus pensamientos, de centrarse en ese último encuentro con Lakashtai, pero no pudo. Había una muralla en su mente, e intentar acercarse al tema la llenaba de pavor. El vértigo la inundó y tuvo que apoyarse en el suelo con la mano libre. Entonces, tocó el bastón de madera oscura, que estaba junto a la manta.

Se quedó rígida, estupefacta, cuando sus dedos contactaron con la madera. Una oleada de pura ira emergió del bastón e impactó con la muralla que había en su interior. El tiempo se desplomó. Oyó la voz preocupada de Daine y el débil sonido de una melodía, pero la sensación exterior estaba empujada por la guerra que tenía lugar en su mente. El bastón era un pozo sin fondo de ira y dolor, y esas emociones se vertieron dentro de Lei. La presión aumentó, expulsando todos los pensamientos conscientes, y después sintió que algo se rompía en su interior. El miedo y la ira retrocedieron y la dejaron débil y vacía.

Lentamente, cobró conciencia de lo que la rodeaba. Estaba agarrada al bastón, las manos apretaban el mango y los nudillos se veían blancos de la presión. Daine la abrazaba, sosteniéndola, mientras le susurraba sonidos reconfortantes al oído. Muchos de los objetos que había dispuesto sobre la manta estaban volcados o rotos; parecía que el abrazo de Daine era algo más que una forma de reconfortarla.

—Estoy... bien —dijo, y su voz le sonó rara, brusca.

Lei miró el bastón. Quizá era un engaño de la luz de la luna, pero la cara esculpida parecía especialmente vivida, con los ojos llenos de pena.

—¿Estás segura? —Daine siguió abrazándola, y ahora Lei se relajó y se recostó contra él—. ¿Qué ha pasado?

Mientras Lei buscaba respuestas en su alma, empezaron a regresar los recuerdos de una voz que le susurraba a su mente en las profundidades de Karul'tash, una voz a la que era imposible resistirse.

—Creo que ha sido Lakashtai. —Sintió que Daine se ponía rígido al oír ese nombre—. En Karul'tash..., le hizo algo a mi mente, me obligó a seguir sus instrucciones. Debe haberme implantado una especie de defensa, una coacción mental para impedirme recordar lo que he hecho.

—¡Llama! —maldijo Daine—. Si está en tus sueños...

—No creo que lo esté —dijo Lei.

A regañadientes, se soltó del abrazo de Daine. Pese a lo reconfortantes que eran sus brazos, necesitaba ponerse en pie, recuperar el equilibrio. Utilizó el bastón para levantarse. No obstante su respuesta anterior, en ese momento parecía un simple pedazo de madera.

Aquella no era la primera vez en que el bastón mostraba habilidades ocultas. Cuando se habían enfrentado a un desollador de mentes, en las profundidades de Sharn, la canción del bastón los había protegido, a Daine y a ella, de los poderes mentales del monstruo. Lei se había pasado días tratando de desentrañar sus secretos, estudiándolo con todas las técnicas místicas a su disposición, pero todo había sido en vano. Había magia en su interior, pero no podía identificar su naturaleza o qué acontecimientos eran necesarios para provocar su liberación. El bastón se lo había dado su tío Jura, un hombre que había sido expulsado de la casa por casarse con una dríada. Ella nunca había tenido mucha relación con Jura, pero había oído un puñado de rumores inquietantes. El último era que la esposa de Jura había muerto en circunstancias misteriosas, y que había sido una dríada unida a un árbol de maderaoscura.

Lei se quedó mirando el bastón, la cara tallada. «¿Tienes una historia que contar?».

No hubo respuesta. Ninguna canción, ningún movimiento. Sólo una pesarosa cara tallada en maderaoscura.

—¿Estás segura de que no estás herida?

Daine estaba tras ella; sentía su aliento cálido contra su cuello.

Ella asintió y dio un paso adelante, alejándose de él.

—Estoy bien. No sé qué me hizo Lakashtai, pero ya se me ha pasado.

—¿Y tu recuerdo?

Lei apretó con más tuerza el bastón, pero no era necesario. El miedo antinatural había desaparecido por completo. Dejó que su mente regresara al caos de Karul'tash.

«Cristales. Pedazos de cristal. Fragmentos de una esfera». Pero había más. Cuando había tenido los pedazos de cristal en la mano, había visto algo en su interior. Del mismo modo en que podía percibir las energías mágicas de un forjado al utilizar sus dones para repararlo, podía sentir el dibujo de la esfera, lo que había sido en el pasado, el estado al que anhelaba regresar.

—Una luna —susurró—. Rompieron la luna.

—¿De qué estás hablando?

La artificiera trató de extraer la imagen de su mente. El dibujo era dolorosamente

complejo, más intrincado de lo que Lei había tratado jamás de crear. Por un momento, temió que se tragaría sus pensamientos. Insistió, tratando de hacerse fuerte con conceptos familiares: palabras, números, historias.

—Las leyendas dicen que en el pasado había trece lunas sobre Eberron —dijo.

—¿Y hemos perdido una desde entonces?

—Sí —dijo Lei, todavía esforzándose por controlar sus pensamientos—. Algunos creen que los planos están unidos a las lunas. Lakashtai dijo que el monolito era un lugar en el que los gigantes construían sus armas para la guerra. Creo que decía la verdad. El pilar central fue diseñado para que fuera posible viajar entre planos. La esfera que restauré debía impedirlo.

Daine frunció el entrecejo. La teoría mágica no era ni mucho menos su especialidad.

—¿Cómo? Trata de explicarte.

—La esfera... estaba diseñada para representar la luna y el plano de Dal Quor. Se llama magia comprensiva, aunque nunca había oído que se utilizara a esa escala. Creo que destruyendo la esfera, cortaron la conexión con Dal Quor y expulsaron a los espíritus.

—¿Y la luna?

—¿Desapareció? ¿Se fue a otro plano? Sólo son suposiciones.

Daine asintió.

—¿Y Lakashtai controló tu mente para arreglar eso?

—Sí. Pero hay más. Fue muy complejo. Yo no soy capaz de reparar algo así, sin embargo, por alguna razón sabía qué hacer. Era como si el conocimiento estuviera oculto en mi interior y Lakashtai hubiese expulsado el resto de mis pensamientos y lo hubiera hecho aflorar. —Recordó ese momento, su total concentración en reparar los daños..., y tuvo una segunda revelación—. Daine..., yo me he curado la mano.

—¿Qué?

—No sé cómo. Pero lo que me hizo Lakashtai... cuando reparé esa esfera, me ha curado también a mí.

—¿Cómo es eso posible? —dijo Daine—. Has dicho que ni Jode sería capaz de curar una herida como ésa.

—No. Ni yo tampoco. ¡No lo sé!

Daine alzó las manos.

—Vayamos por pasos. Dices que esos gigantes muertos utilizaban esa esfera para detener las invasiones.

—Eso creo.

—¿Y Lakashtai... es una de esas invasoras?

—No lo sé. ¡Tenemos que hablar con un kalashtar!

Daine negó con la cabeza.

—¿Después de todo por lo que hemos pasado? Eso es lo último que estoy dispuesto a hacer. No obstante, esto empieza a tener sentido. Cuando Gerrion nos

separó, Lakashtai se puso furiosa. Casi le mató. ¿Y si todo eso, todo ese viaje a Xen'drik, era un montaje para llevarte a ti allí?

—¿Qué? —Lei negó con la cabeza—. Tú estabas enfermo...

—¿Y si me hizo enfermar ella? En Karul'tash, dijo que nunca tuvo que ver conmigo. Dijo: «A veces, la mejor forma de conseguir tus objetivos es amenazar a otra pieza». No te podría haber convencido de ir a Xen'drik tú sola. Pero sabía que lo harías...

—Para salvarte. —Lei suspiró—. Y nosotros le seguimos el juego. Pero ¿por qué no me volvió loca a mí? ¿Y por qué yo, de todos modos? No soy ni mucho menos la mejor artificiera de Sharn, y no digamos del mundo.

—Quizá...

Un nuevo sonido interrumpió la especulación de Daine. Era débil, distante, pero en mitad del silencio de la noche, podría haber sido una estruendosa explosión.

Se repitió. El aullido lejano de un perro.

—Será mejor que nos preparemos para tener compañía —dijo Daine—. ¿Cuánto tiempo necesitas para acabar ese oráculo?

Lei contempló las herramientas esparcidas en busca de la mezcla en la que había estado trabajando. Por suerte, la tenía cerca. En medio de aquel caos, el mortero estaba incólume.

—Ya está listo. Y si tenemos que pelear, será mejor que lo utilice ahora.

Daine asintió.

—Métete en la esfera. Yo vigilaré la puerta. Esperemos que Través y nuestra discola drow regresen antes de que eso llegue hasta aquí. De todos modos, en cuanto termines, quiero que prepares un ensalmo cegador y que fortalezcas tu armadura. Hace días que vamos a la carrera. Esta vez, debemos estar preparados para la batalla.

Lei saludó rápidamente a Daine.

—Sí, capitán Daine.

La artificiera entró en el vehículo, y Daine bloqueó la entrada. Mirando hacia atrás, Lei vio algo raro. Daine estaba de espaldas a ella, contemplando la llanura, y observó una rara marca en la base de su cuello. Fue sólo un breve destello, un estallido de color negro y rojo surgiendo de su chaqueta de malla, el extremo de un moratón ensangrentado.

Pero no había tiempo para examinar heridas. Colocó el mortero delante de ella y se sentó en el suelo. Buscó en los bolsillos de su bolsa, sacó una larga cerilla y prendió fuego al contenido del mortero, del que salió una nube de humo aromático. Lei cerró los ojos e inspiró el vapor, tratando de dejar que sus pensamientos vagaran para liberarse del estrés de los últimos días y las pasadas horas. Quizá fuera sólo su imaginación, pero transcurridos unos instantes sintió que una presencia la rodeaba, una fuerza que observaba, escuchaba. Lei trató de hablar, de abrir los ojos, pero su cuerpo parecía no responderle, distante.

«¿Qué hacemos?», pensó.

La respuesta fue inmediata. Los pensamientos parecieron llenar el mundo...

«Tus respuestas están en el crepúsculo, más allá de las Puertas de la Noche. Corazón Oscuro debe probar la sangre del Cazador. Ella conoce el camino, y ella es la llave».

Con esas palabras, la presencia desapareció, y los ojos de Lei se abrieron de repente. Los últimos restos de humo estaban desvaneciéndose, saliendo por la puerta de la esfera. Lei estaba mareada, y las palabras «Corazón Oscuro» seguían en sus pensamientos. Pero habría tiempo para considerar ese acertijo en el futuro: Daine le había dado órdenes y tenía que prepararse para la batalla.



CAPÍTULO 9

NOCHE:
LUNA DEL CAZADOR
Thelanis

Daine tenía la mirada fija en las llanuras, en busca de cualquier señal de movimiento. No había visto nada desde que había oído el aullido distante de los perros. Pero ahora estaba claro que no estaban solos..., y los gritos le parecían de perros de caza. Tendrían problemas, estaba seguro de eso. Era sólo cuestión de tiempo.

Sin embargo, la posibilidad de una lucha era un alivio. Estar solo con Lei era un gozo y una tortura al mismo tiempo. En el momento en el que Lei había tenido el ataque, Daine había sentido una terrible impotencia. Era un hombre con una espada, y poco podía hacer cuando el combate era mágico. Y Lei... Daine sabía que ella se preocupaba por él. En ocasiones, ella bajaba la guardia, se permitía mostrar sus emociones. Pero después se apartaba de él, imponía una distancia entre ambos. Sabía cuál era el problema: la sangre. Lei era una heredera de la casa Cannith y portaba la Marca de hacedores. Daine había nacido en el seno de la casa Deneith, y aunque no portaba la Marca del centinela, la sangre de la casa estaba en sus venas. Se decía que mezclar la sangre de dos casas conducía invariablemente a engendrar un hijo portador de una Marca de dragón aberrante. Daine nunca había dado mucha credibilidad a esas historias o a las leyendas que hablaban de las malignas consecuencias de portar una marca aberrante..., hasta que se había establecido en Sharn. En el transcurso del año anterior se había enfrentado a miembros de una banda formada por gente con marcas aberrantes, un grupo que se hacía llamar casa Tarkanan. Más allá de los poderes que les daban sus marcas, mucha de esa gente era inquietante o demente. Daine todavía recordaba la chica mediana sentada bajo una mesa hablando con sus ratas y la carne podrida del guerrero tarkanán que casi había matado a Daine con sólo tocarle.

Lei había sido expulsada de su casa, mientras que Daine le había dado la espalda a su familia. Pero su sangre seguía ahí, y era una barrera que Daine no podía atravesar.

Un sonido rasgó el silencio: la llamada de un cantante del ocaso *cyr*. Era una señal. Través había regresado. Daine hizo la llamada de respuesta con el mensaje de que el camino estaba despejado, y el soldado forjado salió de las sombras que procuraba una inmensa formación rocosa. Mientras Través se acercaba, Daine vio que Xu'sasar iba con él. La elfa oscura era casi invisible de noche.

—Informa —dijo en voz baja.

—Nos hemos encontrado con dos animales hostiles —dijo Través. Hablando rápidamente y con concisión, describió el encuentro con los raros perros y cómo había terminado la batalla—. Atacamos con presteza y con la ventaja del elemento sorpresa —concluyó—. Pero las huellas que encontré sugieren que hay otras criaturas ahí fuera.

—Y tú —dijo Daine, volviéndose hacia Xu'sasar—. ¿No he hablado claro? «Quédate aquí. No hagas nada».

La mujer era un pie más baja que Daine, pero alzó la mirada hacia él sin rastro de arrepentimiento.

—Tú no eres de mi familia. Querías información y la he obtenido.

—Escucho.

—Estúpidamente quisisteis salvarme la vida —dijo Xu'sasar—. Y sin embargo, fracasasteis. Ésta es la primera de las fierras Finales, el campo de caza, donde los espíritus de los muertos honorables vienen en busca de un juicio.

—¿Qué te hace decir eso?

—Entre los qaltiar, la vida es una preparación para la muerte y lo que hay más allá de ella. Me han enseñado los caminos de las fierras Finales desde que fui nombrada cazadora. La luna no se ha movido desde que hemos llegado. Se pueden ver las caras de los caídos enterradas en el suelo, y los espíritus vigilantes ardiendo en el cielo.

Daine alzó la mirada.

—A eso lo llamamos estrellas.

—Entonces, eres un idiota —dijo Xu'sasar—. ¿Has visto alguna vez estrellas de ese tamaño y ese color, brillando con tanta fuerza a la luz de la luna?

Daine frunció el entrecejo. Tenía razón. La luna era llena y brillante; la luz debería haber oscurecido las estrellas. Pero cada una de ellas era un tea ardiendo; brillaban más que las que había visto en Eberon.

—Sigue —dijo.

—¿No sientes la energía que nos rodea? —Xu'sasar levantó una mano; los ojos le relucían a la luz de la luna—. ¿No percibes la verdad de este lugar? Hemos visto los perros de sangre. Este es el campo de caza. Aquí debemos probar nuestro valor en la batalla, ganarnos el paso o permanecer una eternidad contemplando nuestro fracaso.

Lei salió de la esfera y se colocó detrás de Daine.

—Eso es ridículo —dijo—. Las almas de los muertos van a Dolurh. No hay pruebas. Ni castigo. Vas a Dolurh y los recuerdos de tu vida desaparecen.

Xu'sasar pareció desconcertada.

—¿Por qué?

—No hay un porqué —dijo Lei—. Es lo que sucede. También podrías preguntar por qué la gente se muere.

La drow suspiró y a Daine le pareció un gesto desdeñoso.

—La muerte es sólo el principio. Si no sabes eso, no me extraña que vuestra gente vaya a ese... lugar de desaparición. Habéis sido bendecidos. Sin duda, es vuestra muerte junto a mí lo que os ha otorgado el paso al campo de caza.

Un nuevo sonido llenó el aire: un cuerno distante alzándose contra la oscuridad.

Un cuerno de caza.

El aullido de los perros volvió a empezar. Y esa vez había claramente más de dos. Aquello era una jauría completa.

—¿Lo veis? —Xu'sasar se cruzó de brazos—. El Cazador se acerca. Mis hechos me han traído aquí, pero sólo vosotros podéis obtener el paso final.

Daine miró a Lei, que puso los ojos en blanco.

—No estamos muertos —dijo—. Te lo dije: hay portales a Thelanis en Eberon. Alguno de los suyos debe haber encontrado uno, haberlo cruzado casualmente y haberse inventado esa historia.

—Está bien —intervino Daine—. En este momento, no me importa si estamos vivos o muertos. Pero no quiero estar más muerto de lo que estoy.

—Hay destinos mucho peores que la muerte —dijo Xu'sasar al mismo tiempo que volvía a sonar el cuerno, esa vez más cerca—, peor incluso que vuestra lánguida muerte por desaparición. Luchad bien y con fiereza.

—¡No sabemos a quién nos enfrentamos! —exclamó Lei—. No sabemos si se trata de tu Cazador. No sabemos si quiere hacernos daño.

—Quizá vosotros no —dijo Xu'sasar—, pero yo sí. Y ha terminado el momento de hablar.

Se volvió y caminó alrededor de la esfera; al dar la vuelta, las sombras parecieron engullirla.

Daine cogió a Lei por el hombro antes de que atacara a la elfa oscura.

—Basta —dijo—. Tienes razón. No conocemos la situación y prefiero no ser el primero en golpear. Través, quiero que ocupes una posición elevada.

Través alzó la mirada hacia el cráter abierto en la cubierta de la esfera de cristal. Daine asintió, y el forjado sacó la ballesta, escaló por el vehículo y se agachó en el interior de la oquedad.

Daine se volvió hacia Lei.

—¿Has hecho el ensalmo?

Lei apartó la mano izquierda del mango del bastón y le enseñó un glifo dorado pintado en la palma de su guante.

—Bien. Somos extranjeros aquí, y diga lo que diga la Princesa Xu, no vamos a atacar a menos que ellos hagan el primer movimiento. Pero si somos cercados por una jauría de perros hambrientos...

—De acuerdo —dijo Lei.

—De lo contrario, mejor pasar desapercibidos, creo. —Desenvainó la espada y la daga—. Contra la pared. Si alguno de vosotros es herido de gravedad, que vaya al interior de la esfera. Lei, ¿puedes cerrar la abertura?

—Creo que sí.

—Entonces, ése es nuestro reducto. Preparaos para retroceder si es necesario. ¡Eso va por ti, Xu! —gritó.

La mujer drow no se veía por ninguna parte.

—Te he dicho que no... —dijo Lei.

—Estás celosa porque sabe más de la otra vida que tú —repuso Daine.

—¡No estamos muertos!

—Pues sigamos así. —El aullido de los perros sonó más cerca todavía—. Preparados.

La jauría apareció a la vista.

Siete perros de presa avanzaban en perfecta formación de cuña. Se movían sobrecogedoramente al unísono, con todos los movimientos alineados de forma precisa. A pesar de su aparente tamaño, los perros se movían con una fluida elegancia. Recordando el relato de Través, Daine se preguntó si los animales estarían hechos de carne o si serían puramente sangre en forma de perro.

Un solo jinete salió de su escondite tras una formación rocosa. Justo detrás de los perros. Alto y delgado, el hombre cabalgaba en un esbelto semental negro; la capa brillaba a la luz de la luna. El Cazador llevaba una lanza corta en la mano derecha, y en la izquierda... Daine tuvo que pararse a mirar para estar seguro de que sus ojos no le estaban engañando; había creído que el hombre había cogido la luna del cielo y la utilizaba como escudo. La luna seguía brillando en lo alto, pero el disco en el brazo del Cazador era un perfecto espejo de ella, dorado y refulgente.

El escudo parecía ahuyentar la luz del jinete; ni siquiera cuando estuvo cerca pudo Daine ver más que una silueta que de vez en cuando chisporroteaba con un destello de plata u oro.

—Través —gritó—, si hay problemas, quiero que primero abatas al caballo.

—De acuerdo.

El jinete superó la última formación rocosa, y Daine se dio cuenta de que el Cazador llevaba una volátil capa negra tachonada con estrellas brillantes. Una camisa de malla cubría su torso, negro oscuro destellando a la luz de su escudo. Una gran capucha ocultaba su cara.

Mientras Daine se preparaba para un ataque, vio que éste no se iba a producir. El jinete no hizo ninguna señal, pero el caballo y los perros ralentizaron su avance. Éstos se abrieron formando una media luna, tres a cada lado, y se detuvieron a unos cuantos pasos de la esfera. El séptimo perro, el más grande, caminó orgullosamente junto al oscuro jinete.

El Cazador se paró a media docena de pasos de Daine y bajó la lanza. Llevaba una máscara esculpida en piedra que mostraba la cara de un hombre con la barba bien peinada. Tenía el labio retorcido en una sonrisa desdeñosa, y sus rasgos inmóviles sugerían arrogancia y crueldad; pero una banda de líquen luminiscente surgía de un ojo formando una solitaria lágrima.

—He venido a por la señora Corazón Oscuro —dijo el Cazador. Su boca estaba oculta tras la máscara de piedra, pero su voz era un trueno que resonó en las llanuras—. Entregadla, y haré que esta cacería sea caballerosa.



CAPÍTULO 10

NOCHE:
LUNA DEL CAZADOR
THELANIS
«¿Corazón Oscuro?»

Los pensamientos de Lei se aceleraron. Cuando su tío Jura fue expulsado de la casa Cannith, adoptó el nombre de Corazón Oscuro y llamó a su casa Bosque del Corazón Oscuro. ¿Era su mujer esa señora Corazón Oscuro? Si era así... «Corazón Oscuro debe probar la sangre del Cazador».

—Qué generoso —dijo Daine—. Pero no encontrarás lo que buscas aquí. Y no conozco a ninguna señora Corazón Oscuro a menos que te refieras a la chica drow que acecha entre las sombras y que busca el modo de acabar contigo.

El desconocido se rió bajo su desdeñosa máscara. Su escudo brillante debería haber iluminado su cara, pero en lugar de eso parecía ahuyentar la luz de él.

—¿No sabes quién camina a tu lado? Venga, señora. Tu prometido te espera. Estaba hablándole a Lei.

«¿Prometido? ¿Se refería a Hadran?». Un año atrás, Lei se había prometido con el señor Hadran d’Cannith, un rico artificiero de Sharn. Había sido asesinado antes de que Lei llegara a Sharn... y habían creído que Tashana era la responsable. Pero ahora todo parecía dudoso. ¿Podía haber alguna enloquecida verdad en las leyendas de Xu’sasar? ¿Podía ser aquélla la tierra de la muerte?

Los ojos de Daine revolotearon hacia Lei, pero no iba a dejar que el enemigo la distrajera.

—¿Quién eres, exactamente? —dijo—. ¿Qué te hace pensar que te permitiremos irte con la dama?

El Cazador volvió a reírse.

—Mi nombre no es cosa tuya, mortal. Soy el noveno hermano de la Noche y cabalgo bajo la Luna del Cazador. Vengo de parte del Hombre de Bosque, para llevarme a su novia.

Lei sintió una creciente ira, un resentimiento que se formaba en el bastón y se distribuía por sus nervios. Dio un paso adelante ignorando el gesto brusco de Daine. Quería atacar, golpear con la punta del bastón la tierna carne que había debajo de la máscara de piedra, pero reprimió esas emociones desconocidas.

—¿Cómo es que me conoces?

El efecto fue dramático. El caballo del Cazador retrocedió, y cada uno de los perros dio un paso atrás, gimoteando. La cara de piedra del jinete ocultaba su verdadera expresión, pero su lanza giró para apuntarla.

—Es de veras triste en lo que os habéis convertido —dijo. Su voz profunda estaba llena de pena—. Pero el Hombre del Bosque os aceptará de todos modos, creo.

Lei no recordaba haberse acercado al jinete. El bastón se llenó de rabia y su furia anegó todo pensamiento racional. Lei estaba junto a Daine y, al cabo de un segundo, arremetía contra el oscuro jinete, descargando toda su fuerza con una rápida embestida.

Presa de la ira, se movió con una asombrosa rapidez. Pero el Cazador no tardó en reaccionar. Hombre y caballo se movían como uno solo. El semental se echó hacia un lado y el jinete alzó su escudo lunar.

El impacto fue escalofriante. Un trueno resonó en el valle, como si el mismo cielo estuviera indignado.

El bastón aulló.

Fue un sonido terrible, un lamento lleno de agonía y pena. El grito desgarró la esperanza y dejó un horrible vacío, una sensación de condena. Pese al dolor que le provocó, Lei se dio cuenta de que sólo sentía una versión reducida de la desesperación que estaba arrojando sobre el Cazador y sus perros de presa. El jinete cayó ante ella, desfalleciendo ante la fuerza del gemido. Después de eso, los perros de sangre atacaron.

—Esperaba escoltaros, señora —gritó el Cazador bajo el continuado gemido del bastón—, pero os llevaré por la fuerza si es necesario.

Lei dejó que la furia la guiara. El primer perro en llegar hasta ella saltó por los aires con la intención de embestirla. El golpe de Lei impactó en el pecho del animal y se hundió en la carne como si el bastón fuera una lanza. Mientras Lei retrocedía por la fuerza del impacto, pareció que el perro hervía; líneas de calor se erizaron a su alrededor. Un instante después, explotó, y Lei sintió cómo la sangre caliente le salpicaba la cara.

La artificiera se llevó la mano a los ojos para limpiarse la sangre y se distrajo en el momento crucial. Un segundo perro la embistió, la arrojó al suelo y cayó sobre su pecho. Le arrancó el bastón de las manos. El gemido se interrumpió repentinamente, y la fuerza y la ira de Lei se apagaron. El perro se movió con una rapidez cegadora. Le golpeó el cuello con los dientes manchados de sangre. Sus poderosas fauces se cerraron, apretaron... y fracasaron.

Antes de la batalla, Daine había ordenado a Lei que tejiera un encantamiento de protección en su chaleco, y esa magia dispersó lo más fuerte del ataque. El dolor era intenso, y Lei jadeó, pero el perro no pudo atravesar la armadura. Tomó una bocanada de aire y la criatura cayó de espaldas al ser alcanzada por las flechas de Través. Se disolvió y la presión desapareció al mismo tiempo que la sangre corría por el pecho de Lei.

Xu'sasar danzó entre los perros, atacando con las rodillas y los codos. Lei oyó el ruido sordo de la ballesta de Través antes de que las flechas punzaran el aire a su alrededor. Luego, vio al semental negro cargando contra ella.

En otro momento de su vida, Lei habría estado aterrorizada. Pero después de todo por lo que había pasado en los últimos días, un hombre a caballo no iba a conseguir asustarla. Vio la máscara de piedra del Cazador, la solitaria lágrima brillando a la luz de la luna, la punta de plata de su lanza apuntando a su corazón y los cascos del caballo desgarrando el suelo al correr hacia ella. Había perdido el bastón y no había tiempo de alcanzarlo. Estaba desarmada.

Pero en la palma de su mano izquierda había un glifo dorado.

Alzando la mano, extendió sus pensamientos para tocar el poder que había tejido en el guante. El símbolo explotó con un estallido de luz y alcanzó a caballo y jinete con una rociada brillante. Miles de motas doradas llenaron el aire, y después la luz se condensó alrededor del Cazador y su montura, y los cubrió a ambos con una capa de polvo refulgente. El semental se detuvo con un traspíe, dando tumbos a ciegas y golpeando el suelo con los cascos. Dos flechas de Través canturrearon por el aire: una de ellas estaba dirigida a un ojo del semental; la segunda se clavó en la garganta del jinete. Ambas flechas se partieron al impactar. El Cazador apenas pareció percatarse del golpe.

—¡Al diablo! —gritó el Cazador. Su voz retumbó en las llanuras. Negó con la cabeza, pero el polvo mágico no podía ser eliminado con tanta facilidad—. ¡Este engaño no me impedirá hacerme con mi señora!

—Entonces, probemos un nuevo truco.

Daine saltó detrás del Cazador y le rodeó el cuello con el brazo. El semental cegado se revolvió y saltó, pero el capitán se agarró al Cazador con una adusta determinación. Los dos forcejearon, y Daine derribó al jinete de la montura; ambos acabaron rodando sobre la hierba. El Cazador rugió con ira. Se volvió y alcanzó a Daine con un golpe de revés de su escudo; el hombre era mucho más fuerte de lo que sugería su esbeltez, y el ataque hizo que Daine saliera volando.

—¡Tus armas no pueden herirme! —El Cazador blandió la lanza, y su voz pareció descender del cielo—. ¡Soy el Señor de la noche! ¡Soy...!

—Hablas demasiado —dijo Lei.

Daine le había dado tiempo, y ella se había puesto en pie y había recuperado el bastón de madera oscura. Mientras el airado caballero aullaba de furia, le golpeó la espalda con el bastón. De nuevo, la madera partió el metal y la carne con la facilidad de la lanza más afilada. El aterrador grito del bastón de madera oscura se mezcló con el aullido de dolor del Cazador, que cayó de rodillas y alzó las manos para coger la cabeza de madera que sobresalía de su pecho. Aunque su voz fue un susurro, Lei le oyó perfectamente.

—Mi señora —dijo entre dientes—, parece que merecáis vuestro destino.

Y después, desapareció.

Caballo, jinete, perros..., toda la jauría se desvaneció. Hasta los rastros de sangre estaban desapareciendo rápidamente. Sólo una cosa quedó: una cara de piedra mirando hacia arriba en el lugar en el que había estado el Cazador, con una solitaria lágrima descendiendo por su mejilla. Al principio, Lei pensó que era la máscara del Cazador, pero cuando la empujó un poco con el pie, descubrió que estaba firmemente agarrada al suelo.

El bastón se había sumido en el silencio, pero Lei percibía sus emociones. Había en él una cierta satisfacción, la sensación de victoria. Pero esa impresión se veía empañada por un tremendo dolor y una persistente ira.

—¿Hola? —susurró Lei.

La artificiera sintió un leve parpadeo de emoción, el más leve reconocimiento..., pero no hubo ninguna palabra a modo de respuesta. ¿Podía hablar? Giró el bastón para poder mirar directamente a los ojos de la cara tallada. Antes de que pudiera decir nada, una mano le cogió el brazo y la volvió.

—¿Quieres decirme qué ha pasado aquí? —Daine tenía un corte en el cuero cabelludo y la sangre le caía por la frente—. Hasta ahora, creía que podía confiar en que acatarías mis órdenes. —Aunque estaba enfadado, por encima de todo se le veía preocupado.

—Yo... no puedo explicarlo.

—Inténtalo. ¿Prometido? Hadran está muerto.

—También nosotros —señaló Xu'sasar.

La mujer drow estaba ayudando a Través a recuperar las flechas esparcidas por el campo de batalla. La mayoría estaban intactas, y dadas las circunstancias, no podían permitirse desperdiciar ninguna.

Lei negó con la cabeza.

—Sigo sin creérmelo.

—Pero ellos te conocían.

—No lo creo —dijo Lei—. Me parece que conocían esto. —Alzó el bastón entre ellos.

—Sigue.

—¿Recuerdas a mi tío Jura? Jura... Corazón Oscuro.

Daine asintió lentamente.

—Dijiste que su mujer había muerto.

—Y que era una dríada —dijo Lei, volviendo la cara del bastón hacia Daine—. Creo que parte de ella está aquí dentro.

—¿Es un bastón hechizado?

Lei se encogió de hombros.

—Las dríadas están vinculadas a los árboles. Si esto procede del corazón de su árbol... No lo sé. Pero quizá podríamos dejar la conversación para otro momento.

—¿Por qué?

—Ella no quiere hablar de eso.

Desde la desaparición del Cazador, la presencia del bastón parecía mucho más fuerte, y en el transcurso de la conversación, Lei se había dado cuenta de que la incomodidad del espíritu aumentaba.

Daine miró de soslayo a Través.

—¿Soy yo el único sin un amigo imaginario?

—Quizá deberías preguntárselo a Jode.

—Buen argumento —dijo Daine con un suspiro—. ¿Qué hacemos ahora?

—Sin duda, tenemos otra batalla que librar —intervino Xu'sasar, metiendo la cabeza entre el grupo—. No creo que hayamos derrotado totalmente al Cazador, y todavía tenemos que ganarnos el paso. Más sangre debe ser derramada.

«He tenido suficiente por hoy», pensó Lei. La sangre de los perros se había evaporado casi por completo, pero el recuerdo de la sangre caliente cubriendo su piel era demasiado reciente.

—No —dijo—. La visión que tuve decía que las respuestas están en el crepúsculo. Más allá de las Puertas de la Noche.

Para consternación de Lei, Daine miró de soslayo a Xu'sasar.

—Ella no sabe nada de ese lugar... —empezó a decir Lei, pero la drow la interrumpió.

—¿El espíritu te dijo eso? —Su voz musical era grave y seria. Xu'sasar era una cabeza más baja que Lei, y se acercó y alzó la mirada hacia sus ojos.

—Supongo que se podría decir que sí...

La mujer drow levantó una mano y la puso sobre la frente de Lei. Tenía la piel suave y fresca al tacto. Lei se preguntó si la sangre de los elfos oscuros era más fría que la de los humanos. Entonces, Xu'sasar alzó la otra mano y tocó la cara de la dríada tallada.

—Pregúntaselo —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Pregúntaselo. A esta torturada cuyo espíritu ha sido encerrado en la madera. Es de este mundo. Puede enseñarnos el camino al Ocaso.

Lei frunció el entrecejo. No le gustaba la mujer drow. Lei había aprendido la teoría de los planos en las Torres de los Doce y no quería debatir con una salvaje de la jungla. El problema era que esa vez Xu'sasar estaba en lo cierto. «Corazón Oscuro conoce el camino».

Miró el bastón.

—¿Puedes guiarnos a las Puertas de la Noche? —dijo.

Y el espíritu les mostró el camino.



CAPÍTULO 11

NOCHE:
LUNA DEL CAZADOR
THELANIS

Daine vio la luz de la luna en el filo de su espada y observó cómo relucía en el acero. En el caos de los acontecimientos recientes no había tenido tiempo para estudiarlo, pero sabía que algo había cambiado. No era que sintiera una presencia viva en el arma, gracias a los Soberanos; entre el bastón que gemía de Lei y el raro comportamiento de Través, lo último que Daine quería era otro espíritu. Con todo, percibía alguna fuerza en el interior de su arma, un poder que no podía alcanzar con su mente consciente, al que sólo podía recurrir en momentos de ira. Unos días antes, el traidor Gerrion se había quedado estupefacto cuando había tratado de partir la espada con la daga de Daine, una hoja adamantina forjada por los Cannith, que debería haber quebrado el acero con facilidad. En Karul'tash, Daine se había visto llevado por la ira y el miedo al ver a Lei en peligro. De alguna forma, las emociones se habían introducido en la espada. Había derribado al asesino forjado con un solo golpe. Debería estar contento con ello; parecía tener una poderosa arma a su disposición. Y sin embargo, no le gustaban los misterios. ¿Cuáles eran los límites de ese poder? ¿Cómo podía controlarlo? ¿Y cuál era su origen? Daine había heredado la espada de su abuelo, y si tenía una historia legendaria, Daine nunca había oído hablar de ella. Pero parecía que eran muchas las cosas que Daine no sabía.

Otro pensamiento, un débil temor, le reconcomía. Cuando Daine y sus compañeros habían llegado a Sharn, Jode había empeñado la espada de Daine. Algún tiempo después, la había recuperado de manos de Alina Lorridan Lyrris, una gnomo con un considerable talento para la magia. Daine había rayado el sello de la casa Deneith de la empuñadura al abandonar la casa, pero Alina lo había restaurado y había reparado la espada. En ese momento, la espada estaba en mejores condiciones que cuando Daine la había recibido. Alina era una manipuladora por naturaleza. Mientras trabajaba para aumentar su riqueza y su poder, su pasatiempo favorito era jugar con las vidas de las demás, y sin duda, no era conocida por su altruismo. Alina no hacía nada sin una razón.

¿Por qué, pues, se había tomado la molestia de encontrar la espada y de devolvérsela a Daine?

Además, ¿cómo podía saber que aquélla era su espada? El equilibrio era perfecto. Pese a haber sido restaurada, era la viva imagen de la espada que su abuelo había

blandido en el campo de batalla. Con todo, ¿era posible que Alina le hubiera dado otra espada?

Daine suspiró.

Lei lideraba el grupo por las llanuras rocosas con el bastón ante sí como si fuera una antorcha. De vez en cuando, el bastón murmuraba, un gemido melódico que hacía sentir escalofríos a Daine. Después de su experiencia con el Cazador, se sorprendía estudiando cada cara de piedra enterrada en el suelo con suspicacia, preguntándose si un nuevo guerrero podía surgir de la tierra.

—¿Queda mucho? —gritó Daine.

—No lo sé —respondió Lei—. No habla. Sólo percibo emociones. No sé lo que estamos buscando ni cuánto tardaremos en encontrarlo. Es sólo... —Se detuvo y cambió de dirección—. Por aquí.

—¡Ahí fuera no hay nada! —Daine señaló el paisaje que había ante ellos. La luz de la luna llena salpicaba las llanuras e iluminaba lo que parecía una infinita extensión de hierba y piedras—. ¿Qué estamos buscando?

—El Ocaso.

Xu'sasar y Través habían estado en la retaguardia. Ambos parecían bien entrenados en las artes del sigilo y el acecho. Daine no se había percatado de que la mujer drow se acercaba, pero ahora estaba entre Lei y él.

—Los espíritus dicen que tenemos que encontrar el camino al crepúsculo. Vagamos por la noche más oscura y nos encaminamos hacia el día.

—¿Lei?

Lei se encogió de hombros.

—¡Ojalá supiera más cosas!, pero eso es lo que oí en la visión. Las respuestas están en el crepúsculo.

—¿Por qué no acampamos y esperamos a que amanezca?

Xu'sasar suspiró ruidosamente.

—¿Es verdad que sabes tan poco de este mundo?

Daine reprimió un comentario irritado. Casi toda su experiencia estaba en el campo de batalla, pero en sus tratos con los oficiales enemigos había aprendido a interpretar a sus oponentes y percibió que había algo que Xu'sasar no quería compartir. Tenía miedo. La mujer drow había perdido a sus compañeros y se encontraba entre un grupo de desconocidos que se la habían llevado de su mundo. No quería reconocerlo, pero Daine vio el miedo tras su máscara despreocupada. La agresividad de Xu'sasar, su búsqueda de conflictos, era el modo en que reprimía el terror. Daine tenía que respetar sus habilidades. Aunque Xu'sasar era al menos un pie más baja que Daine, pesaba mucho menos, iba desarmada y apenas le quedaba armadura, se había enfrentado a tres de los perros del Cazador y había acabado con dos con sus manos desnudas. Era difícil reconciliar esa proeza mortal con su aspecto juvenil.

—No, Xu'sasar. No sé nada de este mundo —dijo al fin—. Ilústreme.

—Esto es la noche —dijo Xu'sasar—. Aunque lo que buscáramos fuera el amanecer, no vendría a nosotros. El amanecer hay que encontrarlo. Es así en las tierras Finales. En la vida, pasamos a través de los tiempos, el mundo siempre cambia a nuestro alrededor. No en las fierras Finales. La profundidad de la noche es un lugar, como lo son el amanecer y el ocaso. Tenemos que movernos por la noche, y tenemos que pagar nuestro paso con sangre.

—¿El Cazador?

—Puede regresar. Es un espíritu de la tierra y no se le destruye fácilmente. A pesar del silencio que nos rodea, el Cazador y sus perros no son las únicas criaturas que, además de nosotros, caminan por esta luna. Los espíritus de la locura y los espíritus del pasado nos observan y pueden mandarnos pruebas mortales para comprobar nuestro valor.

—Maravilloso —dijo Daine—. Teniendo eso en cuenta, ¿por qué no te encargas de vigilar nuestro flanco izquierdo?

—¿Flanco? —repitió la mujer drow, estupefacta. Su conocimiento de la lengua común era bueno, pero, al parecer, no perfecto.

—Sígueme. Vigila. ¿Por aquí?

La elfa oscura chasqueó la lengua.

—Comprendo. —Se deslizó y dejó a Daine a solas con Lei.

—¿Qué opinas? —dijo Daine—. Parece saber algo, pero me cuesta trabajo creer en la palabra de una mujer que desea que estemos muertos.

—Sigo pensando que es una coincidencia —respondió Lei, volviendo a cambiar de dirección—. Los elfos sulatar creen que el reino de luego fue una especie de paraíso. Thelanis toca a Eberon en muchos sitios. Conozco docenas de leyendas relacionadas con el reino de los videntes. A eso se reduce todo: historias que su gente ha desarrollado sobre el viaje entre planos, deformadas a través del tiempo. No está mintiendo. Sólo está viendo las cosas por medio de la lente de la superstición.

—¿Y todo eso de encontrar el amanecer?

—Creo que en eso tiene razón. Mira la luna. Llevamos horas caminando y no se ha movido lo más mínimo. Nada ha cambiado. No sé qué decir sobre lo de comprar el paso con sangre, ni sé adonde nos está llevando mi bastón. Pero sabe adonde tenemos que ir, así que sugiero que lo seguimos.

Daine alzó la mirada para contemplar la luna. Observó el cielo, frunció el entrecejo, cogió a Lei por un hombro y la detuvo.

—¿Qué? —dijo ella, malhumorada.

—¿No has dicho que íbamos a ver faroles flotantes?

—Sí.

—Mira hacia arriba.

Un puñado de luces flotaba en el firmamento, un vuelo controlado distinto de los rápidos movimientos de una estrella fugaz. Esas luces estaban suspendidas en la oscuridad del cielo, y era imposible juzgar su tamaño; ¿serían inmensos orbes

flotando a millas del suelo o pequeñas chispas desplazándose a poca altura por encima de sus cabezas? Fueran lo que fueran, se movían hacia el grupo.

—¡A cubierto! —gritó Daine. Se lanzó contra una inmensa formación rocosa y empujó a Lei consigo.

Un trío de estrellas pasó entre ellos a gran velocidad. Ahora las luces se movían más cerca del suelo, y Daine pudo verlas con mayor detenimiento. El brillo intenso dificultaba mirar directamente a los orbes, pero Daine se dio cuenta de que eran bolas de energía, del tamaño de su cabeza más o menos. Cada orbe se movía con la velocidad de un búho cazador, con una precisión asombrosa. Daine se mantuvo oculto, con la espalda contra la piedra y la espada en la mano. Junto a él, el bastón de maderaoscura cantaba en voz baja. Daine no entendía las palabras que susurraba, pero reconocía una alerta cuando la oía.

Los orbes pasaron ante Daine. Se alzaron en el aire, y él creyó que esas estrellas caídas iban a regresar al cielo. Después, cambiaron de dirección, modificando su velocidad y su trayectoria para lanzarse hacia Daine y Lei.

Los orbes eran rápidos, pero los aliados de Daine lo eran más. Antes de que las esferas pudieran recortar la distancia, apareció Xu'sasar corriendo por la llanura y, saltando en el aire, trazó un asombroso arco que pareció desafiar la gravedad. Las sombras se retorcieron alrededor de sus puños cuando golpeó una de las estrellas caídas. Mientras Xu'sasar regresaba a la tierra, tres flechas atravesaron la noche. Todas ellas impactaron contra el mismo globo que Xu'sasar había atacado. Las flechas hendieron el globo y, por un instante, pareció que no habían surtido efecto. Pero entonces la esfera se hizo añicos en un brillante estallido de luz. Una catarata de estrellas doradas cayó al suelo y se desvaneció rápidamente.

Los orbes podían ser heridos. Pero fueran lo que fueran esos espíritus, no estaban indefensos. Las dos luces restantes orbitaron alrededor de Xu'sasar, y después, en un abrir y cerrar de ojos, se lanzaron hacia ella y atravesaron a la elfa oscura. La luz parpadeó y la electricidad crepitó. El olor a tormenta y carne quemada llenó el aire, y aunque Xu'sasar no gritó de dolor, su tambaleo era prueba suficiente de su agonía. Mientras uno de los espíritus seguía girando alrededor de la mujer herida, el segundo se lanzó contra Daine. Era un rayo de pura energía, y entre la velocidad y el brillo, resultaba casi imposible mirarlo. Daine se quedó inmóvil. Todavía tenía la mano en el hombro de Lei, y sin pensar, se lo apretó más. Su presencia le llenaba de una calidez reconfortante, y esa fuerza pareció manar hacia el interior de su espada.

Atacó en el mismo instante en que Lei golpeaba con el bastón de maderaoscura. Ambos ataques impactaron en el objetivo, y el orbe se hizo añicos y se convirtió en mil sombras doradas. Sintió un estallido de alegría y miró a Lei. Su bastón se había quedado en silencio, y la sonrisa de Lei prendió un fuego en su corazón. Pero no había tiempo para regodearse en ese tipo de emociones.

Volviendo su atención a la lucha, vislumbró brevemente el tercer orbe, que rodeaba la roca que Daine y Lei estaban utilizando como escudo. Xu'sasar ya iba tras

ella, y aunque Daine tenía sus recelos —«¿Puede estar llevándonos hacia una emboscada?»—, se lanzó tras ella desenvainando la daga. Dobló la esquina tan rápidamente como pudo, con las dos armas preparadas para golpear contra su enemigo.

E igual de rápidamente lamentó la decisión.

Daine había esperado enfrentarse a la luz dotante. Había pensado que podía haber más de esos orbes fantasmales, un escuadrón de espíritus a la espera. Y aunque las luces habían herido a Xu'sasar, parecían un tanto frágiles, y el capitán estaba dispuesto a enfrentarse con más de ellas.

El escorpión fue una sorpresa.

Daine no lograba entender cómo la criatura se había acercado tanto a ellos sin que se dieran cuenta. Era del tamaño de un carromato. Sus inmensas pinzas parecían tener la fuerza necesaria para partir a un hombre en dos, y su aguijón era una larga lanza que brillaba con barniz morado. Placas opalescentes pálidas que parecían capturar la luz de la luna cubrían su cuerpo, más gruesas que cualquier armadura que Daine se hubiera puesto jamás. Su cola se alzaba muy por encima de su cabeza, y un pánico en estado puro se apoderó del corazón de Daine, un terror crudo y primario, al ver esa monstruosidad arácnida. Retrocedió dando traspiés antes de lograr aplacar el miedo, dominar sus emociones y alzar las armas. Su mente ya corría en busca de una táctica que le permitiera vencer a ese monstruo.

Y entonces, el monstruo habló.

—Lo habéis hecho bien, guerreros —dijo—, pero vuestras pruebas acaban de empezar.



CAPÍTULO 12

NOCHE:
LUNA DEL CAZADOR
THELANIS

La noche le susurró a Xu'sasar: el viento más débil mecía al junco cubierto de rocío. Los humanos a los que seguía no le hacían caso. Continuaban murmurando en su lengua bárbara, ajenos a las maravillas que les rodeaban. Ella sentía la brisa y sabía lo que era, el aliento de los espíritus más elevados y un aviso. Escuchó, tratando de discernir las palabras del viento, pero lo único que encontró fue una vaga sensación de inquietud, de peligro por venir.

Eso la complació.

Los recuerdos de Xu'sasar eran una suma de conflictos y luchas. Su pueblo siempre estaba en busca de una nueva presa, y nunca había escasez de enemigos. Todavía iba a la espalda de su madre cuando vio a su primer gigante. La fortaleza de aquella bestia no fue suficiente para la velocidad y el talento de la gente de Xu'sasar, y no sintió más que alegría cuando su madre danzó entre los mecanismos de la batalla. Aprendió la danza en cuanto pudo caminar. Había perseguido pájaros tilxin bajo el dosel de la jungla, saltando de arbusto en arbusto para seguir el vuelo de las pequeñas criaturas. Había luchado contra gigantes y se había enfrentado a unidores de fuego, serpientes de sueños y criaturas que caminaban como hombres, pero luchaban como insectos. Y había cazado a extranjeros que trataban de saquear las ruinas antiguas. A veces, su tribu luchaba contra esos extraños, como había hecho con ese Daine cuando había aparecido. En otras ocasiones, se limitaban a seguirlos, se convertían en su sombra, y sólo golpeaban si los espíritus lo exigían. Aunque los humanos raramente eran una víctima valiosa, a Xu'sasar le gustaban esas largas cacerías, y después de muchos ciclos, incluso había aprendido su lengua común, aunque le parecía dolorosamente lenta y torpe.

Xu'sasar no sabía lo que encontraría bajo esa luna. De todos modos..., aquel era un campo de caza, la primera de las Tierras Finales. Allí demostraría quién era. Allí se ganaría el paso al siguiente reino, y al siguiente, hasta que se reuniera con su pueblo en los campos de la lucha infinita. Era la última de su tribu, y con su muerte, los jalaq qaltiar habían dejado atrás Eberon. Ahora su obligación era honrar a su tribu en la muerte y abrirse paso hasta la última batalla. Mientras se movía por la noche, estudiaba las caras de piedra enterradas en la tierra y se enorgullecía del hecho

de que ninguna de ellas fuera qaltiar.

El viento susurró de nuevo, y Xu'sasar vio movimientos en el cielo. Un trío de brillantes chispas se habían descolgado del firmamento y descendían hacia el suelo.

«Volutas vagantes». Mientras se cubría contra la cara de piedra de la formación rocosa más cercana, recordó las palabras del Contador de Cuentos al hablar de los muchos peligros de las tierras Finales: «Restos de los caídos, unidos al cielo como otros están enterrados en la tierra. Son embusteros que os llevarán a la ciénaga o a la batalla. No los subestiméis; arden con los celos, y este fuego es tan mortal como cualquier espada».

Esas volutas no estaban interesadas en el engaño. Pasaron más allá de Daine y Lei, después cambiaron de trayectoria y regresaron rápidamente hacia los humanos.

Xu'sasar no pensó en ningún momento en abandonar a los extranjeros a su destino. Opinara lo que opinara de sus gestos sin elegancia y de sus estúpidas ideas, eran sus compañeros en la caza final. «Un cazador que deja morir a sus camaradas no es un guerrero».

A partir de ese momento, todos sus pensamientos estuvieron concentrados en su víctima. La distancia era irrelevante. Xu'sasar era una con el viento, y saltó por los aires sin preocuparse por la altura; su pasión por la presa tiró de ella. Ascendiendo en su interior, Xu'sasar convocó a la oscuridad que era derecho de nacimiento de los drows, la fría noche que consumía la luz y la vida. Las sombras rodearon su puño, y ella golpeó el corazón de la esfera brillante.

Aquella no era una criatura de carne y sangre. Xu'sasar sintió una débil resistencia cuando su mano atravesó a su víctima, como si le hubiera dado un puñetazo a una bola de agua. Carne o no, sintió que un pulso de agonía irradiaba del espíritu cuando la oscuridad atravesó la luz. Xu'sasar giró en el aire y cayó, volviéndose para enfrentarse a las volutas al mismo tiempo que preparaba su aterrizaje.

Tres flechas canturrearon en el aire y redujeron la ya débil voluta a una catarata de polvo en llamas. Sin duda, ese arquero creía que le estaba haciendo un favor, pero Xu'sasar no esperaba el ataque. Todavía tenía que aprender las tácticas utilizadas por esos tres, y uno de los suyos nunca le habría robado a Xu'sasar su presa de ese modo. Por un instante, perdió la concentración, y eso fue todo lo que las volutas necesitaron. Se produjo un estallido de luz, rápido como un rayo, y una voluta impactó contra Xu'sasar y atravesó su pecho.

La agonía recorrió cada uno de sus músculos. El dolor se dobló cuando la segunda voluta la atravesó. Sintió la furia en estado puro del espíritu, y esa ira barrió sus pensamientos al mismo tiempo que su luz cegadora quemaba su carne. La tortura habría arrancado un grito de la garganta de un débil extranjero, pero Xu'sasar era un fantasma de la guerra de los qaltiar, una cazadora endurecida por el ritual. Había superado incontables pruebas, y los ancianos habían quemado las guardias espirituales en su piel con el veneno sagrado del mismísimo Vulkoor. Xu'sasar

convocó los recuerdos incrustados en esos pálidos tatuajes y la fuerza de sus triunfos acalló el dolor de sus heridas. Su visión se aclaró y se volvió para enfrentarse a sus enemigos.

Los espíritus se separaron; uno se dirigió hacia los humanos mientras el otro trazaba círculos alrededor de Xu'sasar. Era rápido como el rayo, pero Xu'sasar había luchado con gigantes que podían arrancar tormentas del cielo, y había esquivado rayos antes.

Dejó que su mente se quedara en blanco, hasta que su enemigo fuera el mundo. La voluta destelló ante ella, pero parecía arrastrarse por el aire; lo único necesario para echarla de su camino era el más ligero de los movimientos, y Xu'sasar introdujo la palma de su mano en el reluciente globo cuando pasó. Por un instante, deseó tener consigo sus cuchillos, las largas dagas que habían pertenecido a su abuela antes que a ella, pero no le sorprendió que se viera obligada a enfrentarse a las pruebas de las Tierras Finales sin más arma que sus manos y sus pies. Tenía que demostrar la fortaleza de su espíritu y su conocimiento de las enseñanzas de Vulkoor. Esa raro que los extranjeros pudieran tener consigo sus herramientas, pero ellos eran blandos y débiles, y no era de sorprender que no se les exigiera tanto como a los hijos de la noche.

El cazador de metal insistía en ayudar a Xu'sasar. Una flecha atravesó el corazón de la voluta, pero este segundo ataque fue insuficiente para hacer añicos el orbe. Advirtió un destello de luz en un extremo de su campo visual cuando los humanos derribaron a su enemigo. La última voluta no quería compartir el destino de sus compañeras y huyó a toda velocidad por la llanura. Xu'sasar corrió tras ella, dejando que la velocidad de pantera fluyera por sus piernas. Oyó una advertencia en lo más recóndito de su mente —«son embusteros»—, pero la emoción de la caza se había apoderado de ella, y su enemigo no iba a escapar. A cada paso la distancia entre las dos se reducía. La voluta giró tras una formación rocosa, y ella la persiguió y dobló la esquina.

El escorpión la estaba esperando.

Los jalaq qaltiar reverenciaban a muchos espíritus, pero el mayor entre ellos era el escorpión, conocido como Vulkoor, en su lengua. Muchas lecciones podían aprender de Vulkoor, y el escorpión compartía su armadura y su veneno con los drows. Muchas tribus se negaban a escuchar a otro espíritu que no fuera el escorpión, y su padre había sido muerto en una batalla con drows que consideraban que las creencias panteístas de los qaltiar eran heréticas. Por un instante, Xu'sasar se quedó paralizada de miedo. «Ha venido a castigarme».

Entonces, habló. Al principio, ella creyó que hablaba en la lengua de su pueblo, después se dio cuenta de que no oía palabras, que simplemente conocía su significado, como si su lengua fuera tan primaria que dejara a un lado todo conocimiento mortal.

—Lo habéis hecho bien, guerreros —dijo. Su voz era profunda y fuerte, y su

mero sonido pareció alejar el eco de dolor que Xu'sasar todavía sentía en el pecho—, pero vuestras pruebas acaban de empezar.

Los humanos habían aparecido tras la formación rocosa con el cazador de metal detrás de ellos. Xu'sasar tenía que actuar rápidamente. Esos extranjeros eran idiotas en cuestiones de espíritus, y era probable que el hombre blandiera su espada y los condenara a todos. Xu'sasar se puso de rodillas y alzó las manos.

—Perdona a esta gente su ignorancia, gran Vulkoor —dijo—. En tu sabiduría, les has dejado recorrer este camino. Dinos qué debemos hacer para llegar a la batalla infinita.

—¿Qué batalla infin...? —dijo Daine, pero el poderoso espíritu le interrumpió.

—Me honras, Xu'sasar del juramento roto, pero estás equivocada en muchas cosas. No soy más que un sirviente de Vulkoor. Los más elevados espíritus no pueden ser conocidos en esta vida, ni siquiera por los que son como yo. El camino que recorres no lleva a la lucha infinita. Aunque cruzas las fierras Finales, todavía tienes una obligación en las tierras de los vivos.

Xu'sasar se tambaleó. ¿Cómo podía estar tan cerca de su destino —tan cerca de su reunión con los caídos de su pueblo— y tener que darse la vuelta? ¿Iba a reencarnarse en una forma inferior? Un millar de gritos resonaron en su mente, pero nadie podía contradecir las palabras de un espíritu tan grande.

Al parecer, nadie se lo había dicho a Daine.

—¿De modo que no estamos muertos?

Xu'sasar casi golpeó al burdo humano. Si irritaba al espíritu, la reencarnación sería el menor de los castigos que podía infligirles. Pero el escorpión no se movió, y cuando habló, no había rastro de malicia en su voz.

—No estáis muertos, viajero, aunque todavía tenéis ante vosotros muchos peligros, y no os prometeré que vayáis a sobrevivir para ver la luz de la tarde.

Daine pensó en ello.

—Y tampoco tienes planeado... comernos, destrozarnos, casarte con nosotros, ni nada por el estilo, ¿verdad?

—Sólo soy un mensajero, mandado para guiaros y aconsejaros.

—¿Mandado por quién? —dijo Lei.

En lugar de mostrarse agradecida, parecía suspicaz. Todavía tenía el bastón en lo alto, como si pudiera enfrentarse al gran escorpión con su pequeño palo de madera.

—He oído tu llamada antes, hija de Cannith. ¿Has olvidado el mensaje que te dieron? Tus respuestas están en el crepúsculo.

—Más allá de las Puertas de la Noche —dijo Lei—. ¿Y qué significa eso exactamente?

—Ya has descubierto lo que tienes que saber. Estás bajo la Luna del Cazador. Las Puertas de la Noche están bajo la Luna de Densobosque, en el dominio del Hombre del Bosque. Tienes la llave de las puertas en la mano. Abre las puertas y entra en el Ocaso y el dominio de aquel al que sirvo.

—¿Y el peligro? —dijo Daine.

—Éstos son los reinos de los Nueve hermanos de la Noche. El Hombre del Bosque es el más poderoso de ellos, y ha estado esperando durante mucho tiempo el regreso de la señora Corazón Oscuro. Él guarda las Puertas de la Noche, y te matará si puede.

—Mira —dijo Daine—, puertas, hombres de los bosques... No trato de comprender nada de esto. Y el misterio me da exactamente igual. Lo único que quiero es irme a casa.

—Tus respuestas están en el Ocaso, viajero, al igual que el paso a tu mundo. Abre las Puertas de la Noche y encontrarás el camino a tu futuro.

—¿Y cuál es mi destino? —dijo Xu'sasar tras recuperar, al fin, la voz.

—Por ahora, tienes que proteger a éste —respondió el escorpión, señalando a Daine con un levísimo gesto de su inmenso aguijón—. Deja a un lado tus preguntas y pon tu confianza en nuestra guía. Tu pueblo te mira con orgullo y espera la noche en la que lucharás junto a ellos una vez más. Pero todavía tienes que ganarte el camino. Por ahora debes volver al mundo de los vivos. Honra a tus ancestros, haz caso a los espíritus y no permitas que este hombre sufra ningún mal.

Las palabras ardían en sus oídos. ¿Proteger a ese extranjero? ¿Se había pasado décadas cazando a gente como él! Pero no le correspondía a ella cuestionar las órdenes de los espíritus o los deseos de los caídos. Hizo una reverencia.

—¿Puedo decir algo? —dijo Daine.

—No. —La voz del escorpión se había vuelto fría, y el menor cambio de su expresión sirvió para recordar sutilmente su poder—. Necesitarás su ayuda si quieres sobrevivir a los peligros que te esperan. Ahora debes acudir al reino del Hombre del Bosque.

—¿Y dónde está eso? No hemos visto muchos bosques últimamente...

—Xu'sasar tiene razón. Tendréis que pagar vuestro paso con sangre. Busca a Colchyn, el Gran Jabalí de la Luna del Cazador. La señora Corazón Oscuro te guiará. Derrota a Colchyn, y el camino estará despejado.

Lei pensó en ello.

—Si quieres que hagamos eso, ¿cómo es que no puedes ganar tú a ese jabalí en nuestro lugar?

—Tenemos que ganarnos el paso —dijo Xu'sasar—. Nadie puede hacerlo por ti.

—Es como dice —respondió el escorpión—. Sólo puedo advertiros. Si librara yo vuestras batallas, nunca saldríais de aquí.

Lei asintió, pero no parecía convencida. Xu'sasar suspiró ruidosamente. «¡Humanos!».

—Tu juicio te espera —dijo el escorpión—. Presta atención a la voz de la señora Corazón Oscuro, hijo de Cannith. Ten cuidado y sé cauteloso. Más de un héroe ha caído ante los colmillos de Colchyn, y verás que es un enemigo formidable.

Tras decir eso, desapareció. No se produjo ningún sonido, ningún estallido de luz.

Un segundo el escorpión estaba allí, inmenso, y al siguiente, estaban solos. Ni siquiera la hierba registró ningún cambio.

Daine rompió el silencio.

—¿Lei?

La mujer pasó una mano por la empuñadura de su bastón, que murmuró ligeramente.

—Siento la dirección hacia la que quiere que vayamos. Más allá de eso, tu intuición es tan buena como la mía. Al menos, no estamos muertos.

Xu'sasar volvió a suspirar. «Estar tan cerca y ver cómo te quitan la eternidad...». No había nada que celebrar. Con todo, uno de los espíritus más poderosos le había confiado una tarea. Así era como se hacía leyenda..., si es que quedaba algún otro jalaq al que contársela.

Contempló al humano que le habían ordenado proteger y se preguntó qué interés podían tener los espíritus en él.



CAPÍTULO 13

NOCHE:
LUNA DEL CAZADOR
THELANIS

Caos. Eso era lo que le preocupaba a Daine.

—Estamos siguiendo a un palo encantado que va a ayudarnos a encontrar a un jabalí —dijo Daine—, porque un escorpión dice que es el único modo que tenemos de atravesar la noche. ¿Y por qué creemos que eso tiene el menor sentido?

—No es cuestión de sentido —respondió Lei—. Esto es Thelanis. Es la fuente de los cuentos de hadas y las supersticiones. ¿Recuerdas la historia de la Torre de Espinas, en la que Kellan mata al ogro y sus costillas se convierten en una escalera? Estamos tratando con cosas así. Este es un mundo de magia, no de lógica.

—¿Estás diciendo que debemos hacerle caso porque no tiene sentido?

—No. Estoy diciendo que eso no importa. —Lei alzó el bastón—. El espíritu de la madera quiere llevarnos a alguna parte. Podemos decidir seguirlo. Podemos buscar un jabalí. O podemos vagar sin rumbo en esta tierra devastada a la espera de que más estrellas caigan del cielo y nos maten.

Daine miró de soslayo a Través, que había permanecido en silencio durante la conversación con el escorpión.

—Través, ¿algo que añadir? ¿Alguna sugerencia de tu misteriosa amiga?

—No —dijo Través—. Mi compañera está perturbada por este reino. Es sensible al flujo de energías mágicas, y el nivel de magia de este lugar le está provocando dolor. Estoy de acuerdo con Lei. No tenemos nada que perder buscando a ese animal, y yo prefiero tener un objetivo que actuar sin guía.

—¿Por qué lo cuestionas? —dijo Xu'sasar. La mujer drow estaba justo detrás de Daine y se había acercado a él mientras los demás hablaban—. Ahora tenemos un objetivo, un camino que seguir.

—No me gusta que los demás escojan mi camino por mí —dijo Daine—. Pero no tenemos mucho donde elegir. Pero no hagamos esto a ciegas. Lei, quiero que cargues la ballesta de Través. Hazla más eficaz contra animales. Quiero que hagamos esto tan de prisa como podamos.

—No tengas miedo —dijo Xu'sasar mientras Lei cogía la ballesta de Través y empezaba a murmurar sobre ella—. Tengo la velocidad de la pantera cambiante y golpeo con la precisión del escorpión. Esa bestia no se nos escapará.

—No me preocupa que escape —dijo Daine—. Déjame que te explique algo. Si vas a quedarte con nosotros, tienes que hacer lo que yo diga. Cuando yo tengo un plan, lo sigues. Si no puedes hacerlo, ve a buscar tu propio jabalí. No me importa lo rápida que seas. Nosotros trabajamos en equipo o no trabajamos.

Daine esperaba una respuesta hostil. Pero Xu'sasar bajó la mirada al suelo.

—No quería haceros daño con mis acciones. Soy la última de la tribu. Ahora mi lugar está con vosotros y haré lo que digas.

Hablaba en voz baja, y sus palabras eran más lentas de lo habitual. Por un momento, pareció que la máscara de la guerrera mortal caía. Desde la pelea en la esfera, Xu'sasar había sido arrogante, irritante y excesivamente confiada. Pero... «la última de la tribu». Daine había esperado que se mostrara agradecida por haber sido salvada, pero nunca había pensado en lo que ella habría perdido. No conocía su relación con Shen'kar y los demás drows que habían muerto en Karul'tash. Pero estaba sola, tan lejos de casa como ellos, sin ni siquiera el consuelo de las caras familiares. Era imposible intuir su edad —de haber sido humana, Daine le habría supuesto dieciocho o veinte años—, pero un elfo podía llegar al siglo sin señales de ello. Con todo, en ese momento, parecía una niña, avergonzada, sola y confundida. Quería ayudar, impresionarle con su talento, y él le había soltado una regañina.

—Sé cuáles son tus talentos. Estoy seguro de que precisaremos tu ayuda si queremos salir de ésta. Sólo necesito que sigas mis órdenes. Tengo que saber lo que mi gente va a hacer. Si actúas a tu aire, nos pones en riesgo a los demás. ¿Comprendido?

Xu'sasar no le miró, pero chasqueó la lengua. Daine recordó al capitán drow Shen'kar haciendo lo mismo a modo de afirmación. Tendió el brazo para ponerle la mano en el hombro, pero sólo halló aire: pese a estar abatida, Xu'sasar parecía no necesitar consuelo físico.

—Ya está —dijo Lei.

—Bien. Ahora, haz un enredador. Seguiremos a tu bastón, y esperemos que le gusten los jabalís. Xu, Través, quiero que ocupéis los flancos y que busquéis rastros. Si el bastón no hace su trabajo, tendremos que hacerlo del modo difícil. Cuando encontremos al jabalí, Lei utilizará el enredador para fijarlo al suelo. Través lo abatirá desde la distancia. Xu, tú y yo nos quedaremos junto a Lei y entraremos en combate solamente si el animal se libera. ¿Está claro?

Xu'sasar volvió a chasquear la lengua y los demás asintieron.

Daine se rascó la espalda y se permitió sonreír.

—Bien. Ahora, todos alerta. Nos hemos enfrentado a perros de sangre, estrellas que caían del cielo y escorpiones. Es seguro que podemos hacerlo con un pequeño jabalí.



—Eso no es un pequeño jabalí —dijo Daine—. ¿Estás segura?

Lei asintió y su bastón murmuró en el mismo sentido.

Estaban apiñados en la base de una de las inmensas caras de piedra mirando hacia el valle. Un minuto antes, Través había visto lo que al principio les pareció una antorcha moviéndose en la noche. No era una antorcha. Era Colchyn, el Gran Jabalí de la Luna del Cazador. La bestia era fácilmente del tamaño de una manada entera de caballos. Su cuerpo estaba cubierto de cerdas negras y un risco de llamas recorría su espalda.

El mismo fuego ardía en sus ojos, y de sus orificios nasales salían chispas cuando resoplaba y olía el aire. Través se estrujó los sesos para dar con algún plan que les permitiera evitar enfrentarse cara a cara con esa monstruosidad, pero no se le ocurrió nada. Estudió la formación rocosa tras la que se escudaban preguntándose si podrían escalarla, pero otra mirada a la bestia le hizo desechar la idea. Estaba seguro de que el jabalí podría alcanzarlos aunque subieran a la cima de la cara.

—No hay forma de evitarlo. —Una vez más, Xu’sasar se había deslizado tras Daine—. Es nuestra prueba. Afrontémoslo con valentía.

—Necesitaremos algo más que valentía. Lei ¿Y si nos damos un poco de prisa?

Ella asintió, buscó en su bolsa y sacó sus herramientas mágicas.

Daine miró por el borde y contempló al monstruo, que se aproximaba.

—Inténtalo con el enredador. Dudo de que atrape a esa cosa, pero no tenemos nada que perder. Través, mantén la distancia y dale tanto como puedas. Con el encantamiento de Lei, tus flechas son nuestra mejor arma.

—Comprendido —dijo Través.

—Xu’sasar —dijo Daine—. Ya sé que lo hiciste con esos perros, pero ¿en serio tienes pensado liarte a puñetazos con esa cosa?

—No lucho sólo con mis puños. Golpeo con el aguijón del escorpión y la gélida noche. No le tengo miedo a esa criatura.

Daine estuvo tentado de decirle que se mantuviera a distancia. Liarse a patadas con una bestia del tamaño de un granero era una locura. Con todo, Xu’sasar era rápida hasta sin la magia de Lei, y lo que él quería era precisamente distraerlo.

—Si se libera, haz lo que puedas para que no recupere el equilibrio. Si nos ponemos en lados opuestos y no dejamos de golpearle... Tenemos que darle a Través tanto tiempo como podamos.

—¿Y yo? —dijo Lei. Había acabado de pintar un símbolo plateado en un disco de cuarzo.

—No te acerques a él —dijo Daine.

—¿Qué? ¿Estás diciendo que...?

—Esto no es una discusión. Sé que puedes cuidar de ti misma, pero mira esa cosa. Una patada y estaré sangrando en el barro. Eres la única de nosotros que puede sanar, y necesito que te mantengas alejada del peligro. Quédate atrás y utiliza esa varita tuya. Una explosión suya será más eficaz que un golpecito con tu bastón.

Daine percibió la frustración de Lei, pero tenía razón, y la artificiera lo sabía. Tenía sentido..., y de hecho, que eso la mantuviera a distancia del monstruo fue una afortunada coincidencia.

—Esperemos que el escorpión no nos haya mentido —dijo Daine—. ¿Lei? Vamos con esa velocidad.

Lei cerró las manos alrededor del pedazo de piedra y susurró una palabra incomprensible. Daine sintió sólo un débil cosquilleo en sus músculos, pero supo qué esperar.

—¡Vamos! —dijo, lanzándose al otro lado de la formación rocosa.

El jabalí estaba en la base de la colina, acercándose a ellos. Gracias a la magia de Lei, la bestia parecía moverse a cámara lenta, como si apenas se arrastrara por la ladera. Con todo, a esa distancia, Daine se dio cuenta de lo grande que era, y la idea de embestir contra una criatura como ésa le pareció ridícula. Sus colmillos eran largos como los brazos de Daine, y tenía las pezuñas envueltas en llamas; arrasaba la hierba al pasar por ella. Era una criatura salida de una pesadilla.

Pero se habían enfrentado antes a pesadillas.

Lei fue la primera en actuar. Había tejido el ensalmo enredador en una raíz retorcida y apuntó con esa varita improvisada a la gran bestia. Viñas y raíces surgieron del suelo y cubrieron al jabalí, ascendiendo por sus piernas y reteniéndolo en seguida. La primera descarga de flechas de Través voló por el aire prendida con fuego ultraterreno. La bestia aulló cuando los proyectiles la alcanzaron, y Daine sintió un destello de esperanza. Quizá le bestia no era tan temible como parecía.

Esas esperanzas no tardaron en desvanecerse. La bestia rugió con una vitalidad que no había sido mermada por las flechas que tenía clavadas en el cuello. Unos inmensos músculos se flexionaron para liberarse de las raíces que la sostenían y pudo avanzar lentamente por el traicionero suelo. Través lanzó una segunda descarga cuando el jabalí salió de la maraña, y un rayo estalló cuando Lei hizo que la varita actuara. Si la bestia sentía algo aparte de ira, Daine no lo veía por ningún lado. Siguió avanzando, reduciendo rápidamente la distancia. Era el momento de actuar.

«Abuelo, guía mi brazo», rezó al descender a la carrera la ladera.

La bestia resopló al ver a Daine y Xu'sasar, y los cubrió de una catarata de chispas. Daine aulló al torcer a la derecha, atacando una pierna inmensa; no estuvo seguro de que el monstruo acusara el golpe.

Pasaron unos segundos en que le invadieron un montón de sensaciones. Unas estruendosas pezuñas hacían agujeros en el suelo. Un aliento pestilente le cubrió; los

largos colmillos buscaron su pecho. Daine no se paró a pensar o planear, se limitó a moverse, y el instinto y una velocidad sobrenatural le permitieron esquivar golpes mortales. Le clavó la espada en las patas, la blandió contra su hocico, aprovechó cada oportunidad que tuvo.

Fue una acción maestra, pero hasta un maestro podía caer ante un monstruo como aquél. A cada momento que pasaba, los golpes se acercaban más, y más se debilitaban los ataques de Daine. La espalda le ardió cuando un colmillo se clavó en la malla y la carne. El ataque le derribó al suelo. Se volvió a tiempo para ver los colmillos descendiendo...

Y una forma oscura se lanzó hacia adelante y se hundió entre las fauces de la bestia.

Xu'sasar.

Daine la vio sólo un instante, pero la imagen quedó grabada en su mente. La red de líneas blancas y plateadas tatuada en su piel oscura brilló a la débil luz, pero lo que realmente le dejó atónito fue su expresión: una combinación de adusta resolución y alegría. No había dudas ni miedo. Por un momento, quedó silueteada mientras trataba de abrir las fauces de la criatura, que se revolvía y jadeaba. Entonces, su boca se cerró de golpe, y Xu'sasar desapareció en su interior.

No había pensamiento: sólo furia, un crudo aullido que decía: «¡Otra vez no!». Daine lanzó todo su cuerpo en un último ataque, con ambas manos alrededor de una espada que brillaba como el sol. Cuando la hoja se hundió en la garganta de la criatura, Daine oyó el rugido de un ejército, el impacto de un millar de armas.

Y el jabalí explotó.

No hubo fuego ni calor. La carne del jabalí pareció expandirse, manar hacia afuera, alrededor de Daine, y el mundo cambió. El jabalí había desaparecido, y también el páramo desolado.



CAPÍTULO 14

NOCHE:
LUNA DEL CAZADOR
THELANIS

Lei había visto muchas batallas durante su estancia en la Guardia cyr. En esos días, su primera lealtad era hacia su casa, no hacia Cyre. Le pagaban para reparar soldados forjados y para llevar a cabo otras tareas de apoyo, pero no se esperaba de ella que arriesgara su vida en las líneas del frente. En el pasado, eso le había parecido normal. Breland, Cyre... ¿Por qué iba a importarle quién ganara la batalla?

Ahora era una paria. Había sido expulsada de su casa por razones que no comprendía. Través y Daine eran lo único que le quedaba en el mundo. Y una vez más, mientras ellos luchaban, ella sólo miraba.

«Me necesita», pensó. La esgrima que practicaba Daine era intachable. Se deslizó entre las piernas del inmenso jabalí, pinchó en una pata y se echó a un lado antes de que la bestia pudiera encontrarle. Fue una exhibición magnífica, pero ¿cuánto podía durar? Las flechas cubrían la piel de la criatura. Sangraba por una docena de pequeñas heridas, obra de la espada de Daine. Xu'sasar había logrado subirse al jabalí y golpeaba su columna con el codo y el puño, pero el jabalí seguía luchando y su furia ardía como el fuego en sus fauces.

La frustración guerreaba con la desesperación. Tenía que haber algo que pudiera hacer, alguna magia que pudiera tejer para ayudar a cambiar la marcha de la batalla. Pero ¿qué? Podía crear un estallido de fuego o una ráfaga de frío, pero ya había lanzado dos rayos contra el jabalí y, aparte de dos cuadrados de piel quemada, la criatura apenas pareció darse cuenta. Observando la lucha, trató de reducirla a una ecuación; se refugió en sus fórmulas. ¿Qué podía hacer para igualar a los dos bandos?

El jabalí propinó un durísimo golpe a Daine en la espalda que le partió la armadura y le mandó al suelo. El tiempo se hizo añicos y algunas imágenes destellaron en la mente de Lei: sangre goteando de los colmillos del animal; Daine en el suelo, tratando de ponerse en pie; Xu'sasar saltando a las fauces abiertas de la criatura. Y entonces, Lei se sorprendió a sí misma junto a la bestia. Su repugnante olor la impregnó cuando rodeó una inmensa pezuña. No recordaba haberse movido. Ira, miedo y la canción aullante de su bastón ahogaron todo pensamiento mientras golpeaba una y otra vez.

El bastón golpeó el aire. Carne y sangre transformadas en humo negro, hirviendo a su alrededor. Viento cálido y niebla negra borrarón la luz de la luna y el páramo.

Cuando la visión de Lei se aclaró, todo había cambiado. La luz de la luna

perfilaba las figuras esbeltas de una docena de gigantes que se acercaban a ella con las extremidades demacradas. Se volvió, tratando de reprimir el pánico. Las criaturas le rodeaban y sus compañeros no estaban en ninguna parte. Hasta su bastón se había sumido en el silencio. Estaba sola. Dominando su miedo, alzó el bastón y esperó a que sus enemigos atacaran.

Nadie se movió. Los ojos de Lei se ajustaron a la oscuridad, y las cosas se volvieron claras.

Le rodeaban árboles.

El páramo se había convertido en un bosque, y los árboles no eran el único cambio. Un aire húmedo y cálido soplaba a su alrededor, cargado de la fragancia del musgo y las flores dulces. Cantos de pájaros nocturnos mezclados con el sonido de insectos y ranas.

Lei maldijo su estupidez. «Teletransportación, supongo». Al mismo tiempo, algo además del cambio repentino resultaba terriblemente inquietante. Las nudosas cortezas de los árboles parecían moverse en sombras, de un modo que no podía justificarse por la ligera brisa. En un extremo de su campo visual, los árboles se retorcieron hasta adoptar forma humana, y casi pudo ver caras gritando desde el interior de los troncos..., pero cuando se volvió, las sombrías imágenes habían desaparecido para dejar simples troncos de madera y corteza.

—¿Lei?

La sorpresa y el alivio recorrieron el cuerpo de Lei cuando el forjado salió de detrás de un árbol.

—¡Través! ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Me quedaba una flecha que pensaba utilizar más de cerca. He visto a Daine poniéndose en pie y golpeando a la bestia. Y después, me he encontrado en este lugar.

—¡Daine!

Un escalofrío se apoderó de su corazón. Creía que estaba sola, pero si Través estaba allí... Lei corrió hacia los árboles ignorando las ramas como garras y saltando por encima de las raíces mientras trataba de recordar en qué dirección se encontraba Daine exactamente.

La artificiera lo encontró tendido en el suelo, con la espada a unas pulgadas de su mano tendida. La sangre brillaba en la hierba.

Xu'sasar estaba arrodillada junto a él y miró a Lei como un gato desafiado. Lei sintió que su ira crecía... Después vio lo que estaba haciendo Xu'sasar. La elfa oscura le había quitado la capa a Daine y la había cortado en tiras. Le había vendado las heridas menores y le estaba aplicando presión al profundo corte que tenía en la espalda.

Lei dio un paso adelante.

—Déjame...

La mirada hostil de la drow la interrumpió.

—Yo le protejo —le espetó. Tenía algo en la mano, una vara curvada de marfil.

—Entonces, me dejarás trabajar —dijo Lei.

—No sabes nada —dijo Xu'sasar—. Le mandarías a tu frío y vacío lugar de muerte.

—¿Daine se está muriendo y tú te pones a hablar de cosmología? Apártate de aquí. Sé que tienes buenas intenciones, pero necesita mi ayuda. Apártate, o moriremos todos juntos.

Lei sintió la presencia de Través tras ella. Tal vez sólo le quedara una flecha, pero su fortaleza y velocidad podían ser trascendentales si aquello acababa en una pelea.

Xu'sasar se enfrentó a Lei: sus ojos plateados brillaban a la luz de la luna. Después, saltó hacia atrás; fue un rápido movimiento que la dejó a unos pasos de distancia.

—Sálvate, o todos moriremos juntos —dijo.

Lei apenas oyó la amenaza. Se arrodilló junto a Daine y evaluó la situación. Xu'sasar sabía lo que hacía. Las heridas de Daine eran graves, pero la elfa oscura había detenido la hemorragia y había hecho todo lo posible con las limitadas herramientas que tenía a su disposición. Lei sacó una pequeña varita de su bolsa y adoptó el estado meditativo necesario para tejer magia. Extendiendo su mente, cogió las energías mágicas que estaban más allá del mundo cotidiano y tiró de ellas para formar hebras de poder místico. Trabajando todo lo rápidamente que podía, unió esas hebras en una trenza para completar el patrón familiar de sanación e introducirlo en la varita que tenía en la mano.

Lei abrió los ojos. Notaba los nervios doloridos; utilizar la magia requería siempre un desgaste, y ella ya se había forzado hasta cerca de sus límites. Pero no había otra opción. Daine podía tardar días en recuperarse por su cuenta, eso en caso de que la curación natural fuera posible en ese lugar donde la luna no se movía. Respirando hondo, Lei retiró la capa doblada de la espalda de Daine.

En un principio parpadeó, conteniendo las náuseas. Aunque Lei había visto cosas terribles en el transcurso de los últimos cuatro años, nunca se había acostumbrado al hedor de la sangre o la visión de huesos húmedos. Había sido formada para reparar forjados, para trabajar con piedra y madera, nada muy distinto de dar la forma adecuada a las piezas de un rompecabezas. El cuerpo de un forjado era comprensible para ella. Los humanos eran sangre y carne unidas bajo una piel delgada. Odiaba la idea de que sus amigos —de que Daine— fueran tan frágiles.

«Es una debilidad del medio». ¿Quién le había dicho eso? Desechó el pensamiento; no era momento para recuerdos. Los cortes en la espalda de Daine eran profundos. Fragmentos de la malla estaban incrustados en sangre seca. Lei cogió la varita y la pasó por las heridas, lentamente, liberando el poder contenido en su interior. Músculo y carne fluyeron ante sus ojos, soldándose. Una nueva piel se formó sobre la herida, sin dejar siquiera una pequeña costra.

Pero algo iba mal.

Daine empezó a toser al recuperar la conciencia. Fiel a quien era, su primer movimiento fue tender el brazo y coger la empuñadura de la espada.

—¿Dónde... Lei?

Trató de ponerse en pie, de darse la vuelta para mirarla, pero ella le apretó contra el suelo.

—¡Chsss! Estoy aquí. Través está vigilando. Quédate tumbado, estoy trabajando.

—Me encuentro bien —dijo. Trató de incorporarse y de nuevo Lei le retuvo en el suelo. A pesar de sus palabras, estaba lejos de tener la fuerza habitual.

—Por favor —dijo Lei—, quédate quieto. Será sólo un momento.

—¿Me dirás al menos qué ha pasado?

—Silencio. Tengo que concentrarme.

Trabajando con toda la rapidez de la que era capaz, tejió dos encantamientos más. Contempló a Daine de cerca al liberar el primer ensalmo, una segunda carga de sanación. Sintió que la fuerza regresaba a sus extremidades..., pero lo que veía en la espalda no cambió.

Sangre apelmazada cubría el torso de Daine. Dos líneas cruzaban su espalda allí donde Lei había curado heridas profundas. La piel debería haber quedado limpia y sin cicatrices, pero no era así. Había dibujos jaspeados en rojo y negro, heridas o moratones brillantes. Aguantando la respiración, Lei activó el otro ensalmo que había tejido..., un simple encantamiento doméstico utilizado para limpiar casas y ropa. La malla de Daine quedó brillante como un espejo. La sangre y la suciedad desaparecieron de su ropa. Y la sangre seca de su herida se desvaneció.

Lei retrocedió dando un traspie, alejándose de Daine. Su pie tropezó con una raíz y creyó que iba a caer, pero Través estaba a su lado y, sosteniéndola, la ayudó a recuperar el equilibrio.

—¿Qué es? —dijo Daine.

Se puso en pie, y Lei pudo advertir el miedo que había en sus ojos: vio preocupación por ella. Pero no pudo evitar encogerse cuando Daine le tendió las manos y se apretó contra el cuerpo tranquilizador de Través.

—Quítate la camisa —susurró.

Daine dio un paso atrás con el entrecejo fruncido.

—Esto es un sueño, ¿verdad? —Miró a su alrededor—. ¿Jode?

—Tu espalda —dijo Lei—. Quiero verla. Ahora.

Daine asintió y empezó a quitarse la armadura.

—Por supuesto. De hecho, quería preguntarte por mi espalda.

—¿Lo sabías?

—¿Si sabía el qué? Creo que tengo un sarpullido. Me pica como la Llama. —Se quitó la camisa y se dio la vuelta—. ¿Tiene muy mala pinta?

Lei no supo qué decir.

—¿Qué está pasando? —dijo Daine, tratando de mirar por encima de su hombro.

Al fin, fue Xu'sasar quien habló.

—Tienes en la espalda líneas rojas y negras, parecidas a las guardas que decoran mi piel. ¿No te has ganado ese honor?

—¿Lei? —dijo Daine—. ¿De qué está hablando?

—Es una Marca de dragón —dijo Lei, con la voz convertida en poco más que un susurro—. Una Marca de dragón aberrante.



CAPÍTULO 15

NOCHE: LUNA
DE DENSOBOSQUE
THELANIS

«Llevas el mayor tesoro de tu casa en las venas. Tu sangre es nuestro poder. Es un regalo glorioso y una terrible responsabilidad».

Daine había abandonado la casa Deneith hacía muchos años. Ya de niño prestaba poca atención a las lecciones de su padre. En ese momento, aquello le parecía propaganda arrogante diseñada para preservar el poder de los linajes portadores de la Marca de dragón. Daine había despreciado las advertencias sobre la mezcla de sangre de dos casas y las leyendas de la terrible guerra librada para purgar esa sangre manchada. Eso fue antes de Sharn. Ahora Daine recordaba los ojos salvajes de la niña que hablaba con ratas y el tacto gélido del hombre podrido.

«Del mismo modo en que nuestra sangre puede producir campeones, puede producir monstruos».

La ira y el miedo guerreaban en su interior. Daine quería gritar, negarlo, pero en el mismo momento en que tomó aire supo que era verdad. Y ahora que lo sabía, podía sentir la marca en su espalda. Era como si tres serpientes vivas se hubieran fusionado con su carne. Sentía el dibujo que formaban, sus cuerpos entrelazados formaban un intrincado patrón. Más que eso: podía sentir cómo se enroscaban. Ese terrible picor no era por un sarpullido: era la marca que se movía contra su piel.

—¿Cómo? —preguntó.

Lei negó con la cabeza. El miedo se desbordaba en sus ojos, y Daine no supo si Lei tenía miedo por él o miedo de él. Ella se había tomado las lecciones de su casa al pie de la letra, y Daine recordaba su horror cuando se encontraron con los aberrantes de Sharn.

Daine dio un paso hacia ella, y Lei retrocedió. Través se interpuso entre ambos, y un escalofrío se apoderó del corazón de Daine. Estaba seguro de que Través no era una amenaza, de que el forjado sólo estaba actuando para tranquilizar a Lei. Con todo, ellos dos eran las únicas anclas que le quedaban en el mundo, y que ambos le abandonarían al mismo tiempo...

Sintió vértigo. El mundo giró alrededor de Daine, el suelo desapareció bajo sus pies y su cabeza golpeó la hierba. Después, sintió la mano de Lei alrededor de la suya. Obteniendo fuerza del contacto, Daine reprimió la náusea. Convirtió sus pensamientos en una jaula y metió en ella las víboras enroscadas; lo transformó todo

en una bola de energía y lo arrojó a la oscuridad.

Daine abrió los ojos. Tenía la cara contra la hierba húmeda y la piel pegajosa de sudor. La mujer que le sostenía la mano se incorporó y le ayudó a ponerse en pie.

—Gracias —dijo.

Tendió los brazos para abrazar a su benefactora y se detuvo, sorprendido. Una mujer había acudido a ayudarle, pero no era Lei quien le había cogido la mano... Era Xu'sasar. Los ojos plateados de la drow se clavaron en él, lunas gemelas brillando en el bosque oscuro. En el pasado, su pálida mirada había sido siempre desconcertante; ahora parecía más blanda. Con todo, no era la cara que Daine esperaba ver y se alejó de ella.

Ahora Través estaba allí.

—¿Puedes mantenerte en pie, capitán?

—Creo que estoy bien —dijo.

Y era cierto. El picor había desaparecido. Sentía la chispa de energía ardiendo en su interior, pero no era del todo dolorosa. Se dio cuenta de que estaba más despierto, más alerta. Hasta el olor de hierba fresca parecía fuerte y claro. Por un momento, se preguntó...

—¿Sigue ahí?

—Sí —dijo Lei—. Yo... —La voz se le atragantó en la garganta cuando Daine se volvió para mirarla.

—¡Por las llamas de Fernia! —maldijo—. Estamos en mitad de un tres veces maldito bosque de noche eterna. No era mi idea que sucediera esto y no hay tiempo para discutir entre nosotros. Lei, me da igual el miedo que tengas, ¿tienes que decirme qué está pasando!

—Quizá sí lo fue. —La voz de Través era firme y calma, como agua manando lentamente.

—¿Qué?

—Quizá sí fue tu idea.

—¿De qué estás hablando? —dijo Daine.

—El líquido azul que te bebiste. Dijiste que contenía la esencia de la Marca de dragón de Jode.

—Sí —dijo Lei—. La sangre de dos linajes portadores de una Marca de dragón... Tiene razón, Daine. —Todavía había miedo en su voz, pero ahora era la curiosidad lo que la dominaba. Se acercó a él—. Déjame ver.

—Través, Xu, vigilad el bosque —dijo Daine—. Ved si encontráis huellas. Sólo los Soberanos saben qué puede haber ahí. —Le dio la espalda a Lei.

—¿Qué sientes? —dijo ella, buscando herramientas en su bolsa—. ¿Picor, decías?

—Sí... Escozor, un leve ardor. Trataba de ignorarlo. Pero ahora ha desaparecido.

—¿Cuándo empezaste a sentirlo?

—Través tiene razón —dijo Daine—. No recuerdo haberme dado cuenta hasta que estuvimos en la esfera..., después de beberme el líquido azul.

—Evitemos las especulaciones por ahora —dijo Lei, que sacó una delgada varita y un pedazo de cristal de uno de los bolsillos de la bolsa—. A primera vista, el dibujo recuerda a una Marca de dragón. Sin embargo, ni el patrón ni el color coinciden con los de ninguna de las doce verdaderas Marcas..., lo cual, por supuesto, es lo que caracteriza a una Marca de dragón aberrante.

Su voz ganaba fuerza a medida que iba hablando. Estaba claro que describirla la ayudaba a controlar la situación. Hasta Daine se sintió un poco mejor. Eso era lo que Lei hacía. Sin duda, encontraría una explicación.

—Lo que es especialmente infrecuente es el tamaño de la Marca —prosiguió—. Nunca había oído hablar de una Marca de dragón aberrante más grande que la Marca de dragón verdadera más pequeña. Son siempre pequeñas y caben en la palma de la mano del portador. Pero esto... —Caminó alrededor de Daine, contemplando su piel—. Sólo he visto una parecida antes. En Metrol, se decía que uno de mis primos tenía la Marca de Siberys. Es una leyenda en nuestra casa; puede crear objetos con el pensamiento, convertir la imaginación en realidad.

Daine se retorció tratando de verse la espalda, pero sólo alcanzó a observar unas cuantas franjas vividamente rojas en su omóplato. Con todo, recordaba el dibujo que había oído hacía un rato. Lei tenía razón. Daine sólo había visto a una persona con una marca así en su casa. Y el tamaño de una marca siempre era una indicación de su poder.

—¿Qué hace esta cosa?

—No lo sé —dijo Lei. Daine sintió una ligera calidez en la piel cuando ella le pasó por encima una varita—. No hay aura de magia, pero eso no es raro. A veces, es posible sacar conclusiones a partir del dibujo, pero a ésta no puedo encontrarle el sentido. ¿Has tenido visiones o emociones infrecuentes?

—No lo sé. ¿Algo como hablar en sueños con un mediano muerto y ver cómo desaparecen mis heridas?

Lei se mordió el labio inferior.

—Sí..., eso contaría.

—No parece nada terrible —dijo Daine—. Si eso es lo peor...

—¿Qué te hace pensar que eso es lo peor a lo que tendrás que enfrentarte? —dijo Lei con la voz más alta—. Es una marca aberrante. ¡Conoces lo que se dice de ellas tan bien como yo! Locura. Enfermedad. ¿Crees que hablar con nuestro amigo muerto es una buena señal?

La frustración de Daine creció.

—Claro que sé lo que se dice. ¿Y si no son más que leyendas? Nunca antes has visto algo parecido. ¿Por qué sigues creyendo en algo sólo porque tus padres te lo dijeron? Después de todas las mentiras...

El mundo se disolvió en un destello de dolor, y Daine gritó.

Lei había pasado la mano por la marca. En ese momento de contacto, la chispa que había estado ardiendo en la base de su espalda se convirtió en fuego e incendió

una franja retorcida en su piel. Lei retrocedió de un salto, y el dolor desapareció. Daine jadeó.

—Daine —dijo Lei—. Yo no..., no sé qué ha sido. Las líneas rojas de tu piel se han encendido y se ha producido un estallido de calor. ¿Estás bien?

—Creo que sí. —La chispa había regresado a sus huesos, y él se tendió sobre la hierba fresca—. Creo que hablar con Jode no será lo peor a lo que tendré que enfrentarme.

—Quédate quieto. —Daine sintió un punto de calidez que se hacía más fuerte y más intenso—. Acercar el dedo a la marca es suficiente para causar una reacción —dijo Lei—. Nunca había visto nada parecido.

—Así que si me tocas, ¿sentiré ese dolor espantoso? Fantástico.

—Llegaremos al fondo de esto, Daine. Tiene que haber algo que yo pueda hacer.

—No ahora —dijo, levantándose y cogiendo su camisa—. Ya hemos perdido demasiado tiempo con esto. Mientras no me toques, al parecer estaré bien. Ni siquiera me pica, así que si crees que puedes mantener tus manos lejos de mí, vamos a buscar una salida de este bosque maldito.

—No creo que eso sea...

—Lei, probablemente tengo esa marca desde hace al menos un día. No estoy muerto. Pero todos podemos morir en horas si no encontramos una salida de este dichoso bosque. Así pues, ¡en marcha!

Daine silbó para avisar a Través al mismo tiempo que se ponía la camisa de malla sobre el chaleco acolchado. La respuesta llegó en seguida y el forjado salió al claro.

—No hay rastro de nada que se pueda considerar una amenaza, capitán. Ni huellas humanoides detrás de nosotros ni animales más grandes que un zorro.

—Pasas por alto los peligros, hombre de madera y metal. —Xu'sasar apareció junto a Través, deslizándose entre las sombras—. Hay pájaros en los árboles, búhos y otros cazadores nocturnos. Hay ojos en la oscuridad. En la tierra de los vivos, esas criaturas pueden no ser una amenaza, pero esto es el reino del espíritu, y el tamaño no significa nada.

—Bien, Xu —dijo Daine—, ¿por qué no nos dices qué deberíamos hacer, ya que eres la experta?

—Nada ha cambiado.

—¡Todo ha cambiado! ¡Estamos en un bosque!

—Sí. Hemos obtenido nuestro paso a una noche más profunda. Es como nos ha dicho el escorpión Las puertas del Ocaso están en el dominio del Hombre del Bosque. Hemos llegado a las tierras de ese espíritu. Ahora tenemos que encontrar las puertas. —Se volvió hacia Lei—. Tú sigues teniendo la llave, artificiera.

—El bastón —dijo Lei. Había soltado el bastón para atender a Daine. Mientras se arrodillaba para cogerlo, se detuvo.

—¿Lei? —dijo Daine.

Había duda en sus ojos, pero al final negó con la cabeza.

—Tiene razón. El bastón conoce el camino y no hemos llegado al final. Hay... tanta ira y dolor en el interior de la madera. —Puso la mano en el mango y se quedó rígida. Un débil gemido surgió en el aire, el susurro de una voz elfa—. Sabe adonde tenemos que ir —dijo Lei, poniéndose en pie—. Y sabe que el peligro nos espera.

—Y todo ha sido tan tranquilo hasta ahora —dijo Daine.

Pero la sonrisa del capitán era forzada. Le quedaban en la memoria restos de dolor, y todavía sentía una chispa ardiendo en su espalda, un recordatorio del misterio que tenía grabado allí. «No es tiempo para el miedo —pensó—. Termina la misión. No te detengas».

—Guíanos, Lei —dijo.



Khorvaire tenía también bosques y junglas, y aquél no era el primer viaje de Daine por densas tierras boscosas. Sin embargo, había algo inquietante allí, algo que parecía dar crédito de los cuentos de espíritus y fantasmas de Xu'sasar. Ninguno de los árboles se alzaba en línea recta. Estaban retorcidos y doblados, y sus ramas desplegadas recordaban a gigantes contorsionados de dolor. Daine habría jurado que veía caras en la madera, deformando la corteza, pero cuando se volvía a mirar, los troncos y las ramas tenían su aspecto habitual.

Árboles o no, estaban rodeados de ojos. Roedores hacían frufrú entre los arbustos y ocasionaban el movimiento suficiente para tener a Daine de los nervios. Vio una lechuza del tamaño de su cabeza, un pájaro precioso de plumaje negro y ojos dorados. La criatura estaba sentada en una rama alta, observando a los viajeros con orgullosa indiferencia. Daine pensó en pedirle a Través que disparara al pájaro, pero no parecía tener sentido. Era como si todo el bosque estuviera conjurado contra ellos, y parecía difícil imaginar que la muerte de una lechuza consiguiera algo más que irritar a los espíritus que estuvieran presentes en los árboles y las bestias. Además, a Través sólo le quedaba una flecha y era... improbable que un pájaro fuera la mayor amenaza que el bosque fuera a plantearles.

Lei abrió camino, apartando enredaderas y arbustos con su bastón murmurante. Había encantado uno de sus guantes, y una pálida luz blanca iluminaba su alrededor. Apartó un grupo de enredaderas y dio un salto atrás cuando la red de hojas entretejidas cobró vida.

—¡Por el arco de Balinor! —A punto estuvo de caérsele el bastón.

Daine pasó junto a ella; la espada brillaba a la luz sobrenatural. Vio tres tentáculos retorcidos desapareciendo en las sombras, negro aceitoso y plata

reluciente. Golpeó los matorrales y atisbo un par de ojos pálidos que desaparecieron por entre los arbustos.

Lei le cogió el brazo. Daine se encogió a la espera del espantoso dolor que había notado la última vez que ella le había tocado, pero lo único que sintió fue la presión de sus dedos.

—Lo siento —dijo, respirando profundamente—. No..., no me esperaba eso.

—Sólo eran serpientes —dijo Daine—. Nada de que preocuparse. Yo abriré el camino. Tú dime en qué dirección debemos avanzar.

Leí asintió, y Daine reanudó la marcha. Unas cuantas serpientes más desaparecieron en las sombras después de que la luz de Lei las alumbrara. La artificiera se estremecía cada vez que veía un movimiento sinuoso. Daine estaba seguro de que había algo detrás de ese raro miedo. Lei había visto cosas mucho peores en las Tierras Enlutadas y las alcantarillas de Sharn, y nunca había reaccionado de ese modo. Pero Daine sabía que era mejor dejarla en paz si no quería hablar de ello. Sobrevivirían a un puñado de serpientes.

Después, alzó la mirada.

Los árboles estaban repletos de serpientes.

Las escamas negras y plateadas eran casi invisibles contra la corteza en sombra y la luz de la luna, pero ahora vio el movimiento en las ramas, las pesadas colas colgaban de ellas. La víbora que huyó de la luz era apenas tan gruesa como su pulgar; alzando la mirada, Daine se quedó mirando a los ojos de una bestia con escamas cuya cabeza era más grande que la suya. Docenas de ojos fríos los miraban, y al ver la silueta contra la luz de la luna, pareció que los árboles se movían.

Daine no dijo nada, pero miró de soslayo a Través. El forjado tenía la vista clavada en las ramas y su última flecha preparada en la ballesta. Si una serpiente atacaba, Daine estaba seguro de que acabaría con esa flecha en el cráneo. Xu'sasar no estaba en ninguna parte, pero Daine había empezado a acostumbrarse.

—Lo siento, Daine —dijo Lei justo detrás de él—. Sé que esto es estúpido, sobre todo con todo lo que te ha tocado pasar. Pero... cuando he visto a esas serpientes moviéndose, me he acordado de esa cosa de debajo de Sharn. El desollador de mentes.

Estaba hablando de un horror al que se habían enfrentado un poco después de llegar a Sharn, la monstruosidad con cara de calamar que había asesinado a Jode y casi a Lei. Daine podía imaginarse el trauma de ver a una criatura así alzándose sobre él, extendiendo sus tentáculos hacia su cráneo... Sin duda, comprendía el miedo de Lei.

El terreno era irregular y las traicioneras raíces se ocultaban bajo el musgo. En la oscuridad de la noche, las enredaderas y las raíces eran fáciles de confundir con serpientes, y las sombras creaban monstruos a cada momento. Pero fue una serpiente distinta la que los detuvo. Mientras se abría camino, Daine vio una forma sinuosa y brillante que cruzaba su camino. No era una serpiente, ni siquiera un ser vivo.

Era un río.

El río formaba un cañón en mitad del denso bosque, una grieta en el apretado follaje. Alzando la mirada, Daine pudo ver el cielo. Como en la llanura, sólo había una luna, pero ésta era más grande que la anterior, y de color blanco plateado. Las estrellas formaban dibujos desconocidos, y a Daine le reconfortó que parecieran muy débiles. El agua del río era misteriosamente silenciosa, y a sus ojos parecía totalmente inmóvil..., como si estuviera congelada.

Daine se arrodilló en la orilla. Aunque no fuera un gran nadador, con aguas tan calmas como aquéllas tal vez pudieran cruzarlo. El lado contrario del río se veía bajo otro muro de árboles alzándose en la oscuridad.

Cuando Daine se arrodilló junto al agua, un sibilante susurro llenó el aire: la sobrecogedora canción del bastón de Lei.

—¡Detente!

La voz de Lei era grave y urgente. Le cogió la capa con la mano y tiró de ella con una sorprendente fuerza. Daine dio un traspié, y su mano izquierda se hundió en la tierra húmeda al revolverse para no caer al suelo.

—¿Qué?

—No toques el agua. No entiendo exactamente lo que está diciendo, pero ahí hay un gran peligro.

—¡Ah! —Daine miró el río—. Así que... ¿no tenemos que seguir por ahí?

Lei pasó una mano por el bastón, que gimió débilmente.

—Tenemos que cruzar el río —dijo—, pero... no podemos tocar el agua.

—¿Entonces? ¿Tienes energía para teletransportarnos?

Lei negó con la cabeza.

—He gastado toda la que tenía para crear la luz. Quizá deberíamos descansar aquí.

Daine miró por encima del hombro de Lei y vio una serpiente de veinte pies deslizándose entre el follaje.

—No creo que sea el mejor lugar para acampar.

—Allí hay un puente —dijo Xu'sasar. Las sombras parecieron reacias a liberar a la mujer drow cuando ésta salió del bosque a la luz de la luna—. Puedo enseñaros el camino. Tiene un aspecto espantoso, pero quizá sirva para cruzar.

—¿Aspecto espantoso? —dijo Daine.

—Sí —dijo Xu'sasar—. El puente está vivo.



CAPÍTULO 16 NOCHE: LUNA
DE DENSOBOSQUE
THELANIS

Través había hablado poco en el transcurso del día. Aunque su relación con sus amigos se había vuelto más estrecha, nunca había sido aficionado a las charlas intrascendentes. Prefería no especular. Si no estaba seguro de algo, se mantenía en silencio a menos que le ordenaran que diera su opinión. De modo que se había pasado en silencio, la mayor parte de ese viaje, vigilando a Lei y tratando de comprender cuanto le rodeaba. Hasta entonces no había tenido mucha suerte. El recuerdo de Índigo tendida en el suelo del Monolito de Karul'tash seguía en su mente, y sus pensamientos continuaban regresando a ese combate. El conflicto con el Cazador y el jabalí habían sido bienvenidas distracciones, pero parecía estar perdiendo algo en cada batalla. Índigo había hecho añicos su mayal, una arma que le había acompañado durante años. Y ahora sólo tenía una flecha para su ballesta. Través no estaba ni mucho menos indefenso. Sus puños y sus pies estaban hechos de acero y podía partir huesos si daba un golpe sólido. Pero tenía un entrenamiento mínimo para el combate sin armas y se sentía curiosamente desarmado, como si fuera una espada roma.

La marca en la espalda de Daine era otra amenaza contra la que no podía hacer nada. Percibía la inquietud de Lei, pero no sabía cómo ayudar a ninguno de sus compañeros.

«La marca parece una forma arcaica del idioma dracónico, pero no se corresponde con ningún carácter conocido —le dijo Shira—. Esa coloración infrecuente y ese diseño atípico indican que es una Marca de dragón aberrante. Esas cosas aparecieron miles de años después de mi encarcelamiento, y todo lo que sé lo sé por tu mente».

Través sintió su tacto fantasmal recorriendo sus recuerdos. Restos de pensamientos afloraron a la superficie...

Una historia de la casa Cannith que había leído cuando estudiaba los orígenes de los forjados.

Su combate con un semiorco aberrante que luchaba con una espada de fuego.

Y Lei, expresando sus temores de encontrar a esos aberrantes en Sharn. Cuando Daine manifestó su ignorancia sobre la marca, fue Shira quien sugirió su posible origen, la mezcla de la sangre Deneith de Daine y la Marca de dragón concentrada

que había consumido. Pero no podía darle su opinión sobre su poder o la amenaza que podía representar para Daine.

«La magia en este lugar es demasiado fuerte —pensó—. Me resulta doloroso incluso mirar por tus ojos».

«Somos espadas romas —respondió Través—. Yo he perdido mis armas y tú has perdido tus ojos».

«Tú eres mis ojos, incluso cuando no comparto tu visión. Somos uno».

Aunque halló cierto consuelo en ese pensamiento, Través estaba frustrado por la marca. Daine estaba enfadado, Lei tenía miedo y a Través le había tocado el papel de mediador entre ellos. Pese a todo lo que respetaba a Daine, tenía que proteger a Lei de cualquier amenaza. Través se sintió aliviado cuando retomaron la marcha, pero la tensión permaneció. Hizo cuanto pudo por dejarla a un lado, por concentrarse en lo que le rodeaba y por seguir moviéndose en silencio y con elegancia. Mantuvo su última flecha en la ballesta, escuchó los sonidos de la noche y trató de no pensar en Índigo.



—¿Eso es lo que tú llamas un puente? —dijo Daine.

—Buscas un camino al otro lado del agua y los espíritus proveen —respondió Xu’sasar.

—No muy bien —dijo Daine—. ¿Cómo es posible que eso sea un camino, exactamente?

Siguiendo a la elfa oscura por la orilla, los compañeros llegaron a una ligera elevación. Mirando desde allí, vieron el camino del que hablaba.

Era una serpiente.

En la orilla se alzaba una columna de piedra negra, y una serpiente se había enrollado a su alrededor. Era el reptil más largo que Daine hubiera visto jamás, con unas fauces que podrían tragarse un lobo... o a un hombre. Sus anillos eran negros, con bandas moradas irregulares, y esa visión le recordó a Través la inquietante marca de la espalda de Daine. Sólo tardaron un instante en evaluar su potencial como amenaza. Lei se había extenuado hasta el límite. Través sólo tenía una flecha. Luchar con un monstruo así en esas condiciones era una invitación al desastre.

—Todavía no entiendes cómo funciona este lugar —le dijo Xu’sasar a Daine. El viento movió su cabello blanco plateado y pareció que estaba envuelta en una capa de luz de luna—. Así como el Gran Jabalí nos permitió el paso a este lugar, sin duda esta serpiente es la llave a nuestro próximo desafío.

La guerrera drow todavía era un misterio para Través. Su talento era impresionante y un tanto inquietante. Través confiaba mucho en sus juicios, y era incómodo tratar con alguien que podía zafarse de él tan fácilmente. Y aunque Través tuviera los puños de acero, la habilidad de Xu'sasar en el combate cuerpo a cuerpo era claramente superior a la suya.

«Ya no está desarmada».

Través sintió a Shira indicando un punto en el espacio y dejó que ella guiara su mirada. Xu'sasar tenía la mano derecha pegada al costado, a la altura del muslo, y había puesto, sin que nadie se diera cuenta, su cuerpo entre ella y el objeto que sostenía..., pero Través vislumbró una punta curvada de marfil.

—¿Qué tienes ahí? —dijo.

La culpa no era una emoción que Xu'sasar pareciera sentir. Cuando levantó la mano, su expresión fue de completa inocencia. El objeto parecía ser una primitiva daga de dos hojas. Podía haber sido tallada en el colmillo de una gran bestia. Dos espolones se estrechaban hasta formar una punta.

—¿Por qué lo estabas escondiendo? —preguntó Daine, sorprendido.

—No escondo nada —dijo Xu'sasar—. Los espíritus me lo han dado como recompensa por mi coraje y para superar las pruebas del camino que nos esperan.

—Lo han hecho los espíritus —dijo Lei—. ¿Cuándo?

La elfa oscura se volvió para enfrentarse a Daine, ignorando la pregunta de Lei.

—Os he mostrado el camino. El puente espera.

—Sé que te has enfrentado a un jabalí gigante con los puños —dijo Daine—, pero ¿pretendes en serio atacar a esa serpiente con un pequeño cuchillo?

—Eso sería una locura —dijo Xu'sasar—. Para luchar con una criatura así necesitaría una arma más larga, que me permitiera mantenerla a raya

—Cierto, lo que significa... ¡Por la Llama! —maldijo Daine.

La doble daga se extendió en la mano de Xu'sasar para transformarse en una lanza de hueso envuelta en cuero que se alargó hasta que las puntas de ambos lados se convirtieron en hojas planas. Xu'sasar le dio la vuelta y ahora estaba sosteniendo una alabarda doble. Las hojas como garras se unían sin soldaduras en el mango.

«Hay un gran poder en ese objeto. —Los pensamientos de Shira afloraron antes de que Través hubiera formulado una pregunta—. No lo veo por completo en este momento, pero puedes estar seguro: tiene una fuerza que va más allá de los huesos de cualquier criatura mortal. Puede ser insensible al daño físico».

—Pero esto no tiene sentido —dijo Xu'sasar.

El arma giró y se fundió con su mano, y un instante después tenía una rueda de hueso de tres puntas, una variación en hueso de las armas arrojadas de madera que utilizaban los drows.

—No me enfrentaría a esa criatura como no me enfrentaría a Vulkoor. ¿No sabes nada de los espíritus? Es, sin duda, Ko'molaq, el Guardián de los Secretos. Tenemos que conseguir el paso con nuestras palabras.

—¿Así que quieres hablar con la serpiente? —dijo Daine—. Yo...

Lei cogió a Daine por el hombro y tiró de él.

—Puede ser que tenga razón, Daine.

Eso sorprendió incluso a Través. Desde su llegada a Thelanis, Lei había parecido reacia a aceptar lo que la mujer drow decía. Fue evidente que le resultó difícil, pero se forzó a hablar.

—Xu'sasar, ¿tu pueblo tiene una leyenda relacionada con esto? ¿La serpiente junto al río?

La elfa oscura chasqueó la lengua.

—Eso es —dijo Lei—. El reino de las leyendas. No sé si alguna fuerza está dando forma al reino para que colme sus expectativas o si alguien de su pueblo viajó por Thelanis y regresó para contarlo, pero después de ese escorpión, creo que tenemos que tomarnos en serio sus leyendas.

Daine se quedó mirando la inmensa serpiente.

—Está bien. Xu, es tu leyenda. ¿Qué hacemos? —Miró alrededor—. ¿Xu?

—Capitán. —Través señaló a Xu'sasar.

La drow ya estaba de camino hacia la serpiente.

Maldiciendo a los Soberanos y las serpientes, Daine echó a correr tras ella.



Través siguió al lado de Lei mientras se acercaban a la serpiente. Se puso la ballesta al hombro y volvió a colocar su última flecha en el carcaj. Sabía que esa bestia no podía ser derribada con un solo golpe, y si debía proteger a Lei parecía mejor tener las dos manos libres.

Daine alcanzó a Xu'sasar, y los dos juntos se acercaron al pilar. Cuando estuvieron cerca, la inmensa serpiente se desenrolló un poco y volvió la cabeza para clavar en Daine sus brillantes ojos dorados. Entonces, una segunda cabeza de serpiente salió por el otro lado del pilar, una gran cabeza en forma de cuña, con escamas moradas. ¡Dos!

—Te saludo, viajero.

La voz era como el siseo de un millar de serpientes tejido en palabras. Ambas bocas hablaban como una, moviéndose al unísono, y Través se dio cuenta de que eran los extremos opuestos de una sola serpiente.

—¿Qué buscas?

Xu'sasar se arrodilló, empuñada por la inmensa serpiente.

—Te saludo, gran Ko'molaq. Mis compañeros y yo deseamos cruzar el río que

guardas.

—¿Y pagaréis mi precio y respetaréis mis reglas?

La serpiente miró desde cada uno de los lados del pilar. Través la estudió y se preguntó cuánto tiempo tardaría en desenrollarse completamente si decidían retroceder.

—¿De qué precio se trata? —dijo Daine.

Y en el mismo momento, Xu'sasar dijo:

—Lo pagaremos.

La cabeza morada se alzó para contemplar a Daine, mientras que la serpiente de escamas negras siguió mirando a Xu'sasar.

—De conocimiento, viajero. La verdad. Responde a mi pregunta y puede ser que cruces el río ileso. Pero una vez que lo cruces no podrás volver nunca. Deberás estar seguro de tu elección.

Daine dio un paso atrás y se volvió hacia Lei y Través.

—¿Alguna idea?

—No creo que tengamos otra opción —dijo Lei—. No comprendo exactamente de qué está hablando esa cosa, pero debemos cruzar y no podemos tocar el agua. Quizá sea una locura, pero me parece muy normal tratándose de este lugar.

Daine miró a Través.

—Yo te sigo —dijo el forjado.

Shira estaba en silencio y él no había visto nada que le permitiera pensar en otra posibilidad.

—Muy bien. —Daine se volvió y caminó hasta la serpiente, fijando la vista en los ojos dorados de la cabeza morada—. Haz tu pregunta.

—Preguntas —dijo la serpiente—. Una para cada uno que cruce mi camino. Responded y después cruzad dejándolo todo atrás.

Mientras hablaba, un extremo de la serpiente entró en el río y empezó a atravesarlo lentamente. Parecía imposible que la bestia alcanzara la otra orilla, pero lo hizo. Unos cuantos anillos siguieron fuertemente enrollados alrededor del pilar oscuro, y poco a poco se fue levantando del agua, al parecer agarrada a algo en el otro lado.

La serpiente hablaba ahora solamente por la cabeza de escamas rojo sangre, pero su voz era igualmente fuerte.

—Tú serás el primero —le dijo a Daine—. Tú has liderado en la batalla. Tú has dejado muchas cosas atrás. Así será también aquí.

Daine frunció el entrecejo, y Través casi oyó sus pensamientos, su renuencia a abandonar a los demás frente a la necesidad de evaluar los peligros de la otra orilla.

—Muy bien —dijo al fin.

La serpiente se alzó por encima de Daine.

—Dime, viajero, y dime la verdad: ¿dónde termina tu viaje?

Daine abrió la boca y después la cerró. Miró a los demás.

—¿Es esto un acertijo? —le dijo a Lei—. Sabes que no es mi...

—Esta pregunta es para ti, y sólo para ti. —La voz de la serpiente ahogó la objeción de Daine—. Piensa en lo que te ha llevado a este lugar, viajero. Y dime dónde termina tu viaje.

Daine se quedó en silencio un momento, observando los ojos de la serpiente. Después dijo:

—Mi viaje termina al otro lado de las Puertas de la Noche, al final de mis sueños. Mi viaje terminará cuando Lakashtai caiga entre mis manos.

—Entonces, cruza el río y no regreses.

La serpiente bajó su cabeza plana, y Daine saltó ágilmente sobre ella. La criatura lo levantó y, un momento más tarde, estaba caminando con cuidado por el tronco de la serpiente, tratando de mantener el equilibrio. No tardó en llegar a la otra orilla. Través le vio bajar de un salto del puente-serpiente.

Entonces, la bestia fijó la mirada en Xu'sasar.

—Hija del escorpión, dime, y dime la verdad: ¿cuál ha sido el coste de tu viaje? Xu'sasar no se detuvo.

—Las vidas de mi familia, las vidas de mis enemigos y mi lugar en las Tierras Finales.

La serpiente bajó la cabeza, y Xu'sasar cruzó el tronco a la carrera; pareció tan cómoda sobre el puente de escamas como lo parecía sobre el suelo. Ahora sólo quedaban Lei y Través, y la serpiente miró a la primera.

—Dime, artificiera, y dime la verdad, ¿dónde empezó tu viaje?

Lei frunció el entrecejo, concentrada. Través trató de imaginar qué respondería él. ¿Se refería la bestia a ese viaje, que había empezado en el Monolito de Karul'tash...? ¿O quizá al que había comenzado en Sharn? Todo dependía de lo lejos que se remontara. ¿O tal vez hablaba de un viaje más largo?

—Mi viaje empezó en el útero de mi madre —dijo Lei.

Había un ligero temblor de incerteza en su voz, pero la serpiente bajó la cabeza para ella. Lei metió el bastón en la bolsa para tener las dos manos libres y se subió a la espalda de la criatura. Lentamente, con cuidado, inició la travesía hacia la otra orilla.

—Tienes mucho que aprender —siseó la serpiente.

Y se sacudió de manera violenta.

El movimiento lanzó a Lei por los aires, y Través se dio cuenta de que caería en el agua. Se arrojó al río. Había vadeado corrientes en el pasado: contaba con poca habilidad para nadar, pero no tenía que respirar y el agua era calma. Se preguntó qué poderes le esperarían en el agua, pero no permitiría que Lei se enfrentara a ellos sola.

El agua apenas le llegaba a la cadera. No era un río, era poco más que un torrente muy ancho. Se produjo una inmensa salpicadura cuando Lei cayó en el agua, seguida de una inquietante inmovilidad. No se revolvió, ni siquiera trató de salir a la superficie. Través siguió avanzando, luchando contra la masa de agua.

«Está viva». El pensamiento de Shira fue una inundación de alivio, y mientras avanzaba supo dónde estaba aproximadamente Lei. Cambió de dirección y se agachó. Sacó a Lei empapada del lecho del río. Estaba inmóvil en sus brazos. Tenía los ojos cerrados y la piel pálida.

«Está viva».

CAPÍTULO 17

NOCHE: LUNA
DE DENSOBOSQUE
THELANIS

—Dime, artificiera, y dime la verdad: ¿dónde empezó tu viaje?

Daine apenas podía ver a Través y a Lei entre las sombras del río, pero la serpiente seguía hablando por sus dos, bocas. Daine y Xu'sasar estaban en la otra orilla donde la serpiente estaba enrollada en otro pilar de piedra negra. La criatura los ignoraba, y sus ojos dorados estaban fijos en la orilla opuesta.

«Artificiera», pensó Daine. Ésa tenía que ser Lei, sin duda. Una forma esbelta se subió a la espalda de la serpiente y empezó a caminar. Daine recordaba lo traicionero que había sido el pasco. Las escamas de la serpiente eran lisas y resbaladizas; la carne había cedido bajo sus botas. El corazón se le encogía cada vez que Lei daba un paso, pero siempre lograba mantener el equilibrio.

—Tienes mucho que aprender —dijo la serpiente.

Daine vio a Lei por los aires. Se dio cuenta de que estaba golpeando el suelo con los pies, que el aire llenaba sus pulmones para emitir un grito. Pero el grito nunca se produjo, y él no llegó a las aguas. Un momento de dolor, un rápido golpe contra la parte posterior de las piernas, y Daine cayó sobre el polvo y la hierba.

Xu'sasar estaba sobre él. Le cogió el cuello con una mano y le apretó tres dedos contra la base de la espina dorsal. Sintió un estremecimiento en los nervios, un destello de adrenalina y dolor, y todos los músculos de su cuerpo se quedaron rígidos.

La furia y el miedo por Lei inundaron su cerebro y se revolvió contra la traicionera drow, pero fue en vano. Ella se mantenía firme como una estatua, y mientras siguiera inmóvil, Daine permanecería impotente.

—Has cruzado el río —dijo Xu'sasar—. ¡No puedes volver!

Daine quiso gritarle, derribarla. Sólo cuando Través salió del río con el cuerpo empapado de Lei en brazos, Xu'sasar le soltó. Un instante después, estaba ya junto a Lei, extrayéndole el agua de los pulmones. Ella respiraba, pero tenía la piel pálida y fría, y su cuerpo inmóvil no respondía. Daine era vagamente consciente de que le estaba gritando, de que le ordenaba que se despertara mientras golpeaba el suelo con el puño.

Través sostenía a Daine y le apartó.

—Está viva, capitán. No puedes hacer nada por ella.

—¿Por qué no se despierta?

—No lo sé. Pero está estable. Nada ha cambiado desde que la he sacado del agua.

Volviendo a mirar a Lei, Daine vio una sombra oscura arrodillándose junto a ella... Xu'sasar. Liberándose de Través, Daine se lanzó contra la mujer drow y la embistió con el hombro. Ella no se lo esperaba y cayó sobre Lei; a punto estuvo de dar con su cuerpo en el agua.

Daine tenía la espada en la mano y ardía con el fuego de su furia.

—¿Qué has hecho? —dijo.

Xu'sasar se puso en pie y luego se agachó en la estrecha franja de la orilla. Tenía la rueda de hueso en la mano, y Daine, a pesar de su ira, se percató de las gotas de fluido verdoso que cubrían las puntas de los dientes.

—Te he salvado —dijo—. Si hubieras entrado en el río, habrías sufrido un destino mucho peor.

—¿De qué estás hablando?

—¿No escuchaste al Guardián de los Secretos? El río es conocimiento. El río es verdad. Escogió bañar a Lei en las aguas y te ordenó que siguieras en la costa.

—¿Y qué hacías tú hace un momento?

—Los peligros de la tierra son muchos, y mi gente tiene que aprender a sanar además de matar. Fui yo quien te atendió después de nuestra batalla con Colchyn. Sólo quería estudiar a tu acompañante y asegurarme de saber qué la afligía.

La ira que ardía en el interior de Daine se estaba apaciguando. A medida que la energía furiosa se apagaba la hoja refulgente de su espada se convertía en mero metal.

—Dime.

—Esta batalla está en su interior —dijo Xu'sasar—. Sólo ella puede librarla.

—¡Tiene que haber algo que podamos hacer!

—Puedes proteger su cuerpo, pero esta batalla está en su mente. Es un honor ser escogido así. Si sobrevive, será más fuerte gracias a ello.

La ira de Daine creció al oír el «si sobrevive», pero reprimió el fuego. Xu'sasar no era culpable de eso.

Través estaba junto a Daine. Su voz grave y familiar era un ancla emocional.

—No tenemos alternativa, capitán. Su fuerza vital es estable. Creo que lo mejor que podemos hacer es encontrar alimentos y refugio. Ha sido un largo viaje, y también tú tienes que descansar.

Través tenía razón, por supuesto. Lei estaba en un aprieto, pero Daine conocía sus límites y estaba luchando contra ellos.

—No nos vamos a quedar aquí. No quiero que Lei esté cerca de la serpiente y el agua. Tiene que haber algún lugar bien defendido cerca.

—Mira —dijo Través, señalando el pilar de piedra que la serpiente había utilizado como sujeción.

Daine tardó un instante en darse cuenta de qué estaba hablando Través, y después lo vio.

Un camino.

Hasta ese momento habían vagado por una tierra sin senderos. Los pilares de la serpiente eran los primeros signos de civilización que habían visto. Se advertían restos de un caminito en la base del pilar, un camino que se hacía más ancho y más claro a medida que se adentraba en los bosques.

Daine se acercó a Lei con la espada todavía en la mano.

—Ve a ver qué puedes encontrar —le dijo a Través.

Él se volvió hacia la mujer drow. No había engaño en sus ojos, y Daine se dio cuenta de que pensaba lo que decía, que había hecho lo que creía que era mejor para él. Pero su ira todavía tenía que canalizarse y, en ese momento, sentía un fuego en su interior cada vez que miraba a la elfa oscura. Lei, Través..., sabía qué podía esperar de ellos. Sabía lo que harían. Lo que era más de lo que podía decir de Xu'sasar.

—Tú —dijo, quizá con mayor brusquedad de la necesaria—. No te alejes de mí, ¿de acuerdo?

Xu'sasar apartó la mirada y suspiró.

—Soy más rápida que el hombre de metal y mis pasos son igualmente silenciosos —repuso—. Mis ojos ven más cuando la luna está alta, y esta tierra está bañada por la luz de la luna. Es una estupidez mandarle a él en mi lugar.

—No me importa lo rápida que seas, princesa. Través obedece las órdenes, y ahora mismo la confianza es lo más importante de todo. Te dijeron que debías protegerme, ¿verdad? ¿Por qué no empiezas haciendo lo que te dicen?

—Te he salvado la vida —dijo.

Sus palabras fluían juntas, pero Daine no sabía si la velocidad con la que hablaba era una señal de vergüenza o de ira.

—Había mejores formas de hacerlo —dijo—. Trabajamos en equipo, ¿lo entiendes?

Pasó un instante, pero Xu'sasar finalmente chasqueó la lengua.

—Como tú digas.

Daine se arrodilló junto a Lei y le puso una mano en la mejilla. Tenía la piel fría. Sintió un estremecimiento en su interior, una sensación física más tangible que su preocupación o su rabia. Era la bola de energía en la base de la espina dorsal, la presencia que había notado cuando Lei había descubierto su marca. Al principio, pensó que todo estaba en su mente, pero podía sentirlo, una quemazón pura justo debajo de su piel, y ese dolor era más intenso cuando tocaba a Lei. Recordando los últimos minutos, no pudo evitar preguntarse por el pánico que se había apoderado de él. ¿Eran sólo los nervios y la visión de Lei en peligro? ¿O era algo más?

Arrodillado al lado de la artificiera, Daine observó cómo la serpiente se retorció en la otra orilla. Reprimió la furia que sentía y trató de olvidar todas las leyendas que había oído sobre las Marcas de dragón aberrantes.



El único sonido era el débil manar del agua. Lei estaba inmóvil y el pecho apenas se le hinchaba al respirar. Pese a que esa inmovilidad despertó el terror en el corazón de Daine, nunca le había parecido tan perfecta, tan hermosa, como bajo la luz de la luna de Thelanis.

—¿Quieres que mate a los observadores o que los detenga con vida?

Eran las primeras palabras que Xu'sasar había pronunciado desde que Daine la había reprendido, y el sonido de su voz le sacó del ensueño. Mientras trataba de hallar el sentido de su pregunta, se produjo un revoloteo en las ramas de un árbol cercano. Parecía que Daine no era el único que lo había oído, y el intruso no iba a esperar una respuesta. El capitán vislumbró un puñado de plumas negras cuando un pájaro arrancó a volar, pero la criatura no era rápida. La rueda de hueso de Xu'sasar zumbó por los aires y —¡pam!— una forma oscura cayó al suelo. La rueda arrojadiza no cayó con ella, sino que deshizo su trayectoria por los aires y regresó a la mano de Xu'sasar.

Daine corrió para examinar a la criatura caída. Era un cuervo del tamaño de la cabeza del capitán. Parecía que Xu'sasar había decidido no matarlo, porque Daine no vio sangre..., pero el impacto debía haberle roto algún hueso, y el cuervo permanecía en tierra.

—¿Qué te hace pensar que es un espía? —dijo Daine.

—Un buen disparo; te lo concedo.

Aunque masculina, la voz era aguda, como la de algunos gnomos que Daine había conocido. Era una voz cascada y trabajosa, pronunciada con dolor. Era la voz del cuervo. El pájaro estaba de lado, con la cabeza inclinada para mirar a Daine.

—Tu chica tiene buen ojo. Podría ser una lechuza.

Xu'sasar no dijo nada. Sostenía la rueda de hueso en la mano, del revés. Un golpe del arma y las tres puntas curvas atravesarían la carne del cuervo.

—Primero escorpiones —dijo Daine—, después serpientes. Y ahora tú. ¿Todas las serpientes del otro lado del río hablan o sólo la grande?

—¿Las serpientes? —preguntó el cuervo con una débil risotada. Un poco de sangre le salió por el pico—. No seas estúpido. Tienen la sangre fría. A las muy zorras no les gusta nadie de fuera de su clan. ¿Yo? Yo soy un pájaro al que le gusta hablar. No hacía falta que me rompierais un ala para llamarme la atención.

—Nos estabas espiando y has tratado de huir cuando Xu te ha visto.

—¡Ah, eso! Bueno. Sí. Tampoco es que me haya dado muchas opciones, ¿no? Atrapar o matar. No charlar un poco amablemente. Alguien dice: «¿Qué hacemos, le

pegamos una paliza a ese hombre o lo matamos?», y ¿tú qué haces?

—Quizá no espiar a nadie, para empezar —dijo Daine, que sacó su daga y se arrodilló junto al cuervo—. Y todavía no has respondido.

—Amenazando al pájaro que tiene el ala rota. Muy simpático. ¿Qué será ahora? ¿Tortura? ¿Arrancarme las plumas una a una?

—Nada tan lento —dijo Daine.

Otro hombre tal vez no habría considerado una amenaza a un pájaro. Pero aquélla no era la primera vez, ni siquiera fuera de Thelanis, en que Daine se había encontrado con un animal parlante o incluso un pájaro inteligente. Los magos guerreros de Valenar con frecuencia utilizaban aves de la familia como exploradores.

—No estoy de humor para juegos. —Levantó la daga.

—¡Espera! —El cuervo retorció la cabeza—. Puedo ayudarte. Puedo ayudar a la chica.

Daine mantuvo la daga sobre el pájaro.

—Te estoy escuchando.

—¿Estáis buscando refugio, verdad? Hacéis bien en no querer quedaros al aire libre. Puede ser que ella me haya visto, pero son muchos los poderes que moran en estos bosques. Y gracias a vosotros, ahora tengo que curarme, no quiero morir aquí mismo, bajo tu daga o en las fauces de la noche. Si me lleváis con vosotros puedo conducirlos a un refugio seguro.

—¿Qué clase de refugio?

—Una posada —dijo el pájaro—. El Árbol Torcido.

—¿Una posada?

—Eso es —dijo el cuervo—. Algo de bebida, un poco de pan, un techo sobre la cabeza. ¿Creías que era exclusivo de los humanos?

—No creo que los cuervos necesiten todas esas cosas —dijo Daine.

—No se trata sólo de lo que es necesario. Vosotros los humanos tampoco les dais muchas opciones a los animales. Además, aquí también hay representantes de tu especie. Ferric, que lleva el Descanso de la Luna, es manoso.

—¿Manoso?

—Tiene manos. ¿Ves adonde voy? No como yo. Y él encontrará a alguien que pueda ocuparse de mí, seguro. Le gustan los tratos, a Ferric.

Daine pensó en ello.

—¿Y dices que esa posada es segura?

—No he dicho eso —dijo el cuervo—. A Ferric le gusta llegar a un acuerdo. Pero no adora precisamente al Hombre del Bosque, y creo que eso lo comparte con vosotros, ¿verdad?

Daine apretó con más fuerza la empuñadura de la daga.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Tu asesina tiene razón. Soy un observador. Miro y escucho, y comercio con la información. Las noticias del regreso de Corazón Oscuro se han extendido por toda la

noche, y el Hombre del Bosque la quiere de vuelta. Pero ¿yo? Puede que haga un trato de vez en cuando, pero no soy una de sus criaturas. Si me sacáis de ésta, no diré ni media palabra sobre lo que he visto. Y Ferric estará contento con escupirle a la cara al Hombre del Bosque.

—Xu'sasar, ¿qué opinas?

Daine mantuvo la mirada fija en el cuervo al hablar. Aunque la criatura parecía herida, el capitán no iba a dar nada por sentado nunca más.

—Mata al pájaro —dijo Xu'sasar—. Nosotros mismos encontraremos un refugio. No es uno de los grandes espíritus. Es un espía y un tramposo que trata de conservar la vida con palabras.

—Es lo único que tengo además de plumas —terció el cuervo—. Pero, venga ya, ¿qué os he hecho?

—Nada todavía —dijo Xu'sasar—. Y si mueres, nada nunca.

Daine se quedó mirando al pájaro herido. No tenía razones para confiar en lo que la criatura decía. Estaban en territorio hostil, y el cuervo podía estar mintiendo. Pero nunca le había gustado matar a prisioneros humanos y, de alguna manera, no había gran diferencia en aquel caso. Y si el pájaro decía la verdad, quizá fuera una oportunidad para conseguir aliados en un lugar tan extraño. Y sabía lo que Lei habría dicho si hubiera estado consciente.

La llamada del cantante del ocaso cyr cruzó los bosques. La señal de Través. El forjado había oído voces y estaba pidiendo instrucciones. Daine le respondió: «Es seguro volver».

Través salió de los árboles.

—El camino es transitado —dijo—. Pezuñas y botas han pasado por él, y no hace mucho. A una buena distancia, hay una luz potente, parpadeante: un farol o un fuego.

—Eso es El Árbol Torcido —dijo el cuervo—. No es mucho trecho para vosotros. Llevadme y haré un buen trato. Es lo mínimo que podéis hacer, ¿no? Sólo la Luna sabe cuándo podré volar de nuevo.

—Bueno —dijo Daine—, te llevaremos con nosotros. Través, tú lleva a Lei. Yo llevaré a éste... Y te lo advierto, pajarito, si tenemos problemas entre este momento y la llegada a la posada, tú serás el primero en morir.

—Me parece justo —dijo el cuervo—. Y si somos amigos, podéis llamarme Huwen, ¿de acuerdo?

—Vamos a esa posada antes de firmar nuestra amistad, pájaro.

Daine dio una última mirada al río. Al otro lado vio la sombra de la gran serpiente enrollada en el pilar, y después recogió al cuervo herido y se adentró en el bosque.



CAPÍTULO 18

NOCHE: LUNA
DE DENSOBOSQUE
THELANIS

Xu'sasar vivía en un mundo sin sombras. De acuerdo con las leyendas de Qaltiar, el primer drow había sido imbuido de la esencia de la noche, lo que explicaba la piel negrísima de la gente de Xu'sasar y los poderes mágicos de la raza. Uno de esos dones místicos era la capacidad de ver en la oscuridad con la facilidad con que los extranjeros veían durante el día. Se sentía tan cómoda en la total oscuridad de una profunda caverna como en la tenue luz de la luna del bosque. De niña, había aprendido a reconocer el espectro de grises que reflejaba la luz que los demás veían. Cuando estaba de caza, tenía que saber cuándo estaba a la sombra y salir a la luz. En todo caso, la única verdadera oscuridad que había conocido jamás eran las sombras mágicas que formaban parte de su sangre, la oscuridad mística que un drow podía proyectar al mundo.

Para Xu'sasar, la noche no albergaba miedos. Los extranjeros temían a la oscuridad, pero Xu'sasar había tenido que aprender a reconocer las sombras. La noche era su dominio, el momento de perseguir y cazar. De haber podido elegir, habría estado danzando en los bosques más densos y oscuros de las Tierras Finales, en busca de las más terribles amenazas que aquel reino pudiera ofrecerle.

Pero no podía elegir.

—No soy el más adecuado para decirlo, por supuesto —había dicho Huwen—, pero si fuera una criatura que caminara tomaría ese camino. Puede ser que os topéis con algo que venga en dirección contraria, sí, pero mucho peor es en el bosque. Habéis cruzado el río y habéis llegado al corazón de la noche. Ni siquiera yo sé qué hay ahí fuera, y eso que sé bastantes cosas.

Xu'sasar tendría que haber matado a esa criatura de buenas a primeras. Quería mostrar respeto por Daine, darle al extranjero la oportunidad de decidir. No había esperado que decidiera equivocadamente. ¿Es que los extranjeros no sabían nada de las Tierras Finales? Aquél era un pájaro de mal agüero, sin duda enviado para probarlos y engañarlos.

Y ahora tomaban el camino que él les había sugerido.

Xu'sasar lideraba el grupo y escudriñaba los árboles en busca de movimiento. Los demás la seguían muy de cerca. El camino estaba pavimentado con discos de

madera espesa, círculos irregulares de muchos tamaños distintos, como si hubieran sido hechos con ramas caídas. El camino tenía la anchura suficiente para que lo transitaran dos gigantes de lado, y le recordó a Xu'sasar los antiguos caminos de su tierra, Xen'drik. Trató de recordar cuántas veces había utilizado esos caminos como escenario de emboscadas, cuántas veces había emergido del bosque que la ocultaba y había dispersado a exploradores imprudentes con un asalto rápido y furioso.

—Tiene algunas ideas pintorescas, ésta —dijo el cuervo—. Si tuviera amigos a la espera, ¿creéis que haría algo tan obvio como esto? Soy tan listo que soy tonto, ¿es eso?

Daine estaba justo detrás de Xu'sasar con la carga de plumas negras en la mano. Xu'sasar se volvió rápidamente.

—Déjame en paz —dijo—. Todavía hay tiempo para que sufras. Hasta es posible que llegues vivo a esa posada.

—¿De modo que ahora eres tú quien toma las decisiones? —dijo Huwen—. Creía que tú eras el capit... ¡Ay!

Daine tiró del ala rota del cuervo y acalló a la criatura.

—Déjala en paz, ¿de acuerdo?

—Se alimenta de secretos —respondió Xu'sasar—. ¿Cómo crees que ha aprendido las cosas que sabe? Todavía hay tiempo para matar y dejar que el conocimiento muera con él.

El cuervo forzó una risilla.

—No sabes tantas cosas como yo, chica. Tienes unas docenas de hebras y crees que has visto un tapiz. Por cada dos cosas que sabes tienes el inmenso vacío que hay entre ellas. ¿Yo? No soy un impostor, no sirvo a algún gran mal. Sólo vivo aquí. Todo el mundo tiene que vivir en alguna parte, ¿verdad? Este es mi territorio.

Daine apretó con más fuerza al pájaro negro.

—¿Y la lectura de mentes? ¿Es eso una hebra de la verdad?

—¡Ah!, bueno, eso —dijo Huwen—. Supongo que sí. Me gusta cómo sabe el pensamiento, algo de pena, un secreto pintoresco. Eso es lo que soy. Cuando me da un poco de hambre, tengo unos cuantos recuerdos. No hay nada de malo en ello, no más que en el hecho de que tú te tomes una copa de vez en cuando. Haz que todo salga bien, y yo estaré en deuda contigo. ¿Para qué iba a decir todo lo que sé?

—Ya he hecho que las cosas salieran bien, pájaro —dijo Daine—. No me aprietes. Si nos traicionas... Bueno, ¿por qué no echas un vistazo a mis pensamientos y ves lo que tengo en mente?

Huwen tembló, y sus plumas se alborotaron.

—Eso es muy... pintoresco. No estoy seguro de que sea posible, pero la verdad es que no tengo intención de descubrirlo. Como ves, aquí todos estamos de acuerdo. Yo estaba fisgoneando un poco. Soy el primero en reconocerlo. Me cogéis, me herís. Me ayudáis a curarme, yo os ayudo a encontrar un refugio para nuestra amiga y todo el mundo sale ganando. No hay necesidad de pensar cosas así.

—Pues voy a seguir pensándolas —dijo Daine—. Recuérdalo.

Daine se volvió hacia Xu'sasar.

—Tus instintos son buenos. Entiendo lo que estás pensando. Pero he tomado una decisión y tienes que apoyarme.

Xu'sasar estaba sorprendida, pero menos por lo que había dicho que por el modo en que había hablado. Ella era una hija del bosque formada para oír la voz del espíritu, y percibía una creciente fortaleza en el interior de Daine, algo de lo que él mismo no podía ser consciente. Xu'sasar intuyó que había sufrido alguna enfermedad en Xen'drik y que se había ganado las marcas de guerrero en la espalda al mismo tiempo que había superado esa aflicción. Se preguntó si ese espíritu depredador siempre había estado en su interior o si era una semilla que había brotado en las tierras Finales.

Daine estaba esperando una respuesta. Ella chasqueó la lengua e inclinó la cabeza, un gesto que había aprendido observándolo.

—Bien. Necesito que Través lleve a Lei. Si Huwen dice la verdad, esa chispa de luz es la posada. Adelántate para explorar. Entra en el bosque, haz lo que creas mejor. Sabes cómo se planea una emboscada. Utiliza ese conocimiento.

Ella volvió a chasquear la lengua.

—No ataques a los desconocidos. No puedo permitirme perder a nadie más. Si ves algo amenazador, regresa e informa. Si eso es imposible, necesitaremos una señal de aviso. ¿Puedes hacer esto?

Daine silbó imitando el canto de un pájaro extranjero. Xu'sasar tuvo que intentarlo dos veces antes de que lograra hacerlo igual. Le enseñó dos llamadas más, una para «todo despejado» y otra para «necesito una respuesta». Finalmente, quedó satisfecho.

—Puedes ser tan observadora como Través —dijo Daine—. Puedes ser igual de rápida en la noche. Ahora demuéstreme que eres fiable. Buena cacería.

Xu'sasar chasqueó la lengua y abandonó el camino. El pájaro observó cómo se iba, pero no dijo una palabra.



En cuanto hubo abandonado el camino, Xu'sasar sintió la presencia de los árboles. Un humano habría desdeñado esa sensación, la habría considerado una simple paranoia. Xu'sasar era más lista. Los árboles estaban vivos. Eran más conscientes que los robles moteados por la luna de la otra orilla del río. A cada paso que daba hacia el Ocaso, el bosque se tornaba más consciente y más hostil. Cada paso las adentraba

todavía más en el dominio del Hombre del Bosque. Xu'sasar se preguntó qué forma preferiría ese espíritu, qué poderes poseía. No sabía de ninguna leyenda que hablara del Hombre del Bosque, y eso en parte la complacía. Disfrutaría de la oportunidad de forjar nuevas historias. Pero ahora tenía una tarea, la obligación de proteger a ese extranjero. Y se sorprendió sintiendo los primeros atisbos de miedo. Una muerte noble ya no era suficiente. Tenía que vivir, encontrar una forma de vencer a sus enemigos. ¿Y si no podía? ¿Y si eso escapaba a sus poderes?

Hizo a un lado esos miedos, expulsó todo pensamiento. Una ligera brisa sopló entre los árboles, y Xu'sasar se movió con ese viento, deslizándose por el bosque con tal elegancia silenciosa que ni los árboles se percataron de su presencia.

El camino no era transitado y había poco movimiento en el bosque. Xu'sasar vio a una lechuza lanzándose contra su presa y alzando el vuelo con un hombre minúsculo en las garras. Un zorro plateado se cruzó con ella deslizándose entre los arbustos. Pero ni la lechuza ni el zorro vieron a Xu'sasar.

Sólo en una ocasión se topó con un verdadero peligro, pero no llegó a saber de qué se trataba. A medida que se acercaba a la luz, Xu'sasar fue sintiendo una rápida caída de la presión del aire. Se quedó inmóvil, en silencio total. Ni siquiera sus agudos ojos podían ver nada, pero sentía una presencia ante ella moviéndose por el bosque. Al principio, creyó que se trataba de un espíritu de aire puro, parecido a los espíritus de fuego unidos por los odiados sulatar. Después se acercó. El escalofrío que sintió no tuvo nada que ver con la gelidez del aire. En una ocasión, Xu'sasar se había topado con un verdadero fantasma, un espíritu errante arrancado del camino de la existencia. Esa alma atormentada le había provocado un escalofrío parecido, pero si aquello había sido una ligera brisa, esto era el corazón del invierno. «Ni siquiera yo sé qué hay ahí fuera —había dicho el pájaro—, y eso que sé bastantes cosas». Ahora Xu'sasar comprendía a qué se refería. No quería saber lo que era ese ser. Sólo quería que pasara.

Y lo hizo.

La sensación duró sólo un momento. Y desapareció. Xu'sasar contuvo la respiración un rato más, pero el espíritu se había ido, adentrándose todavía más en el bosque. Avanzaba en dirección contraria a Daine, y no se había acercado al camino, de modo que tal vez el pájaro había dicho la verdad. Quizá el camino era seguro. El recuerdo del escalofrío siguió en ella después de que el espíritu se marchara, y Xu'sasar hizo el resto del trayecto más cerca del camino.

Pero el trayecto no era largo. El punto de luz se hizo más grande y pronto vio que era una lengua de fuego frío contenida en una jaula de cristal colgada de la rama de un árbol. Había llegado a su destino.

Era fácil descubrir de dónde venía el nombre de la posada: El Árbol Torcido. El edificio en sí estaba hecho de paja y barro negro, pero había sido construido alrededor de un árbol con una docena de retorcidas ramas que crecían por encima del largo techo. Las ventanas eran de cristal oscuro tintado, pero Xu'sasar vio el parpadeo del

fuego en el interior y olió el humo en el aire. Las sombras se movieron en la ventana, y Xu'sasar oyó risas y conversaciones. Rodeó el edificio atendiendo a los débiles sonidos hasta que pudo distinguir las voces. Después volvió corriendo hacia la noche, bordeando el extremo del camino. El espíritu frío que la había rozado había desaparecido y no encontró ninguna amenaza significativa.

—El camino está despejado —dijo cuando llegó hasta Daine.

Él asintió y ella se colocó a su lado cuando tomaron el camino.

—Alguien lo había dicho ya —dijo Huwen—. ¡Ah, sí!, yo. Parece que después de todo sé alguna cosa.

—El edificio tiene dos pisos —dijo Xu'sasar, ignorando al pájaro—. Creo que sólo hay cuatro personas dentro, o al menos cuatro despiertas. No he visto guardias ni centinelas. Las paredes son fáciles de escalar. Sugiero que yo entre por el segundo piso, mate a los que estén durmiendo y espere junto a las escaleras. Cuando vosotros entréis por la puerta, podemos atacar a los cuatro de la primera planta, que tendrán la guardia baja.

Daine y Huwen se la quedaron mirando.

—¿Qué? —dijo Daine, al fin.

—Ellos son más, pero contaremos con el elemento sorpresa. Nuestros enemigos quizá no vayan muy armados, aunque en esta tierra, obviamente, debemos esperarnos su magia.

—¿Has...? —Daine negó con la cabeza—. Dime en qué momento esa gente se ha convertido en nuestros enemigos.

Ahora era Xu'sasar quien estaba perpleja.

—Vamos a hacernos con su refugio, ¿no?

—Es una posada —dijo Daine—. ¿Sabes lo que es? Un posada, donde te dan cobijo a cambio de oro.

—¿Oro?

Xu'sasar lo pensó. En Xen'drik, el cobijo era algo parecido a un tesoro. Su pueblo no construía. Cuando viajaban a una nueva zona, hacerse con unas ruinas o una caverna era siempre la primera de las tareas. Podías compartir refugio con una tribu con la que tuvieras relaciones de sangre, pero cuando unos desconocidos tenían lo que tú deseabas, la violencia era lo más natural. A menos que...

¿No había entendido bien a Daine? ¿Se refería al lugar en el que la gente intercambiaba protección por carne? Sin duda, eso tendría más sentido que un regalo en forma de metal blando.

—¿A quién vas a entregar a esos desconocidos? —dijo.

El escorpión le había ordenado que protegiera a Daine. No había dicho nada relacionado con permitirle que la vendiera.

Daine frunció el entrecejo.

—No voy a darles a nadie. Es una posada. —Suspiró—. Supongo que nunca has visto una. Se ganan la vida dando refugio a desconocidos a cambio de bienes

valiosos, no de gente. —Miró a Huwen, que había mantenido el pico cerrado durante la conversación—. Y ya que estamos en eso, ¿con qué moneda comerciáis aquí?

—Eso depende de Ferric —dijo Huwen—. Lo que le parezca justo. Os propondrá un trato. Eso es seguro.

—Sería mucho más simple matar a los que están ahí dentro —dijo Xu'sasar—. Y después, seguir con el pájaro.

Daine mantuvo cerrado el pico del cuervo con el pulgar y el índice para silenciarlo antes de que pudiera responder.

—Ya basta, Xu. No es necesario matar a nadie. Si tengo que acabar con un enemigo, lo haré. Pero no voy a matar a un hombre por poner un techo sobre mi cabeza para pasar la noche, ¿comprendido?

Xu'sasar chasqueó la lengua, y continuaron avanzando.

Daine era un misterio para ella. Xu'sasar seguiría sus órdenes, pero estaría preparada para cualquier trampa que pudieran tener ante ellos. Apretando la rueda de hueso con la mano, se concentró, recordó las lecciones que había aprendido e imaginó una nueva forma. La rueda se flexionó y retorció en su mano, el marfil se mezcló y se extendió. Xu'sasar bajó la mano izquierda para coger la segunda empuñadura. Un instante después, sostenía una daga de hueso en cada mano con una cadena de marfil que unía los dos mangos. Probó las hojas. Su equilibrio era de una enorme belleza, y se sintió como si fueran sus garras. Le mostró los dientes a la luna que estaba en lo alto y esperó que la gente que estuviera en esa posada le diera una razón para derramar sangre.



—¿Estás seguro de esto? —dijo Xu'sasar. Estaban junto a El Árbol Torcido.

—Estoy seguro —dijo Daine—. Ahora, ábrenos la puerta. Y esconde los cuchillos. No queremos que esa gente crea que somos asesinos.

—Sería un malentendido ridículo —dijo Huwen—. Me reiría con sólo pensarlo si no estuviera distraído por el horrible dolor de un ala rota.

Xu'sasar escondió las dagas en el interior de su arnés y redujo la extensión de la cadena con la mente. Sintió un temblor emocional al acercarse a la puerta, y una vez más reconoció el aliento del miedo. Era el caos, la incerteza. En Xen'drik, la vida siempre había sido simple. Los desconocidos eran enemigos. La vida era conflicto. Siempre estaba preparada para una batalla, dispuesta a morir con una arma en la mano. Pero entrar en un hogar desconocido con las manos vacías, confiar en un extraño, era aterrador.

Xu'sasar reprimió el miedo tratando de mantener sus emociones ocultas para los extranjeros. Era un espectro guerrero de los qaltiar, y esos humanos no podían hacer nada que ella no pudiera hacer también. Abrió la puerta y entró.

La habitación era caliente, el aire estaba lleno de humo y resultaba un tanto dulzón. Había fuegos en chimeneas de piedra a ambos lados de Xu'sasar, y las pequeñas y constantes llamas parecían la única fuente de luz de la amplia sala. Era probablemente una cámara oscura, poco mejor que una noche con luz de luna, pero las sombras no significaban nada para Xu'sasar y escudriñó la sala hasta el último detalle. Suelo de tierra. Sin mesas ni sillas, sólo grandes almohadones esparcidos por el suelo. Un hombre bajo observando desde detrás de una larga barra, buscando entre una montaña de odres de agua. El gran tronco de un árbol retorcido se alzaba en el centro de la habitación y cruzaba el techo. Una escalera de caracol rodeaba el tronco. Y un hombre y una mujer bailaban lentamente al ritmo de una música suave y sombría.

—¡Bienvenidos!

El posadero salió de detrás del mostrador y se encaminó hacia Xu'sasar. Era un hombre blando, con los huesos escondidos bajo una montaña de grasa. Llevaba una capa de terciopelo gris y tenía una reconfortante sonrisa en los labios. Parecía tener buena salud y buen humor, pero su voz era la de una cosa muerta, como si sus pulmones se estuvieran pudriendo en su interior. Xu'sasar dio un paso a un lado y puso la espalda contra la pared. Deslizó la mano hasta la empuñadura de una daga.

—¡Bienvenidos a la posada El Árbol Torcido! —prosiguió el hombre, palabras amables que no parecían casar con su horrible tono—. Siempre es un placer ver a alguien de las tierras tranquilas bajo nuestro modesto techo. Hacía mucho tiempo, muchísimo, que no teníamos aquí a uno de los tuyos.

Xu'sasar rehuyó el abrazo del posadero, pero la sonrisa de éste no desapareció. Señaló las almohadas del suelo.

—Poneos cómodos. ¿Queréis algo de comida o algo de beber?

—Necesitamos una habitación para pasar la noche. —Daine había entrado en el edificio después de Xu'sasar.

—¡Y espera a ver quién viene con ellos, Ferric! —gritó Huwen.

—¿Huwen? —dijo el posadero, entusiasmado—. Hacía demasiado tiempo que no nos honrabas con tu presencia. Esto es ab...

El posadero se quedó en silencio, y la música se detuvo abruptamente. Los bailarines se quedaron donde estaban.

Través entró en la sala con Lei en los brazos.

—La dama... ¿Corazón Oscuro? —dijo el posadero, palideciendo.

—En cierto sentido —respondió Huwen.

—No sé de qué va esto —dijo Daine— y me da igual. Huwen dice que no eres amigo de ese Hombre del Bosque. ¿Es cierto?

—Oh, sí —dijo el posadero—. No tengo ningún miedo. No le diremos a los

bosques nada de tu dama herida.

—Bien —dijo Daine—. ¿Nos darás una habitación?

—Por supuesto. Pero está la cuestión del precio. Esto es un negocio, no un santuario.

Daine asintió.

—Tengo oro.

—¿Oro? No utilizamos la moneda bajo la Luna de Densobosque. Necesitarás algo más que metal para ganarte una habitación en El Árbol Torcido. ¿Qué más puedes ofrecerme?

—La vida de un pájaro herido —dijo Daine, poniendo su mano libre alrededor del cuello de Huwen.

Xu'sasar estaba impresionada. Había considerado que Daine era un idiota por perdonarle la vida a la criatura. Nunca pensó que pudiera utilizarla como rehén. Con todo, no estaba convencida de que fuera a lograrlo.

Tampoco Ferric. El posadero se rió; fue un sonido jadeante y sibilante.

—No, Huwen es un cliente, y si quiere refugiarse aquí también él tendrá que pagar un precio. No puedes comerciar con su vida. Si deseas la protección de nuestras paredes tendrás que darme algo de ti. Digamos... tu bonita voz.

Xu'sasar miró de soslayo a Daine. Podía desenvainar y atacar en un abrir y cerrar de ojos. Sin duda, ahora se percataría de las ventajas de haber tomado el refugio con sangre.

Quizá el posadero pudo leer sus pensamientos; quizá solamente vio cómo sus manos se deslizaban hacia las empuñaduras de las dagas.

—No lo hagas —dijo—. Estoy seguro de que podríais matarme, pero os aseguro que El Árbol Torcido no sería seguro después de mi muerte. —Su sonrisa se ensanchó, y Xu'sasar pudo ver sus afilados dientes.

—¿Cuáles son tus condiciones? —dijo Daine.

—¡Oh!, soy un hombre justo —dijo Ferric—. No espero que te quedes en silencio para siempre. Solamente custodiaré tu voz durante tu estancia. Tendré ese tiempo para disfrutarla, y tú tendrás nuestra hospitalidad.

—No lo hagas —dijo Xu'sasar.

La elfa oscura no necesitaba ninguna leyenda que le dijera que sería un error, pero las historias de su pueblo estaban llenas de leyendas de aquellos llevados por el mal camino por astutos espíritus.

—Refugio para mí y para mis compañeros —dijo—. Un precio para todos.

—Eso establece un mal precedente —dijo Ferric con un suspiro—. Con todo, viajas con augusta compañía y me complace meterle el dedo en el ojo al Hombre del Bosque. Así lo haremos: como sólo tú pagarás, sólo te daré una habitación. Cómo uséis ese espacio es cosa vuestra. Tú permanecerás en silencio durante toda la estancia, hasta que te dé una voz cuando abandonéis nuestra compañía. Es un trato justo, ¿verdad?

—¿Y garantizas nuestra seguridad?

—Mientras estéis bajo El Árbol Torcido, sí, señor.

—No lo hagas —dijo de nuevo Xu'sasar.

—Estoy de acuerdo con Xu'sasar. —Fue la primera vez que Través hablaba desde que habían abandonado la orilla del río—. En este lugar hay fuerzas extrañas, capitán. Sin duda, podemos encontrar otro refugio.

Daine soltó el cuello de Huwen y el pájaro dejó escapar una risotada.

—No es probable, hombre de hojalata. Cuanto más os acerquéis al Hombre del Bosque, peor estarán las cosas para vosotros. Ésta es una de las pocas casas públicas a estas horas de la noche, y Ferric dice la verdad. Si queréis un verdadero refugio, tendréis que pagar su precio.

—¡Basta! —dijo Daine—. Lei tiene que descansar y no sabemos qué hay ahí fuera. Si podemos conseguir un lugar seguro por una noche en silencio, me parece un trato justo. —Se volvió hacia el posadero—. ¿Cómo lo hacemos?

—Tardaremos un momento. Menos. Abra la boca y me pondré a ello.

El hombre gordo alzó los brazos y colocó una mano fofa en la garganta de Daine. Daine gritó.

Xu'sasar desenvainó las dagas y puso las dos puntas en el cuello del posadero. Daine había soltado al cuervo herido y su cara era una máscara de dolor. Su grito pareció pender en el aire, y entonces Xu'sasar se dio cuenta de que, en realidad, pendía en el aire, que una voluta de humo plateado había salido de la boca de Daine, y que el sonido agónico emergía de esa bruma flotante. El humo destelló en el aire y se introdujo en la boca de Ferric, y la sala volvió a quedar en silencio.

—Si no le importa, señorita, eso es muy incómodo.

Era la voz de Daine, tranquila y firme, pero las palabras procedían de la boca del posadero.

Los cuchillos de Xu'sasar seguían contra la garganta de Ferric. Miró a Daine. Tenía el rostro pálido y cubierto de sudor frío, pero parecía que el dolor había cesado. Abrió la boca, la cerró, volvió a abrirla. Finalmente, dio un paso adelante y apartó las dagas de Xu'sasar del cuello del posadero.

—Gracias —dijo éste con la voz de Daine—. Aprecio a los hombres que cumplen su palabra incluso cuando venden sus palabras. Ahora permíteme enseñarte tu habitación. Después, tú y tus compañeros estáis invitados a disfrutar de la hospitalidad de esta sala común.

Daine negó con la cabeza.

—Como quieras. Seguidme.

El posadero los guió hasta la escalera que rodeaba el árbol gris. Mientras cruzaban la sala, Xu'sasar advirtió un detalle que se le había escapado, y a pesar de los muchos terrores que había presenciado, sintió un leve escalofrío. Los fuegos de las chimeneas ardían alegremente, pero no lo hacían alimentados con troncos de madera, sino con huesos humanos, intactos pero ennegrecidos y quemados. Mientras

ascendían por la escalera, Xu'sasar vio que los huesos tenían las marcas de unos dientes pequeños y afilados como agujas.



La habitación de la segunda planta era gris. El colchón gris estaba relleno de paja y cubierto con una manta de lana gris. Una pequeña y raída alfombra gris de lana cubría el suelo, tan gris como la madera que había debajo. La ventana estaba llena de polvo, y la luna arrojaba una débil luz gris sobre el suelo.

Través dejó a Lei en el suelo.

—Su estado no ha cambiado —dijo—. ¿Podemos hacer algo por ella?

Daine abrió la boca y parpadeó. Después la cerró con los labios fruncidos. Miró a Xu'sasar.

—No podemos hacer nada —dijo Xu'sasar, pensó en las leyendas que había oído acerca del Guardián de los Secretos—. Sólo podemos vigilar y proteger su cuerpo. La lucha está en su interior, y no podemos hacer nada para influir en ella. Ni podemos ver a qué se enfrenta. La batalla podría haber terminado ya, y quizá haya perdido. Si ése es el caso, nunca se despertará y sólo lo sabremos cuando muera de hambre. —Miró a los ojos a Daine—. Sería una bendición que su agonía terminara.

Daine negó con la cabeza; tenía una mirada dura. Xu'sasar vio en él la ira provocada por la simple insinuación, y sintió una dentellada de culpa. No conocía a Lei y apenas a Daine. A cada hora que pasaba se sentía más sola. Era la última de los jalaq qaltiar, y la voz de Vulkoor le había prohibido seguir a los suyos por los caminos de la muerte. Su destino se había visto unido al de ese Daine. Ellos tres eran la única familia que le quedaba, y aunque no conocía a Lei, no le deseaba nada malo. Le habría ofrecido la misma rápida bendición a cualquier miembro de su tribu que sufriera una larga enfermedad.

—Eso sería un error —dijo Través—. Puede ser que no te preocupes por Lei como nosotros, Xu'sasar, pero es nuestra guía en este lugar. Sin ella, nuestras posibilidades de sobrevivir son mínimas.

—No quería faltarle al respeto —dijo Xu'sasar—. La muerte por hambre es lenta, y su alma ya está perdida; no querría que su cuerpo sufriera.

Daine frunció el entrecejo.

—Esperemos que no sea el caso —dijo Través—. Mi señora tiene un espíritu fuerte, y estoy seguro de que resurgirá.

Xu'sasar buscó en su mente palabras de disculpa. Al final, se limitó a chasquear la lengua e inclinó la cabeza, apartando la mirada de los ojos acusadores de Daine.

Sintió su mano en el hombro. Se encogió un tanto ante el contacto desconocido, pero alzó la mirada. La expresión de Daine se había suavizado. Le señaló la cama.

—No lo entiendo —dijo. ¿Era un acercamiento sexual? A pesar del creciente vínculo que sentía con el trío, seguían siendo extranjeros.

—Creo que el capitán te está ofreciendo el espacio que queda libre en la cama para que puedas descansar cómodamente —dijo Través. Se detuvo y después continuó—. Creo que no sabe que tu raza no duerme.

Los ojos de Daine se agrandaron un tanto. Miró a Daine. «¿No duermen?», dijo su boca, en silencio.

—Así es —dijo Xu'sasar—. Esta debilidad fue purgada de nuestra raza en el tiempo del horror, cuando la oscuridad golpeó los sueños de los poderosos. —Miró a Daine—. Ocupa tú ese lugar. Yo te vigilaré.

Daine se encogió de hombros y miró a Través.

—Yo vigilaré la puerta, capitán. ¿Quieres comer algo antes de dormir?

La música había vuelto a la sala común, y el sonido de las risas se filtraba por el suelo: la risa de Daine. Éste frunció el entrecejo al oírla y negó con la cabeza. Se sentó en la cama y durante un rato se quedó mirando a Lei. Después, se quitó la armadura y se tendió junto a ella. Al cabo de un momento, estaba dormido.

Xu'sasar miró a Través. El forjado se alzaba, inmenso, sobre ella y la contemplaba con ojos brillantes. Pasó un rato en silencio, ninguno de los dos se movió. Ella se preguntó si Través estaba evaluando su potencial como amenaza, pensando en las formas en que podría derrotarla si se enfrentaban en un combate. Eso era lo que ella estaba haciendo mientras le observaba. Sabía que ese hombre de metal era un aliado y respetaba sus habilidades como cazador y viajero en la noche. Pero a pesar de ello era una criatura extraña y sobrenatural. Mientras le miraba, le vino a la memoria el ser que se había transformado en una tormenta de cuchillas, la criatura que había matado a su padre y la había dado por muerta. El deseo de venganza contra Harmattan todavía ardía en su interior, y cuando miró a Través le resultó difícil no ver la sombra de ese monstruo.

—Pasaré la noche al otro lado de la puerta y vigilaré el pasillo —dijo Través—. Desde esa posición, podré oír lo que suceda en el piso de ahajo y cualquier sonido de alarma en esta habitación. ¿Defenderás a mis compañeros?

—Con mi sangre —respondió ella.

Al cabo de un momento, Xu'sasar estaba a solas con los humanos dormidos. Se arrodilló en un rincón de la pequeña habitación con la espalda contra la pared. Sacó sus cuchillos de hueso, dejó que sus pensamientos se deslizaran hasta las armas y observó cómo se transformaban en respuesta. «El Diente del Vagabundo —lo había llamado el hombre—. Una arma de destino, una hoja para la que naciste».

«¿Y qué destino compartimos?», había dicho ella.

¿Qué habría pasado si no lo hubiera preguntado? Ahora no había forma de saberlo. Sólo podía quedarse sentada en la sala gris observando cómo soñaban los

humanos y preparándose para las batallas que el mañana le deparara.

CAPÍTULO 19 NOCHE: LUNA DE DENSOBOSQUE THELANIS

—Dime artificiera, y dime la verdad: ¿dónde empezó tu viaje?

Los pensamientos de Lei eran un remolino. Los demás habían cruzado sin incidentes, y una parte de ella se preguntaba si aquello era solamente una formalidad, si existía la respuesta equivocada.

El bastón susurró en su mano. Las palabras le salieron de la boca antes de que comprendiera su significado, pero sintió miedo. Allí había poder, y peligro.

«¿Dónde empezó mi viaje? ¿Qué viaje?».

Examinó una docena de respuestas, pensando en los acertijos que había aprendido de niña, en las leyendas acerca de espíritus embaucadores. Finalmente, escogió su respuesta.

—Mi viaje empezó en el útero de mi madre —dijo.

Su corazón dejó de latir por un instante, mientras hablaba, después la serpiente bajó su inmensa cabeza. Lei introdujo el bastón en su bolsa. Quería tener las dos manos libres, y lo único que necesitaba era preocuparse por que el bastón no cayera a las aguas mortales. Subió a la espalda de la criatura y se adentró en el puente de escamas. Estaba a la mitad cuando la serpiente volvió a hablar.

—Tienes mucho que aprender —siseó.

Aunque estaba lejos de las dos cabezas, la voz pareció retumbar a su alrededor.

El puente se alzó y la lanzó por los aires. Sus pensamientos se pusieron en movimiento, trataron de tejer un encantamiento que ralentizara su caída, pero todo fue demasiado repentino. El viento rugió, la sangre corrió por su interior...

Y después cayó al agua.



La luz era cegadora. Los ojos de Lei se habían acostumbrado a la tenue iluminación

de la luna del bosque, y ahora una luz brillante inundó el mundo.

Luz solar.

El aire era cálido, húmedo, pero era aire. ¿Dónde estaba el agua? Lei se agachó, o lo intentó. Sintió la brisa cálida, olió el rico suelo. Pero no podía moverse. No, es que no estaba allí. Veía el mundo que la rodeaba, pero estaba atrapada, una presencia incorpórea.

«¿Dónde estoy?», pensó.

«Espera». Era una voz de mujer, grave y líquida, llena de una profunda pena. Lei nunca antes había oído esa voz, y sin embargo, en seguida le pareció familiar. A pesar del tono quejumbroso, Lei se sintió reconfortada, como si hubiera visto a un viejo amigo.

«¿Quién eres?».

«Espera», dijo la voz, y Lei se dio cuenta de que era un pensamiento, más un recuerdo que una voz. «Observa y aprende».

La visión de Lei se aclaró y supo dónde estaba.

Xen'drik.

No reconoció sus alrededores. No había estado en ese claro en particular, estaba segura de ello. Pero no podía tratarse de otra tierra. El follaje que la rodeaba estaba pintado de naranja y amarillo, colores tan chillones que los árboles y los matorrales parecían estar en llamas. Era la jungla en la que se habían encontrado con los drows, la región que rodeaba Karul'tash y la ciudad de obsidiana de la que había hablado Daine. Mientras estudiaba el suelo, vio un fragmento de oscuridad, un círculo de suave cristal negro medio enterrado bajo el musgo fieramente naranja. Oyó sonidos procedentes de su espalda, gente moviéndose por la maleza, pero por mucho que lo intentó, no pudo volverse hacia el sonido.

«Espera. Observa y aprende».

Los sonidos se acercaron cada vez más. Una figura entró en su campo visual.

Era Lei.

Llevaba un chaleco verde y dorado, y sostenía una varita de madera blanca en la mano, una varita que Lei no había visto nunca. Tenía los ojos ocultos tras unos anteojos, una compleja estructura de lentes de cristal unidas a una banda de cuero, y estaba estudiando el suelo. Se detuvo cuando vio el pedazo de cristal negro y señaló el suelo con su varita. El musgo se retiró para convertirse en polvo y quedó a la vista un gran fragmento de cristal negro. «¡Está aquí!», gritó. Algo iba mal. Su voz no era la voz de Lei.

Otra figura salió de la jungla. Era un hombre; un joven alto con una armadura de malla azul oscuro. Sostenía un bastón gris en una mano. Tenía la piel pálida y el pelo corto, de un rojo brillante. Conocía a ese hombre. Lo había visto en sueños unos días atrás. Era su padre.

—Excelente, idea —dijo, deteniéndose al llegar al pedazo de cristal.

«¡Aleisa!».

No era Lei. Era su madre. El sahuagin, Thaask, le había dicho a Lei

que había conocido a sus padres décadas antes, que habían ido a Xen'drik en busca de conocimiento. ¿Era aquello una visión del pasado? No. La casa Cannith, sin duda tenía intereses en los secretos de la tierra devastada, pero ¿porqué iban a ir allí sus padres solos? Sin duda, Cannith podría haber mandado una expedición entera si había conocimientos que descubrir. Xen'drik era una tierra de muchos peligros, y si eso podía beneficiar a la casa, cuidaría de sus intereses.

«Observa y aprende», dijo la voz.

—Hay un inmenso poder en el cristal —dijo la mujer, y ahora Lei reconoció la voz—. ¿Estás seguro de esto?

—Querida, ¿estás cuestionando mi fe?

La voz del hombre era fría, acusadora, pero Lei vio un destello de sonrisa jugueteando en sus labios. Lei recordaba a su padre como un hombre decidido, intenso, completamente dedicado a su trabajo. Raramente sonreía.

—¿Desconfías de los dones de nuestro señor?

—Por supuesto —dijo Aleisa.

El hombre, Talin d'Cannith, asintió, y ahora sonrió de veras.

—Eres tan sabia como bella —dijo—. Pero yo confío en el gran diseño. No moriré hoy.

Buscó en una bolsa que llevaba en el cinturón y sacó un inmenso guante, más grande que la bolsa; claramente se trataba de un bolsillo extradimensional, como la bolsa de Lei. Cuando sacó el objeto a la luz, Lei vio que no era un simple guante, sino la mano de uro soldado forjado. El diseño era inusual. De cada juntura sobresalían afilados pinchos, y las puntas de los dedos eran terribles garras. La muñeca había sido ahuecada, y Talin introdujo su mano izquierda por la abertura. Empezó a trazar líneas sobre el metal, susurrando para sí mismo. Lei no oyó las palabras, pero supo que estaba recurriendo a sus habilidades como artificiero, tejiendo un patrón mágico en el metal.

Se produjo un siseo, y su padre apretó los dientes. Aleisa corrió a su lado y le puso una mano en el brazo.

—¡Talin!

Su cara se retorció de dolor, pero una intensa concentración consiguió eliminar la agonía. Abrió los ojos, bajó la mirada a su mano y los dedos se flexionaron. Estaba controlando la mano como si fuera la suya.

—Éxito —dijo—. Ahora dame la llave.

Aleisa buscó en su bolsa y sacó un disco plano de metal.

—Espero que puedas retirarlo cuando todo esto termine —apuntó ella—. Hemos tenido suerte hasta ahora, pero creo que Merrix se daría cuenta.

Sería propio de nuestro guía dejarme unido a esto —comentó Talin. Apretó el disco contra la palma de la mano de forjado; cuando Talin apartó la suya, el disco quedó fusionado con el guante—. Pero el juego acaba de empezar, querida. No seremos sacrificados tan pronto.

Talin se volvió y abrazó a Aleisa. Lei no estaba segura de si les había visto besarse alguna vez, y la visión fue reconfortante e inquietante al mismo tiempo. Pese a las palabras tranquilas de Talin, percibía su miedo, algo que Lei nunca había visto antes. Finalmente, Talin se apartó de su mujer y se arrodilló junto a la superficie de cristal. La miró y sonrió una vez más. Después apretó la mano de forjado contra el cristal.

El aire sobre el cristal se llenó de energía. El cristal se puso al rojo vivo, se resquebrajó y se enfrió. Ahora, en lugar del círculo de obsidiana había unas escaleras de cristal que descendían hacia la oscuridad.

Talin levantó la mano, y su bastón quedó envuelto por fuego frío. En silencio, los dos empezaron a descender por el pasadizo, y Lei se dio cuenta de que se movía para seguirlos. Los enormes escalones y la altura del techo no dejaban ninguna duda del origen del lugar. Era un edificio de los viejos gigantes.

El aire estaba inmóvil y en silencio. Aleisa iba delante sosteniendo una varita distinta, de maderaoscura con franjas de oro rojo. Sus anteojos brillaban en las sombras mientras contemplaba el suelo. Dio un respingo.

—¡Ahí! —dijo, señalando el suelo—. Nunca había visto un glifo con tanto poder. ¡Ah! ¡Es cegador!

Talin corrió hasta allí con la mano de forjado tendida a manera de escudo. Estiró la mano con la palma hacia adelante, como si estuviera apretando una fuerza física. Una vez más, el aire se erizó.

—¿Despejado? —dijo.

Aleisa asintió y siguieron avanzando por el pasillo. Este terminaba en un alto pasaje abovedado que se convertía en una vasta sala. Alisa cruzó la puerta, observando.

La espada no la alcanzó por una pulgada.

Mirando desde el pasillo, lo único que Lei vio fue un fragmento de la espada de obsidiana. Su madre detectó a su atacante justo a tiempo y se echó hacia un lado cuando se produjo el ataque. Cuando la espada volvió a alzarse, Talin corrió hacia la habitación, y la visión de Lei lo siguió.

Un gigante, un alto guerrero con la piel negrísima y una brillante armadura de ébano se alzaba ante Talin. El gigante sostenía una espada de cristal con las dos manos. La hoja se abalanzó contra Talin, rompiendo el bastón del hombre y arrojando brillantes fragmentos de madera por toda la sala. Talin no dudó. Dando un paso adelante y colocándose bajo la espada, puso su mano humana contra la pierna del gigante. Un crujido llenó el aire, y Lei vio cómo la armadura y la piel del gigante se llenaban de fisuras. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el gigante era una estatua, un guerrero animado. Su padre golpeó la magia que daba poder a la criatura, como había hecho Lei al luchar contra un forjado.

El gigante no emitió ningún grito de dolor, del mismo modo que no había lanzado ningún aviso al atacar. Se limitó a golpear a su enemigo, y esa vez Talin no pudo

esquivarle. La fuerza del golpe le mandó volando por los aires, entre las sombras, fuera de la vista de Lei.

Aleisa aulló al embestir contra la pierna del gigante con un abrazo mortal. La criatura se hizo añicos entre sus brazos, y pedazos de obsidiana llovieron sobre ella y a su alrededor.

—¡Talin! —aulló en la oscuridad.

—Estoy aquí.

El dolor llenaba la voz de Talin, pero mantenía la compostura. Un fuego frío iluminó la sala rodeando el puño de Talin. El brazo izquierdo le pendía sin vida a un costado y sangraba por un lado de la boca. Su armadura estaba intacta: estaba claro que allí había intervenido la magia y le había salvado la vida.

—Y observa, mi amor. Hemos encontrado el tesoro que fue prometido. —El brillo que rodeaba su puño se volvió más intenso y llenó la sala de luz del día.

Había cadáveres esparcidos por toda la cámara, cuerpos con armadura clavados en la pared o en el suelo. Había cadáveres de todos los tamaños, desde medianos hasta unos pocos que debían ser ogros. Algunos estaban intactos y otros habían sido desmembrados. Lei se acercó a uno de los cadáveres con la visión ya ajustada a la luz y se dio cuenta de que no eran cadáveres de hombres.

Eran forjados.

Veía las raíces fibrosas emergiendo del muñón de un soldado herido, el luego frío reflejado en sus ojos de cristal. No podía haber ninguna duda de que eran forjados, pero los diseños eran raros. Mientras Lei trataba de examinar los cuerpos, un terrible vértigo se apoderó de ella. Su visión se volvió borrosa y la luz se tornó oscuridad.

«¡Madre!». Lei trató de hablar, pero no tenía cuerpo ni voz. Intentó resistirse a la fuerza que la arrastraba hacia las sombras, pero no pudo. Mientras el mundo se disolvía a su alrededor, las palabras de su padre resonaron en sus oídos.

—Nuestra obra puede comenzar al fin.



Oscuridad. No. Piedra. Mármol negro. Estaba mirando un muro de piedra. El aire era fresco, mucho más que el de la tumba del gigante. Estaba en un pasillo y veía los faroles de fuego frío incrustados en las paredes. No había polvo en ese lugar, ni telarañas. No eran ruinas.

«¿Qué lugar es éste?».

Incorpórea como se hallaba, Lei no podía juzgar el tamaño. No sabía si el corredor había sido construido para gigantes, gnomos o humanos. Estudió las paredes

desnudas en busca de alguna pista, alguna señal de la finalidad o los habitantes del edificio. Había algo muy familiar en el inhóspito corredor, algo que no lograba comprender. Después, miró el farol y un estremecimiento la recorrió. La bola de fuego frío estaba en el interior de una jaula de cristal de espejo y hierro, diseñada para intensificar la luz mágica. Era un diseño Cannith habitual, y esos faroles se hallaban en las Cinco naciones. Lo que le sorprendió fue un detalle decorativo del farol: un león de acero negro.

«¡León negro!».

Lei pasó la infancia en la forja Cannith de León negro, un centro para la investigación y producción de forjados oculto en los bosques de Cyre. Fue un lugar solitario para ella. Los artificieros Cannith destinados a León negro, entre ellos sus padres, estaban absorbidos en sus obligaciones y tenían poco tiempo para una niña. Lei se pasaba la mayor parte del tiempo entre forjados. Cuando los soldados salían de las forjas de creación, recibían formación antes de ser mandados al campo de batalla. Los forjados aprendían de prisa. Mucho del conocimiento que necesitaban para llevar a cabo sus funciones lo tenían en su propio instinto, y en unos pocos meses de entrenamiento un soldado forjado podía ser un rival para un veterano soldado humano. Durante ese tiempo de instrucción, los forjados eran en buena medida como niños, y Lei disfrutaba de la compañía de sus amigos de metal. Llegó a envidiarlos. Los forjados tenían una finalidad, un lugar en el mundo, mientras que ella era sólo una niña pequeña perdida en las sombras de León negro.

Una puerta se abrió y apareció una figura. Era una chica pequeña y esbelta, pálida, con el pelo cobrizo y con un largo vestido azul. Iba descalza y no hacía ningún sonido contra el suelo de piedra. Lei no le había visto la cara a la chica en casi veinte años, pero no había ninguna duda en su mente. Estaba mirándose a sí misma.

«Observa y aprende». Era de nuevo la voz de la mujer, enloquecedoramente familiar.

Lei avanzó tras la niña silenciosa. Había olvidado lo triste que era. Estudió a su joven equivalente. ¿Tenía, quizá, nueve años?

La chica se movía cautelosamente por el pasillo. Quizá fuera silenciosa por naturaleza, pero Lei se dio cuenta de que estaba tomando precauciones para ser sigilosa. Cuando un par de artesanos mágicos entraron en el corredor, la niña se deslizó por una puerta abierta y se ocultó hasta que los investigadores hubieron pasado. ¿Adonde iba? Lei trató de recordar la disposición del edificio, pero el paso de los años había borrado esos recuerdos.

Mientras la chica se adentraba en el corazón de la forja, Lei oyó ruidos, choques de metal contra metal. «¡Batalla!». Por un momento, pensó que el edificio estaba siendo atacado, pero después recordó el trabajo que se llevaba a cabo en la forja. «Entrenamiento para el combate». León negro tenía una arena de combate virtual en la que los forjados peleaban entre sí para sacar a la superficie sus latentes habilidades en la lucha.

Lei sabía qué día era.

Muchos niveles de la forja le estaban vedados, pero la sed de conocimiento de Lei la impulsó a ver todas las zonas prohibidas, a aprender todo lo que sucedía en la forja. Había memorizado las costumbres de los guardias y los artesanos mágicos, había encontrado escondites que le permitían eludir a las patrullas. Con frecuencia era sorprendida, pero de vez en cuando lograba llegar a una de las regiones restringidas. Como debía hacer ese día.

Observó a su yo más joven acercándose al origen del ruido. Entró en una armería llena de estantes con armas y escudos, y se deslizó tras un hombre que estaba comprobando el inventario. Arrastrándose por el suelo, cruzó un gran paso abovedado.

Y salir al campo de batalla.

La cámara de guerra imitaba las condiciones de la lucha. Se combinaban decorados físicos con ilusiones mágicas para crear escenarios para los soldados en formación. La niña no lo sabía, sólo sabía que era un lugar que le estaba prohibido, de modo que no estaba preparada para la caótica escena. Se encontraba en las ruinas de una ciudad, en los fundamentos de un edificio devastado por una poderosa máquina de asedio. Estaba rodeada de escombros y suciedad. El choque metálico era más fuerte. La curiosidad de Lei la llevó a seguir caminando, pisando con cuidado el suelo cubierto de ruinas. Al cabo de poco rato, se agachó bajo un maltrecho muro. Los sonidos de violencia procedían del otro lado, y si hubiera sabido lo que era una batalla, el miedo la habría hecho retroceder. Pero miró por encima del muro, desesperada por ver lo que había allí.

Había dos forjados enzarzados en la batalla. Uno era un soldado de asalto, un guerrero con una pesada armadura construido para adentrarse entre las fuerzas enemigas. Llevaba un inmenso escudo en el brazo izquierdo y sostenía una estrella de la mañana con terribles pinchos. Mientras Lei miraba, le dio un sólido golpe a su oponente, mellando la armadura de su enemigo y haciendo que el forjado más pequeño retrocediera dando traspiés.

El oponente, un modelo más ligero diseñado para el sigilo, era sin duda más rápido que su enemigo y nunca debería haber dejado que éste se acercara tanto, pero carecía de experiencia y no se había dado cuenta de lo inmensamente inferior que era en un combate cuerpo a cuerpo. La joven Lei jadeó cuando el forjado oscuro lanzó otro golpe, un poderoso puñetazo que mandó al suelo a su oponente. El victorioso le miró desde la altura en busca de alguna señal de movimiento: como su víctima se mantuvo inmóvil, se adentró en las ruinas en busca de un nuevo enemigo.

La chica saltó por encima del muro y corrió hacia el explorador caído. La estrella de la mañana le había hecho un agujero en la plancha del pecho y había dejado a la vista una masa de metal y piedra rodeada de tentáculos partidos. Observando como un fantasma, la Lei mayor vio que el explorador estaba simplemente inerte. Aunque estaba inconsciente, su situación era estable y no se hallaba en peligro real. Pero la

niña no lo sabía. Ella sólo veía la herida y estaba segura de que la criatura se estaba muriendo. Tendió las manos, desesperada por reconfortarle, por salvarle. Puso una mano sobre el forjado y se quedó rígida, estremecida. Lei recordó ese momento, la primera vez en que había visto la red de energía que contenía la vida y la conciencia del forjado..., el día en que había aparecido su Marca de dragón. Era raro ver aquello desde fuera, observar cómo la energía mística se erizaba alrededor de las manos de la niña y comprobar cómo los daños del forjado desaparecían. En cuestión de segundos, los tentáculos habían vuelto a crecer, y el metal abollado recuperó su forma y se cerró sobre la herida. La luz brilló en los ojos de cristal del forjado, y la niña se entusiasmó cuando el soldado se sentó y se la quedó mirando.

—¡Alto! —gritó una voz tras ella; era más fuerte que un trueno—. ¡Todas las unidades, deténganse!

La niña se quedó con los ojos como platos cuando su entorno cambió. Buena parte del escenario urbano era una ilusión que se desvaneció para revelar la verdadera arena de León negro. Las paredes y los escombros eran obstáculos fijados en el suelo, y el suelo mismo era una alfombra diseñada para dar la sensación de tierra, pero de una naturaleza claramente artificial. Antes de que pudiera moverse, se vio atrapada por un brillante charco de luz.

—¡No te muevas!

Un hombre con un chaleco azul salió de la oscuridad. La niña no sabía que esos acontecimientos eran vigilados de cerca, o que los artesanos mágicos estaban preparados para reparar al forjado dañado. El hombre retrocedió, sorprendido, cuando el forjado se puso en pie.

—¿Qué has hecho, niña? —dijo.

La joven Lei no supo qué responder. Estaba abrumada por la experiencia, e incluso la Lei mayor descubrió que no recordaba lo que había pasado después. Se había desmayado y había despertado mucho más tarde para descubrir que era la heredera Cannith más joven en desarrollar una Marca de dragón.

—Apártate de aquí, Banon.

Era el padre de Lei, más viejo ahora que cuando le había visto en Xen'drik. La edad le había hecho más duro, y su voz tenía una fría autoridad. El artesano mágico se alejó del forjado sin cuestionarle. Talin se agachó y cogió a su hija.

—Lei —dijo—. ¿Estás herida, Lei?

La niña se quedó inconsciente entre sus brazos.

—¿Está enferma? —dijo—. Banon, examina esta unidad. Yo me encargaré de mi hija. Y no digas una palabra de esto hasta que hable contigo, ¿de acuerdo?

—Sí, maestro —contestó el artesano mágico.

Talin cruzó la arena con su hija en brazos, y Lei lo siguió. Sus pensamientos se arremolinaban. Había perdido la conciencia. Eso lo sabía. Era estrés, la manifestación sin precedentes de la Marca de dragón. Eso era lo que le habían dicho, lo que sabía que era cierto.

Pero cuando su padre tocó a la niña, cuando la cogió en brazos... Lei había visto el momento de concentración, y había observado el brillo místico alrededor de sus manos, oculto a los ojos de Banon. No se había desmayado por sí misma. Su padre le había hecho algo. Pero ¿qué? ¿Y por qué?

Talin salió de la cámara de guerra y entró en el almacén. Esa habitación estaba llena de decorados utilizados en la arena, objetos que podían ser transportados y cubiertos de ilusión para convertirlos en árboles, muros y otros obstáculos. El padre de Lei se dirigió al fondo de la sala. Miró a su alrededor para asegurarse de que estaba solo y después cambió de posición el cuerpo de su hija y puso la palma de su mano derecha contra el muro. Se detuvo y luego cruzó la pared. ¡Una ilusión! Lei siguió tras él y, cruzando lo que parecía un muro sólido, entró en la cámara que había al otro lado.

Era un taller arcano, tan bien equipado como cualquier otro que Lei hubiera visto en una instalación Cannith. Una pared estaba dedicada a la alquimia, con un vasto surtido de hierbas y fluidos distribuido alrededor de una serie de burbujeantes vasos de precipitados, alambiques y otras herramientas. Delante de ella una torre se alzaba del suelo, un pilar con piedras de dragón brillantes incrustadas e inscripciones en mitral; aunque Lei no pudo intuir para qué servía, no había ninguna duda de que se trataba de una máquina sobrenatural diseñada para canalizar grandes cantidades de energía mágica.

Talin tendió a la niña en un largo bloque de piedra colocado en el suelo, una mesa cubierta de runas de adivinación y conjuración. Ajustó un farol flexible de fuego frío para centrar un rayo de luz directamente sobre la niña. Otros cinco bloques idénticos estaban colocados en aquel teatro de operaciones, y Lei sintió un terrible escalofrío. No recordaba haber visto ese lugar en horas de vigilia, pero parecía haber estado allí en sueños. Cuando perdió el conocimiento en las cloacas de Sharn, cuando casi había muerto en la cámara que había debajo de Linde tormentoso, se había encontrado allí, tendida en la misma mesa en que su padre estaba ahora examinando a su yo más joven.

—¿Qué ha pasado? —Una mujer salió de las sombras y corrió hasta la mesa. Era la madre de Lei. Más vieja, como su padre, pero inconfundible—. ¿Qué le ha pasado?

—La he desactivado —dijo Talin con voz fría—. Tenemos problemas. Acaba de reparar a un explorador inerte en la sala de batalla, y hay testigos.

—¿Reparado?

—Reparado. Ha restaurado un soldado con daños críticos a una condición inmejorable con sólo tocarlo.

—¿Tan pronto? ¡Eso es más de lo que podíamos esperar! —La voz de Aleisa estaba llena de una alegría asombrada, pero el padre de Lei seguía frío.

—¿No lo ves? Había testigos. No descansarán hasta que obtengan una explicación. Y no podemos arriesgarnos a ser descubiertos tan pronto. —Bajó la mirada hacia la niña inconsciente y negó con la cabeza—. Tendremos que destruirla.

Un accidente raro, una Marca de dragón surgiendo antes de que su cuerpo esté preparado...

—¿Estás loco? —Aleisa apartó sus manos de la niña—. ¡Es nuestra hija!

—Sabía que responderías a esto emocionalmente —dijo Talin—. Pero ¿piensa en el objetivo final?

—Lei siempre ha sido mi objetivo final —dijo su madre—. Creía que lo comprendías.

—Aleisa. —Talin bajó la mirada a la niña—. Yo también la quiero. Lo sabes. Y estoy asombrado por lo que ha hecho hoy y por lo que eso dice de su potencial. Pero siempre hemos sabido que este día podía llegar. Es la cosa más peligrosa que hemos creado jamás, y si nuestros diseños son revelados, el menor de los horrores que nos espera es la expulsión. Todo lo que es de carne y sangre debe perecer, Aleisa, y ella lo hará hoy.

—¡No! —dijo Aleisa—. ¿Qué hay de nuestra fe? Esto es un reto. ¿Y tu vas a rendirte? Tiene que haber otro camino, una forma de que salgamos de esto más fuertes que antes.

—No hay tiempo...

—Espera. —Los ojos de Aleisa se entrecerraron, y Lei vio la cara más familiar de su madre, la artificiera haciendo cálculos—. Has dicho que podemos explicar su muerte como la manifestación prematura de una Marca de dragón.

—Sí.

—¿Y si manifiesta la marca... y sobrevive?

—Explícate —dijo Talin.

—Si le damos una marca, eso explicará lo que ha hecho. Nos da una razón para empezar su entrenamiento a esta edad sin precedentes. Si vuelve a actuar, será considerado como el talento de un prodigio, lo que es esencialmente cierto.

—Sí —dijo Talin—. Que manifieste la marca a esta edad es... un acontecimiento histórico, pero no uno que requiera una investigación profunda. Estoy humillado por tu sabiduría, mi amor.

—Necesitaríamos tiempo para sintetizar una marca que superara todas las pruebas, pero por ahora un esbozo servirá —dijo Aleisa, que buscó en un estante de herramientas místicas, varitas retorcidas y raras armas—. Esto debería ser suficiente —añadió, sosteniendo una varita de ébano cubierta de latón y con una piedra de dragón oscura en la punta—. ¿Dónde tendrá la Marca de dragón nuestra hija, marido?

—Bueno, creo que debería llevarla en el mismo lugar que su adorable madre —dijo Talin.

Aleisa sonrió.

—Prepárala.

Talin puso a su hija boca abajo y le apartó el pelo a un lado. «¡*Verentis ierjyx!*!», dijo, y el poder de esas sílabas rasgó el aire. La columna del centro de la sala desprendió una luz brillante y las runas que cubrían la mesa se unieron por medio de

líneas de fuego. La niña también brillaba, como si el poder manara a través de ella.

Aleisa se cortó la palma de la mano con una daga plateada. La sangre goteó al suelo mientras ella cogía la varita de ébano.

—Ahora, hija mía —dijo—, que mi sangre mane a ti una vez más. Acepta este don, y puede ser que nos salve a todos.

Apretó la varita contra el cuello de la niña, y Lei sintió un dolor agónico, como si su Marca de dragón fuera ácido contra su piel. Trató de gritar, pero no tenía voz. El dolor la consumió y la cámara ardió en un estallido de luz blanca.



Recobró la conciencia. Estaba flotando, cayendo.

Abrió los ojos. «Abre los ojos». Después de tanto tiempo como presencia incorpórea, ¿volvía a ser ella misma? Pero ¿quién era? Sentía una presencia a su alrededor, como si estuviera cayendo, hundiéndose en una masa de agua inmóvil. Pero esa agua no tenía efecto en su nariz, boca u ojos. Respiraba sin ninguna clase de dificultad. Y todo a su alrededor era... nada. Luz blanca.

Alguien le cogió la mano.

—Estás en ti misma —dijo una voz. Era musical, inhumanamente hermosa, pero estaba llena de una terrible desesperación. La voz de mujer que había oído antes—. Has visto el pasado. Esto es el ahora. Sólo tú puedes decidir qué pasa ahora.

El aire era como agua, y Lei vio que podía apartarse de él. Se volvió y una mujer apareció ante su vista.

Era una mujer de madera.

La piel de esa desconocida era de corteza pulida, oscura como la noche. En lugar de pelo, tenía la cabeza cubierta de hojas negras que le caían sobre la espalda y los pechos. Hasta sus ojos eran de madera, aunque le refulgían con rocío brillante. Era hermosa, y aunque Lei no la había visto nunca antes, le resultaba dolorosamente familiar.

Una mujer de madera..., una mujer de madera oscura...

—Eres el bastón —dijo Lei con un jadeo.

—En el pasado fui mucho más —dijo la dríada—, pero ahora el bastón es lo único que queda de mí.

—¿Por qué no me has hablando antes?

—He hecho todo lo que he podido. Mi espíritu está confinado en lo más profundo de la madera, y la canción y el susurro son todo lo que me queda. La tuya es la única mente que puedo tocar, y puedo hablarte ahora sólo porque tú te has adentrado en lo

más hondo de ti misma.

—¿Por qué yo? —dijo Lei—. ¿Por qué sólo puedes hablarme a mí?

—No tengo respuestas, pero estás vagando por el río del conocimiento. ¿No has aprendido nada de lo que has visto?

Los recuerdos regresaron. Xen'drik. León negro. El dolor abrasador de la marca.

—Eso no fue real —dijo. No podía serlo—. No sé qué estás tratando de hacer, pero esto es un truco. Probablemente seas..., seas Lakashtai intentando manipularme como lo hiciste con Daine.

—Esto no es un sueño —respondió la dríada—. Y no es obra mía. Sólo estoy aquí por el vínculo que nos une. La serpiente es el Guardián de los Secretos, y éstos son tus secretos revelados.

A Lei le dolía la cabeza. No había un suelo bajo sus pies y seguía cayendo en un blanco infinito. No había escapatoria de esos terribles pensamientos.

—No. Esto no puede ser real.

—Por supuesto que lo es. Ésta es la respuesta a las preguntas que crecen en tu interior. ¿Por qué podías oír las voces atrapadas en la cámara de los sueños de Karul'tash? ¿Cómo escapaste de la muerte bajo Linde tormentoso? ¿Cómo reparaste la esfera estropeada? ¿Y cómo puedes hablar conmigo? En cualquier otra mano, yo sería fría madera, pero tú puedes entrar en mí.

—¿Qué soy? —susurró Lei.

—No sé lo que eres —dijo la dríada—, pero no eres humana.

—¡No! —Lei se llevó la mano a la espalda para tocar su Marca de dragón. Los recuerdos se desgarraron en su mente.

«Ella habló de su deseo de tener una hija —susurró el sahuagin en Thaask—. Era un tema penoso para ella, una gran dificultad».

«Todo es un experimento —dijo su padre—. Todo lo que es carne debe perecer. Lo sabíamos desde el principio».

«Recuérdalo, siempre te he querido —dijo su madre; después, su voz se tornó fría—. Haz lo que debas hacer».

La Marca de dragón de Lei ardía bajo su mano. «Necesitaríamos tiempo para sintetizar una marca que superara todas las pruebas, pero por ahora un esbozo servirá». El dolor se volvió más agudo, más brillante, hasta que le obligó a apartar la mano de la marca.

—¿Qué soy? —gritó, aullando de dolor al vacío blanco.

—Eres Lei. —La dríada todavía le tenía cogida la mano izquierda—. Eres lo que siempre has sido. Nada ha cambiado, excepto tu conocimiento.

Las lágrimas le abrasaban los ojos.

—No. Todo. Todo lo que pensaba... Mi marca... ¿Tengo padres? ¿Estoy viva?

La dríada le dio una bofetada.

Fue un golpe suave, amortiguado por el denso aire o el líquido que las rodeaba. Pero la sorprendió, de todos modos.

—¿Crees que conoces la pérdida? Yo he perdido más de lo que puedes imaginar. Mi mundo me fue arrebatado. Y cuando creí que estaba en el punto más bajo, cuando creía que no tenía más que perder, fui introducida en este bastón, prisionera en el último pedazo de mi hermoso árbol. En el pasado mi voz daba forma a la noche, y ahora no soy más que un susurro. De modo que tus ilusiones te han abandonado. Tienes la vida. Tienes el amor, si es que dispones del coraje necesario para atraparlo. Te han dado el don de la verdad, y la verdad es una carga. Así que dime: ¿tienes la fuerza para levantarte, para alzarte?, ¿o te rendirás y te hundirás en la oscuridad del fondo de tu mente?

Lei jadeó.

—¿Quién eres?

La dríada sonrió, pero fue una mueca de dolor.

—Soy el Corazón de la Arboleda de Maderaoscura, la última de las Hijas de Maderaoscura. Te hallas en mi hora de la noche, en un reino en el que en el pasado resonaba mi canción. Traté de escapar de mi destino y pague por esa locura con todo lo que tenía.

La curiosidad guerreaba en Lei con la compasión que sentía por sí misma.

—¿Qué destino?

—Tenía que casarme con Torenas, el Hombre del Bosque, el más joven de los Nueve hermanos de la Noche. La tierra que hay debajo de la Luna de Densobosque era tan suya como mía, y sólo con nuestra unión él había conseguido el verdadero dominio. Pero yo traté de escapar de ese destino. Quería ser algo más que una esposa de madera, condenada a vivir en una sola luna. Ella prometió ayudarme, y yo, idiota como era, creí sus palabras.

—¿De quién hablas?

—Tiene muchos nombres, casi tantos como caras. Thelania, la reina del Ocaso y las Sombras. Es uno de los espíritus más poderosos de este plano. Sabía que no actuaría por amabilidad, que sólo me ayudaría si eso servía a sus intereses. Pero estaba impaciente. Me prometió una escapada, y yo pensé que podría liberarme de mi árbol, darme la libertad que los míos no podemos tener.

—Pero te traicionó.

—Arrancó mi árbol de Thelanis, se me llevó de mi hermosa noche y me dejó en tu seco y anodino mundo. Y lo que es peor, me entregó a Jura d’Cannith. No sé qué trato había hecho con él. —Apartó la mirada—. Y ahí es donde fallé. Quizá podría haber encontrado el modo de escapar de mi prisión, alguna forma de redimirme. Pero me entregué a la desesperación. Me rendí a la ira y volví ese odio contra Jura. Quizá, si hubiera hecho las cosas de otro modo, habría hallado la luz en él. Pero saqué lo peor de Jura, su corazón negro. Y eso me costó todo lo que había dejado. Le subestimé. Fui demasiado lejos. Él derribó mi árbol y me introdujo en el bastón, con una magia que todavía no comprendo. Y no puedo evitar preguntarme si ése fue el plan del Ocaso.

—No..., no sé qué decir —dijo Lei.

—No digas nada. Es mi locura y yo me la impuse. Pero ahora debes tomar una decisión. Mira hacia abajo.

El vacío blanco ya no era inacabable. Un agujero negro crecía bajo ellas.

—La decisión depende de ti —dijo Corazón Oscuro—. Lucha por el cielo en las alturas. Lucha por emerger de las aguas y salir a la superficie. O ríndete y cae para siempre en la oscuridad.

—¿Y tú?

—Ésta es una horrible batalla, y yo he hecho lo que he podido. Tú debes tomar tu decisión por ti misma y necesitarás las dos manos para nadar. Adiós, Lei. Espero que un día te coja la mano de verdad y nos miremos la una a la otra en la luna de más arriba.

La dríada le soltó la mano a Lei, y en el momento en que la madera se separó de la carne, desapareció. Lei estaba sola, cayendo hacia unas sombras cada vez más grandes. Las visiones refulgieron en su mente una vez más y tuvo una enfermiza sensación de pérdida y traición. Pero había otros recuerdos.

La risa de Jode.

Daine dando órdenes en el campamento del risco de Keldan.

Través llevándola por las calles de Sharn después de haber sido expulsada de la casa de Hadran.

Daine abrazándola mientras su bote se tambaleaba en las aguas del mar Tronante.

Fuera lo que lucra ella, significaran lo que significaran esas imágenes, su vida estaba por encima de sí misma. Daine. Través. No los abandonaría.

Trabajosamente al principio, después con más fuerza cada vez, se puso a nadar hacia arriba, alejándose de la oscuridad y acercándose a la luz.



CAPÍTULO 20

NOCHE: LUNA
DE DENSOBOSQUE
THELANIS

Daine se estaba acostumbrando a las pesadillas. Desde que Lakashtai había entrado en su vida, el sueño se había convertido en un campo de batalla. Monan el replicante. Lakashtai y sus trampas. Las horribles visiones del risco de Keldan. Cada noche esperaba el terror. Era raro tener sueños normales..., un noche en la que sus sueños vagaran de un lugar a otro.

Daine estaba en una fiesta. Un baile de disfraces, en la casa de Metrol de Alina Lorridan Lyrris. Vestido de guardaespaldas, observaba a los jueguistas, tratando de ver quién se hallaba tras cada máscara. Las paredes del salón eran unas grandes ventanas de cristal tintado. Una hermosa obra, aunque Daine sabía que no eran lo que parecían. Los karnns habían lanzado un ataque místico contra Metrol el día anterior, y el fuego había destruido algunas de las ventanas. Ahora estaban cubiertas con tablones de madera, pero Alina no podía tolerar esa fealdad y había escondido los daños con ilusiones.

Los ataques karnnarthi habían sido diseñados para causar terror. Karnath no podía hacer llegar un ataque poderoso a un lugar tan distante como las fronteras de Cyre, pero los golpes despertaron oleadas de miedo e inseguridad entre la población. El daño ya estaba hecho. Esa mañana, Daine se había topado con el cuerpo calcinado de un niño de camino al mercado. No era cosa suya. Tenía una obligación con su familia. Él...

—¿Viviendo en el pasado?

Por un momento, el que hablaba era un niño con una máscara azul en forma de cabeza de dragón, uno de los muchos jueguistas que le rodeaban. Después, la fiesta desapareció y la máscara con ella.

Jode sonrió.

—¿No crees que ha llegado la hora de olvidarlo?

Estaban en una aeronave, una de las más grandes que Daine había visto jamás. El océano era un mar de nubes.

—¿Adonde vamos? —dijo.

—¿Tenemos que ir a alguna parte?

—Supongo que no.

Contemplaron en silencio. Daine se deleitaba con la mera compañía de su amigo. El sol del atardecer pintaba las nubes de naranja y oro, y al deslizarse bajo la superficie, tres lunas se apoderaron del cielo.

Jode cogió a Daine de la mano. No..., esa mano era demasiado grande para ser de Jode y demasiado pequeña para ser de Través.

—Daine —susurró una voz. Era Lei.

Se volvió hacia ella. Ahora se encontraba en una pequeña cama gris en medio de una pequeña sala gris. Ella estaba tendida ante él, y era la cosa más hermosa que hubiera visto jamás. Su piel parecía brillar a la luz de la luna y tenía el pelo en llamas.

—Daine —dijo.

Él trató de hablar y se dio cuenta de que no tenía voz. Pero la emoción exigía liberarse. No había tiempo para pensar mientras la besaba. La mano de Lei trazó líneas de fuego en su nuca, pero se entregó a sus brazos, cálida, rendida.

—¿Deseáis estar solos?

Xu'sasar estaba al pie de la cama, observándolos. Lei se quedó rígida y se apartó, y Daine se dio cuenta de que no estaba soñando. Lei tiró de la manta gris y se envolvió con ella, con la piel pálida enrojecida.

Daine se sentó y respondió airadamente a Xu'sasar; la ira se mezclaba con la vergüenza. Al menos, lo intentó. Ningún sonido salió de su boca. Lentamente, recordó los acontecimientos de la noche anterior.

—¿Daine? —dijo Lei, preguntándose claramente por qué no le había respondido.

—No puede hablar —dijo Xu'sasar. Si estaba incómoda, no lo demostraba—. Entiendo los movimientos de tu cabeza. ¿Quieres que me vaya?

Pese a lo airado que estaba, Daine sabía que no era culpa de Xu'sasar. Había estado en la habitación desde el principio, y él no tenía ni idea de cuáles eran las costumbres de su gente. «¡Maldita sea, puede ver en la oscuridad!». Después se le ocurrió. Todavía era oscuro. ¿Cuánto tiempo había dormido?

La puerta se abrió y entró Través. Lei saltó de la cama y se le escapó un sonido entre una risa y un jadeo. Se lanzó a los brazos del forjado, y él le devolvió el abrazo.

—Me alegro de volver a verte —dijo, y su voz grave llenó la habitación.

La oscuridad tras la ventana, la maldición del silencio, el viaje misterioso que tenían por delante..., esas cosas se arreglarían con el tiempo. Por el momento, volvían a estar juntos, y eso era lo único que importaba. Daine sonrió como un idiota y no podría haberlo evitado aunque lo hubiera querido. Xu'sasar le miró a la espera de una respuesta, y él negó con la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —dijo Lei cuando al fin soltó a Través—. ¿Dónde estamos?

—No lejos del río en el que tuviste el accidente. Logramos encontrar refugio en esta posada para que pudieras descansar. Por la campana de la sala común, deben haber pasado ocho horas desde nuestra llegada.

¿Ocho horas? La débil luz de la luna al otro lado de la ventana polvorienta era la misma que cuando se había quedado dormido. «Maldito mundo de oscuridad».

Pero nada de eso importaba ahora que Lei se había despertado. Poniéndose la camisa, Daine se levantó de la cama y la cogió por el brazo.

—Daine —dijo ella, mirándole a los ojos.

Por un momento, él volvió a sentirse perdido y se olvidó de Través y Xu'sasar. Trató de hablar, de contarle sus sentimientos, pero tenía la garganta vacía y su lengua no podía dar forma al aire.

Lei se dio cuenta de que algo pasaba. Finalmente, debió comprender las palabras de Xu'sasar.

—¿Qué te ha pasado? —dijo. La alegría se convirtió en preocupación.

—Ha prestado su voz al posadero a cambio de esta habitación —dijo Través.

—¿Qué significa que ha prestado su voz? —dijo Lei con los ojos como platos.

—Eso —dijo Través—. No entiendo la magia. El posadero ha utilizado energías nigrománticas para arrancar la voz de Daine de su cuerpo. Le he oído utilizándola en el piso de abajo, mientras dormíais. Ha prometido devolvérsela a Daine cuando nos vayamos. Esperemos que se pueda confiar en su palabra.

Lei se volvió y le dio una bofetada a Daine. Le dejó una encendida marca roja en la mejilla. «¿Qué?», trató de decir él sin éxito.

—Pero ¿en qué estabas pensando? —dijo Lei. Pese a estar sorprendido, Daine vio que era el miedo y no la ira lo que la impulsaba—. ¿Hacer tratos con esta gente? ¿No has oído nada de lo que he dicho sobre este lugar? ¿No has leído una maldita leyenda en tu vida?

—Lo mismo le he dicho yo —dijo Xu'sasar, pero Lei no la estaba escuchando.

«Lo hice por ti —pensó Daine—, y volvería a hacerlo».

Lei apartó la mano de él.

—Nos vamos. Ahora. —Cruzó la habitación y cogió su bolsa—. Través, quiero ver a ese posadero.

—Has estado enferma. Ni siquiera sabemos qué te ha pasado. Quizá no sea el mejor momento para...

Lei metió la mano en la bolsa y sacó el bastón de maderaoscura. El bastón gimió, una clara advertencia afligida.

—Través, tráeme a ese posadero o apártate de mi camino para que pueda encontrarlo yo misma.

—Como quieras —dijo Través.

Daine acababa de ponerse su armadura de mella. Se colocó el cinturón, cogió sus botas y salió corriendo tras ellos.



El fuego todavía ardía en la sala común y el violinista estaba tocando una alegre melodía. Huwen, el cuervo, soltó una risotada y graznó cuando Daine entró en la sala. Los salvajes gestos del pájaro demostraban que sus alas se habían curado, y estaba charlando con Ferric, picoteando un pedazo de pan y de vez en cuando hundiendo su pico en una gran jarra. El corpulento posadero se reía de una de las bromas de Huwen, y Daine hizo una mueca al oír su voz. Miró la sala, pero parecía que los otros clientes se habían marchado.

—Tú —dijo Lei, cruzando la sala.

Ferric se volvió con una sonrisa, pero se le heló el rostro cuando vio el bastón de maderaoscura a la altura de su garganta. Se produjo un instante de miedo, pero Daine vio algo en sus ojos, como si hubiera reconocido a una desconocida tras una máscara.

—Lei... —dijo Ferric, y era la voz de Daine, llena de emoción, la voz que él habría utilizado al verla a la débil luz de la sala gris.

—No me conoces —dijo Lei, fríamente—. Hiciste un trato con mi amigo. Estamos aquí para cumplirlo.

Mientras ella hablaba, el invisible violinista cambió su melodía, aumentó el tempo y la convirtió en una alegre marcha. La música se introdujo en la mente de Daine, expulsando los pensamientos, animándole a olvidar sus problemas y a bailar. Hasta Través empezó a llevar el compás con el pie. Entonces, el bastón de maderaoscura respondió a la melodía. Su canción era de pérdida y pesar, y Daine no necesitó oír las palabras para verse afectado por el lamento. La voz del bastón hizo añicos la alegre tonada, y el capitán pudo volver a concentrarse.

—Intenta eso de nuevo y te comerás el violín —dijo Lei.

Miró al otro lado de la sala, y siguiendo su mirada, Daine vio finalmente el origen de la música. El violinista era un hombre pequeño, y sólo la magia podía ser la causa del volumen de su melodía; su instrumento era poco más que un juguete. La cabeza del músico habría llegado a la rodilla de Daine de haber estado de pie. Su chaqueta era de suave terciopelo marrón; sus botones, pedazos de gema. Tenía las extremidades inferiores de un saltamontes. Interrumpió su canción y miró a Lei con un gran reproche.

—Está bien, Zimi —dijo Ferric—. Parece que tenemos a un músico invitado en nuestra casa.

El violinista dejó caer su cabeza y se metió el violín bajo el brazo. De un salto llegó a la mitad de las escaleras y después desapareció en el segundo piso.

—Ahora —dijo Lei— creo que ibas a devolverle la voz a mi compañero.

Daine estaba asombrado. Lei parecía tener la situación controlada.

—Eres decidida cuando estás despierta, ¿eh? —Huwen soltó una risotada y después graznó cuando un rápido golpe del bastón le hizo caer de la mesa—. Mejor habría sido que hubiera seguido durmiendo —dijo desde el suelo.

—Lei —la llamó Ferric. Todavía tenía la voz de Daine, pero ahora su tono era formal, respetuoso. Dio un paso atrás y la miró a los ojos—. Deja de molestar a mis

clientes. Sólo hice un trato con tu compañero. Cumpliré respetuosamente mi parte del acuerdo. Y confía en mí; es mejor para ti tenerme como aliado que como enemigo. ¿Por qué no te calmas y coméis un poco? Creo que tenemos mucho de que hablar.

—Me parece que ya nos vamos —dijo Lei—. No veo en qué puedes ayudarnos.

—No te precipites al juzgarme —contestó Ferric—. No sabes con quién estás tratando. El Árbol Torcido es la única posada de esta luna, y el camino se adentra todavía más en los dominios del Hombre del Bosque. No sé qué sabes de él —añadió, y sus ojos descendieron un momento al bastón de maderaoscura—, pero a la vista de tus compañeros, te aseguro de que es tu enemigo. Siéntate a mi mesa. Come mi pan. Cuéntame qué hacéis en esta tierra. Y quizá pueda ayudaros con vuestros problemas.

—No estoy interesada —dijo Lei—. Devuélvele la voz a Daine y nos iremos.

Ferric suspiró y alzó las manos en señal de rendición.

—Como quieras. —Salió de la barra y se detuvo ante Daine—. Abre la boca.

Una nube de humo emergió de la garganta de Ferric y un horrible grito llenó el aire. El vapor se introdujo en la boca de Daine y apretó su piel como una serpiente retorciéndose. Daine trató de expulsar las imágenes de las serpientes que había visto colgando de los árboles. Intentó no asfixiarse... y después aquello terminó.

—Gracias a la Llama —dijo por primera vez en un año.

Fue como si las palabras se pudrieran en su garganta. Conocía ese sonido. Era la voz con la que el posadero les había dado la bienvenida.

Ferric abrió la boca y la risa de Daine salió de entre sus labios.

—¿Eso es cumplir tu parte del acuerdo? —dijo Lei, y volvió a levantar el bastón.

—Lo he hecho —respondió Ferric—. Y ni siquiera tu compañero puede desmentirme.

—Dijiste que me devolverías mi voz —añadió Daine. Cada palabra era un nuevo horror.

—Eso dije, al principio. Después, querías que el precio incluyera a tus compañeros. Te dije que, en ese caso, te daría una voz, y tú estuviste de acuerdo. He cumplido mi parte del trato.

Huwen se rió en el suelo.

—Le gusta hacer tratos. Os lo dije.

—Esto no quedará así —lo intimidó Lei.

—¡Oh, sí lo hará! —dijo Ferric—. No creas que puedes amenazarme bajo El Árbol Torcido. Pero si quieres que tu amigo recupere su vieja voz, creo que podemos llegar a un acuerdo.

Daine tenía en las manos la espada y la daga, pero el bastón susurró, y Lei le hizo un gesto para que retrocediera.

—No, Daine. Ya conoces las leyendas. Creo que tiene razón. —Se volvió de nuevo hacia Ferric—. Qué quieres.

—A ella —dijo Ferric, señalando el bastón—. Hay un vínculo entre vosotras, lo veo. Pero... sé cómo tratar a los espíritus de la madera. No sé cómo te hiciste con

ella, pero no creo que signifique para ti más de lo que significa Daine. Dámela y le devolveré a Daine su verdadera voz.

—No puedo —dijo Lei—. La necesito.

Ferric asintió.

—Creo que cuando me la hayas dado, el Hombre del Bosque dejará de estar interesado en ti. ¿Qué más necesitas? ¿Un camino a casa? Estoy seguro de que también puedo ayudarte en eso.

Lei miró a Daine, y éste advirtió la incerteza en sus ojos. El bastón se puso a cantar; era una canción grave y triste.

—No te preocupes, Corazón Oscuro —dijo Ferric—. Verás cómo mi casa es comfortable... una vez que hayamos establecido cómo son las cosas.

Lei palideció y dio un paso hacia Daine. Su mano se apretó sobre el bastón. Daine le cogió el brazo.

—No puedo —susurró—. No puedo hacerle esto.

Daine no sabía de qué estaba hablando, pero no importaba. Aquello era su caos.

—Está bien —dijo, y el sonido de su terrible voz le llenó los ojos de lágrimas.

—No hay trato.

Ferric sonrió y sus dientes afilados brillaron a la luz del fuego.

—Como desees. Yo salgo ganando de todos modos. Disfrutaré de tu hermosa...

Los ojos del posadero se abrieron como platos cuando la punta de una hoja de marfil se clavó en su garganta. No salió sangre ni de su boca ni de la herida, sino volutas de humo y los más débiles susurros.

—¡Abre la boca!

Era Xu'sasar. La mujer drow sacó la daga del cuello del posadero y empujó al hombre herido. Ferric dio un traspie y se cayó ante Daine. Ahora el humo salía del cuello del hombre y un terrible grito llenó el aire, un grito de Daine.

Daine abrió los labios sin pensar. El humo nebuloso se unió en una densa columna y se introdujo por su boca. Ahora estaba gritando con su voz mientras le quemaba. Estaba gritando. Con su voz.

—¡Por la Llama! —dijo, maravillado por lo bien que sonaba.

—¿Qué has hecho, chica? —Huwen voló desde el otro lado de la sala y se posó sobre el cuerpo retorcido de Ferric—. No puedes matar a los que son como él. ¡No aquí!

Lei parecía igualmente estremecida. El bastón se había quedado callado, y la artificiera se arrodilló junto al cadáver. Parecía que el cuerpo de Ferric se estaba desvaneciendo.

—Tiene razón. Las leyendas...

—Mi pueblo cuenta leyendas distintas —dijo Xu'sasar—. Vámonos.

—¿Matas a mi marido y me dejas su cadáver? ¿Rompes una promesa honorable?

Era la voz de una anciana, fría y penetrante. Aunque no era más que un jadeo y un susurro, alejaba el caos y dejaba silencio tras de sí. En una esquina de la sala había

una mujer, y a pesar de que estaba algo encorvada, era casi tan alta como Través. Entró en la zona iluminada, y Daine vio que tenía parras retorcidas en lugar de cabello y que su piel era una basta corteza gris. Sus extremidades eran largas y nudosas. Daine no sabía mucho de magia, pero no era un idiota. La posada El Árbol Torcido, el tronco gris emergiendo en el centro. Y el aviso de Ferric: «El Árbol Torcido no será un lugar seguro después de mi muerte».

—Lo haré —dijo Xu'sasar. Alzó una hoja de hueso—. Contempla el Diente del Vagabundo, árbol retorcido y viejo. Marido y promesa desaparecen al mismo tiempo.

—Sí —dijo la dríada—, un asunto espantoso. Te compadezco, hija.

La mujer miró a los demás. Daine seguía teniendo la espada en la mano, Través había colocado su última flecha en la ballesta y el bastón estaba ya preparado en manos de Lei.

—Con tu vil zarpa y la señora Corazón Oscuro podrías derribarme. —Negó con la cabeza—. Ferric debería haberse andado con cuidado. Y no apruebo su interés en ti, Corazón Oscuro. Supongo que merecía su destino.

—¿Y ahora? —dijo Daine, todavía en guardia, listo para atacar. El sonido de su voz era música para sus oídos.

—Cogéis la comida que necesitéis y os vais —dijo la dríada—. Y nunca más busquéis refugio bajo mis ramas.

Daine asintió. Dio un paso atrás y envainó lentamente el arma.

—Eres generosa. Lamento haber traído penalidades a tu puerta.

—Coged lo que necesitéis y no volváis jamás.

Daine se volvió hacia los demás.

—Ya la habéis oído. Coged algo y vámonos.

No estaba entusiasmado con la idea de comerse la comida de Ferric, pero el estómago le rugía, así que cogió una hogaza de pan y un odre de vino. Volvió a mirar a la vieja dríada. Huwen se había encaramado a su brazo y estaban hablando en voz baja.

—¡Vámonos! —gritó Daine a los demás.

Mientras se dirigía a la puerta, algo le llamó la atención: el cadáver de Ferric. Al principio, le pareció que se había desintegrado. Lo único que quedaba allí era la ropa. Después, Daine vio el cuerpo retorcido de una comadreja saliendo del interior de la camisa. El animal tenía una herida terrible en el cuello.

Daine miró por última vez a Huwen y se preguntó qué sería el próximo posadero de El Árbol Torcido.

CAPÍTULO 21

NOCHE: LUNA
DE DENSOBOSQUE
THELANIS

—Ni se os ocurra comeros eso —dijo Lei.

Daine se detuvo con un pedazo de pan de camino a la boca.

—¿Qué?

—Por los Soberanos, tienes suerte de que la voz fuera lo único que perdieras. No te comas eso. ¿Tenías madre?

—Hacía espadas —dijo Daine—. Cuando me acostaba, me contaba cosas sobre los peligros de la batalla, no sobre viajes por otros planos.

—Confía en mí. Déjalo. Te prepararé un cuenco de gachas cuando encontremos un lugar en el que parar.

—¡Oh, gachas! —exclamó Daine, tirando con pesar el pan a los matorrales—. Eso es una oferta atractiva. ¿Tú no tienes hambre?

—Ahora mismo tengo otras preocupaciones. Tú —le dijo a Xu'sasar—, esa arma que llevas, ¿qué es? —Su voz era dura; su ira todavía buscaba una salida.

—No es nada de vuestro mundo —respondió Xu'sasar—. Te lo he dicho antes: nuestra gente cuenta leyendas distintas.

—Cuéntame una leyenda —dijo Lei—. Porque no vamos a ir a ninguna parte hasta que elija un camino.

Través miró a Daine, pero pareció que el capitán había decidido dejar eso en manos de Lei. Través también tenía curiosidad. Aunque Xu'sasar parecía ser una aliada, eran muchas las cosas que no sabían de la mujer drow. ¿De dónde había salido su arma y qué era capaz de hacer?

Xu'sasar se quedó mirando a Lei. Sus ojos plateados refulgían a la luz de la luna. Pero Lei no iba a ceder. Xu'sasar unió ambas hojas y las dos armas se fundieron y se convirtieron en una larga espada con una hoja hecha con un diente gigante.

«La masa total del arma ha aumentado —observó Shira—. Todavía soy incapaz de describir su verdadera naturaleza, pero tiene mucho poder, tanto que puedo ver su energía incluso en el flujo y reflujo de este reino».

—Contempla el Diente del Vagabundo —dijo Xu'sasar—. El mundo está lleno de espíritus. Los extranjeros no los veis y no oís sus llamadas. Árbol, escorpión, viento. Vulkoor el escorpión es depredador y proveedor, y hay poder y sabiduría en sus lecciones. —Pasó un dedo por el protector opalescente que cubría su antebrazo

derecho.

«Caparazón de escorpión —observó Shira—. Alquímicamente tratado. Flexible pero fuerte».

—El escorpión de nuestro mundo es un símbolo de Vulkoor, una lección que debemos aprender. Y así es con todas las cosas en la primera tierra, desde la pantera cambiante hasta el repugnante gigante.

—Te he preguntado por el arma.

—Entonces, escucha —respondió Xu'sasar—. Los grandes espíritus son conocidos por su nombre. Hul'drac. Vulkoor. Kura'tra. Cada uno es una lección y cada uno nos guía por un camino en particular. Pero hay uno que no tiene nombre, que no puede vincularse a una sola forma, un vagabundo que sigue todos los caminos y ninguno.

Lei entrecerró los ojos.

—Y ese vagabundo..., ¿hace regalos, quizá?

La mujer drow chasqueó la lengua.

—Regalos peligrosos, trampas para los débiles y los imprudentes. El Vagabundo es la lección que sigue desconocida hasta el final, y los que sobreviven serán más fuertes gracias a él.

—¿Y tú llevas su diente? ¿Cómo es eso posible, y quién sería tan idiota para hacer algo así?

—El Vagabundo no está unido a la carne mortal. —Mientras Xu'sasar hablaba, el arma que tenía en sus manos se transformó en la rueda arrojada de tres puntas que había utilizado anteriormente—. El arma es una idea, como el Vagabundo... caos y cambio, unidos como diente y hueso. Es mi destino llevarla, y si soy fuerte, sobreviviré a esta tarea. Mi hoja ha restituido la voz de Daine cuando tú has carecido de coraje para actuar. ¿Quién eres para cuestionarme?

Lei dio un paso adelante, pero Través le puso la mano en el hombro.

—Comprendo tu frustración —dijo—, pero quizá sea mejor continuar esta conversación cuando estemos lejos de la sombra de un enemigo.

Lei respiró hondo y después suspiró.

—No es tan fácil, Través. —Lei miró el bosque circundante y un pesaroso gemido llenó el aire, la voz del bastón de maderaoscura—. Mientras sigamos en este bosque, el enemigo estará a nuestro alrededor.

—El Hombre del Bosque —dijo Daine—. En el nombre de Aureon, ¿quién es ese Hombre del Bosque? ¿El príncipe demonio de los leñadores?

—No —dijo Lei—. No es un hombre del bosque. Es el Hombre del Bosque. Es el señor de este bosque, un ser de magia sobrenatural. —Alzó el bastón—. Es esto lo que busca. Ésta es la razón por la que nos persigue. Quiere el espíritu de la mujer que debía ser su esposa.

—¿Por qué todo el mundo quiere algo? —preguntó Daine—. Y si es el origen de todos nuestros problemas, ¿por qué, en el nombre de Aureon, no nos deshacemos de

él?

—¿No recuerdas las palabras del escorpión? —dijo Xu'sasar—. Sólo el espíritu que hay en su interior puede abrir la puerta que hay al final de nuestro camino. Es la llave que abrirá las Puertas de la Noche.

—Mi visión dijo lo mismo, Daine. —Lei se quedó mirando los ojos tallados del bastón—. Y quiere ser libre. No la abandonaré.

Través se esperaba el sarcasmo de Daine: «¿Yo no puedo comer un poco de pan, pero tú puedes quedarte el bastón embrujado?».

Pero no esa vez. Los ojos del capitán no brillaron ni hubo una nota sardónica en su voz. Daine había estado tan preocupado por Lei como Través, y sin duda también se percataba de su sufrimiento. Asintió.

—¿Qué hacemos? ¿Es muy poderoso ese Hombre del Bosque?

—No lo sé —dijo Lei—. Creo..., espero... que el bastón puede protegernos. Él es el señor de este bosque, pero el espíritu del bastón fue en el pasado una señora de los bosques. Su poder es menor, pero creo que si estamos juntos, muy juntos, puede ocultarnos de su mirada basta que lleguemos a esas puertas.

—¿Y tu palo mágico puede enseñarnos el camino?

—Sí —dijo Lei al mismo tiempo que el bastón volvía a susurrar—. Sí.

—¿Y cuál es el alcance de su protección?

Lei se encaminó al borde del claro, dando unos diez pasos.

—Creo que hasta aquí.

Daine asintió. El acero refulgió a la luz de la luna cuando el capitán desenvainó su espada y lanzó la daga al soldado forjado.

—Través, quédate con ella. Xu'sasar, tú te vienes conmigo. Estad atentos. Pájaro, comadreja, cualquier cosa que veáis... la quiero muerta.

Xu'sasar sonrió y sus hojas gemelas se unieron para formar la rueda arrojadiza de hueso que había utilizado contra Huwen.

—Muy bien, Lei —dijo Daine—. Tú nos guías.



Lei les hizo salir del camino y adentrarse en el bosque. El bastón cantaba una canción sin palabras, una melodía suave y pesarosa. El bosque respondía a la canción. Las enredaderas se alzaban para apartarse de su camino y las raíces con las que podrían haber tropezado se introducían en la tierra. Se abrió ante ellos un nuevo camino que se iba cerrando a medida que pasaban. Al volver la vista atrás, Través vio que el territorio no conservaba ningún rastro de su paso; las plantas y el suelo se movían

para cubrirlos. Través se preguntó por qué Lei no había utilizado esos poderes antes, y Shira respondió al pensamiento.

«El poder del bastón crece a medida que se adentra en el bosque. Si este bosque fue en el pasado el bastión de ese espíritu, su fortaleza debe ser más grande aquí, como lo es el poder de tu enemigo. —Se detuvo, pensativa—. O quizá Lei ha cambiado tras despertar del sueño».

Través lo había imaginado por sí mismo. Se alegraba de que Lei volviera a estar en forma, y el mero sonido de su voz le producía la satisfacción de una misión completada con éxito. Y sin embargo, detectaba la tensión en sus palabras. Las emociones humanas eran con frecuencia difíciles de reconocer para Través, pero tenía un vínculo con Lei: sentía su pena y su alegría como si hieran ecos, débiles pero claros. Estaba enfadada, pero Través sentía el miedo y la confusión bajo la máscara de la ira. Al principio había creído que era solamente consecuencia de la escena en El Árbol Torcido, pero a medida que pasaba el tiempo, la tensión se fortalecía.

—Lei —dijo al fin. Se acercó a ella para que pudieran hablar en voz baja—. ¿Qué te inquieta?

No la tocó. Pese a que sentía la preocupación, Través era un forjado y nunca se había reconfortado por medio del contacto físico. Sentía la presión contra las placas de metal que cubrían su cuerpo, y le resultaba doloroso cuando una de ellas rasgaba sus músculos como raíces. Pero eran indicadores tácticos, ni mucho menos tan perceptivos como los sentidos humanos. Través sabía cuándo le habían herido, pero no sentía placer con el tacto.

Lei le miró. Través pensó que iba a gruñir, pero cuando finalmente habló, oyó el miedo y no la furia.

—¿Por dónde empiezo? —dijo—. Casi morí en Xen'drik, Través. Debería haber muerto en Xen'drik. Pero reparé ese orbe estropeado para Lakashtai. ¿Cómo lo hice?

—¿Acaso no me reparas a mí cuando he sufrido daños?

—No es lo mismo —dijo—. El poder en ese orbe, el talento y la energía necesarios para hacerlo... No sabría ni por dónde empezar. No sé de ningún artificiero Cannith vivo que pueda hacer una cosa así. Pero, entonces, ¿por qué yo? ¿Por qué Lakashtai iba a tomarse todas esas molestias, a urdir todos esos engaños a Daine, para llevarme a Xen'drik? Soberano y Llama, ¡estaba en Sharn! Algunas de las mejores mentes de la casa están en esa ciudad. ¿Por qué yo? ¿Y por qué montar esa charada con Daine en lugar de atacar mi mente?

—En este momento no sabemos nada de Lakashtai. Todo lo que nos dijo puede ser mentira. Esto dificulta el análisis de sus motivos.

—Esa batalla final —dijo Lei—. La otra..., Tashana..., ¿por que peleaban?

«Eran seres de dos órdenes distintos. —El pensamiento de Shira era una tranquila descripción de los hechos—. La que conocisteis como Tashana poseía un vínculo con un espíritu de Dal Quor, el plano de los sueños. Ese vínculo era débil y antiguo; el espíritu apenas rozaba su alma. —Través sintió el suave tacto de Shira buscando entre

sus recuerdos—. Esto corresponde a los seres que consideráis kalashtar. La otra era un envoltorio mortal para un espíritu quori, que probablemente controlaba todas sus acciones. Sospecho que ese espíritu era realmente Lakashtai, y la carne con la que os enfrentasteis, un mero cascarón».

Aunque eso era intrigante, Través estaba más preocupado por Lei. El forjado se daba cuenta de que ocultaba algo.

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué te ha pasado mientras dormías?

Lei se detuvo. Se volvió y miró a los ojos a Través, y éste advirtió su miedo.

—¿Qué pasa? —dijo Daine, y Xu'sasar y él se reunieron con Través y Lei—. ¿Qué ocurre?

Lei cerró los ojos y se masajeó las sienes.

—No sé cómo decirlo. Cuando me caí, tuve una visión.

Y...

El bastón gritó.

Lei se revolvió, agarrándose al bastón y apretando los dientes para vencer el dolor.

—Él lo sabe —dijo—. Sabe que estamos aquí.

Un escalofrío llenó el aire y el viento se alzó a su alrededor. La ventisca aulló en la distancia y se agitaron ramas y hojas. El bastón de maderaoscura gimió, cantó una espeluznante melodía contra la tormenta en formación.

—Sigamos juntos —dijo Lei—. Sabe que estamos cerca, pero podemos pasar desapercibidos a ojos de sus secuaces. Y la puerta... Casi hemos llegado, lo presiento.

—¿Corremos? —dijo Daine.

—No. —La voz de Lei casi se perdía en medio del viento aullador. Tenía la mirada distante y escuchaba la canción del bastón—. Esperad. Esperad a ver si pasan de largo.

—Entonces, lucharemos espalda contra espalda —dijo Daine—. Través, cubre a Lei por el otro lado. Y Xu, ya la has oído. Si nos atacan, nos defenderemos. Pero si das el primer golpe, te prometo que te mataré yo mismo. ¿Comprendido?

La drow suspiró, pero el sonido se perdió en la ventisca.

Través escudriñó el bosque. La tormenta agitaba los árboles y ahogaba cualquier sonido, pero los ojos del explorador eran poderosos. Su mayal estaba destruido. Le quedaba una flecha para su ballesta y tendría que fiarse de la daga de Daine. No obstante, sintió una calidez en todo el cuerpo, una calma placentera que siempre notaba antes de la batalla. Todas las dudas e incertezas de su mente se desvanecían al mismo tiempo que todos sus pensamientos se volcaban en el conflicto inminente.

«Allí».

Un parpadeo, una sombra deslizándose tras un árbol, corriendo, avanzando hasta la siguiente cobertura, cruzando la densa maleza como si fuera hierba. Y allí, otro, y otro. Había al menos seis, no más grandes que medianos o duendes, con los rasgos

ocultos por la tormenta y la sombra. Ningún destello metálico a la luz de la luna, pero Través vio las siluetas de espadas y arcos.

«Espinas —observó Shira—. Soldados del bosque. Duros y afilados, resistentes al acero mortal. Pero pueden ser combatidos».

Través tocó el hombro de Lei y señaló a los desconocidos que se acercaban. Ella asintió e hizo dos señales con el lenguaje de signos cyr: «Mantén la posición. No ataques».

Las espinas avanzaron por el bosque, moviéndose lenta y cuidadosamente. Una salió a la luz de la luna. El hombrecillo tenía una agreste piel verde, y una capa de agujas de pino en lugar de pelo. Llevaba el torso cubierto con un chaleco hecho de grandes hojas parecidas a cuero. Través se preguntó si se trataba de ropa o si las hojas eran parte de la piel de la criatura. Llevaba por arma una espina, una larga espina de alguna planta enorme, que la criatura sostenía como si fuera un estoque.

Los ojos del hombrecillo eran negros y brillantes, pequeños como escarabajos, y se fijaron directamente en Través.

Los cálculos destellaron en su mente.

Distancia con el enemigo.

Capacidad de la daga de Daine.

¿Podía Través alcanzar a la espina y cortarle el cuello antes de que la criatura alertara a sus aliados? No.

Través ni siquiera estaba seguro de que su arma pudiera herir a la espina, o cuáles serían sus debilidades. Aunque de apariencia humana, su anatomía podía ser muy distinta. Y lo que era más importante: si Través abandonaba su posición estaría desobedeciendo órdenes y dejando a Lei en una situación vulnerable. Miró a la criatura con la daga preparada, a la espera de que la espina se acercara.

El hombre verde avanzó con la espada-espina bajada. Después, justo antes de que quedara al alcance de Través, cambió de dirección y dejó atrás el grupo. Ahora había espinas a su alrededor, al menos una docena, pero ninguna prestaba atención a Través y sus compañeros. Las espinas avanzaban por el bosque. La tormenta agitaba los árboles, el viento aullaba, pero al cabo de un momento las espinas se habían ido.

Lei le llamó la atención con un gesto. «Sigue». Sus dedos se agitaron en una serie de signos más complejos, difíciles de comprender a la débil luz de la noche, pero los ojos de Través eran agudos. «Objetivo cercano».

Lei caminó lentamente por el bosque agitado por la tormenta, equilibrándose contra el viento, y los árboles se movieron a su paso una vez más. El instante se convirtió en minutos y siguieron avanzando por el bosque. La tormenta rugía, las espinas se escabullían entre las sombras, pero esas fuerzas menores no eran contrincantes para el poder del bastón.

Otra espina llamó la atención de Través. Era la quinta de esas criaturas a la que podía observar bien: el hombrecillo estaba sólo a unos pies de distancia. Estaba mirando hacia Través y los demás, pero supo que el hombre verde no podía verlos.

Con todo, en esa espina había algo distinto. Aunque el hombre no estaba mirándole directamente, había en su rostro una expresión de intensa concentración. Como si estuviera... escuchando.

Través tendió el brazo para avisar a Lei, pero era demasiado tarde. La espina alzó una mano y un rayo quebró el cielo. El suelo explotó junto a Través, lo que le obligó a separarse de sus compañeros.

El bastón dejó de cantar.

«Tu protección ha fallado. El enemigo es consciente de tu presencia».

Movimiento a su alrededor, espinas emergiendo de los bosques y arrojándose hacia él. Gracias a su vínculo con Shira, Través podía percibir las posiciones de sus aliados y prepararse para enfrentarse a su enemigo. La espina que estaba junto a él amasó el aire con sus manos, y mientras el conocimiento de Shira fluía por su interior, Través supo que la criatura estaba haciendo acopio del poder de la tormenta. Otro instante, y el rayo volvería a estallar.

Través no dudó. Embistió a la espina, la derribó al suelo e interrumpió el complejo ensalmo que la criatura había estado tejiendo. Antes de que la espina pudiera reaccionar, Través le clavó la daga en el cuello.

Un hilillo de savia salió por la herida, y la espina se retorció de dolor. Pero no iba a ser eliminada tan fácilmente. Través sintió que su mano libre le golpeaba el pecho. Un calor se esparció por todo su cuerpo a partir del punto de contacto.

«¡Magia!», dijo Shira.

A cada segundo, el calor crecía, y Través comprendió que los tendones que había debajo de su armadura empezaban a arder. No había tiempo para la piedad o la reposada consideración. Través derribó a la espina y le clavó la daga. El calor estaba abrumando sus sentidos. Savia burbujeante, la sensación de madera verde bajo su daga y el calor que todo lo consumía. Fue un horrible borrón de dolor y fuerza pura. Sentía cómo sus placas de mitral empezaban a deshacerse... y después aquello terminó. La cabeza de la espina quedó en la mano de Través y su armadura se empezó a enfriar al aire de la tormenta.

Todo era movimiento a su alrededor. La luz destellaba en la oscuridad: la espada de Daine brillaba como la propia luna; Xu'sasar giraba en una danza mortal, atacando con dos hojas gemelas unidas a una larga empuñadura. Sus amigos estaban manteniendo su terreno, pero no sin coste. Las espinas eran resistentes y no caían fácilmente. Shira le describió las heridas de sus aliados, le habló de la hoja-espina que había herido el muslo de Daine y la flecha en el hombro de Xu'sasar. Y mientras un movimiento de la espada de Daine derribó a la última espina de la primera oleada, otras aparecieron en la oscuridad, corriendo hacia los sonidos de la lucha.

—¡Ya casi hemos llegado! —gritó Lei—. ¡Seguidme!

Través la siguió pegado a ella. El movimiento provocó nuevos signos de dolor en el cuerpo de Través, que le advirtió de los daños que había sufrido, pero reprimió la agonía y siguió corriendo.

«El poder está creciendo». Incluso sin los pensamientos de Shira, Través se habría dado cuenta. Lo sentía en el aire; una presencia que le oprimía. Parecía que los árboles estaban luchando contra él, que las raíces buscaban sus pies al mismo tiempo que las ramas lo hacían con su cara y sus brazos. Lei se abrió paso entre la traicionera maleza. Dejaron atrás los árboles y salieron a un claro...

Las Puertas. Nueve arcos, inmensos portales, más grandes que las puertas de Karul'tash..., puertas construidas para gigantes. Cada arco era de un material diferente. Uno era de burda piedra con restos de musgo fluorescente; podría haber sido esculpido por una de las criaturas que habían visto en el reino del Cazador. Otro era de hielo negro. Ocho arcos estaban dispuestos en círculo alrededor del claro, mientras que el noveno se encontraba en el centro: un inmenso arco de zarzas negras retorcidas, cada uno de cuyos pinchos era de la extensión del antebrazo de Través.

Pero todos estaban vacíos. Eran arcos abiertos. No había puertas que abrir y no parecían llevar a ninguna parte. Mirando por uno de ellos, lo único que logró ver Través fue el otro lado del claro.

«Mira el cielo —pensó Shira—. Mira la luna».

Través volvió a mirar las puertas y entonces vio a qué se refería. Al mirar a través de los distintos arcos, el claro era el mismo, pero el cielo era ligeramente distinto. Más oscuro en algunos, más claro en otros. Y la luna cambiaba de color, tamaño y posición en cada arco.

«Son las Puertas de la Noche —pensó Shira—. El paso a las horas de oscuridad».

—¿Qué hacemos? —dijo Través.

—¡Estoy trabajando en ello! —le respondió Lei. El bastón estaba cantando de nuevo, con voz débil, irregular.

—Trabaja de prisa —dijo Daine, saliendo de entre los árboles con Xu'sasar pisándole los talones. Tenía la armadura cubierta de sangre y savia.

—Gracias por el consejo.

Lei se echó a andar hacia el arco central...

Y los árboles atacaron.

Sin tiempo para reaccionar, las raíces se alzaron del suelo, agarraron las piernas de Través y le dejaron inmóvil en el sitio. Tenía la daga en la mano, pero antes de que pudiera cortar las raíces sintió una fuerza brutal en el pecho: una rama de árbol actuando con el fluido movimiento de una serpiente y la fuerza de un grueso roble. Través forcejeó, pero fue inútil. El árbol era mucho más fuerte que él.

Los árboles se apiñaron alrededor del claro, al borde del anillo de los ocho arcos. Sus extremidades se doblaban y retorcían en la oscuridad, un mar de movimiento en las sombras. Daine quedó impotente ante el abrazo de un viejo pino, mientras que a Xu'sasar no se la veía por ninguna parte.

Lei estaba en el centro del anillo, observando pero sin actuar. Antes de que Través pudiera hablar, se abrió un paso en el muro de madera retorcida y un hombre alto se introdujo en el claro. Su altura y su porte recordaban al Cazador al que se habían

enfrentado antes, pero si éste era esbelto, el Hombre del Bosque era corpulento y musculoso. Llevaba unos pantalones amplios y un chaleco con capucha tejido con hojas oscuras, y unas gruesas parras rodeaban sus poderosos brazos.

El Hombre del Bosque caminó lentamente por el anillo, moviéndose con la confianza de un depredador en su guarida. Con la mano izquierda sostenía una inmensa hacha que llevaba apoyada en el hombro, y la brillante hoja pulida brillaba a la luz de la luna. Través vio que el Hombre del Bosque mostraba bajo la capucha la máscara de un hombre barbado y sonriente con largos bigotes. Mientras Través observaba, la sonrisa de madera se hizo más amplia.

—¡Oh, querida! —dijo el Hombre del Bosque—. Al fin, regresas a mí.



CAPITULO 22

NOCHE: LUNA
DE DENSOBOSQUE
THELANIS

Las canciones del bastón de maderaoscura carecían de palabras; eran sólo la música de una voz inhumana. No hablaba, pero Lei sentía las emociones del espíritu atrapado como si fueran ecos de sus propios pensamientos. Sentía a Corazón Oscuro recorriéndola para tocar el bosque, para proteger a Lei y sus compañeros de los ojos de sus enemigos. Cuando la tormenta se alzó a su alrededor, Lei no necesitó del bastón para saber lo que estaba sucediendo. Sabía que el Hombre del Bosque los había encontrado. Sentía su presencia, temible, terriblemente familiar, como si ese hombre hubiera acosado sus sueños durante toda su vida.

Al principio el bastón le dio coraje. Corazón oscuro no temía a las espinas, y mientras esos soldados del bosque se movían a su alrededor, esa confianza había ayudado a Lei a guardar silencio y mantener su posición. El Hombre del Bosque había percibido su presencia y había mandado a sus secuaces, pero eso era de esperar. Lei y sus compañeros estaban entrando en el verdadero corazón de sus dominios. Sólo tenían que resistir la tormenta hasta que la atención del Hombre del Bosque se centrara en alguna otra parte.

Entonces, estalló el rayo. El brillo borró la noche y la mano de un gigante la golpeó. Lei mantuvo las manos alrededor de la empuñadura del bastón incluso cuando la onda expansiva la derribó al suelo. Como fuera, logró mantener el bastón cogido entre el dolor y la caída. Le dolía el cuerpo, pero algo no funcionaba en un nivel más profundo, fundamental. La canción se había detenido, y también la corriente de emociones que emanaban del bastón. El único sonido era el viento y unos pequeños pies correteando por el bosque.

«¡Espinas!».

Un hombrecillo salió de detrás del árbol más cercano, con una larga hoja-espina en la mano. No había tiempo para el dolor ni para preocuparse por las heridas. Lei se podía mover y podía luchar. El bastón de maderaoscura refulgió en la noche, y la espina tuvo que retroceder. Lei la embistió y golpeó con la punta de su bastón a su pequeño enemigo. Estaba luchando por puro instinto, girando, atacando, volviéndose para enfrentarse a nuevos enemigos. Y durante todo ese tiempo, Lei se sintió entumecida, casi indiferente. Era como otro sueño, como observar a otra Lei

batallando.

«¿Soy yo?».

Lei había recibido entrenamiento de combate para preparar sus obligaciones militares, pero nunca se había esperado de ella que luchara en el frente. Su tarea consistía en reparar los forjados heridos, no en unirse a ellos en el campo de batalla. A pesar de ese somero entrenamiento, había conseguido grandes logros. Hacía menos de un año se había enfrentado a un minotauro con las manos vacías. Había peleado con monstruos en las Tierras Enlutadas y con horrores bajo las calles de Sharn. Lei nunca había cuestionado sus habilidades antes. Le habían enseñado los principios básicos de la batalla y normalmente había estado a la altura de la situación, dejando que la ira la guiara en el combate. Seguramente, nadie lo hubiera hecho mejor en su lugar.

¿O sí?

Las espinas se centraron en sus compañeros. Tres trataron de rodear a Daine y Lei derribó a una con un golpe perfecto en la parte posterior de las rodillas. «¿Cómo he sabido dónde golpear?», se preguntó. ¿Por el entrenamiento? ¿Por sentido común?

¿O le habían introducido ese conocimiento?

«Dolor. Triunfo». Ésas eran las emociones de Corazón Oscuro, débiles pero cada vez más fuertes. Sintió el camino hacia su destino.

—¡Ya casi hemos llegado! —gritó Lei—. ¡Seguidme!

El bosque luchó contra ella. Las zarzas rasgaban su piel, mientras las parras y las raíces trataban de atraparla y hacerla caer. Sentía la maliciosa atención del Hombre del Bosque, una presencia que miraba desde cada árbol. Siguió moviéndose, abriéndose paso entre las ramas y el brezo. A cada paso, hallaba una nueva fortaleza en su interior.

Corazón Oscuro.

En el pasado había compartido esa frondosidad con el Hombre del Bosque, y su poder crecía a medida que se acercaba al centro. Lei percibía la ira en el interior del bastón. Exilio, encarcelación y un profundo odio por el príncipe vidente que la había condenado a eso: todo ello se unió para crear una oleada de furia que hacía retroceder a la traicionera vegetación y a las espinas. Lei dejó que la rabia condujera sus pensamientos a través de los bosques.

Y entonces, llegó al claro. Nueve inmensos arcos hechos de piedra y madera, tierra y agua. Las Puertas de la Noche. Ocho dispuestas formando un anillo alrededor de la puerta más grande, un arco de zarzas negras. Mirándolos, Lei supo que aquél era el mismísimo centro del reino, el corazón de la Luna de Densobosque... y la guarida del Hombre del Bosque.

—¿Qué hacemos? —dijo Través.

El bastón cantó una vez más. La emoción bullía en su interior; miedo mezclado con furia. Su ira todavía ardía, pero su canción era débil e irregular; había utilizado la mayor parte de su energía para cruzar el bosque.

—¡Estoy trabajando en ello! —dijo Lei. «¿Qué hacemos?». Su visión había dicho que Corazón Oscuro era la llave, y la dríada les había llevado a las puertas. «¿Y ahora?».

—Trabaja de prisa —dijo Daine, saliendo de entre los árboles seguido por Xu'sasar. Sangre y savia cubrían su armadura.

—Gracias por el consejo —contestó Lei. Se encaminó hacia el arco de espinas.

Sintió la oleada a su alrededor. Las raíces se alzaron del suelo, las ramas se desenrollaron como serpientes al ataque, y un muro de madera se levantó alrededor del claro. Se volvió hacia Daine, tratando de correr en su ayuda.

«¡No!».

No era una palabra. Era un estallido de pura emoción, una orden tan fuerte que detuvo a Lei en el sitio. Mientras su furia crecía, Lei se dio cuenta de que era demasiado tarde. Través y Daine, impotentes, estaban atrapados por las cadenas de madera, mientras que Xu'sasar había desaparecido; si había caído en el mar de árboles retorcidos, no podía saberse qué había sido de ella. Lei no podía luchar contra esa fuerza. Si entraba ahí, quedaría también atrapada. Dio un paso atrás hacia el arco y esperó.

Lei sintió una oleada de reconocimiento cuando el Hombre del Bosque salió de entre los árboles; reconocimiento e ira. Sonrió cuando la vio y se cambió de hombro la gran hacha.

—¡Oh, querida! —dijo el Hombre del Bosque—. Al fin regresas a mí.

—¿Querida? —dijo Daine—. Lei, ¿qué...?

Sus palabras se interrumpieron cuando una rama se enrolló alrededor de su cabeza, amordazándole.

—Sabía que regresarías algún día, señora Corazón Oscuro. —La voz del Hombre del Bosque era grave y suave, viento soplando por una arboleda de pinos, y sus labios sonrientes no se movían cuando hablaba—. Creía que viajarías con mejor compañía.

—Y yo debo una apología a mis amigos —dijo Lei—. Les dije que no eras un idiota con una hacha.

—Mi hacha es para carne y sangre. Para los tuyos, recipiente.

—Demuéstramelo.

Lei embistió recordando lo mortal que su bastón había sido en la batalla con el Cazador. En su mente, esa pelea ya había terminado. Oyó cómo el Hombre del Bosque gritaba cuando el bastón golpeó su cuerpo y vio cómo se le caía la máscara al suelo.

La madera golpeó a la madera y el poderoso golpe hizo añicos el sueño de Lei. El Hombre del Bosque bloqueó su ataque con el hacha. Su fortaleza era increíble; la fuerza de su golpe casi la derribó al suelo. Refulgó un rayo en el cielo y la risa del Hombre del Bosque fue un trueno.

—¿Me amenazas, criatura de carne? ¿Sabes siquiera quién soy?

—Torerías —dijo Lei, hablando con toda la confianza que pudo reunir—. El más

joven de los Nueve hermanos de la Noche. Una juventud arrogante, un presuntuoso señor de los pinos despreciado por los verdaderos poderes de su plano.

El trueno estalló de nuevo, pero el Hombre del Bosque no se estaba riendo. Lei vio que su sonrisa esculpida flaqueaba y, en ese momento, embistió. El bastón de maderaoscura aulló y el Hombre del Bosque se apartó de su trayectoria de un salto y esquivó el golpe. Trazó un arco de plata y madera pulida con su hacha, y Lei alzó el bastón para bloquear el ataque, pero él lo contuvo. Lei se dio cuenta de que no quería golpear el bastón.

—¡Basta! —dijo el Hombre del Bosque, y Lei se congratuló de oír un poco de preocupación en su voz—. No deseo hacerte daño, recipiente, ni dañar a mi querida Corazón Oscuro. Tus acompañantes son otra cosa.

Daine estaba amordazado, pero Lei oyó el amortiguado grito de dolor cuando las ramas del árbol retorcieron la carne y el hueso. Aunque Través no emitió ningún ruido, Lei vio que sus juntas de madera se flexionaban y advirtió la terrible tensión a que estaban sometidas.

—¡Basta! —gritó, bajando el bastón—. Basta. No les hagas daño. ¿Qué quieres de nosotros?

El Hombre del Bosque bajó su hacha con una sonrisa fría y triunfante.

—¿Qué quiero? Quiero justicia, planta de semillero. Quiero lo que es mío. Quiero a la señora Corazón Oscuro. Por ahora eso significa que debo tenerte a ti también. No temas, sin embargo. Encontraré la manera de arrancar tus raíces de esa criatura. No sé quién llevó a cabo esta monstruosa magia, pero una vez que seamos unidos, encontraré la forma de restaurar tu verdadera belleza. Y juntos nos vengaremos de quienes tanto mal te hicieron.

Había curiosidad en el bastón, pero la furia era la emoción más fuerte.

—¿No lo ves? —dijo Lei—. Tú la pones así. Tú la alejas.

Su propia ira estaba empezando a crecer y sintió que lo que le había contado la dríada la reconfortaba. Durante toda su vida, había dejado que los demás le dijeran lo que tenía que hacer. El aprendizaje en la casa. El servicio en la guerra. El compromiso con Hadran. Todo hasta el engaño de Lakashtai. ¿Había sido algo más que una herramienta? ¿Una marioneta útil?

—Mientes —dijo el Hombre del Bosque, y una ráfaga de viento obligó a Lei a retroceder unos pasos—. Nuestros caminos son gemelos desde el momento de la creación. Señor y señora, macho y hembra. Fuimos hechos para gobernar esta luna, para dar forma a esta hora de la noche, y no puedo alcanzar la cúspide de mi poder hasta que nos unamos. Es el destino.

—Tu destino. Tu deseo. Quizá ella quería más.

El bastón estaba ahora cantando, con la voz clara y hermosa, un desgarrador lamento que se hacía eco de las palabras de Lei.

—¿Más? A mi lado, ¡gobernaría este dominio! ¿Qué más podía querer?

—Libertad —dijo Lei.

—¡Bah! —rugió el Hombre del Bosque, alzando una vez más su hacha—. ¡Le llenas la cabeza de locuras, mortal! Esperaba utilizarte como puente para unirte a Corazón Oscuro por medio de tu frágil cuerpo, pero no te permitiré que sigas envenenándola. Deja a un lado a mi compañera y morirás rápidamente. ¡Lucha contra mí y me convertiré en un jardín de agonías en el interior de tu piel!

Dio un salto y su hacha refulgió a la velocidad de una estrella fugaz. Lei alzó el bastón para impedir la trayectoria de la hoja descendente, y una vez más el Hombre del Bosque retrocedió. Era un mortal juego de gato y ratón, pues el Hombre del Bosque trataba de eludir su guardia y golpearla en su débil carne. Su velocidad y fortaleza eran asombrosas, y manejaba el hacha como si fuera el estoque más ligero. Lei retrocedió dando tumbos, buscando en la retirada algo de alivio, pero apenas escapó al desastre cuando la raíz de un árbol le cogió un pie. Los árboles con vida se alzaban justo al otro lado de las puertas. Tenía que permanecer en el anillo o la batalla habría terminado.

Lei redobló sus esfuerzos. Ya ni siquiera trataba de golpear a su enemigo. Lo único que podía hacer era defenderse. Pero mientras luchaba, se sorprendió adoptando un ritmo. Era Corazón Oscuro. La dríada conocía al Hombre del Bosque, sabía cómo luchaba, y estaba guiando los movimientos de Lei. Él todavía era demasiado rápido, y ni siquiera la dríada podía ayudar a Lei a lanzar un ataque. Pero con la dríada dirigiendo sus acciones, los pensamientos de Lei eran libres.

«¿Cómo es posible?», se preguntó ella. ¿Era un poder del bastón? ¿O había algo más? ¿Algo en su interior?

«Encontraré la manera de arrancar tus raíces de esta criatura», había dicho el Hombre del Bosque.

Las palabras de Corazón Oscuro en las aguas blancas: «En cualquier otra mano, yo sería fría madera, pero tú puedes entrar en mí».

Un recuerdo emergió entre todos los demás: la ocasión en que había luchado contra Través en las cloacas de Sharn, cuando había tenido la visión de su red vital y había pensado en él como un hermano por primera vez. Había visto cuatro patrones, todos conectados, y ahora estaba segura de que uno de ellos era suyo.

No tenía sentido. Era carne y sangre, y eso era evidente a juzgar por su piel quemada y sus doloridos músculos. Pero en el calor de la batalla, no había tiempo para cuestionarlo.

Dejó a un lado todos los pensamientos. Su cuerpo se movía bajo la guía de Corazón Oscuro, pero Lei se volvió hacia su interior en busca de esa trama que había visto una vez antes.

«Ahí». Un rastro de energía, un rayo de luz adentrándose en la oscuridad. Lei cogió y tiró, y ahí estaba: la red de luz y vida que conocía como Través, ese patrón que había arreglado tantas veces antes. En el pasado, había tenido que tocar a Través para acceder a su red vital. Ahora podía hacerlo con la mente. Pero ¿podía manipularla? Recurriendo a sus talentos como artificiera, trató de tirar de los hilos,

tejer un patrón nuevo, temporal, en la red.

Respondió. Aunque Través estaba al otro lado del claro, sostenido en los aires, sintió que los cambios estaban teniendo lugar. «Fuerza. Toma fuerza de mí, hermano».

Las imágenes se disolvieron en un estallido de dolor. Estaba dando tumbos por el claro y cayó antes de alcanzar la inmensa masa de follaje retorcido. Un entumecimiento húmedo se extendió por su pierna derecha y un fiero dolor le dijo que la empuñadura del hacha del Hombre del Bosque le había roto una costilla. Trató de aclarar sus pensamientos, pero el dolor era demasiado intenso. El Hombre del Bosque embistió con su hacha ensangrentada en lo alto.

Través saltó sobre él dejando un rastro de parras rotas y pedazos de raíz en su camino. Cogiendo al Hombre del Bosque por las muñecas, Través lo alejó de Lei. Aunque el Hombre del Bosque tenía la fuerza de un ogro, Través era aún más fuerte y le puso de rodillas.

El Hombre del Bosque gritó.

El grito fue una sorpresa para Lei. Través estaba luchando con una fortaleza aumentada mágicamente, pero no tenía armas y estaba haciendo poco más que mantener al Hombre del Bosque a raya. Entonces, Lei vio un destello de hueso blanco: era la rueda arrojadiza de Xu'sasar lanzada desde la otra punta del claro. La mujer drow estaba junto a un arco de piedra negra, cogió el bumerán de vuelta y se preparó para volver a lanzarlo.

—¡No! —dijo Lei, corriendo por el claro—. No, no le mates.

—¡Soltadme! —rugió el Hombre del Bosque, todavía forcejeando a manos de Través—. ¡Pagaréis por esta indignidad! Os veré enterrados en la tierra y devorados por insectos, vivos y conscientes hasta que vuestros huesos sean...

Sus palabras se disolvieron en un aullido de agonía cuando Lei apretó la punta del bastón contra la herida de su espalda, por la que manaban abundantemente la savia y la sangre. El bastón tembló en manos de Lei cuando el poder fluyó por la empuñadura. El Hombre del Bosque se quedó rígido y volvió a gritar mientras su cuerpo crecía hacia arriba. Través lo soltó antes de que se alzara hacia el cielo, y observaron, asombrados, cómo el ser que había sido el Hombre del Bosque completaba su transformación. Se levantó por encima de ellos unos cuarenta pies de altura; tenía las piernas abiertas sobre el anillo de puertas.

Se había convertido en un árbol.

Su corteza era pálida como la piel de sus brazos, y sus hojas, oscuras como la ropa que llevaba. Lei pensó que podía ver una cara vagamente trazada en el tronco, la vaga imagen de la máscara que había llevado. Pero los vientos de la tormenta habían desaparecido y sus piernas no se movían.

—¿Puede alguien ayudarme a bajar?

Los árboles que rodeaban el claro se habían sumido en el silencio, pero Daine seguía colgado en el aire, atrapado en las ramas que rodeaban su torso.

Mientras Xu'sasar y Través corrían a ayudar a Daine, Lei se volvió hacia la gran puerta que había en el centro del claro. Todavía sentía el poder revolviéndose en el interior del bastón. Había en él una sensación de satisfacción, pero la pena persistía.

—¿Qué te sucede? —susurró Lei.

En respuesta, Corazón Oscuro se introdujo en Lei. Su poder y su presencia eran más fuertes que nunca, y Lei se movía sin pensar. Se revolvió contra la fuerza que controlaba su cuerpo, pero Corazón Oscuro era demasiado poderosa. En contra de su voluntad, Lei dio un paso... y golpeó el suelo con el bastón ante la puerta de zarzas.

El trueno estremeció al mundo. Las manos de Lei se cerraron alrededor de la empuñadura del bastón, y ella sintió el poder que el bastón había recibido del Hombre del Bosque desvaneciéndose, introduciéndose en la tierra. Y la puerta ante ella cambió. Hebras de oro ascendieron desde el suelo y se entrelazaron con las zarzas negras. Y después vio la luz. La luz del sol, débil pero clara, la primera luz pura que había visto desde que había entrado en Karul'tash, hacía ya tanto tiempo. El bosque oscuro la rodeaba, pero a través del arco veía el sol poniente del ocaso.

«Libérame».

El pensamiento fue claro y vivido; era la voz de la mujer que Lei había visto en su coma. Y entonces, desapareció. Lei se bamboleó. Casi se cayó al suelo. Sintió como si cada onza de su energía le hubiera sido extraída de los huesos. El bastón estaba totalmente en silencio, física y emocionalmente.

—¡Lei!

Daine corrió hacia ella seguido por Xu'sasar y Través. Ella se volvió hacia el capitán, pero antes de que pudiera hablar sintió un agudo dolor en el hombro, un dolor seguido de un gélido entumecimiento. Era una flecha, una fina flecha hecha con una espina larga y afilada y con hojas en lugar de plumas.

—¡Lei! —gritó Daine.

El capitán la cogió cuando ella se balanceaba, justo antes de que cayera al suelo. Una descarga de flechas salió de los árboles negros. Través dio un paso adelante y cubrió a Lei con su cuerpo.

—Puerta... —susurró Lei—. Ocaso...

—¡A la puerta! —gritó Daine.

Y las espinas atacaron.

—¡Venga! —dijo Xu'sasar mientras se acercaban a la puerta.

La elfa oscura tenía una flecha en el muslo; la sangre oscura era casi invisible contra su piel. Hizo girar su cadena, rodeando una espina con los eslabones y derribando a la criatura al suelo. Daine dudó, y después corrió hacia el arco...

Hacia la luz.

En la distancia, el sol poniente perfilaba la silueta de una cadena montañosa, pero después de la larga noche, el sol del atardecer era la cosa más hermosa que Lei había visto jamás. Los sonidos de la batalla habían desaparecido; lo único que oía eran grillos y pájaros cantores y la trabajosa respiración de Daine.

—Bienvenidos al Ocaso —dijo una voz, masculina, joven—. Sin duda, habéis tardado mucho.

La adrenalina recorrió el cuerpo de Daine. Todavía estaba maltrecho y ensangrentado por la batalla con las espinas, y aunque Lei era su mayor preocupación, Través y Xu'sasar estaban todavía al otro lado de la puerta. Tenía la esperanza de gozar de un momento de paz, pero una nueva amenaza le estaba esperando. Agachándose, dejó a Lei en el suelo con tanta suavidad como pudo. En cuanto la hubo dejado, Daine desenvainó la espada y se volvió para mirar al joven que había hablado.

—Por favor, eso no es necesario.

El desconocido estaba apoyado en la puerta. A ese lado, el arco estaba hecho de caoba pulida con símbolos de oro que brillaban a la luz del sol poniente. El arco estaba vacío, y Daine podía ver a través de él llanuras de hierba y flores silvestres meciéndose en la pradera, al otro lado. Ni rastro de los reinos de la Noche. «¡Través!», pensó Daine.

El desconocido era humano, y estaba en la frontera entre un hombre y un niño. Tenía el pelo dorado, ondulado hasta los hombros, y la piel, impecable, ligeramente bronceada. Sus ropas eran de terciopelo negro y seda naranja. Una hermosa espada colgaba de su cinturón, y llevaba un amuleto en el que aparecía un sol dorado poniéndose tras una montaña. Era un príncipe salido de un cuento, la imagen ideal del encanto y la elegancia. Su voz era una muestra más de perfección, melódica aunque firme y masculina.

—Te lo aseguro, Daine, no pretendo hacerte daño.

Antes de que Daine pudiera responder, apareció Xu'sasar por la puerta, cobrando existencia en un abrir y cerrar de ojos. Estaba cubierta de savia y sangre. Salió disparada contra Daine y, en mitad del vuelo, se volvió para mirar al desconocido, pero aterrizó sobre la pierna herida y casi se cayó. Un instante después apareció una espina por la puerta, pero no por su propia voluntad. El hombre verde voló de espaldas y golpeó con fuerza el suelo. Través apareció tras él. El forjado llevaba la daga de Daine en una mano y el bastón de madera en la otra, y como Xu'sasar, estaba cubierto de savia y follaje machacado.

—Bueno, ya estamos todos —dijo el desconocido.

Xu'sasar hizo girar la cadena y Través alzó la daga, pero el joven alzó las manos

desarmadas.

—Por favor, guerreros. Ahora estáis seguros. Estáis bajo la protección de mi reina, y ninguna espina amenazará su poder.

Daine mantuvo la espada inmóvil.

—¿Y qué quiere ella de nosotros?

—Yo soy sólo un enviado, Daine, pero te aseguro que mi señora no os quiere hacer daño. Por favor, permitidme llevaros a su casa, donde vuestras heridas serán curadas y vuestras preguntas, respondidas.

La preocupación coloreaba su voz, pero Daine no se dejó engañar. Había algo en ese niño... Era demasiado perfecto, demasiado encantador.

—¿Y qué recibes tú a cambio? ¿Mi voz? ¿Mi corazón?

—Mi señora sólo quiere ayudaros. Os ha estado observando desde hace un tiempo, Daine sin apellido.

—¿Y esperas...? —Daine se detuvo—. ¿Cómo acabas de llamarme?

—Palabras de mi señora, Daine. Estoy seguro de que ella te lo explicará.

—Haz..., hazlo. —Lei se había incorporado sobre un brazo. Tenía la cara pálida y la mirada perdida, pero su voz era firme—. La reina del... Ocaso.

—Bueno —dijo Daine, ayudando a Lei a ponerse en pie—. Muéstranos el camino.



Pese a lo magullado y exhausto que estaba Daine tras la batalla, se sorprendió de que su humor mejorara mientras seguía al joven. «Debe de ser el sol», supuso. Más allá de la sombría naturaleza del ambiente —el páramo desolado lleno de caras y el bosque oscuro con sus serpientes y sus espinas—, los reinos de la Noche eran fríos y estaban vacíos. No era el caso de la tierra del Crepúsculo. Un vasto prado se extendía por colinas ondulantes. Las flores silvestres llenaban los campos de color y arrojaban al aire una sinfonía de olores. El cielo era un tapiz de luz, nubes pintadas de rosa brillante y naranja del sol poniente. Pájaros brillantes cantaban canciones al atardecer, revoloteando entre los árboles poco densos. A pesar de la belleza, Daine no podía evitar preguntarse cuántos de esos pájaros hablarían.

Otras cosas inquietaban a Daine, y sin enemigos a la vista, centró su atención en lo sucedido en el anillo.

—¿Qué ha pasado allí? Través, ¿cómo te has escapado?

—No tengo ninguna explicación —dijo Través—. Mi fuerza era insuficiente para liberarme, pero mientras me revolvía contra las ataduras he sentido una oleada de

fortaleza, una energía que ha seguido conmigo durante la batalla.

—¿Puede ser obra de tu amiguita?

—No, capitán. Shira ha detectado el aumento de mis habilidades, claramente derivado de una fuente exterior, pero no ha identificado la fuente.

A Daine no le gustaban los misterios.

—Lei, ¿puedes explicar esto?

—¿Mmm? —Lei se había recuperado del veneno de las espinas y le pidió el bastón a Través. Tenía la mirada distante, centrada en el horizonte.

—¿No estás preocupada? ¿Qué has hecho al otro lado? ¿Has matado a ese hombre?

Lei trató de prestar atención.

—No..., no. No está muerto. Está atrapado en ese árbol. Impotente, al menos por el momento. Eso es lo que Corazón Oscuro quería.

—Tu bastón. Eso es lo que quería él. ¿De modo que ahora estamos a las órdenes de un pedazo de madera?

—Nos ha salvado, Daine.

—¡No habríamos estado en peligro si se lo hubiéramos dado al Cazador!

Los ojos de Lei refulgieron, y se apartó de Daine.

—No sabes de qué estás hablando. Nos dio todo lo que tenía para abrir la puerta. No estaríamos aquí sin Corazón Oscuro.

—Dice la verdad, Daine.

Era la primera vez que el guía hablaba desde que habían partido del arco. Estaba mirando hacia atrás por encima del hombro, y Daine vio que sus ojos eran de dos colores..., rosa y naranja, como el cielo.

—¿Quién eres? —le preguntó Lei al guía.

—Llamadme Kin —dijo el joven con una brillante sonrisa—. Hago recados para su majestad.

Delante de ellos, un zorro levantó la cabeza de la hierba y después desapareció; por un breve instante, su pelo pareció fuego.

—Quiero aseguraros una vez más que vuestros problemas han terminado en este reino. No tenéis que temer traiciones en la casa de mi señora. Os lo prometo una y mil veces.

Daine miró a Lei de soslayo.

—Tú eres la experta aquí, Lei. ¿Podemos comernos el pan?

A pesar de sus recelos, realmente estaba hambriento. En el bosque, Lei no había tenido tiempo para hacer las prometidas gachas.

—Quiero que nuestra anfitriona nos prometa nuestra seguridad —dijo Lei—. Y esta vez, estaré atenta a los trucos. Por lo que sé, esta reina no es ajena a las trampas. Pero las promesas tienen poder en este sitio.

—Entonces, creo que será mejor que hables tú —dijo Daine—. Por lo que respecta a Través...

—Por favor, compañeros, guardad silencio —dijo Kin, interrumpiéndolos.

Llegaron a la cima de una colina y el guía simuló abrazar todo el valle con un movimiento de los brazos. Los rayos del sol poniente jugueteaban en la superficie de un pequeño lago, y un castillo se alzaba en el centro de las aguas, sin camino ni puente. Era hermoso, con muros de mármol verde oscuro rematados con chapiteles rosas y dorados. Mientras Daine miraba el castillo, un torrente de color emergió de la torre más alta, un ejército de mariposas brillantes que voló sobre ellos y se dispersó en los cielos.

—Nuestro viaje ha terminado —dijo Kin—. Thelania espera.



—Debéis dirigiros a la reina como «majestad», a menos que ella os dé permiso para hacerlo de otro modo.

—No es la primera vez que conozco a una reina, chico.

En realidad, Daine sólo había coincidido con la reina de Cyre en una ocasión y no le habían permitido hablar, pero tenía confianza en su capacidad para manejar las situaciones.

—Quizá, Daine. Pero tus compañeros...

—Bien visto. Xu'sasar, no digas nada a partir de ahora.

—No sabes nada de espíritus —dijo la mujer drow—. Yo...

—Tú guardarás silencio hasta que yo diga lo contrario, y es una orden.

A decir verdad, Daine estaba empezando a tomarle cariño a la elfa oscura. A pesar de sus extraños hábitos y su comportamiento impredecible, su coraje era innegable. Había puesto su vida en riesgo una y otra vez desde su llegada a Xen'drik, y no había dudado en enfrentarse a las espinas cuando Daine necesitaba tiempo para cruzar la puerta. Incluso entonces, cubierta de sangre y savia, y cojeando por la herida de la pierna, se negaba a reconocer su dolor. Pocas como ella habría en Cyre.

—... baño —estaba diciendo Kin.

—¿Cómo?

—No podéis ver a la reina del Ocaso y las Sombras en este estado. Cuando lleguemos, seréis bañados y se atenderán vuestras heridas. Entonces, seréis conducidos al salón de banquetes.

Daine miró a Lei.

—¿Y nos das la palabra de que no seremos atacados en el interior de esos muros, por parte vuestra o de otros? —dijo Lei—. ¿Prometéis que no tramáis nada contra nosotros?

—La reina cuenta con su propio consejo —respondió Kin—, y no puedo prometer nada que esté más allá de mis atribuciones. Pero prometo por la luna y la sangre que si alguien en el castillo pretende haceros daño yo no tengo noticia de ello. Y sea lo que fuere lo que la reina quiera de vosotros, es una anfitriona generosa. Comportaos de acuerdo con las reglas de la hospitalidad, y ella hará lo mismo. Si os enfrentáis a peligros, será fuera de los muros del castillo.

—Muy bien. —Lei miró a Daine—. Es suficiente para mí.

Se estaban acercando a la orilla del lago. Al otro lado, había un rastrillo dorado, pero Daine seguía sin ver ningún puente. Con todo, dos criaturas los esperaban en la orilla. Caballos.



Había un precioso corcel blanco con la crin dorada y un esbelto semental negro y plata. Con cuernos. Cada caballo tenía un cuerno en la frente. El cuerno del caballo blanco era dorado brillante, mientras que el caballo con estrellas en el lomo tenía un cuerno que brillaba como la luna. Aunque Daine había oído hablar de los unicornios, nunca había visto uno, y le impresionó el aura de majestad que rodeaba a esas criaturas.

—Saludos, viajeros —dijo el unicornio blanco con una voz semejante al rugido de un león.

—Os están esperando —dijo el unicornio negro; sus palabras eran como viento de terciopelo—. Hagamos aparecer el camino.

Los unicornios se volvieron y tocaron el agua con los cuernos. Se produjo un movimiento en el lago, una barra de agua se erizó entre la orilla y el castillo, y el camino salió a la superficie: una franja de piedra iridiscente que brillaba en el ocaso.

Los unicornios retrocedieron.

—Adelante, honrados huéspedes. El destino os espera.

Daine miró a sus compañeros. Través estaba tan impávido como siempre, y Xu'sasar parecía tranquila: tras haber pasado toda su vida en Xen'drik, tal vez cosas como aquélla fueran algo cotidiano para ella. Después miró a Lei, y su sonrisa era más brillante que el sol. Le ofreció su brazo.

—¿Cruzamos, señora?

—Por supuesto, caballero —dijo Lei, enlazando su brazo con el de Daine—. No podemos hacer esperar a la reina.



—Hay algo que tengo que contarte —dijo Lei. Respiró hondo, saboreando el dulce vapor que llenaba el aire—. No pienso irme jamás de este baño.

Daine pensaba igual. No había visto tanto lujo desde los días en que había trabajado para Alina Lorridan Lyrris. La última hora había pasado volando. Recordaba a un par de ninfas masajeándole los doloridos músculos y frotándole las heridas con salvia fresca; ese unguento había borrado por arte de magia sus daños y se sentía realmente bien por primera vez en semanas. Todavía notaba la retorcida Marca de dragón en la espalda, pero ahora era más la presencia de un cálido fuego que el escozor que le había atormentado antes. «¿Qué debe hacer?», pensó. Hasta él sabía que el tamaño de una marca era un reflejo de su poder. Cerró los ojos, se hundió en el agua y se concentró en esa sensación de calor. Trato de recordar todo lo que había oído sobre el control de las Marcas de dragón. Intentó reconstruir el dibujo con sus pensamientos, sintiendo la sensación en su piel.

Nada.

—Mis disculpas.

—¿Y eso, Xu?

Daine abrió los ojos y volvió a cerrarlos rápidamente. Xu'sasar estaba ahora a su lado. Tanto Lei como Daine habían encontrado algunas prendas para preservar su pudor en el agua, pero parecía que la gente como Xu'sasar no tenía demasiado pudor. Vista la poca ropa que llevaba en la batalla, no era de sorprender que no llevara nada en el baño. Respirando hondo, Daine abrió los ojos y trató de ir hacia adelante.

—No son necesarias.

—Cuando me arrebatasteis de la muerte, creí que erais idiotas y débiles —dijo Xu'sasar. Aunque apartara la mirada, Daine veía su reflejo en el agua, sus pálidos ojos y su pelo plateado brillando a la débil luz que penetraba en la sala—. Pero he descubierto que no era el momento en que debía morir y os he observado en la batalla. Lucháis bien, con valentía, y arriesgáis vuestras vidas por los demás, incluso tú, Daine, hiciste un trato descabellado para conseguirnos un refugio. Todavía no conozco vuestras costumbres, y siento las penalidades que os he causado, pero os estoy agradecida.

—Sí —dijo Daine. Miró a Lei anhelando una interrupción, pero ella tenía los ojos cerrados y disfrutaba dichosamente del baño—. No te preocupes. Encontraremos un modo de que vuelvas con los de tu pueblo.

—¿Mi pueblo? —Xu'sasar siempre hablaba de prisa, con la fluidez de su lengua nativa. Pero esa vez las palabras se le atascaban en la garganta—. Mi pueblo ha muerto. Soy la última de mi familia, y la jungla en llamas no es mi casa. Oísteis la voz de Vulkoor. Mi camino está con vosotros. Ahora sois mi gente y os seguiré hasta

que la muerte nos aparte.

Se inclinó contra el brazo de Daine y apoyó la cabeza en su hombro. Daine sintió la pena y la soledad en su voz, y no pudo apartarse de ella.

—Honrados huéspedes, se requiere vuestra presencia.

Al oír la voz de Kin, Lei abrió los ojos, que se le desorbitaron al ver a la chica drow recostada en el hombro de Daine. Éste se puso en pie de un salto, y Xu'sasar se cayó al agua. Daine sintió la gélida mirada de Lei y ayudó a Xu'sasar a levantarse. Se volvió para tenderle una mano a Lei, pero esta ya había salido del baño.

—Nos hemos tomado la libertad de limpiar y arreglar vuestras ropas y armaduras —dijo Kin—. No tengáis miedo, maestro Daine: vuestro compañero Través ha mantenido la vigilancia de un halcón durante el proceso y hallaréis vuestras cosas intactas. También encontraréis regalos de su majestad. Decidid vosotros mismos lo que resulte más adecuado para el festín.

—Muy amables —dijo Daine—. Si algo he aprendido durante nuestra larga noche, es a no confiar en los desconocidos con presentes.

Entonces, vio los regalos.

—¿Lei? —dijo mirando la mesa de mármol—. ¿Podemos quedárnoslos?

Junto a la ropa de Daine había dos objetos. El primero era una camisa de malla de mitral pintada de negro. A pesar de la densidad de los eslabones de la malla, la camisa casi no pesaba nada; era una de las mejores obras de herrería que había visto jamás. El segundo regalo era una capa con capucha de hilo ilusorio cambiante que se cerraba con un broche de piedra de dragón.

—La magia de estos objetos es benigna —dijo Través.

El forjado les había estado esperando en la antesala, y Daine no recordaba haberle visto en tan buen estado. Todos los rastros de daños habían sido reparados y sus placas de metal, pulidas.

—He tenido tiempo para estudiar estos objetos mientras os lavabais. La armadura está reforzada místicamente y el mitral reforzado por medio de la magia. La capa te ayudará a moverte sin ser visto en la oscuridad. El relicario que le han regalado a Xu'sasar endurece la piel y le da fortaleza para soportar golpes físicos. Y Lei, esas lentes...

—Sé lo que son —dijo Lei. Estaba sosteniendo un par de raros anteojos con toda suerte de lentes ajustables unidas a tiras de cuero. Tenía la voz tranquila y parecía un poco pálida.

—¿Lei? —dijo Daine, dando un paso hacia ella.

Lei le detuvo alzando una mano.

—Vístete —dijo con voz calma—. Si Través dice que estas cosas son seguras, estoy convencida de que lo son. Y ahora, veamos qué nos da de cenar la reina del Ocaso.

CAPÍTULO 24

OCASO
THELANIS

El gran salón del Ocaso era una visión imponente. A cada lado se alzaban pilares de mármol verde envueltos en delicadas matas de hiedra hechas de oro puro. Estrechos torrentes manaban a ambos lados del pasillo, y el aire resonaba con los sonidos de agua y música espectral. Grillos violinistas tocaban en las sombras, y pequeños hombres con alas de mariposa hacían sonar flautas y gaitas suspendidos en el cielo. El techo abovedado estaba pintado con la imagen del cielo rosado del Ocaso y, aunque era estático, brillaba con una luz interior.

Través nunca había visto un espectáculo semejante. Había pasado su vida en el campo de batalla, con poco tiempo para las torres de los señores o los barones portadores de Marcas de dragón. A pesar de sus esfuerzos, todavía tenía problemas para ver el sentido de cosas como la hiedra de oro o las paredes pintadas. Muchos decían que los forjados carecían de la habilidad para apreciar el arte. Pero no era tan sencillo. Para Través, la belleza estaba en la función. Un arco bien hecho, un escudo sólido: esas cosas inspiraban admiración y respeto en Través. La finalidad de un edificio era proteger y defender. Las decoraciones extravagantes eran innecesarias.

Cruzaron el salón de banquetes, donde había una mesa a la que podían sentarse un centenar de comensales. Parecía que su anfitriona deseaba una experiencia más personal, pues el inmenso mueble estaba vacío. Entraron en una sala mucho más pequeña. Una mesa oval dominaba el centro de la habitación, y en ella había copas de cristal y grandes platos ocultos bajo tapas de plata. Un gran candelabro colgaba del techo, o al menos eso parecía al principio. A medida que se acercaron a la mesa, Través fue observando que era una compleja suma de cientos de puntos de luz suspendidos en el aire sin ningún sostén. Las luces se reflejaban en la superficie de la mesa de ébano pulido y creaban la ilusión de un cielo estrellado.

—¡Sentaos, por favor! —gritó Kin.

Xu'sasar se sentó junto a Daine y Lei delante de él. Través se puso detrás de Lei y se cruzó de brazos.

—¡Maestro Través, siéntate! —dijo Kin.

El singular cortesano señaló el asiento junto a Lei y Través se dio cuenta de que era bastante más grande que los demás, como si hubiera sido preparado para alguien

de su altura o su peso.

—No como ni bebo —dijo—. Y mis piernas no se cansan.

—Quizá no hayas comido en el pasado —dijo Kin—, pero harías bien en probar nuestra comida. Y sería un insulto para su majestad que te quedaras de pie junto a su mesa. Por favor.

—Venga, Través —dijo Lei, empujando la silla—. No querrás dar una mala impresión.

—Como deseas.

Través se sentó en el asiento que le ofrecía. Como había pensado, era del tamaño justo. Se preguntó acerca de las palabras de Kin. ¿Probar su comida? Través no tenía estómago. No podía consumir alimentos aunque quisiera.

—Por favor, servios comida y bebida —dijo Kin—. Os prometo que no os hará ningún daño. Mi señora sólo quiere que cojáis fuerzas para el viaje que os espera.

—¿Lei? —dijo Daine.

Través advirtió la incomodidad que había entre los dos. Lei no había mirado a los ojos a Daine desde que habían salido de los baños. Había ira en ella, pero todavía tenía demasiadas emociones en conflicto, cosas que estaba reprimiendo. Por el momento, estudió a Kin, sopesando sus palabras.

—Le creo —dijo al fin—. Comamos.

Daine descubrió su plato.

—¿Es esto gorgona? —dijo sorprendido—. ¡No he comido gorgona desde que tenía nueve años! Y esta salsa..., vino tinto y setas. Era el plato preferido de mi abuelo.

Lei se sirvió en su copa de la botella que había junto a su plato y parpadeó ante el vapor ascendente.

—Tal de raíz negra —dijo—. Con miel ya mezclada. —Descubrió su plato y sus ojos se asombraron ante la variedad de carnes y verduras que había en él.

«Nada de esto es lo que parece —informó Shira a Través—. No es peligroso —añadió antes de que pudiera formular la pregunta—. La comida y la bebida están hechas de pura energía mágica, y fortalecerán los cuerpos y la mente de las criaturas que las consuman. Puedes comer. Será absorbida por la red de energía que te da vida».

«Muy bien», pensó Través. Después de años viendo cómo comían los demás, sintió una cierta excitación con la idea de comer él por vez primera. Apartó la tapa de plata. El plato hondo estaba lleno de una pasta sin calor, Si desprendía olor, era demasiado sutil para sus sentidos.

Gachas.

Su botella resultó estar llena de agua. «Los demás están comiendo lo mismo —observó Shira—. La magia responde a tus recuerdos, y tú no tienes recuerdos agradables a los que recurrir».

Través probó una cucharada de gachas. No tenían sabor, pero la predicción de

Shira era correcta. La materia parecía disolverse en su boca. Mientras seguía comiendo, sintió fortaleza y confianza. Era difícil de precisar, pero no se había sentido tan bien desde que habían partido hacia Xen'drik.

Durante un rato, cenaron en silencio. Habían pasado mucho tiempo sin comer, y los compañeros de Través estaban en éxtasis por aquellos platos. Cuando terminaron, una nueva figura entró en la habitación. Pareció que el resto de la luz se apagara y que ella fuera la única iluminación de la sala. La constelación chisporroteante siguió allí, pero las pequeñas ascuas quedaron eclipsadas por la recién llegada. Era inconfundible. La reina del Ocaso había llegado.

La dama tenía los rasgos de un elfo, pero era más alta que Través. Su vestido era una maravilla, un espejo del cielo. Estaba bordado con oro puro y los dibujos tejidos en el dobladillo ardían con una luz interior. La falda era del tono rosado de las nubes del atardecer, mientras que los colores cambiaban en los varios azules de una noche nubosa por encima de la cintura. Una red de gemas brillaba en su largo pelo negro, y llevaba una diadema de plata con una luna creciente sobre la frente. La belleza significaba poco para Través, puesto que no tenía ninguna respuesta biológica a cosas como ésa. Pero Thelania trascendía la biología. Había una perfección en su forma que hizo pensar a Través en una espada perfectamente equilibrada. Su belleza era una fuerza elemental, y el forjado pudo sentir el poder de su presencia, una emoción que le recorrió cuando la miró. Través esperó que Shira identificara lo que le estaba pasando, pero su compañera se quedó en silencio.

—Bienvenidos. —La voz de la mujer era pura música. Aunque tuvo poco impacto en Través, éste advirtió su poder sensual en la reacción de Daine—. Tenemos muchas cosas de que hablar y muy poco tiempo.

—¿Y de qué tenemos que hablar? —Lejos de sentir pavor por esa belleza sobrenatural, Lei parecía enfadada—. ¿Acaso sabes quiénes somos?

Thelania no dio ninguna muestra de ira ni de emoción. A pesar de su belleza, había algo extrañamente inhumano en ella; sus rasgos tranquilos no dejaban traslucir ningún pensamiento.

—Sé más de lo que puedes imaginar, Lei, sobre el pasado de la casa Cannith. He estado observándote durante toda tu vida. Y conozco el desastre que provocaste en Xen'drik, aunque no fueras consciente de ello.

A Lei se le sonrojaron las mejillas, pero fue Daine quien habló en primer lugar.

—¿A qué te refieres?

—Hablo de la Oscuridad onírica, la fuerza que os ha utilizado desde el día en que llegasteis a Sharn. Durante decenas de miles de años ha estado atrapada en las pesadillas, a la espera de su propia destrucción. Ahora le habéis dado la llave para escapar de la cárcel y arrasar vuestro mundo.

—¿Nosotros hemos hecho eso? —dijo Daine—. ¿Cuándo?

—La luna... —Lei respiró con la mirada distante.

La reina de fantasía sonrió, pero no hubo calidez en su expresión; era una sonrisa

de un adulto indulgente celebrando la deducción de un niño.

—Bien hecho, Lei. No es tan sencillo, pero has comprendido el corazón del asunto. En eras pasadas las gigantes de la tierra de Xen'drik se encontraban en guerra con Dal Quor, el plano de los sueños y las pesadillas. Un conflicto inoportuno, alimentado por la arrogancia de un lado y la desesperación del otro. Cuando los artesanos mágicos de Xen'drik se dieron cuenta de que no podían ganar esa guerra, buscaron otro modo de ponerle punto final, ignorando las consecuencias a largo plazo.

Xu'sasar la interrumpió.

—Cuando el ejército de horrores desgarró el velo del mundo, los poderosos arrancaron una luna del cielo y utilizaron su poder para hacer retroceder a sus enemigos a la oscuridad de la mente, donde pronto fueron olvidados.

—Hay algo de verdad en las leyendas de tu pueblo, hija de la noche —dijo Thelania.

Alzó la mano y las luces de encima de la mesa se movieron; lo que al principio parecía un candelabro era ahora una masa de chispas vivas que obedecían a la voluntad de la reina. Formaron trece orbes brillantes que daban vueltas alrededor de una esfera central, más grande.

—Hay un vínculo entre las lunas y los planos de existencia, aunque no es fácil de explicar. En el arsenal planar de Karul'thash, los gigantes sacrificaron la luna para romper la órbita de Dal Quor, partiendo su vínculo con Eberon e impidiendo a sus habitantes que pusieran sus pies en el mundo. —Movié bruscamente la mano y una de las esferas explotó con un estallido de luz—. El orbe que reconstruiste es una ancla, una representación de luna y plano. Ahora está intacto una vez más, y en manos de la Oscuridad onírica. Se está formando un ejército que está más allá de lo que vuestro mundo ha visto en su era, y vuestro pueblo no tiene el poder de los gigantes de antaño.

—¿Qué hay de los dragones? —dijo Lei—. Sin duda, los dragones de Argonnessen tienen más poder del que jamás tuvieron los gigantes.

—Ciertamente. Y si desatan ese poder en la batalla, destruirán con ello la humanidad, como insectos esparcidos antes de una tormenta. Fueron los dragones quienes finalmente destruyeron Xen'drik, y si Khorvaire se convierte en su campo de batalla, estáis condenados, de modo que es vuestra responsabilidad ir a Dal Quor y destruir el cristal lunar antes de que la Oscuridad onírica abra sus Puertas de la Noche.

Daine apartó la silla y se puso en pie.

—Nos has ofrecido una bonita mesa, pero tus historias no se tienen en pie. Esto carece de sentido. Si todo lo que esas pesadillas necesitaban era encontrar a alguien que arreglara esa esfera, ¿por qué no lo hicieron hace miles de años?

La singular reina se mantuvo impávida ante el estallido de Daine.

—La luna de cristal es un producto de una era olvidada, de una magia que la

humanidad no domina. Hasta los gigantes que crearon la esfera estaban tratando con poderes que no llegaban a comprender y no podrían haberla reparado. La esfera fue hecha para ser destruida, no para ser reconstruida. Es como si vertierais vino en el mar y tratarais de recuperarlo. Es una tarea imposible..., excepto para Lei.

—Eso es ridículo —dijo Lei, poniéndose en pie—. Todavía estoy aprendiendo el arte del artificio. Ni siquiera domino las técnicas del quinto círculo. Hay cien herederos en la casa más habilidosos que yo...

—¡Chsss! —dijo Thelania, y era una orden.

Mientras Shira le advertía del uso de magia, Través sintió una oleada de calma en sus pensamientos y vio cómo Daine y Lei se relajaban.

—Siéntate —dijo la reina, ocupando su lugar en la cabecera de la mesa— y sigamos. Lei, dices la verdad. Hay muchos en tu casa más habilidosos que tú. Pero tu naturaleza te permite tocar la magia de un modo en que no puede hacerlo ningún humano.

—¿Humano? —dijo Daine. El efecto tranquilizador mantuvo su voz calma, pero no pudo detener su interés.

Través estaba pensando lo mismo. Los recuerdos destellaban en su mente. «Hasta podría perdonarte a ti y a la hermana Lei», había dicho Harmattan. En ese momento, Través había pensado que era una forma de hablar, pues todos ellos eran hijos de la casa Cannith. También había otro recuerdo, una visión que había visto estando al borde de la muerte, un sueño que podría haber sido el momento de su creación. «Protege a mi hija», había dicho una mujer. Lei. Una niña. Una niña que había estado tendida en una losa junto a la suya.

—¿Soy... un forjado? —dijo Lei.

—No —dijo Thelania—, pero tampoco eres humana. Eres una criatura de magia y carne, una mujer de dos mundos. Pero no es el momento de hablar de tu futuro o de tu pasado. Os he traído aquí para guiaros por el camino que tenéis por delante, para que podáis deshacer el mal que habéis hecho.

—¿Por qué nosotros? —dijo Daine—. Tú misma has dicho que no somos tan fuertes como los gigantes. ¿Por qué no lo arreglas tú, y nosotros nos encargamos de la próxima?

—No puedo. Los señores y señoras tienen un gran poder en Thelanis, es cierto. Pero hay un delicado equilibrio entre planos. Todos somos un aspecto de vuestra realidad. Sueño y pesadilla son otra hebra en el tejido, una hebra que no está a nuestro alcance. No podemos utilizar nuestro poder contra Dal Quor sin consecuencias catastróficas, incluso peores que si la Oscuridad onírica toma vuestro mundo. Pero vosotros sois hijos del mundo mortal, y tenéis un lugar en cada plano.

—Pero sólo somos cuatro —dijo Través—. ¿No tendría más posibilidades de éxito un ejército?

—Estáis empezando a agotar mi paciencia —dijo la reina—. Un ejército no podría entrar en Dal Quor inadvertidamente, ni podría enfrentarse al poder de la

Oscuridad onírica en la región de los sueños. Hay otros héroes en vuestro mundo, pero cada uno de ellos tiene su camino, su propio destino. Vuestros viajes os han preparado para esta tarea de un modo del que todavía no sois conscientes. Hay una red de destino que los dragones llaman profecía, y es responsabilidad vuestra enfrentarse a ese reto.

Daine dio un puñetazo sobre la mesa y despertó la atención de todos. Señaló la botella que tenía delante.

—Señora, si quieres que la gente siga tus historias, no deberías servir aguamiel duende con las comidas. Iré al grano. Lakashtai nos engañó y utilizó mi debilidad para que Lei hiciera lo que ella quería.

—Con la ayuda de otros, sí. Lakashtai es una emisaria de un ejército de espíritus malevolentes.

—¿Y ahora todos esos espíritus van a venir a Eberon?

—Ése es el menor de mis miedos. Dal Quor ha variado su órbita. Creo que la Oscuridad onírica trata de fusionarse con Eberon y convertir vuestro mundo en una pesadilla viviente.

—Bien —dijo Daine—. No me importa cómo has sabido todo esto. Si sigo tu camino, ¿encontraré a Lakashtai al final?

—No puedo ver lo que sucede en Dal Quor, Daine. Pero sospecho que si encontraréis la luna de cristal, encontraréis a Lakashtai a su lado.

—Entonces, dime dónde está —dijo Daine—, porque esa mujer va a pagar por lo que ha hecho.

—Cada vez que sueñas, tocas Dal Quor —dijo Thelania—. Pero en este momento te enfrentas a demasiados retos. El puente de sueños sólo te lleva al borde del reino y deja tus pensamientos distantes y desperdigados. Por lo tanto, raramente puedes recordar tus sueños o controlar totalmente tus acciones. Además, en este estado fracturado serías incapaz de infligir ningún daño duradero a los habitantes del reino. Tienes que soñar con alcanzar Dal Quor, pero debes soñar con un lugar en el que las paredes entre los dos mundos sean lo más delgadas posible.

Aunque Shira no estaba compartiendo sus pensamientos con Través, sintió su absoluta atención. Través formuló una pregunta en su cabeza, pero no recibió ninguna respuesta.

—Estás hablando de zonas manifiestas —dijo Lei—, lugares donde los planos se fusionan. Lo mismo que esperaba poder utilizar para volver a Eberon. Pero no hay muchas zonas manifiestas que conecten con Dal Quor.

—No, ahora —respondió Thelania—. La obra de los gigantes rompió todos los vínculos, excepto los formados en el sueño. Pero los espíritus de Dal Quor han estado trabajando para restaurar estas conexiones durante siglos. En el reino que conocéis como Riedra, los sirvientes de los quori han construido monolitos de cristal y hierro. Esos monumentos son en sí mismos anclas que unen los planos.

—¿Quieres que declaremos la guerra a Riedra? —dijo Daine. Se sirvió otra copa

de espeso aguamiel y se bebió la mitad de un solo trago.

—En absoluto. Estabilizar los planos de este modo es obra de centurias, y no todos los que construyen los pilares tratan de hacerle daño a vuestro mundo. Es un reto para héroes de otra era. La luna de cristal hace todo esto irrelevante y da a poderes agresivos del momento la oportunidad de atacar.

Daine se acabó su bebida.

—Entonces ¿qué hacemos hablando de esto?

—Porque si queréis llegar a Dal Quor, tenéis que dormir dentro de uno de esos monolitos. Sólo allí estaréis lo suficientemente cerca como para llegar al plano.

Lei negó con la cabeza.

—¿Quieres que vayamos a Riedra?

—Sí. Mi dominio toca vuestro mundo por muchos lugares y hay muchas puertas que podéis utilizar cuando la luz del Ocaso golpee el suelo. Cuando hayamos terminado todo esto, Kin os mostrará el camino. Cuando volváis a dormir, deberá ser en el monolito riedrano..., si sobrevivís al viaje, por supuesto.

Algo había molestado a Través durante la conversación, y ahora afloró a su mente.

—Has dicho que el viaje requiere dormir. Ni Xu'sasar ni yo dormimos.

Thelania volvió a sonreír.

—He dicho que habría muchas dificultades, más de las que imagináis, porque Lei tampoco sueña.

—¿Qué? —gritó Lei. Parecía que la magia tranquilizadora se estaba evaporando—. ¿De qué estás hablando? Sueño cada noche.

—No, hija, no. Sólo crees que sueñas. Tus visiones no son el resultado de un viaje espiritual. Son fabricadas en tu interior, juntadas con recuerdos y semillas que has llevado durante mucho tiempo.

—¡Estás mintiendo! ¡Yo no...!

—En Karul'tash, te topaste con una sala llena de miles de esferas. ¿No oíste las voces de esas esferas susurrándote?

—Sí —dijo Lei. Su furia dudó.

—En sueños, los gigantes son más vulnerables a sus enemigos, así que trataron de crear sueños artificiales, un santuario para el espíritu por las noches. Lo mismo ocurre en tu caso, y por eso pudiste tocar esos falsos sueños. Tus visiones tienen la apariencia de sueños, pero no son más que una máscara. Tú nunca has visto Dal Quor.

—Pero...

Lei apartó la mirada. En los ojos le brillaban lágrimas y la mente de Través se llenó de preguntas. ¿Qué significaba eso? ¿Qué era ella?

—Lo que significa que tengo que hacerlo yo solo —dijo Daine.

—No —respondió Thelania—. Ya te lo he dicho, Daine, tu viaje te ha preparado para el destino que te espera. Tienes el puente que necesitas para tus compañeros. —

Se volvió hacia Través. Su sonrisa era gélida—. Se llama Shira.

—Explícate —dijo Través. Era al mismo tiempo palabra y pensamiento, pero la reina respondió a Shira.

—El reino de Dal Quor, el mundo de los sueños, experimenta los ciclos de cambio y renacimiento —dijo Thelania—. Estos ciclos pueden durar decenas de miles de vuestros años, y ni siquiera yo sé qué los provoca. Cuando los gigantes de Xen'drik abrieron una brecha en las barreras entre planos, los seres de Dal Quor supieron que su era había terminado y buscaron alguna forma de preservar sus espíritus. Su guerra con Xen'drik fue un acto desesperado, un intento de huir del barco antes de que se hundiera. Pero creyeron que los que cruzaran la barrera físicamente seguirían vinculados al plano de los sueños y sufrirían su condena, de modo que experimentaron con formas de cortar los vínculos entre sueño y realidad, para dar al espíritu una ancla en este mundo. Tú llevas contigo uno de esos supervivientes: el espíritu Shira, un refugiado de un mundo perdido para siempre.

«¿Es eso cierto? —El pensamiento de Través era una exigencia—. Dímelo o te arranco de mi pecho».

«Sí. —El conocimiento asomó a la superficie. Como todas las comunicaciones de Shira, pareció que lo supiera desde mucho antes—. Dice la verdad. Soy de Dal Quor».

«¿Por qué? —pensó Través—. ¿Por qué no me has dicho qué eras? ¿Por qué permitiste que Lakashtai nos traicionara?».

«No conocía sus intenciones. No sabía que estabais en peligro. Comprende esto: Dal Quor era mi casa. Supe que Lakashtai era un espíritu de mi tierra y reconocí la finalidad del orbe que Lei reparó. Pero en mis recuerdos, Dal Quor es un mundo de luz, un lugar bello. Esa Oscuridad onírica habla de cosas que no significan nada para mí. He estado atrapada en sombras durante milenios, Través. Debería haber sabido que mi mundo no existía. Pero no quería lo que lo había sustituido. No quiero ser la última de mi especie».

«De modo que... ¿eres un espíritu de Dal Quor? ¿Una criatura como Lakashtai?».

«Tal vez tengamos un origen común, pero no soy como ella, al igual que tú no eres como Harmattan».

Través no supo qué decir o qué pensar.

«Así pues, para ti soy un cuerpo anfitrión de la misma forma que Lakashtai llevaba un cuerpo de carne».

«No. Ya te lo dije. A ti y a mí nos hicieron juntos. Para ser uno».

Través reprimió todo pensamiento y se obligó a escuchar la conversación. Estaba participando Lei, con los ojos perdidos en el pensamiento. Para ella, el reto intelectual era un refugio del miedo y la duda.

—... ella tiene un vínculo natural con Dal Quor, siendo del plano —dijo Lei.

—Correcto —respondió Thelania—. Es un vínculo que ha roto, pero que puede volver a forjarse.

—Y ha sido diseñada para conectar con forjados..., con Través. Estás diciendo que puede permitir que Través sueñe por medio del espíritu de ella.

«¿Es cierto?», pensó Través.

Hubo duda. «Sí».

«¿Por qué no me lo has dicho?».

«No me ha parecido que fuera necesario».

—¿Dónde me deja a mí todo esto? —dijo Lei.

—Sólo has empezado a reconocer tu verdadero potencial, hija. Recuerda cómo te sentiste cuando tocaste por primera vez la esfera que Través lleva en el pecho, cuando reparaste sus daños. Llegado el momento, debes volver a tocar la esfera y dejar que os guíe a los dos.

—¿Cómo sabes todo esto? —exigió Lei—. ¿Cómo puedes saber lo que he hecho, lo que he sentido?

—Porque es mi naturaleza —dijo Thelania—. Ése es mi dominio. Tú sabes de los trece planos, hija. Reinos de orden y caos, vida y muerte, sueños y locura. Pero ¿qué es Thelanis?

—La Corte de las Hadas —respondió Lei.

—El dominio del vidente. Pero ahora hablas de los habitantes del reino, no de la naturaleza primaria del plano. ¿Qué son los videntes?

—No..., no lo sé —reconoció Lei.

—Somos mágicos, somos misterio. Somos el atractivo de lo desconocido, la promesa de un cuento contado por una madre. Veo cómo se desarrollan las historias y conozco los secretos que dan forma a las vidas de los héroes, y los caminos que vuestras vidas tomarán. Ésta no es la primera vez que hemos hablado, y si seguís con vida, no será la última.

—¿Llamaviento? —dijo Daine.

—¿Qué pasa con ella?

—Daine sin apellido. Así me llamó. Cuando Kin nos ha traído aquí, ha utilizado las mismas palabras. ¿Eras tú?

Thelania sonrió y ahora fue una señal de orgullo, una artista satisfecha con su obra.

—Tengo muchos ojos en el mundo, Daine, y muchas voces para hablar en mi nombre. Un oráculo es un canal para el conocimiento, pero ese conocimiento debe proceder de alguna parte. Sí, Llamaviento portaba mi mensaje, como la cosa extraordinaria del agua.

—¿Y qué sacas tú de esto? —dijo Lei.

—No soy amiga de Dal Quor. Y si las pesadillas arrasan vuestro mundo, temo el impacto que tendrían en Thelanis. Te lo he dicho, Lei, somos el material con el que se hacen las leyendas. ¿Qué pasa cuando no quedan historias por contar?

Lei negó con la cabeza.

—No, reina del Ocaso. ¿Qué ganas tú con esto? —Metió la mano bajo la mesa y

sacó su bastón de maderaoscura. La cara tallada era una máscara de la aflicción—. He conocido a otra persona que aceptó tu ayuda y ya ves lo bien que le fue.

—¿Crearás todo lo que te he dicho, Lei? ¿Y si te dijera que todo lo que he hecho por Corazón Oscuro lo he hecho por ti? Si el bastón no hubiera llegado a tus manos, habrías muerto en el subsuelo de Sharn.

—¿Así que sólo quieres ayudarnos? Entonces, libérala. —Lei golpeó la mesa con el bastón.

Thelania volvió a sonreír. Había peligro en sus ojos.

—No te atrevas a darme órdenes en el centro de mi poder, hija —dijo—. Corazón Oscuro todavía tiene un papel que desempeñar.

—Pues no te ayudaré —dijo Lei—. No vamos a ser tus títeres.

La reina se rió. El sonido resonó en toda la sala; era el sonido del último momento de luz, cuando el sol se desliza por debajo del horizonte.

—Es muy tarde para eso, Lei. No os estoy pidiendo esto como un favor. No estoy negociando con vosotros. Os estoy ofreciendo la posibilidad de salvar vuestro mundo de un horror que vosotros habéis desatado. Eres más sabia de lo que creía, pero no eres una reina.

Un escalofrío se había posado en la habitación y la luz se había desvanecido. La piel de Thelania era más pálida, casi luminiscente, y las gemas de su cabello brillaban como estrellas. Ahora su belleza poseía una oscuridad que había estado oculta hasta entonces; habían visto el sol, pero el ocaso también alberga sombras.

—Puede ser que te sorprenda —dijo Lei, recogiendo el bastón—. A veces una marioneta puede ganar la partida.

—Ya basta —dijo Daine—. Tiene razón, Lei. Tú lo has dicho antes: Lakashtai es responsabilidad nuestra. Corrijamos nuestros errores. Pero déjame decir esto, majestad... —Daine se puso en pie y se llevó la mano a la espada—. Por lo que yo sé, puedes ser todopoderosa en este lugar. Quizá sepas todo lo que hemos hecho o haremos. Si es así, sabes qué estoy pensando. Cuando todo esto termine, no quiero ver otra vez uno de tus ojos o de tus agentes.

Thelania inclinó la cabeza.

—Te doy mi palabra, Daine. Así será.

—Entonces, terminemos con esto. Has dicho que nos mostrarías el camino.

—Sí. Kin conoce muchos caminos hacia vuestro mundo, y os llevará hasta Riedra. Desde vuestro punto de entrada, debéis haceros con uno de los monolitos unidores de sueños. Tú, Lei y Través podéis dormir. Xu'sasar y Kin permanecerán despiertos para vigilar vuestros cuerpos.

—¿Y cuando entremos en Dal Quor?

—Ahí vuestro camino se oscurece —dijo Thelania.

—¿Qué? —preguntó Lei—. ¿Estás diciendo que no sabes absolutamente nada?

—Nadie lo sabe todo —dijo la reina vidente—. No hay ninguna debilidad en eso. Sé que sois capaces de acabar con esto. Y si fracasáis, sé qué horrores se

desencadenarán.

—¿Así que nos echamos a dormir y esperamos que todo salga bien? —dijo Daine—. Es un buen plan.

—No puedo guiaros por el reino de las pesadillas y no sé qué necesitaréis para destruir el orbe. Pero en Dal Quor hay poderes que pueden ayudaros.

—Shira —dijo Través.

«No —dijo el pensamiento—. Te lo he dicho. No es el mundo que dejé. No sé nada de lo que queda».

—No —dijo Thelania—. Un guía os espera en vuestros sueños, pero necesitáis mucho más conocimientos de lo que él puede ofreceros. ¿Qué sabéis de la muerte?

—Basta —dijo Daine—. ¿Qué sabes tú?

Una sonrisa jugueteó en los labios de Thelania.

—Cuando la mayoría de las criaturas de Eberon mueren, sus espíritus van al plano de Dolurh, donde se las despoja de recuerdos y el espíritu es aliviado de sus penas.

Lei dedicó una mirada petulante a Xu'sasar.

—Pero hay quienes siguen otros caminos —prosiguió Xu'sasar—, criaturas que tratan de preservar su conocimiento y su sabiduría más allá de la tumba. Como has dicho, Lei, los dragones de Argonnessen son la más vieja y poderosa civilización de vuestro mundo. Los dragones viven miles de años, y sabios con escamas han dedicado toda su vida al estudio de los planos y los misterios de la muerte.

—Fascinante —dijo Daine—. ¿Podemos ir al grano?

—Hay una secta entre los dragones que ha formado un santuario en Dal Quor. Un eidolon, una fuerza formada por la esencia de cientos de dragones caídos. Su poder es sólo una parte del que esos dragones tenían en vida, pero puede ser el único lugar seguro que encontréis en Dal Quor. Y si se produce movimiento, si los ejércitos se están reuniendo en los campos de la oscuridad, el eidolon lo sabrá.

—Bien —dijo Daine—. Kin nos enseña el camino, nos echamos una siesta, hablamos con dragones y ellos nos dirán dónde podemos encontrar a Lakashtai. ¿Es eso todo? Porque creo que estoy listo para irme.

—¿Estás seguro? —Thelania sonrió—. El tiempo es esencial. Pero con el peligro que os espera, mi reino puedo ofreceros muchos placeres. ¿No queréis quedaros una noche? Quizá nunca más tengáis la oportunidad.

—Espero que no —dijo Daine—. Pero gracias por la cena.

Thelania se puso en pie y se alejó de la mesa.

—En esa comida había más de lo que sabéis —dijo—. La comida os dará la fuerza necesaria para viajar por los próximos mundos y regresar al vuestro sin sufrir penurias. Y la bebida ha fortalecido vuestras mentes. El miedo es una de las grandes armas de los quori, y mis alimentos os protegerán en la batalla que os espera.

«Los efectos que describe durarán aproximadamente un día», pensó Shira.

Través mantuvo la mente en blanco a propósito, pero estaba preocupado. Hasta

hacía poco, la presencia de Shira le reconfortaba. Ahora cada pensamiento ajeno le producía un escalofrío.

«No quiero hacerte daño —pensó Shira. Por mucho que lo intentara, a Través le resultaba imposible ocultarle sus pensamientos, lo que no hacía más que aumentar su miedo—. Través, he estado sola más de treinta y cinco mil años. Mi casa ya no existe. No soy como Lakashtai. Soy la última de mi especie. Si no he dicho nada era por mis propios miedos. Por favor, no vuelvas a dejarme sola».

Cuando Través se había introducido a Shira, ella se había mostrado fría e impersonal. Través tardó un tiempo en estar seguro de que en la esfera había una personalidad, que era algo más que una herramienta. Ella había mantenido la distancia entre ambos. Ahora él sentía sus emociones, su pena, su miedo.

Pero no sabía si se lo creía.

Los compañeros se pusieron en pie, y mientras se alejaban de la mesa, Thelania se acercó a Través.

—Hijo de la guerra, ¿estás listo para las batallas que te esperan?

—¿Por qué lo preguntas? —dijo Través.

—Te adentras en un peligro sin una arma en las manos. Le he hecho un regalo a cada uno de tus amigos. ¿Te has sentido olvidado?

—No necesito nada tuyo —dijo Través. Su risa fría todavía sonaba en su mente. Quizá no fuera una enemiga, pero Través no veía cómo podía considerarla una amiga.

—No te ofrezco nada mío —respondió—. Quiero ayudarte con lo que tienes por delante.

—Déjale —dijo Daine—. Y llama a tu sirviente. Nos vamos.

—Kin estará aquí en seguida, Daine.

Thelania caminó alrededor de Través. Unas cuantas chispas del candelabro flotante la siguieron. Colocó una mano en el carcaj de Través y éste casi retrocedió. El carcaj era parte de Través, lo tenía insertado en la espalda, y la superficie exterior tenía la misma sensibilidad que su piel de metal.

—¿Sólo una flecha, Través? ¿Un guerrero sin armas?

—Soy más que un guerrero —dijo Través.

—Eres más de lo que sabes —dijo Thelania—. Y eres un guerrero y una arma. Busca en tu interior, Través. —Cogió la mano del forjado y la llevó lentamente hasta el carcaj—. Busca dentro de ti.

—¿Través? —dijo Lei—. ¿Estás bien?



Cuando su mano tocó el carcaj, Través se dio cuenta de que Thelania tenía razón. Sentía un vacío desde que índigo había destruido su mayal. Lo había considerado fruto de la vergüenza y la pérdida de una sensación familiar, el reconfortante peso del arma en la mano. Entonces, se dio cuenta de que el vacío estaba en su interior, no en su mano. Introduciendo el brazo en el carcaj, penetró ese vacío...

Y encontró una arma.

Debería haber sido imposible. El carcaj no era tan profundo como para portar algo más grande que una flecha. Pero cuando cerró la mano, sacó un largo mayal. El arma era de un diseño similar a la que había perdido, pero más ligera. Tenía el equilibrio más perfecto de todas las armas que había tenido. Aunque la cadena y la bola parecían de oro, se dio cuenta con sólo tocarlas de que eran mucho más fuertes que el oro. La empuñadura estaba forrada de hierro y en la base había la cabeza metálica de un león negro. Shira estaba analizando las propiedades mágicas del mayal: la capacidad de la bola para producir una luz y un calor radiantes, la fuerza sobrenatural del metal y una notable precisión... Pero Través no necesitaba que se lo dijera. El arma era parte de él, había estado allí desde el principio. Introdujo la mano en el vacío por segunda vez y encontró el carcaj lleno de flechas.

—Capitán —dijo, sopesando el mayal—. Estoy listo.

Mientras cabalgaban hacia los campos del atardecer, los pensamientos de Lei eran un caos. Kin les llevó hacia el poniente. No había ningún camino que seguir, y se abrieron paso entre llores silvestres y rastrojos. El emisario les estaba esperando en la puerta principal con más regalos de la reina: mochilas de piel engrasada con hebillas de oro llenas de comida, bebida y salvias curadoras; y cinco caballos, hermosos corceles negros con crines plateadas y lunares blancos en el lomo.

Su mente regresó al momento de la despedida, a las palabras finales de la reina.

—Si queréis partir, no os entretendré más —había dicho Thelania—. Adiós, Daine. No nos veremos de nuevo.

—¿Y qué hay de Corazón Oscuro? —preguntó Lei. La voz de la dríada —«¡Libérame!»— todavía resonaba en sus pensamientos, y por eso se lo preguntó de nuevo.

—Su destino sigue unido al tuyo, Lei —dijo la reina—. Su destino está en tus manos, no en las mías.

En ese momento, Daine se llevó a Lei. En cuanto salieron de la sala, él le exigió una explicación acerca de las palabras de la reina.

—No quiero hablar de eso —había dicho ella, apartándose de sus manos—. Ahora no. No aquí. Sólo quiero salir de este lugar.

La batalla con el Hombre del Bosque, el asombro del Ocaso, el lujo del palacio, todo eso había ayudado a Lei a olvidarse por un tiempo de las visiones del río, y había estado contenta de que pudiera hacerlo. Las palabras de la reina demostraban, sin duda alguna, que aquello no había sido un sueño, que pronto tendría que enfrentarse a su pasado.

Kin prometió un viaje rápido.

—El portal que buscamos está en las Andas del Dormilón —dijo—. No está lejos de aquí. Llegaremos antes de que caiga la noche.

—¿Cae la noche aquí alguna vez? —dijo Daine al mismo tiempo que montaba en su caballo.

—No —dijo Kin—. Pero no está lejos.

Durante un rato cabalgaron en silencio, y Lei trató de no pensar en nada y de

impregnarse de la belleza de los campos. Sus compañeros tenían otras ideas, y pronto Daine y Través retrocedieron para cabalgar a su lado.

—¿Necesitas respuestas? —espetó ella—. ¿Tú necesitas respuestas? ¿Crees que yo no quiero respuestas tanto como tú?

—¿De modo que no tienes ni idea de lo que estaba hablando? —dijo Daine—. ¿Tu vínculo con el bastón? ¿Oír voces de gigantes muertos?

—Yo... —Lei negó con la cabeza.

—Lei —dijo Través—, no deseo aumentar tu malestar, pero esas afirmaciones tenían algo de lógica. Tú preguntaste por qué Lakashtai golpeó a Daine cuando, en realidad, quería manipularte a ti. Si lo que ha dicho la reina es cierto, no podía tocar tus sueños. Daine era el único de nosotros al que podía amenazar.

—Eso me hace sentir mucho mejor —dijo Daine entre dientes.

—Aparte de eso, he estado pensando en Harmattan —prosiguió Través—. Quizá hay otras razones por las que no te mató. En Karul'tash te llamó «hermana»...

—Lo sé —dijo Lei—. Habló conmigo mientras vosotros explorabais. «No es culpa tuya que te forjaran con carne en lugar de metal», dijo. Pensé que era una metáfora. Creí que le diría lo mismo a cualquier humano. Pero ahora...

—No lo entiendo —dijo Daine—. ¿Qué eres?

—¿Qué soy? Soy la mujer a la que has besado esta mañana, ¿o es que lo has olvidado?

—No —dijo Daine, buscando las palabras—. Quiero decir que...

La ira de Lei había ido creciendo y ahora se desbocó. En realidad, no estaba enfadada con Daine, pero necesitaba dirigir su furia, su confusión, contra alguien.

—¿Así que ahora soy un monstruo? Soy de carne y hueso, Daine, y no sé más que tú qué significa esto. Cuando me caí al río, vi a mis padres..., vi a mis padres hablando de matarme, como si fuera un experimento fracasado. —Se llevó la mano a su Marca de dragón—. ¡Vi cómo me marcaban como a una res!

Ahora habló Través.

—De modo que tu Marca de dragón es fal...

—¡No lo sé!

El miedo, la furia y la inseguridad habían llegado a su máximo. Durante toda su vida se había definido como una hija de Cannith, una de las más jóvenes portadoras de la Marca de los hacedores. Cuestionar su humanidad era algo tan grande, tan impensable, que le hacía difícil hacerse una idea. Su Marca de dragón era su identidad. Se revolvió en la silla para mirar a Través, y en ese momento toda su ira estalló.

Través se convulsionó, su cuerpo se agitó, después se quedó rígido y cayó de la silla.

«Dios mío... ¿qué he hecho?».

Tiró de las riendas de su caballo y saltó de la silla. Daine era mejor jinete y ya estaba arrodillado junto a Través.

—¡Través! —gritó Daine. Miró a Lei—. Está inerte. No veo ningún daño.

—Es interno —dijo.

Mientras se arrodillaba a su lado sabía ya lo que había sucedido. Mientras su ira crecía, había visto la red vital de Través en su mente, había sentido ese patrón y había arrojado toda su furia contra él. Algo así era imposible. Debería haber tenido que tocarle para causarle ese daño.

Se arrodilló junto a Través, pero no le tocó. En lugar de eso, visualizó su red vital y encontró su espíritu como había hecho en la batalla con el Hombre del Bosque. El patrón se apareció en su mente y le estremeció ver el daño que había en él.

—¿A qué estás esperando? —dijo Daine—. ¡Arréglalo!

Lei bloqueó su voz, expulsó todo el ruido y todo el caos de sus sentidos. El patrón de Través se convirtió en su mundo y empalmó roturas y tejió de nuevo las hebras. Y terminó. El mundo regresó a ella, Daine gritando, Xu'sasar y Kin observando, perplejos.

Y Través se sentó.

—¿Qué ha pasado? —dijo. Se detuvo, sin duda para escuchar su voz interior—. Me has atacado —le dijo a Lei.

—No quería hacerlo —dijo ella—. Ni siquiera sé cómo lo he hecho, Través. Hay un vínculo entre nosotros. Puedo sentirte.

—¿Cómo es posible?

Otro recuerdo destelló en la mente de Lei: la visión que había tenido al atacar por primera vez a Través, una serie de redes vitales vinculadas, sus padres comparando los patrones.

—Creo que Harmattan tenía razón. Somos familia. Creo que Fuimos creados al mismo tiempo, y que ese vínculo... Mis padres debieron hacer esto.

—Eso es una locura —dijo Daine, tendiendo el brazo y cogiéndole la mano—. Lei, lo siento. No soy bueno con las palabras. Nada de esto ha salido como quería. No eres un monstruo. Eso es todo. No eres..., no eres un Forjado. Eres humana. Esta mujer está jugando contigo, como Lakashtai hizo conmigo.

—No, Daine —dijo Lei—. Alguien está jugando conmigo, pero no es Thelania. Ya oíste a esa serpiente. Dije que nací en el útero de mi madre y me respondió que estaba equivocada. Y me enseñó la verdad.

—Te enseñó algo —dijo Daine—. ¿Cómo sabes que era la verdad?

—Lo sé —dijo Lei—. I odo cuadra. Ese sahuagin, Thaask. Harmattan. Las visiones del río. Esa vez que casi morí... Sentía mi varita sanadora, incluso mientras agonizaba. Debería haber estado inconsciente, pero algo activó la varita. Me hice volver.

—Eso no lo sabes.

Lei se miró la mano. Su meñique, arrancado por Harmattan en las junglas de Xen'drik.

—Dame tu daga —dijo.

—¿Qué?

Tendió el brazo y sacó la daga de Daine de su cinturón.

Antes de que él pudiera detenerla, se pasó el filo por la palma de la mano.

De la herida salió sangre.

—Mira —dijo Daine—. Sangre. Eres...

Una vez más, Lei expulsó las visiones y los sonidos que la rodeaban. Esa vez no era a Través a quien buscaba. Esa vez buscaba en su interior. En una ocasión, había soñado con su madre, en lo que ahora sabía que era el taller oculto de León negro. Aleisa estaba encima de ella, estudiándola y comparándola con un patrón que sostenía en la mano. Ahora Lei buscó ese patrón...

Y lo encontró.

Era distinto de cualquier red vital que hubiera visto antes. El forjado contenía materia en forma de madera y raíces, pero eran objetos inanimados que obtenían la vida por medio de la magia. Ese patrón... El cuerpo era carne y sangre, pero la maga estaba también allí, en cada vena y en cada músculo.

«¿Cómo empezó todo esto?», se preguntó. Era una niña. «Crecí en la casa. ¿Nací? ¿O me hicieron con materias primas?». Recordaba las palabras de su madre, en los últimos momentos de la visión del río: «Que mi sangre fluya a ti una vez más».

Estudió el patrón más de cerca. «¡Ahí!». Era tan pequeño que apenas podía verlo, pero allí estaba el corte en la palma de su mano. Concentrándose, trató de devolver la pureza al diseño. Reparar un daño menor como ése en Través habría sido un momento. Pero aquello era una batalla. Nunca había visto una red más rara que aquella. Pero lentamente, muy lentamente, se rehízo.

Abrió los ojos.

—... sangrando —estaba diciendo Daine.

El corte había desaparecido y sólo quedaban unas cuantas gotas de sangre para mostrar que allí había habido una herida.

—Lei —dijo Través—, ¿cómo has hecho eso?

—Todo es cierto —dijo—. No soy humana.

Las palabras parecieron vacías. Su ira se había desvanecido y lo único que sentía era cansancio. Cayó de rodillas. Las flores silvestres le rozaban el pecho.

—Me da igual. —Daine cayó al suelo a su lado y le volvió la barbilla para que le mirara—. Forjado, humana, con Marcade dragón o sin ella... Me da igual que seas un duende, Lei. No me importa qué eres. Sólo me importa quién eres. —Tenía las manos en sus hombros—. Te quiero, Lei.

Ella le besó y, en ese momento, él fue el mundo. Cuando se separaron, sintió que estaba llorando.

—No sé qué significa esto —dijo ella.

—Lo descubriremos juntos —respondió Daine.

Ella asintió, y las lágrimas recorrieron sus mejillas. Miró a Través y tendió su mano hacia lo alto. El forjado la ayudó a ponerse en pie.

—Través, no sé qué decir.

—No hay nada que decir. Daine tiene razón. Parece que todos tenemos misterios que resolver. No importa qué nos depare el futuro, estaré a tu lado.

Lei asintió, secándose las mejillas.

—Gracias, hermano —le dijo a Través.

Se volvió hacia Daine, y las palabras de la dríada volvieron a ella: «Tenes la vida. Tienes el amor, si es que dispones del coraje necesario para atraparlo».

—Esto es muy conmovedor, pero el futuro no deparará nada si nos quedamos aquí lloriqueando —dijo Kin—. Las Andas están al otro lado de la colina. Damas y caballeros, ¿creéis que podéis contener vuestras emociones hasta que hayáis salvado vuestro mundo?

Lei ignoró al guía con la mirada todavía puesta en Daine. Él estaba sonriendo, y había en sus ojos una alegría que ella no había visto nunca.

—Daine... —empezó.

—¡Chsss! —dijo, cogiéndola de la mano y llevándola a su caballo—. Habrá tiempo para nosotros más tarde. Ahora, nos espera Riedra.

Por primera vez aquel día, Lei sintió cómo desaparecían todas sus preocupaciones. Y aunque su corazón estaba jubiloso, un recuerdo emergió a la superficie y le provocó un escalofrío. Su padre, en el corazón de León negro.

«Es la cosa más peligrosa que hemos creado jamás».

¿Qué quería decir?

Xu'sasar odiaba ir a caballo.

Había visto esos animales antes. Los extranjeros que iban a su tierra a saquear solían llevar caballos como monturas o bestias de carga, y sabía por las leyendas que los caballos corrían en estado salvaje en otras partes de Xen'drik. Xu'sasar era partidaria por naturaleza de ir a pie, y cuando perseguía a exploradores la magia de los espíritus le permitía igualar la velocidad de las monturas extranjeras. Pero esos caballos mágicos de Thelanis eran otra cosa. No le sorprendió. Eran, sin duda, espíritus de la velocidad, la inspiración para las criaturas mortales que se había encontrado en el pasado, y probablemente no podría haber seguido su ritmo a pie.

Por suerte para Xu'sasar, su caballo era amistoso y receptivo. Parecía conocer el camino y la elfa oscura no tenía más que mantenerse erguida. Trató de hablarle al caballo, pero si tenía la capacidad del habla decidió no utilizarla con ella, que se quedó a solas con sus pensamientos.

En ese momento, sus pensamientos eran sombríos. No entendía la relación entre Daine, Través y Lei. Lo único que Xu'sasar sabía era que no la incluía a ella, y que ahora había un fuerte vínculo entre Lei y Daine. Aquello era todavía peor ahora que sabía que no podría unirse a Daine en su lucha contra las fuerzas de la oscuridad. Se trataba de un conflicto épico, una oportunidad para batallar contra espíritus de leyenda, y ella tendría que quedarse mirando como los demás dormían. Sola.

Mientras su caballo trotaba por la pradera, Xu'sasar echó un segundo vistazo al amuleto que le habían regalado. Era un relicario hecho de plata clara que llevaba una larga banda de piel negra. En la parte frontal, tenía un símbolo grabado que no significaba nada para ella. Al abrir el relicario se encontró un pedazo de cascarón de escorpión. Cuando se puso la tira de piel alrededor del cuello, sintió un cosquilleo. Sin duda el amuleto era un regalo de Vulkoor por vía de la reina del Ocaso. Xu'sasar llevaba poca armadura y confiaba en su velocidad y sus protecciones en los antebrazos para rechazar ataques. Si ese amuleto le daba a su piel parte de la fortaleza del cascarón del escorpión, sería toda una ventaja. Y con el Diente del Vagabundo en la mano, disponía de espada y escudo. Estaba preparada para los retos que la esperaban, aunque parecía que iban a negarle la posibilidad de luchar en la batalla

más importante de todas.

Tal vez tuviera suerte. Tal vez un ejército atacara mientras los otros dormían.

Se quedó mirando a Kin. El vidente la inquietaba. Pese a tener dientes humanos, su sonrisa le recordaba a Xu'sasar al posadero Ferric. Xu'sasar era hija del mundo natural y había algo fundamentalmente artificial en Kin. Sus rasgos eran atractivos, pero mirándole estuvo segura de que bajo esa cálida máscara había otra cara.

—Ahí está —dijo Kin—. Las Andas del Dormilón.

Habían subido a una colina. En el pequeño valle que había abajo, Xu'sasar vio un anillo de árboles alrededor de un estanque de agua inmóvil. Mientras descendían la colina, Xu'sasar advirtió la presencia de un bloque de piedra junto al estanque, las andas de las que tomaba su nombre la arboleda. Al principio, Xu'sasar pensó que había un hombre tendido sobre la piedra, pero cuando se acercó vio que la figura era una estatua tallada en mármol negro. Kin desmontó junto a los árboles, y los demás le imitaron.

Xu'sasar corrió para examinar la estatua. Era la figura de un guerrero, con una armadura de malla y una larga espada a su lado. Tenía los brazos musculosos cruzados sobre el pecho. Extrañamente, Xu'sasar se dio cuenta de que no tenía cara. Al principio pensó que no había sido esculpida, pero cuanto más miraba la estatua más le parecía que alguna fuerza estaba apartando sus ojos, que el detalle estaba allí, pero que ella no podía verlo.

—¿Quién es? —dijo.

—El Dormilón es mucho más viejo que yo —dijo Kin—. Me temo que no conozco toda la leyenda. Era un soldado de vuestro mundo que contaba con el favor de la reina. Cuando murió, se erigió el monumento para honrar su memoria y guiar a los futuros viajeros.

—¿Dónde está su espada? —dijo Daine, examinando las andas.

Sólo entonces se dio cuenta Xu'sasar de que la vaina que había a su lado estaba vacía. Por un momento pensó en sus vainas vacías y en las dagas que le había dado su madre, depositadas junto al cadáver de su padre en el Monolito de Karul'tash.

—Una buena pregunta, maestro Daine, que te responderé. Por favor, acercaos al estanque con vuestros caballos. —Kin sacó un monedero de su bolsa y procedió a esparcir un polvo de olor amargo sobre sus acompañantes y él mismo—. Ahora, Daine, si quieres tocar esa vaina...

—¿Qué? —dijo Daine—. ¿Por qué?

—Las puertas pueden adquirir muchas formas distintas, como debes haber advertido en la Luna del Cazador —dijo Kin—. La vaina es el portal.

—¿Vas a encogernos para que podamos entrar en ella? —dijo Daine.

—No —respondió Kin—. Por favor, haz lo que te digo.

Cuando Daine puso la mano sobre la vaina de piedra, Kin lanzó otro puñado de polvo al aire, sobre el agua, y de repente estaban cayendo. La tierra se alzó, lanzándoles al estanque...

Y con la misma rapidez cayeron sobre tierra seca. Estaban junto a un estanque. Los árboles habían desaparecido. Las andas habían desaparecido. Y no había sol. Se veían cuatro lunas en el cielo, junto al débil brillo del Anillo del Dragón. Habían regresado a Eberron, aunque las estrellas y el Anillo le dijeron a Xu'sasar que estaban muy lejos de la tierra en que había nacido.

—¿Era esto lo que se suponía que iba a suceder? —dijo Daine.

Los otros se volvieron para mirar. Daine tenía una vaina en la mano, y no era de piedra, sino de cuero negro. Tenía piedras de dragón moradas incrustadas y estaba rematada en plata.

—¡Fascinante! —dijo Kin—. Me pregunto qué efecto tendrá en el viaje de vuelta. No importa.

—Creía que habías dicho que cruzaríamos la vaina —dijo Lei—. Yo diría que el portal era el estanque.

—Así es —dijo Kin. Se encogió de hombros—. Parece que estamos en el lugar adecuado, y eso es lo único que me preocupa.

—¿Estamos en el lugar adecuado? —Lei señaló el cielo—. Yo nunca había visto eso antes.

Había una nueva luna en el cielo, y era una luna que Xu'sasar tampoco había visto antes. ¿O sí? Parecía difusa, indistinta, y Xu'sasar sintió que podía ver las estrellas brillando en su corazón.

—Ésa es tu luna, señora Lei —dijo Kin—. Démonos prisa antes de que llegue con toda su gloria. Montad mientras me pongo algo más apropiado para este lugar.

Tras decir eso, su cara se erizó. La oscuridad emanó de su cabello como el humo del fuego y dejó de ser dorado para tornarse negro como el carbón. Un color cobrizo cubrió su piel. Su ropa también se transformó, y el terciopelo y la seda del cortesano se convirtieron en una túnica negra con el dobladillo de plata y un velo también plateado bajo una profunda capucha.

—¿Qué clase de criatura eres? —dijo Xu'sasar.

Tenía la rueda de hueso en la mano, dispuesta a arrojarla, y las puntas sudaban veneno en respuesta a su ira. Había sabido que Kin era un tramposo. Aunque ese poder no era prueba de traición, se mantuvo dispuesta a atacar.

—¿Oh, no lo sabíais? —dijo Kin. Su voz era más profunda, más lenta. Se quitó la capucha y ahora su cara piel había adoptado un gris pálido y sus ojos eran tan blancos como los de Xu'sasar.

—¿Eres un replicante? —dijo Lei.

—Sí —respondió Kin—. Nací en la tierra que conocéis como los Confines de Eldeen. La gente de mi aldea sigue las costumbres de los druidas cantores verdes y tiene estrechos lazos con la Corte de Hadas. De niño, llamé la atención a mi señora y me llevó a Thelanis para ser su enviado. —Mientras hablaba, recuperó su aspecto riedrano—. Pero ahora soy vuestro guía. El monolito que buscamos está a unas pocas leguas al norte. Los señores de esta tierra tienen unos impresionantes poderes

sobrenaturales, y recomiendo que nos movamos de prisa.

—¿Qué hay de esto? —dijo Daine señalando con la vaina.

—Guárdala si quieres —dijo Kin—. Si no, me la quedaré yo.

—Está bien.

Daine tiró la vaina decorada con joyas al replicante y se montó en aquel caballo.

—¿Qué peligros podemos esperar? —dijo Xu'sasar.

—La gente de esta tierra prefiere no viajar —dijo Kin—. Con suerte, el único peligro al que nos enfrentaremos serán los guardianes del monolito. Si nos encontramos a alguien, dejad que hable yo. Puedo ser muy convincente cuando es necesario.

—No creo que ninguno de nosotros hable riedrano —dijo Lei.

—Te equivocas. Mi señora os ha dado conocimiento además de comida. Gracias a las aguas del Ocaso, comprendéis todas las lenguas, y todos los que os oigan hablar os entenderán. El efecto desaparecerá, pero debería bastar para la tarea que debemos cumplir, aquí y en Dal Quor. Ahora seguidme.

Xu'sasar pensó en la reina del Ocaso. No le gustaba Kin, y menos ahora que había visto su verdadera cara. Era evidente que Thelania era uno de los grandes espíritus, y había sido muy generosa con sus regalos. Pero también ella ocultaba su naturaleza tras una cara de elfa. Vulkoor era el gran escorpión, el cazador mortal que ataca sin ser visto. ¿Qué naturaleza primaria estaba ocultando Thelania?

Cabalgaron por la vasta llanura. Xu'sasar había nacido en una tupida selva y esas extensiones se hacían raras a sus ojos, tan vacías, sin siquiera las colinas o las formaciones rocosas del dominio del Cazador en Thelanis. Los campos estaban llenos de hierba, y los roedores y los insectos salían corriendo cuando los caballos se acercaban a ellos.

Daine cabalgaba junto a Lei, y ambos hablaban en voz baja. Aunque Xu'sasar todavía estaba aprendiendo las costumbres de los extranjeros, se dio cuenta de que no deseaban su compañía, así que se quedó junto a Kin y observó atentamente al replicante y el paisaje en sombras.

—¿Qué es eso? —dijo, señalando al oeste. Había una pequeña grieta en la silueta del pasto, un borde afilado que se alzaba por encima de las plantas.

—Ruinas, creo —respondió Kin—. Esta tierra tiene una larga historia de guerras, y cuando los señores actuales obtuvieron el poder, arrasaron las viejas ciudades y construyeron nuevas. Hay ruinas en toda Sarlona, normalmente lejos de las aldeas actuales.

Esa idea reconfortó un tanto a Xu'sasar. Xen'drik era una tierra de ruinas y los qaltiar utilizaban esos restos de la civilización de los gigantes a modo de refugio; se movían entre una ciudad arrasada y la siguiente. Sin duda, esas ruinas eran muy distintas de las que ella conocía. Con todo, era reconfortante saber que había refugios en la maleza, por si eran necesarios.

—Aquí está nuestro destino —dijo Kin, deteniéndose y señalando un punto. Una

lágrima negra se silueteaba contra las estrellas, en lo alto, en el horizonte. No había luces ni indicios de actividad—. De ahora en adelante, debemos andarnos con mucho cuidado.

—¿No crees que tu disfraz bastará? —dijo Daine.

—Por favor, maestro Daine —respondió Kin—, no hay que preocuparse por mis habilidades. No sospecharán de mí. Pero los riedranos temen a los extranjeros, y la mera visión de unos desconocidos les alarmará.

—Entonces, supongo que estoy en deuda con su majestad. —Daine suspiró y sacó su capa de hilo ilusorio de la bolsa. Los cambiantes dibujos negros la hacían invisible en la oscuridad de la noche—. Lei, ¿puedes hacer un manto de invisibilidad temporal?

Lei asintió.

—Tardaré un poco, pero no es difícil.

—Través, Xu, quiero que os adelantéis para explorar. Penemos que saber qué nos espera.

Lei parecía inquieta y dudó un poco antes de hablar.

—Hay otra cosa. No sé si funcionará, pero...

—¿Sí? —dijo Daine.

Lei cerró los ojos y una expresión de profunda concentración se apoderó de su cara. Durante un segundo, nada sucedió. Después, Través habló.

—Te oigo.

—¿De qué estás hablando? —dijo Daine.

Lei abrió los ojos.

—Es el vínculo que me permitió curarle y herirle antes. Puedo tocar a Través a distancia. He pensado que podría comunicarme por medio de él, y parece que así es. —Miró a Través—. Trata de responder sin hablar. —Cerró los ojos de nuevo y al cabo de un momento sonrió—. Bien.

—Recuerdo que Lakashtai hacía lo mismo —dijo Daine—. ¿Puedes ampliarlo al resto?

Lei negó con la cabeza.

—No. Sólo podemos hacerlo Través y yo.

—Está bien —dijo Daine—; nos ayudará a coordinar las acciones. Través, Xu, adelantaos. Ved lo que podáis y esperad noticias de Lei. —Miró a Xu'sasar—. ¿Comprendido?

—Sí —dijo.

Sintió una ligera punzada de vergüenza por que Daine considerara necesario decírselo. Aquélla era una situación de gran trascendencia y sabía lo importante que era que el equipo trabajara como uno solo. Ella demostraría su valor a su debido tiempo.

Fue un placer desmontar y sentir el suelo bajo sus pies una vez más.

—Abre camino —le dijo a Través—. Te sigo.

Se valió de las sombras de su sangre y se consagró a aquella reconfortante oscuridad. Sostenía el Diente del Vagabundo, todavía en forma de rueda de hueso, y por primera vez desde que había entrado en el reino del Ocaso se sintió cómoda. El enemigo estaba ante ellos. La caza había empezado.



Los gigantes de Xen'drik construían con piedra, y Xu'sasar nunca había imaginado que el metal pudiera ser trabajado en una escala tan grande. El monolito era un huevo de liso metal, unas cien veces más alto que ella. No vio guardianes en su camino, pero habían recorrido sólo una corta distancia cuando Través levantó la mano. Xu'sasar únicamente había aprendido algunas de las señales que los demás usaban, pero ésta era fácil de interpretar. «Detente».

Xu'sasar se dejó caer en la hierba. Llamó al espíritu del escorpión y se valió de la inmovilidad del cazador para esconderse de sus enemigos. Al cabo de un instante, el enemigo estaba sobre ellos.

No había señal de movimiento en las llanuras ni rastro de actividad humana. Pero en ese momento, Xu'sasar sintió una presencia. Estaban siendo observados; de eso no había ninguna duda. De niña se había aventurado en la Ciudad de las Lágrimas, aunque el Contador de Cuentos la había advertido de los fantasmas; había tenido la misma percepción de una presencia en ese lugar, una personalidad que estaba más allá de la carne y la sangre. Xu'sasar retuvo el aliento y dejó que el espíritu del escorpión la calmara, y un momento después, la presencia se había ido.

«Sigamos», dijo Través con un gesto.

Aunque Xu'sasar no había entendido todo lo que había dicho la reina del Ocaso, comprendió que Través tenía un vínculo con un espíritu menor que le aconsejaba en asuntos de magia. Lo más probable era que ese guía hubiera visto el guardián que había pasado junto a ellos.

«¡Movimiento!». Había aberturas en la base de la gran pepita de metal, amplios arcos llenos de luz pálida. Y mientras avanzaban, Xu'sasar vio la silueta de un hombre cruzando el portal. La figura sólo fue iluminada por la luz un instante, pero fue suficiente. «Varón. Espada envainada. Armadura de malla, sin escudo pero probablemente lo tenga cerca». Contempló los demás portales. «Allí». Un arquero, apenas visible, observando desde un extremo de la puerta. Tenía la cara oculta bajo un casco negro y un velo plateado.

«Quédate aquí —le indicó Través—. Observa».

A su pesar, Xu'sasar se agachó. Habría preferido acercarse más, mirar dentro del

monolito, pero entendía la táctica de Través. Alguien tenía que observar al arquero, estar preparado para atacar si la alarma sonaba o, si era necesario, huir y alertar a los demás. Así pues, esperó, contemplando las luces y visualizando la batalla que le estaba esperando.

El arquero no se movió, pero una nueva figura cruzó el arco. Vio la forma de una gran espada colgada a la espalda y un gran arco preparado para disparar, pero lo que le llamó la atención fue el inmenso tamaño de la criatura. Xu'sasar estaba acostumbrada a luchar contra gigantes, y se había enfrentado a enemigos más grandes. Con todo, ese guerrero la doblaba en estatura y pesaba varias veces más. Sus músculos delataban su temible fortaleza. E incluso desde la distancia, vio los cortos cuernos que le salían de la cabeza. «Éste es mi enemigo». Ninguna duda en su mente. Que los demás se enfrentaran a los soldados humanos. Xu'sasar vencería al gigante.

Través regresó. Su voz era apenas más alta que el viento en la hierba.

—Hay una mujer dentro que vigila la zona con su mente. Debemos eliminarla en el momento en que empiece la batalla, antes de que pueda llamar a otros poderes.

Xu'sasar chasqueó la lengua. ¡Un reto!

—Tú tienes la capacidad de acercarte sin que te vean y la de resistir las otras fuerzas que sean llamadas. Daine quiere que des un rodeo, entres en el monolito y cuando se inicie la batalla te asegures de que esa mujer es eliminada antes de que pueda actuar. ¿Estás dispuesta?

—Ya he visto los campos de la muerte —dijo Xu'sasar—. No tengo miedo y no fallaré. Pero déjame enfrentarme al gigante cuando la mujer haya caído.

Través se quedó en silencio. Xu'sasar imaginó que estaba mandando el mensaje a Lei.

—Muy bien —dijo—. Un estallido de fuego señalará el inicio del ataque. Golpea de prisa y duro. Llegaremos en cuanto podamos.

Xu'sasar puso su palma contra la de Través, carne oscura empuñada por el guante de metal.

—Luchamos como uno solo.

Se irguió y se adentró en la noche.



Tres arqueros hacían guardia en el monolito, observando las llanuras en busca de movimiento. Por muy habilidosos que fueran, eran sólo humanos, y no podrían hacer frente a Xu'sasar. Ella era un espectro del escorpión de los qaltiar. La sombra era su escudo y la noche su coto de caza. Atrajo la oscuridad hacia sí misma mientras se

deslizaba en dirección a sus enemigos. Pronto se encontró en la base del monolito, junto a una de las puertas. Una pálida luz verde se derramaba sobre el suelo. La luz no era quebrada por ningún movimiento, y Xu'sasar miró por el borde de la puerta.

El monolito era un inmenso cascarón hueco, una sola cámara, y el único rasgo destacable era un rayo de luz que se alzaba desde el suelo. No, era cristal, un pilar brillante de cientos de pies de altura. Su gigante con cuernos, con su corpachón cubierto de malla metálica y cuero negro, caminaba incansablemente por la sala. Era una criatura rara, más bestial que los gigantes a los que ella se había enfrentado. Su pálida piel azul parecía cuero, y unos largos colmillos negros le sobresalían de la boca.

Dos soldados dormían en el suelo con espadas al alcance de la mano. Un tercer soldado estaba sentado en el suelo, limpiando su espada.

Entonces, Xu'sasar vio a la mujer de morado. Tenía los ojos cerrados, las piernas cruzadas y estaba flotando algunos pies por encima del suelo. La mujer llevaba una túnica de seda decorada con intrincados dibujos plateados y un tocado de cristal violeta con unos magníficos cuernos curvos que rodeaban su cabeza. Tenía la piel pálida y el pelo oscuro, y sus rasgos le recordaron a Xu'sasar a la mujer que acompañaba a Daine en la jungla en llamas, Lakashtai, la sirviente de los demonios.

Aunque había poca cobertura en el interior de la sala, la luz verde del cristal era débil, no más fuerte que la luz de la luna. Convocando a los espíritus del escorpión y la pantera cambiante para ocultarse de su enemigo, Xu'sasar se deslizó al interior del monolito. El gigante de piel azul se volvió cuando entró, pero su mirada no la detectó.

Xu'sasar alzó el Diente del Vagabundo. La rueda de hueso no era una arma para el combate cuerpo a cuerpo y consideró las opciones que tenía. Los cuchillos gemelos eran el arma de su madre, el arma heredada, pero utilizar el Diente de esa forma le recordaba a las reliquias que había perdido para siempre, los recuerdos que nunca olvidaría. ¿La espada simple? ¿La cadena? ¿La rueda envenenada? Al final, se decidió por el largo diente, una pértiga con una afilada hoja en cada punta. En cuanto el pensamiento estuvo claramente formado en su mente, el Diente se transformó en su mano, y el hueso y el cuero adoptaron su nueva forma. El equilibrio era perfecto, y aunque tenía la apariencia del hueso, el peso del arma delataba una verdad más extraña. Xu'sasar sintió el entusiasmo de la batalla creciendo en su interior. Sostenía el diente de uno de los grandes espíritus. ¿Qué criatura mortal podía alzarse ante ese poder? Ahora era sólo cuestión de esperar el ataque. «Un estallido de fuego», había dicho Través. Se arrastró hacia donde pudiera ver las llanuras a la espera de la señal.

«¡Allí!». Un destello en la noche. Una llama llenó el monolito. No era sólo una señal, era una bola de fuego mortal, un cegador estallido de calor. La pared de llamas ardió hacia Xu'sasar, y ésta oyó los primeros gritos de los soldados.

«Tú tienes la capacidad de resistir las otras fuerzas que sean llamadas», había dicho Través. Por suerte para Xu'sasar, estaba en lo cierto. La noche y la oscuridad

estaban unidas a su alma, y esa sombra tenía la fuerza de extinguir la magia menor. Las llamas se alzaban por encima de ella, pero se desvanecían antes de tocarla. Todo el aire a su alrededor era fresco y respirable.

El fuego místico duró sólo un segundo y se desvaneció tan rápidamente como había aparecido. Xu'sasar ya estaba en movimiento con la punta de su arma contra la mujer-demonio demorado. El golpe inicial atravesó el pecho de la mujer y le alcanzó el corazón. Los ojos violetas se abrieron, llenos de estremecimiento y dolor. Xu'sasar le dio una patada en el dorso y se valió de la fuerza del golpe para liberar su arma. Antes de que nadie en la sala pudiera reaccionar, Xu'sasar saltó a un lado e hizo girar el Diente contra la mujer. Ambas hojas cortaron su cuello y atravesaron carne y músculo con facilidad. La mujer no hizo un solo sonido. Cayó y la sangre regó el suelo.

¡Ojalá hubiera tenido tiempo para saborear su triunfo! Xu'sasar se volvió y escudriñó los alrededores. Los soldados humanos estaban esparcidos por el suelo, y aunque algunos trataban todavía débilmente de hacerse con sus armas, el hedor a carne quemada y ropa carbonizada le dijo todo lo que necesitaba saber.

Pero ¿dónde estaba el gigante? La criatura con cuernos no se veía por ninguna parte.

«¡Allí!». Flotando en el aire, parpadeante, pues su ensalmo de invisibilidad estaba desvaneciéndose. Estaba preparando su gran arco para lanzar una segunda flecha. La primera rozó las costillas de Xu'sasar y ni siquiera el amuleto vidente pudo bloquear el proyectil.

El fuego recorrió las venas de la elfa oscura: excitación, no miedo. ¡Por fin un enemigo a su altura! Giró hacia un lado y la segunda flecha se clavó ante sus pies. Estaba claro que el gigante tenía la intención de cansarla y de utilizar su capacidad de volar en su favor. Pero Xu'sasar había luchado contra los trineos de fuego de los sulatar, y un simple arquero no iba a acabar con ella. Al mismo tiempo que la bestia disparaba una tercera flecha con su arco, Xu'sasar saltó y la fuerza de los espíritus en el ambiente la transportó por los aires. Su arma refulgió a la luz verde, partió el arco del gigante y arrojó pedazos de madera por toda la sala.

—¡Espíritu oscuro! —gritó la bestia, y su voz estruendosa resonó por toda la torre vacía. Y con eso, volvió a desaparecer.

Xu'sasar sintió placer. Esa bestia tenía mucho que aprender. Se apoyó en el pilar de cristal, puso su arma en posición de guardia y cerró los ojos. La oscuridad era una de las armas de los qaltiar, y todo hijo de su tribu era enseñado a luchar sin la ventaja de la visión. Sonido, olfato, incluso la presión del aire se combinaron para hacer un cuadro de los alrededores. Oyó cómo una espada se deslizaba en su vaina y cortaba el aire. Vio al enemigo en su mente, y mientras éste saltaba hacia lo que creía un enemigo desprevenido, Xu'sasar se lanzó hacia adelante y esquivó el ataque.

El gigante se apareció de nuevo cuando su espada impactó contra el pilar de cristal. Chispas y fragmentos de vidrio saltaron por los aires. Ya en movimiento,

Xu'sasar sintió entusiasmo cuando su arma atravesó cuero y piel, y se hundió en carne azul. La criatura gimió de dolor al mismo tiempo que se volvía hacia ella.

La batalla empezaba de veras.

El gigante no era un idiota, aunque tuviera la arrogancia de luchar en lugar de huir. Aprendía de cada herida y luchaba con más cuidado, valiéndose de su tamaño y envergadura para mantenerla a raya. Su fuerza era formidable. Un golpe franco con la espada sería devastador, y él lo sabía. Y lo que era peor, sus heridas se estaban curando. Mientras giraban formando círculos, Xu'sasar vio que los cortes de su espalda habían desaparecido. La piel que había bajo la armadura estaba intacta.

Xu'sasar sintió los primeros atisbos de miedo. No tenía miedo de morir. Pero ¿ser la última de los qaltiar y morir a manos de un gigante sin herir a su enemigo? Aquello sería una deshonra. Sin duda, tenía que haber una debilidad que podría explotar. Mientras bailaba alejándose de la espada del gigante, se dio cuenta de que tenía la cara quemada, que se había recuperado del ataque de su arma, pero no del fuego.

Entonces, llegó Través.

El forjado giró y la cadena en movimiento cantó en el aire con la bola dorada refulgente de luz, casi tan brillante como el sol. El gigante volvió la cara hacia su nuevo enemigo; parecía que Xu'sasar no mereciera su atención por haber sido incapaz de haberle infligido ninguna herida real.

Fue un error fatal. Con un pensamiento, Xu'sasar alteró la forma de su arma. La dura empuñadura de la pértiga se dividió en un centenar de eslabones de cadena. Con un rápido movimiento, atrapó la pierna del gigante con una espiral de hueso afilado. Pese a toda su fortaleza, la criatura no estaba preparada para el ataque y cayó al suelo. Cuando empezaba a levantarse, el mayal de Través impactó en su cara. El hueso se partió bajo la bola de oro, pero la fuerza física fue sólo parte del golpe. El brillo del mayal era resultado de un terrible calor, y el ataque partió la carne tras rasgar la piel. Dos golpes más y el gigante cayó inmóvil.

—Mis disculpas —dijo Través—. Sé que querías enfrentarte a éste, pero...

—La manada es más fuerte que el que caza solo —respondió Xu'sasar. Mientras hablaba, devolvió al Diente del Vagabundo la forma de rueda de hueso—. Gracias por tu ayuda.

Los otros llegaron al momento. Daine miró los cadáveres quemados y negó con la cabeza.

—Una mala forma de morir —dijo.

—Te aseguro que no habría sido imposible razonar con ellos —comentó Kin. Bajó la mirada hacia la mujer de violeta—. Tenemos suerte. Era sólo un recipiente en formación, no la anfitriona de uno de nuestros verdaderos enemigos. —Kin puso la mano en el pilar de cristal y cerró los ojos—. Sí, eso haremos —dijo—. Lo único que tenemos que hacer es dormir.

—Pero no estoy cansado —se quejó Daine.

—Mira en la bolsa que te dio mi señora —respondió Kin—. La botellita de fluido

verde es una poderosa pócima para dormir. Bébetela. Través, Lei..., dependeréis de la compañera de Través para que os dé entrada en el sueño de Daine.

—Sí —dijo Través—. Dice que pongáis la mano sobre mi pecho.

Xu'sasar se acercó a Daine, que estaba buscando en el interior de la bolsa.

—Lamento no poder acompañarte en tu viaje —dijo.

—Ya has hecho tu parte, Xu —dijo Daine sin levantar la mirada—. Y la has hecho muy bien. Sólo Áureon sabe lo que esa mujer podría haber hecho si no la hubieras abatido.

—Cualquiera de vosotros habría hecho lo mismo.

—Es cierto —dijo, alzando la mirada—. Pero ninguno de nosotros hubiera podido. Me alegro de que estés aquí, Xu. Es bueno saber que alguien cuidará de nosotros mientras dormimos.

Xu'sasar cerró los ojos, inclinó la cabeza y le dejó seguir con su trabajo. Lei sacó mantas de su mochila mágica, y Daine y ella no tardaron en estar tendidos en el suelo, con Través entre ellos. Lei puso una mano sobre el pecho del forjado y, por un momento, se quedó rígida. Después se relajó.

—Cuando estés listo, capitán —dijo Través.

Xu'sasar se arrodilló junto a Daine mientras éste se bebía la poción. Sus ojos perdieron el enfoque y sus párpados se pusieron a revolotear.

—Vuelve —dijo Xu'sasar, poniendo la palma de su mano en la de Daine—. No me dejes sola.

Daine le sonrió.

Y se quedó dormido.



—Quizá podrías presentarme a mis nuevos huéspedes, maestro Daine. No me gustan las sorpresas en mi casa.

Daine estaba mareado, desorientado. El mundo era un borrón de colores y ruidos, conversaciones y risas. Y la voz de la mujer le resultaba terriblemente familiar.

Alina Lorridan Lyrris.

De repente, todo cuanto le rodeaba cobró una forma nítida. La sala de Alina en Metrol, las paredes de cristal tintado, bailarines danzando al ritmo de una música espectral. La mujer gnomo estaba ante él, mirándole a la cara. En la tela de su túnica había tejidas ilusiones para que pareciera hecha de cristal tintado. Tenía gemas incrustadas en el pelo dorado pálido. De apenas tres pies de altura, tenía con todo el carisma de una reina; una presencia más fuerte, de hecho, que la de la reina de Cyre, a la que Daine había visto cerca del fin de la guerra. Y allí, a su lado, estaba Jode, vestido de gala con un jubón rojo y marrón. Su Marca de dragón se veía inusualmente vivida, e incluso más azul que los paneles de cristal de las ventanas.

—Disculpas, señora Lyrris. —Otra voz, igualmente familiar—. Permíteme presentarte a la señora Lei d’Cannith y su guardaespaldas, Través. Yo soy Jode, médico personal de la señora Lei. Nunca fue nuestra intención aprovecharnos indebidamente de tu hospitalidad. Mi señora tiene asuntos que solventar rápidamente con tu sirviente Daine, y en cuanto terminemos nos marcharemos.

—Qué intrigante —dijo Alina, alzando una ceja perfecta—. Espero un informe completo esta noche, Daine..., después de nuestros asuntos que solventar, por supuesto.

Su sonrisa era fría y depredadora, y se marchó sin pronunciar otra palabra.

—Siempre me he preguntado —dijo Jode— si te encogió o aumentó...

—Déjalo —dijo Daine.

—¿Jode? —dijo Lei con una nota de asombro en su voz.

Través y Lei estaban justo detrás de Daine, y tenían el mismo aspecto que en el monolito riedrano. Través sostenía su mayal dorado y todavía tenía manchas de sangre de ogro en la armadura.

—Ése soy yo —dijo Jode con una brillante sonrisa que estaría siempre grabada en

la memoria de Daine.

Esquivó a Daine y Lei se arrodilló para abrazarle.

—Esto es un sueño. Tú no... —Sus palabras se apagaron cuando le miró a los ojos—. ¿Eres tú de verdad? ¿Cómo es posible?

—¿No te ha dicho nada Daine? —dijo Jode—. ¿La botella azul?

—Sí —dijo Lei—. La esencia de tu Marca de dragón. —Sus ojos se volvieron distantes—. Cuando traté de tocar tu espíritu, no había nada. ¿Estás diciendo que unieron tu alma a la Marca de dragón? ¿Y que Daine se la bebió?

—Más o menos —dijo Jode—. Las cosas fueron muy vagas antes de eso, pero cuando Daine se bebió la poción... Es difícil de explicar. Volvía a estar vivo. Y sentía a Daine. Creo que nuestras almas se han fusionado. —Miró a Daine—. ¿Te pasa algo en la espalda?

—Algo, sí —dijo Daine.

Miró la sala. Era la misma que se le había aparecido en el sueño de Thelanis, y sin embargo, había en ella una diferencia fundamental. Todo era más puro, más preciso. Pero además de eso, él se sentía totalmente alerta. La mayor parte de las veces, contemplaba sus sueños desde la distancia, el mundo y la gente cambiaban a su alrededor, pero ahora... Todo parecía más real que el mundo que había dejado atrás.

Jode levantó la mirada hacia Través.

—Aunque estoy entusiasmado con esta pequeña reunión, el hecho de que estéis aquí indica que algo raro está pasando —dijo Jode—. ¿Podrías contármelo?

Lei fue la primera en responder.

—Parece que los nativos de este lugar... —Se detuvo, contemplando la fiesta—. Bueno, no de aquí, sino de este plano...

—Comprendo —dijo Jode—. Llevo aquí más tiempo que vosotros. Créeme, veréis las diferencias.



—Parece que los nativos de este lugar se están preparando para invadir Eberon. Sin querer, les dimos la llave que necesitaban para restaurar el paso entre los dos planos. Ahora debemos destruirlo, y parece que el tiempo importa. —Lei miró la fiesta—. Nos han dicho que nos esperaba un guía, pero no sabemos quién.

Jode se aclaró la garganta.

—¿Qué? —dijo Daine—. ¿Tú eres nuestro guía? Pero has dicho que apenas estabas consciente antes de que yo... te bebiera.

—Me sorprendes —dijo Jode—. ¿Acaso no me ha gustado siempre examinar las

cosas por mí mismo? Y por lo que respecta al tiempo, veréis que no es como lo conocéis. Hace más de tres meses desde nuestra primera conversación en sueños, Daine, y he hecho algunos amigos en el linde. Tu historia explica muchas cosas. Han corrido muchos rumores sobre la actividad en el núcleo. Muchos.

—¿Has estado en el centro de este reino? —dijo Través con una nota de sorpresa en su voz, normalmente inalterable.

—No, no —dijo Jode—, pero he hablado con algunos que sí. Arquetipos, sobre todo, ideas que obtienen fuerza de múltiples sueños. Como cuando sueñas que deberías estar haciendo la Prueba de Siberys y, de repente, te das cuenta de que vas desnudo. He conocido el temor que genera eso. Crispado, algo avergonzado, pero es un mal tipo.

—¡Eh, Daine!

Era otra voz que no había oído durante años, la voz de un hombre al que había matado. Morim d'Deneith, otro de los guardianes de Alina. A diferencia de Daine, a Morim le gustaba su trabajo. Una cruel sonrisa dividía su cara, y tenía manchas de sangre en el cuero de sus guantes.

—Uno de los invitados ha tenido un accidente en el vestíbulo. La señora Lyrris quiere que lo limpies.

—En un momento —dijo Daine. La aparición repentina del hombre muerto fue un sobresalto y le trajo recuerdos que había tratado de olvidar—. Ahora mismo estoy ocupado.

—Puedes volver cuando hayas terminado —dijo Morim, cogiendo a Daine por el brazo. Era un hombre corpulento y fuerte, y su mano parecía un grillete en su muñeca.

—Déjame, Morim —dijo Daine, puso la mano sobre la del guardián, pero éste se limitó a sonreír.

—¿Estás diciendo que tienes otras cosas que hacer? ¿Algo más importante que las órdenes de Lyrris?

—Eso es —dijo Daine.

—¡Qué pena!

Todo pasó a cámara lenta. Morim levantó la mano para golpear a Daine en la cara, pero en el lugar de su puño había una larga hoja de energía. Cuando ese punzón se acercó a los ojos de Daine, éste se agachó y utilizó el impulso para retorcer la muñeca de Morim y derribarle al suelo. Por un momento, Morim quedó suspendido en el aire, atrapado por el extraño flujo del tiempo. En cuanto su mano soltó la muñeca de Daine, todo se aceleró. Morim cayó al suelo, y Daine se alejó de él dando un traspié.

Morim se puso en pie, pero ya no era Morim. Ambas manos eran ahora hojas curvas brillantes. Su carne y su ropa explotaron y dejaron a la vista una armadura del rojo cascarón de algún insecto o crustáceo monstruoso. Tenía la cabeza más ancha, más plana, y un ejército de ojos ardientes bajo la piel.

«Eres un tipo interesante, viajero». La proyección telepática todavía tenía rasgos de la voz de Morim, pero estaban sofocados por una malevolente presencia ajena, gruesa y fría, corriendo por su mente. «Más despierto de lo que deberías. Déjame ver qué pasa cuando mueres».

Daine desenvainó la daga y la espada, y se puso en guardia. Después parpadeó. La daga que tenía en la mano izquierda no era su daga. En lugar de ser negro adamantino era de simple metal. Era algo trivial, sin consecuencias en el contexto. Pero fue una distracción, y eso era todo lo que la criatura necesitaba. El horror se liberó de los restos de la carne de Morim y atacó con ambas hojas.

Y corrió hacia Través y Lei.

El bastón de maderascura estaba en las manos de Lei. Tenía la punta cubierta de terribles espinas. El mayal de Través terminaba en una verdadera bola de fuego, un orbe ardiente que impactó contra el hombro cubierto por la armadura. Daine recuperó el equilibrio y hundió la punta de su arma en uno de los ojos azules de la criatura. Un aullido de dolor resonó en su mente, y la criatura desapareció.

Daine se volvió hacia Jode.

—Bueno, guía, ¿qué era eso, en nombre de Áureon? ¿Y por qué no hacen nada?

Los invitados de la fiesta seguían bailando y bebiendo, ajenos a la masa de carne que había en el suelo.

—Ya te he dicho que la gente de aquí es fácil de reconocer —dijo Jode—. Ese era uno de los más débiles. Esos otros, Alina..., son sólo productos de tu memoria. —Toqueteó los restos de Morim con la punta del pie—. Este espíritu tardará un poco en recuperarse, pero sugiero que nos pongamos en marcha. Dame la mano.

Sus dedos se tocaron, y Daine se tambaleó. Un torrente de sensaciones recorrió su mente, recuerdos e imágenes, como cuando había tocado a Jode en el primer sueño que habían compartido. Una vez más, sintió el mundo que le rodeaba, y comprendió que no era un mundo, sólo una burbuja vagando en una vasta oscuridad.

—¡Daine! —gritó Lei.

—Suéltate —dijo Jode—. No trates de verlo todo. Concéntrate en mí. Sígueme.

El caos se desvaneció. Todo cuanto le rodeaba tomó una nueva forma. Jode tiró de la mano de Daine hacia las interioridades de la gran sala.

—Ven —dijo Jode—. Dime adonde tenemos que ir.

—Eidolon... dracónico —dijo Daine, todavía sin aliento.

—Se cree que es una región formada por los sueños de los dragones muertos —explicó Lei—. Un santuario para sus espíritus.

—¡Oh, sí! Creo que encontraremos el camino —dijo Jode. Daine se rió y Jode levantó la mirada hacia él—. ¿Qué es tan divertido?

—Tú —dijo Daine—. Te dejo solo un día y ya sabes cómo llegar a todas partes.

—Ya te lo he dicho, ha sido mucho más de un día para mí. Y ese santuario que estáis buscando... es una de esas cosas de las que habla la gente de aquí. Estamos en el linde de Dal Quor, donde la realidad cobra forma a partir de los sueños de los

mortales. Los espíritus quori utilizan este reino como coto de caza, asaltan a los soñadores y los viajeros como yo. Este reino dragón, bueno, es uno de los pocos lugares en el linde al que los quori tienen miedo de ir. Naturalmente, nadie que va allí regresa, de modo que no es un destino popular.

Su entorno estaba cambiando, primero sutilmente. Los bailarines se ralentizaron y el color de las ventanas de cristal empalideció. Cuando Jode terminó de hablar, Daine vio que la gente que les rodeaba ya no eran de carne y hueso. Eran estatuas, y el suelo de paneles estaba cubierto de cálida arena.

—¿Qué está pasando? —dijo.

—Nos estamos moviendo —dijo Jode—, dejando atrás tus recuerdos y buscando otro sueño. Y permíteme que te diga que es mucho más fácil contigo aquí. Habría tardado horas en llegar solo.

—Dos almas en un cuerpo —susurró Lei.

—Eso creo —dijo Jode—. Es como te he dicho. Nuestros espíritus se han fusionado. Francamente, no sé cuál es nuestro potencial, pero tocándote siento el poder que hay en nuestro interior. Qué suerte que te bebieras la poción, ¿eh?

—No... —dijo Daine—. No, no fue suerte. Ella me dijo que lo hiciera.

—¿Quién?

—La esfinge. Llamaviento. «Te pedirán que entregues a tu mejor amigo». Cuando Harmattan se enfrentó a mí, recordé esas palabras.

—Interesante —dijo Jode—. Y fue Llamaviento quien me llevó a Olalia... y a mi muerte. ¿Estaba prediciendo nuestro futuro o creándolo?

—¿Hay alguna diferencia? —dijo Lei.

Las murallas de Metrol desaparecieron y fueron sustituidas por un desierto infinito. Pilares de piedra se erigieron a su alrededor, erosionados por el viento y la arena hasta adoptar formas que recordaban vagamente a las de los invitados a la fiesta que habían dejado atrás.

Las palabras de la criatura Morim regresaron a la mente de Daine.

—¿Qué pasa si morimos aquí?

Jode se encogió de hombros.

—Eh, yo ya estoy muerto, ¿lo recuerdas? Normalmente, te despertarías, creo. Pero ahora... hay algo distinto en tu caso. En el caso de todos vosotros. He conocido a unos cuantos soñadores, y vosotros sois más reales que ellos. Más parecidos a los arquetipos. Creo que de alguna forma estáis aquí. Y si es así, morir es una mala idea.

—Shira está de acuerdo —dijo Través—. La muerte sería una experiencia traumática. Aunque sobreviviéramos, podríamos quedar en coma, espíritus heridos atrapados en nuestros cuerpos.

—¡Ah, sí!, Shira. —Junto a todo lo demás que estaba sucediendo, el espíritu amigo de Través se había deslizado a su mente—. ¿Estás seguro de ella, Través? Por lo que dijo Thelania, ¿no hemos llevado al dragón hasta el tesoro?

—Creo en ella, capitán —dijo Través—. Éste no es su hogar y ésta no es su gente. Esa criatura del salón le ha horrorizado tanto como a ti.

—Si tú lo dices.

Daine frunció el entrecejo. El desierto terminaba abruptamente y al otro lado de la arena no había más que estrellas.

—¿Jode?

—No te preocupes —dijo Jode, alegremente—. Sólo es el fin del mundo.

Tenían ante ellos un gran abismo. Si había algo al otro lado, Daine no alcanzaba a verlo.

—¿Y ahora adonde vamos? —dijo.

Jode le soltó la mano y señaló el cielo. Daine siguió el gesto y se quedó sin aliento, asombrado. Sobre ellos flotaba una piedra de dragón, un cristal dorado que ardía con una luz interior. Era más grande que cualquier otra piedra que Daine hubiera visto jamás, larga como un carro, y era sólo la primera y más pequeña de una larga cadena. Un cinturón de piedras de dragón doradas se alzaba hacia el suelo y se curvaba en el horizonte.

—El Anillo de Siberys —dijo Lei con la voz tomada por el asombro.

Jode sonrió.

—Bienvenidos al santuario de los dragones.

El Anillo de Siberys. El cinturón dorado que se extendía por los cielos. De acuerdo con la leyenda, eran los restos de un gran dragón asesinado en el amanecer de los tiempos. Algunas historias decían que los primeros dragones estaban hechos de la sangre de Siberys, o que el Anillo era la fuente original de toda la energía mágica. La mayor parte de los sabios de la casa Cannith desdeñaban esos mitos, pero era innegable el poder mágico que había en el interior de las piedras de dragón doradas que caían del Anillo. Y las piedras de ese tamaño... ¡Las maravillas que podrían ser forjadas con ellas!

«¡Es sólo un sueño!». Lei apartó la mirada de la luz y se sintió estúpida. Nada allí era real. Era alguien imaginando el Anillo, nada más.

Las preocupaciones de Daine eran más prácticas.

—¿Dónde están los dragones? —dijo.

—Yo no te he prometido dragones —respondió Jode—. Lo que hay aquí son los sueños de dragones y dragones muertos hace mucho tiempo. No sé qué forma tendrá ese eidolon que dices. Sea la que sea, está aquí arriba. En el Anillo.

—¿Subimos?

—A menos que tengas una mejor idea —dijo Jode—. Si fueras un dragón, podrías volar.

—Pero no soy un dragón.

—Yo tal vez sí —dijo Lei.

—¿Qué? —preguntó Daine, mirándola.

—Nunca he intentado algo tan grande, pero creo que puedo transformarme en un dragón. —La mente de Lei se arremolinaba, calculando parámetros místicos y recuperando fórmulas medio olvidadas—. El cambio no duraría mucho tiempo. Pero podría volar y llevaros a vosotros.

—¿Hay riesgos? —dijo Daine.

—Riesgos. —Lei hizo una mueca—. Es difícil de saber. Pendré que canalizar una tremenda cantidad de energía mágica, y si pierdo el control de las fuerzas, podría acabar atrapada en el cuerpo de un lagarto. O mis órganos podrían explotar en mi interior, o algo igualmente espectacular y mortal.

Daine miró a Jode.

—¿Y?

—No me lo preguntes a mí —dijo Jode—. Es su cuerpo.

—Puedo hacerlo —dijo Lei—. Sé que es peligroso, pero puedo hacerlo.

Pese a ser una locura, algo en ello la atraía: la idea de extender las alas, alzar el vuelo, abandonar ese cuerpo cada vez más raro, aunque fuera sólo por un rato.

—La fe es importante —dijo Jode—. Estamos caminando en sueños. Si estás segura de ti misma, creo que vale la pena arriesgarse. Daine, siéntate a mi lado y dame la mano. Tenemos que visionar su éxito, darle nuestra fuerza a Lei.

—¿Qué hago yo? —dijo Través.

—Vigilar —respondió Jode—. Los quori podrían estar mirándonos. Abre bien los ojos y busca señales de un ataque.

—Piensa cosas buenas —susurró Daine, sin esforzarse por ocultar lo que pensaba sobre aquello. De todos modos, se sentó junto a Jode, le dio la mano y cerró los ojos.

Quizá fuera sólo la imaginación de Lei, pero de repente se sintió más tranquila, más fuerte. Cerró los ojos y se puso a construir el patrón.

La magia del artificio no podía tejerse directamente en la carne y la sangre, y un artificiero tenía que hacerlo en objetos inanimados. Lei, por lo común, utilizaba para ello su armadura, su viejo jubón verde y dorado. Era una reliquia de la familia, y se decía que era obra de uno de los más grandes artificieros de la casa Cannith. En los ribetes dorados había una reserva de energía mágica, y Lei podía valerse de ella para sus ensalmos más difíciles.

O eso había creído siempre.

Mientras Lei buscaba los patrones místicos que definían el chaleco, un estremecimiento la sacudió. Había trabajado con ilusiones en el pasado, y aquélla fue la misma sensación que ver cómo se desvanecía una ilusión y se revelaba una rara realidad. Su imagen mental del chaleco se desvaneció, y Lei se dio cuenta de que estaba trabajando con su propio patrón, la red vital que había descubierto en su interior. «El chaleco nunca ha tenido ningún poder. La energía que yo convocaba está en mí».

No tenía sentido. La carne y la sangre naturales no podían repararse con la magia del artificiero, pero ella había resultado ser una excepción a esa regla.

«¿Qué soy?».

No había tiempo para dudas. Las energías que estaba uniendo se habían acumulado hasta un punto crítico, y si dejaba que su mente vagara, sólo los Soberanos sabían qué sería de ella. Dejando a un lado sus miedos y dudas, se centró en las hebras de poder místico y convirtió los filamentos divergentes en un patrón coherente. Finalmente, con cuidado, colocó ese patrón sobre el suyo.

Una explosión de luz y calor recorrió sus músculos. «¡Estaba creciendo!». Su armadura de cuero se fusionó con su piel y se transformó en una serie de inmensas y herrumbrosas escamas. Le surgieron unas aletas de piel cuando sus brazos se

transformaron en poderosas alas, y sintió cómo una gran cola se extendía tras ella, preparada para derribar a los enemigos. Por un momento, se sintió desconcertada por la presencia de pequeños mamíferos y el hombrecito de metal. El instinto le exigía que tomara el vuelo y atacara a esas criaturas impertinentes con dientes y garras. Después, la niebla se levantó de sus pensamientos y recordó quién era y dónde estaba. Lei. El dragón.

—¿Eso es un dragón? —Era la voz de Daine, aunque parecía pequeña y débil a sus nuevos oídos—. Creía que tenían cuatro patas.

—Esta criatura es un draco —dijo Través—. Además de las extremidades delanteras, carece del aliento mortal y el poder mágico de esas criaturas muchas veces llamadas verdaderos dragones, y compensa esas carencias con un aguijón venenoso en la cola. A pesar de las diferencias, es una forma de dragón.

—Yo...

La primera palabra de Lei se le atravesó en la garganta. Su voz era un terrible trueno, y su lengua no estaba hecha para hablar la lengua común. Lo intentó de nuevo, tratando de formar palabras con una garganta configurada para rugir.

—Yo nunca... visto... un dragón. Lo mejor que he podido. —Tendió las alas y sintió excitación cuando tomó el vuelo. Al recordar la tarea que la esperaba, bajó la cabeza hasta el suelo—. ¡Subid!

—¿Vamos a volar por encima de eso? —dijo Daine, que miró el abismo sin fondo—. ¡Qué gran idea!

—¡Confianza! —dijo Jode al mismo tiempo que ascendía por el cuello de Lei. Una pequeña elevación corría a lo largo de su espina dorsal y se cogió con ambas manos a un punto saliente a la vez que apretaba sus pies contra las escamas—. Estás soñando. Cree, y puedes lograrlo.

Lei conocía a Daine, conocía la amargura que llevaba en su interior y esperaba que respondiera con una burla. La destrucción de Cyre había sido dura para todos, pero Daine era el que había sufrido más. Lei había perdido a familiares, pero la nación significaba poco para ella, y Través valoraba mucho más a sus compañeros que a la idea abstracta de nación. Cyre importaba a Daine, y se había sentido perseguido por una sensación de pérdida y fracaso, la incapacidad de proteger a los soldados que tenía bajo su responsabilidad y de defender la nación. Y entonces, empezaron las pesadillas.

Cuando Lei le conoció, Daine era valiente y confiado. Creía en su país. Creía en su talento. Hasta creía en la Llama de plata. Durante el tiempo que había pasado en Thelanis, Lei había visto cómo una parte de esa confianza regresaba. Era como si algo se hubiera abierto en su interior para liberar un espíritu que había estado mucho tiempo atrapado. Se reía, y en lugar de ser sardónico, parecía complacido.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué tenemos que perder?

Con una nueva luz en los ojos, se sentó entre sus alas, y Lei sintió una alegría renovada.

Alentada por la emoción, Lei emprendió el vuelo. Volar era para ella una segunda naturaleza. El conocimiento se hallaba en su cuerpo, en los instintos que había justo por debajo de su mente. La sensación del viento contra sus escamas la emocionó y, por un momento, se olvidó de la gente que tenía encaramada a su espalda. Sentía sobre ella una tuerza, un faro que llamaba a la sangre de dragón que llevaba en su interior. Se alzó por encima del Anillo de Siberys regodeándose en la irradiación de las piedras. Sólo entonces recordó a sus pasajeros, y suavizó el ángulo de ascenso.

—¿Adonde vamos? —gritó Daine. Su voz apenas era audible a causa del viento.

Lei no trató de responder. En realidad, no lo sabía. La llamada era imposible de reprimir.

Lo vio. El pedazo de piedra más grande, del tamaño de un castillo. Con un agujero en un lado, la boca de una inmensa caverna. Lei se introdujo en el túnel. Las paredes de cristal latían con una débil luz, pero una chispa brillaba más adelante, una llama en el corazón de la piedra.

Y sí, era una llama. Finalmente, se introdujo en una gran sala de centenares de pies de ancho. Una gran garra de dragón se alzaba en el centro, uñas curvas levantándose hacia el cielo. El fuego salía de las garras, un pilar que parecía atraer el calor en lugar de emitirlo. En las paredes había luces más pequeñas, centenares de chispas. Pero la gran columna era la fuerza que la había llamado, de eso Lei no tenía ninguna duda.

Lei se posó en el suelo de la caverna y plegó las alas. En el momento en que sus extremidades tocaron el suelo, las chispas de las paredes se convirtieron en llamas. El fuego central cambió de color y adoptó un blanco plateado intenso, y un poderoso olor de lluvia reciente llenó el espacio. Las llamas formaron la cabeza de un inmenso dragón, un poderoso wyrm con dos cuernos curvados en la frente y unas largas y puntiagudas orejas. Un risco que rodeaba su barbilla daba la impresión de que era barbado.

—¿Quién se halla entre nosotros? —dijo, y la sala retumbó con el sonido—. ¡No sois hijos de Siberys!

—No —gritó Daine, descendiendo del lomo de Lei—. Venimos en busca de conocimiento.

El dragón plateado ardiente bajó la mirada y pareció percatarse, entonces, de la presencia de Daine.

—Que el simulador abandone su falsa forma y después consideraremos vuestra petición.

A regañadientes, Lei alzó el patrón en su mente y disolvió el ensalmo. Sus músculos ardieron cuando se encogió hasta su forma original y sus escamas se convirtieron de nuevo en ropa y armadura. Un instante después, estaba con las manos y las rodillas en el suelo. Físicamente se sentía bien, pero percibía un gran vacío en su interior. Hacer acopio de toda esa energía la había cansado más de lo que esperaba.

El fuego central adoptó un intenso color azul zafiro, y su forma se revolvió y

cambió. El nuevo dragón tenía los ojos grandes y hundidos y un solo cuerno en el centro de su cabeza.

—Interesante —dijo como un trueno, mirándolos—. Un viajero, y del todo infrecuente. ¿Qué buscáis para atreveros a perturbar nuestro descanso?

Un mes antes, Daine se habría vuelto hacia Lei. Un años antes, Jode habría sido la voz del grupo. Ahora, Lei vio en Daine la fortaleza que no había visto en mucho tiempo. Fue el capitán Daine quien se adelantó y alzó la mirada hacia el fuego.

—La Oscuridad onírica está reuniendo su poder en el corazón de Dal Quor. El equilibrio entre los planos está cambiando. Hemos sido enviados a este lugar por alguien que cree que podrías guiarnos en la batalla que nos espera.

—¿Y con qué fin lucháis?

—Para proteger nuestro mundo, el mundo en el que tú naciste, de las fuerzas de la pesadilla.

La llama retembló a través de un espectro de colores y la forma parpadeó como verdadero fuego antes de convertirse una vez más en el gran dragón azul.

—Eres valiente, viajero. Y dices la verdad. Un ejército de pesadillas se reúne en el corazón de Dal Quor, y a cada momento que pasa los planos se acercan al alineamiento vital. Pero todo gira sobre una pieza: la luna de cristal, que es custodiada en la Torre de Mil Dientes.

—¿Qué debemos hacer?

—Debéis encontrar un camino a la torre que no os lleve al ejército de horrores reunido en las llanuras. Y debéis encontrarla llave para destruir la luna de cristal, para restaurar el desequilibrio de antaño. Se halla en un lugar doloroso, un recuerdo olvidado, una batalla que has librado cien veces. Es un camino peligroso, pero el único que lleva al lugar al que debéis ir.

Daine pensó en lo que decía y asintió.

—Muy bien. Gracias por tu sabiduría, gran eidolon.

—Nuestros asuntos no han concluido —dijo el dragón en llamas. Su voz cambió y, con ella, su color y su forma. Dragones de cobre y bronce, rojo fiero y torvo verde.

Lei vislumbró una gran calavera de dragón formada con fuego, blanca como el hueso, justo antes de que la llama adoptara un color tan negro como la sombra.

—El camino ha sido preparado. Coged vuestro regalo y recorred el mundo una vez más.

Las relucientes fauces del dragón se abrieron y espiró. Una columna de llamas en forma de prisma engulló a Daine, y su grito resonó por toda la sala.

Través cruzó la caverna corriendo para sacar a Daine de las llamas. Pese a su velocidad, no llegó a tiempo. El fuego brillante se apagó y, al hacerlo, también lo hizo la sala en la que se hallaba. Las paredes de cristal se disolvieron como arena al viento y cuando Través llegó a la figura caída de Daine volvían a estar en el desierto y el Anillo de Siberys no se veía por ninguna parte.

Lei y Jode se arrodillaron junto a Daine. Jode extendió las manos para transmitirle a Daine su tacto sanador. Tocó al capitán y después se detuvo, confundido.

Daine estaba ileso. A pesar del grito y la furia de las llamas, no tenía quemaduras ni ninguna otra herida. Shira confirmó rápidamente lo que veían sus ojos y, casi inmediatamente después, Daine se estiró y se recostó en un brazo.

—Gracias por el regalo —gruñó. Negó con la cabeza, parpadeando—. La próxima vez, me basta con el consejo.

—¡Daine! —Lei se tiró al suelo y le envolvió con sus brazos—. ¿Estás herido?

—Creo que no —dijo. Su voz se hizo más fuerte con cada palabra—. El dolor... agonizante, pero ahora... —Lentamente se puso en pie, y la sorpresa se apoderó de su voz—. Me encuentro... bien. Mejor que antes.

«Se ha producido una infusión de energía espiritual —informó Shira a Través—. En este momento, soy incapaz de determinar la naturaleza precisa de este fenómeno, ni qué efectos tendrá».

Jode cogió a Daine de la mano.

—Sí —dijo—. Eres más fuerte que antes. Parece que los dragones sí te han hecho un regalo.

Daine bajó la mirada hacia Jode.

—Has dicho que teníamos poder. ¿Qué clase de poder? Si vamos a ir a la guerra, tengo que saber de qué recursos disponemos.

—No lo sé exactamente —dijo Jode—. Nuestra fuerza procede de nuestra unidad, y yo he estado aquí solo. Pero si estamos juntos, unidos, podrías vencer las limitaciones del mundo físico. En Dal Quor cualquiera puede hacerlo en cierto grado. Éste es un mundo definido por la imaginación. Pero tenemos la fuerza de dos. —Miró

a Daine con una expresión apreciativa—. Y ahora, quizá, más. Lo más importante es creer. Eres tan rápido y tan fuerte como imagines. Me temo que te será difícil deshacerte de la idea de tus limitaciones. Pero inténtalo. Te sorprenderá lo que puedes hacer.

—¿Y qué hay de esto? —Daine desenvainó su daga, una arma de vulgar hierro—. ¿Por qué Través tiene un mayal de oro, y yo sólo tengo esta cosa vieja?

—Hemos llegado a un sueño surgido de tus recuerdos. Tienes la armadura y las armas de que disponías en ese momento.

Era cierto. Daine llevaba una camisa de vulgar malla y una capa gris sostenido con un broche con el sello de la quimera de la casa Deneith.

—Concéntrate —dijo Jode—. Recuerda el momento en que te fuiste de Eberon. ¿Qué llevabas, qué portabas contigo?

Daine cerró los ojos, y su armadura cambió. Al cabo de un momento, llevaba los regalos que le había hecho la reina del Ocaso y la daga que tenía en la mano era de adamantino de Cannith. Abrió los ojos y negó con la cabeza, asombrado.

—¿Hasta dónde puede llegar esto?

Cerró los ojos de nuevo, pero esa vez Daine no pudo advertir ningún cambio.

—Es fácil recuperar tus recuerdos —dijo Jode—. Tal vez sea posible crear algo nuevo, pero todavía no he sido capaz de hacerlo y he estado aquí más tiempo que tú.

Daine abrió los ojos.

—Esto deberá bastar, entonces. —Miró el desierto que les rodeaba—. Veo que volvemos a estar donde hemos empezado. ¿Adonde vamos ahora?

—El dragón nos ha hablado de un camino —dijo Través—. Un lugar de dolor, de recuerdos olvidados, una batalla que tienes que librar cien veces.

—¿Qué batalla hemos librado cien veces? —dijo Lei—. Nos pasamos ese verano luchando contra los comandos de Valenar, pero no en un lugar.

—No se trata de ti —dijo Daine con una creciente sonrisa en la cara—. El dragón me hablaba a mí. Y hay una batalla que he librado cien veces y más, y un recuerdo que he olvidado. Jode, ¿puedes ayudarme a encontrar un camino?

—Sin duda —dijo Jode, tendiéndole la mano—. ¿Adonde vamos?

—Al risco de Keldan —dijo Daine—. Y esta vez acabaremos la batalla.



Caminaron por el desierto, y el mundo fue cambiando lentamente a su alrededor. A cada minuto que pasaba se parecía más a Cyre. Quizá aquello era normal para los demás, quizá la realidad cambiaba en los sueños. Pero Través nunca había soñado y

le resultaba desconcertante ver cómo surgían árboles de una tierra seca y cómo el día se convertía en noche. Través tenía su ballesta en las manos con una flecha preparada para disparar, y trataba de escudriñar los alrededores en busca de cualquier señal de movimiento enemigo, como había hecho en innumerables patrullas desde que fue forjado. Pero ¿cómo iba a prepararse contra el enemigo cuando el paisaje se negaba a adoptar una sola forma?

Través todavía estaba acostumbrándose al mayal que había sacado de su interior y las nuevas capacidades de su carcaj. Como la bolsa de Lei, el espacio en su interior era más grande de lo que parecía. De hecho, había en él dos bolsillos, un lugar estrecho lleno de flechas y una zona más grande en la que cabía el mayal y que también, al parecer, podía albergar su ballesta.

Era raro pensar que había tenido ese recurso desde el principio y que nunca lo había sabido. Se preguntó si en su cuerpo había ocultos otros secretos.

—Señores Soberanos —susurró Lei.

Través apenas sabía lo que era el asombro. Trataba de analizar cada situación, evaluarla desde un punto de vista táctico, de encontrar las amenazas que conllevaba. Pero la visión que había ante él le obligó a detenerse.

Estaban en el borde del risco de Keldan. En el valle ardían fuegos y el humo se alzaba desde el navío hecho trizas y las tiendas caídas. Los cadáveres cubrían el suelo, soldados cyr entremezclados con los forjados con los que habían luchado esa noche. Través no recordaba cómo había terminado esa batalla, pero el principio estaba grabado en su mente. Los gritos de los heridos. Sus camaradas de armas, sus amigos, siendo destripados por esas raras construcciones. Recordaba cómo le miraban los que habían sobrevivido al asalto inicial, el miedo en sus ojos, como si le culparan de las acciones de los extraños soldados. El recuerdo era persistente, pero Través nunca había soñado y nunca había creído que fuera a ver aquel lugar de nuevo.

—Ahí —dijo Daine, señalando en una dirección.

Un pequeño grupo de soldados se encaminaba a una colina distante en la que los cyr habían construido su refugio. Era difícil ver muchos detalles a esa distancia, pero Través vio las grandes estacas de madera que llevaban, pequeños árboles sin ramas.

—Es como lo soñé —dijo Daine—. Lei, prepara un cerco en el centro del valle.

—No puedo preparar un cerco —dijo Lei, con la mirada en los soldados que descendían—. Yo lo sé, pero el enemigo no. Mandarán a sus soldados para enfrentarse a ti. Jode, Krazhal, Kesht y yo nos valdremos de la confusión para entrar en la base. El túnel debería estar... allí. Está oculto bajo una ilusión, pero la tierra está revuelta en la entrada.

—¿Y qué hay dentro de la base? —dijo Través.

—No lo sé —respondió Daine—. En mis otros sueños nunca he llegado demasiado lejos. Lo único que sabemos es que por la mañana terminamos en la meseta de Dorn. Quizá esta noche encontraremos la respuesta.

Era raro pensar que había tenido ese recurso desde el principio y que nunca lo había sabido. Se preguntó si en su cuerpo había ocultos otros secretos.

—Señores Soberanos —susurró Lei.

Través apenas sabía lo que era el asombro. Trataba de analizar cada situación, evaluarla desde un punto de vista táctico, de encontrar las amenazas que conllevaba. Pero la visión que había ante él le obligó a detenerse.

Estaban en el borde del risco de Keldan. En el valle ardían fuegos y el humo se alzaba desde el navío hecho trizas y las tiendas caídas. Los cadáveres cubrían el suelo, soldados cyr entremezclados con los forjados con los que habían luchado esa noche. Través no recordaba cómo había terminado esa batalla, pero el principio estaba grabado en su mente. Los gritos de los heridos. Sus camaradas de armas, sus amigos, siendo destripados por esas raras construcciones. Recordaba cómo le miraban los que habían sobrevivido al asalto inicial, el miedo en sus ojos, como si le culparan de las acciones de los extraños soldados. El recuerdo era persistente, pero Través nunca había soñado y nunca había creído que fuera a ver aquel lugar de nuevo.

—Ahí —dijo Daine, señalando en una dirección.

Un pequeño grupo de soldados se encaminaba a una colina distante en la que los cyr habían construido su refugio. Era difícil ver muchos detalles a esa distancia, pero Través vio las grandes estacas de madera que llevaban, pequeños árboles sin ramas.

—Es como lo soñé —dijo Daine—. Lei, prepara un cerco en el centro del valle.

—No puedo preparar un cerco —dijo Lei, con la mirada en los soldados que descendían—. Yo lo sé, pero el enemigo no. Mandarán a sus soldados para enfrentarse a ti. Jode, Krazhal, Kesht y yo nos valdremos de la confusión para entrar en la base. El túnel debería estar... allí. Está oculto bajo una ilusión, pero la tierra está revuelta en la entrada.

—¿Y qué hay dentro de la base? —dijo Través.

—No lo sé —respondió Daine—. En mis otros sueños nunca he llegado demasiado lejos. Lo único que sabemos es que por la mañana terminamos en la meseta de Dorn. Quizá esta noche encontraremos la respuesta.

—Mirad, soy yo —dijo Lei, señalando a los soldados que preparaban el cerco en el centro del campo—. Se ve el verde.

—Te lo he dicho —dijo Daine—. Ahora esperaremos que salgan los soldados y nos introduciremos en la base.

Través estudió a los soldados. No se veía entre ellos, pero eso no era de sorprender. Seguramente estaba oculto, y a esa distancia, la capacidad de sigilo del forjado era suficiente para ocultarse a sus propios ojos. Sintió una leve punzada de curiosidad. ¿Qué había pasado esa noche? Pero su preocupación por sus amigos era una emoción mucho más fuerte. ¿Qué peligros los esperaban en el complejo oculto?

«Través».

Era un pensamiento de Shira. Era raro que se dirigiera a él por su nombre.

Normalmente sus pensamientos fluían en la mente del forjado como si fueran los suyos.

«Te he ocultado datos tácticos y te pido disculpas».

Unos cuantos forjados salieron del túnel. Cada uno de ellos era distinto: algunos iban cojos, otros estaban cubiertos de pinchos. Uno le parecía terriblemente familiar: era uno de los cuerpos de Hydra, ¡el forjado al que habían encontrado al servicio de Harmattan!

Través alzó su ballesta, pero Daine le interrumpió con un gesto y le espetó:

—¡No! Esto es sólo el principio. Tenemos que esperar a que salgan los demás. No hagas nada sin una orden mía.

A regañadientes, Través bajó su arma. «¿Qué me has ocultado?», pensó.

«Mi capacidad para mantener el vínculo con este mundo tiene una duración limitada. A su debido momento, Lei y tú os veréis obligados a regresar a Eberon».

«¿Cuáles son los parámetros? —pensó Través—. ¿Cuándo podremos regresar a este lugar?».

«No podréis. Cuando esto termine, yo dejaré de existir».

—¿Qué? —dijo Través, a quien le causó sorpresa y preocupación hablar en voz alta.

Los demás se volvieron hacia él.

—¿Través? —dijo Lei.

«El espíritu vidente os dijo la verdad. Mi gente aprendió que nuestro mundo iba a convertirse en algo desconocido y nosotros nos temimos algo horrible. No encontramos la forma de detener este cambio de era y actuamos con desesperación. La esfera que encontrasteis fue construida para anclar mi espíritu, un escudo para cualesquiera cambios que tuvieran lugar en Dal Quor. Hicimos a los primeros de tu especie para que nos sirvieran como soldados y, con el tiempo, como nuestros cuerpos. Pero nuestro conocimiento llegó demasiado tarde y el equilibrio entre planos se vio roto antes de que más de los míos pudieran hacer la transición. Y yo me quedé encerrada».

—Pero ¿qué tiene que ver eso con tu muerte?

«No lo entiendes. Yo existo solamente porque corté todos los vínculos con Dal Quor. Para traerte aquí, tuve que restablecer esa conexión. Soy un espíritu de Dal Quor, ligado al plano, pero no soy de esta era. Siento el poder en el corazón, esa Oscuridad onírica de la que habláis, tirando de mí, cambiando lo que soy. Puedo resistir, pero no para siempre. Pronto tirará definitivamente de mí y me recreará a su imagen y semejanza».

Través no sabía qué decir. Sólo había poseído a Shira durante unos días, y ella siempre había sido una presencia pasiva en su mente. Sólo ahora se daba cuenta de lo reconfortante que era su presencia, de lo mucho que le gustaba la compañía, del conocimiento que ella había compartido con él.

«¿Y si nos vamos ahora?».

«No. Es demasiado tarde. Fue demasiado tarde en el momento en que toqué este mundo de nuevo. Sabía que esto iba a suceder, Través. Y más que cualquier otra criatura, puedo asegurarte que esta lucha vale la pena librarla. Siento en qué se ha convertido mi precioso mundo y es un horror. Resistid. Impedid que esa Oscuridad onírica rompa sus cadenas. Y con el tiempo, la era de la luz regresará».

—¡Ahora! —dijo Daine.

Un escuadrón de variopintos forjados estaba cruzando el valle en dirección al campamento cyr. Daine empezó a bajar por la colina, con Lei y Jode tras él.

Través no estaba hecho para las lágrimas. Sus ojos eran de sólido cristal. Cuando alzó su ballesta y siguió a sus compañeros, la pena parecía atrapada en su interior, como un torrente en busca de liberación.

«No sientas dolor —pensó Shira—, porque yo no lo siento. He luchado por este destino durante treinta mil años y ahora debo aceptarlo. He sido bendecida, porque he tenido una última oportunidad de ver la luz antes de mi viaje a la oscuridad. Disfruta de tus compañeros y del tiempo que tienes, y gracias por lo que me has dado».

Través no tenía una respuesta. Luchó contra la pena mientras se acercaban al túnel de entrada. Tenía ante sí la batalla y debía estar tranquilo y concentrado.

Y quería golpear algo.

Una sonrisa iluminó el rostro de Daine. Iba a desafiar un ejército de demonios para determinar el destino del mundo y sonreía de oreja a oreja. A pesar de la locura de su búsqueda, hacía años que no se sentía mejor. Durante todo el año anterior había sido un hombre perseguido. La muerte de Jode, el misterio del risco de Keldan, el horror del Luto... Todo eso era un inmenso peso en su alma. Ahora Jode estaba a su lado, las respuestas al risco de Keldan estaban ante ellos, y si no había podido salvar Cyre..., bueno, tenía la oportunidad de salvar Eberon. ¿Una idea de locos? Quizá. Pero esa vez lo lograría o moriría en el intento.

Más allá de su nueva conciencia, Daine estaba asombrado por su fortaleza y su resistencia. En el pasado, bajar por el risco habría sido toda una prueba. Ahora le parecía un juego de niños. Había descubierto que se sentía mejor cuando estaba cerca de Jode. Si el mediano estaba a pocos codos de distancia, Daine se sentía más rápido, más coordinado, y sus sentidos parecían más despiertos..., como si sumara las fuerzas de Jode a las suyas. Y todas sus habilidades habían crecido aún más gracias al aliento del eidolon dracónico. Sentía como si un fuego ardiera en su interior, un estanque infinito de energía. Cuando libró su primera batalla en el risco de Keldan, Daine no sabía lo que sería el Luto. No sabía que sería la última noche de su servicio a Cyre. Pero ahora sabía exactamente qué estaba en juego, y si moría en sueños, se llevaría a unas cuantas pesadillas con él.

—Ahí está —dijo Lei. Llevaba los anteojos que le había regalado Thelania, y los lentes brillaban en la oscuridad—. Hay una puerta al otro lado de la ilusión.

—Lo sé —dijo Daine—. Krazhal la hizo estallar. Una vez dentro, pusimos las cargas secundarias para sellar la salida si era necesario. Sólo puedo suponer que esos discos explosivos nunca llegaron a ser detonados, porque salimos con vida.

—¡Mmm! —dijo Lei ajustando los lentes de los anteojos—. Nunca me han gustado mucho los explosivos. Va a ser complicado trabajar a través de la ilusión, pero podré abrirla.

—Seguid alerta —dijo a Través y Jode—. No nos encontramos resistencia al entrar, pero la historia no va a repetirse completamente. —Se le ocurrió algo curioso—. Jode, ¿vamos nosotros a aparecer allí? Si hubiéramos esperado, ¿Krazhal habría

abierto la puerta?

—Todo es posible, pero es improbable —dijo Jode—. Estamos en tu sueño. Dado que tú ya estás aquí, y participando en esto, no hay razón para que vuelvas a aparecer.

Daine negó con la cabeza.

—Sueños.

—Lo tengo —dijo Lei.

La artificiera dio un paso adelante, hacia lo que parecía una abrupta ladera, y desapareció. Daine hizo una señal a los demás, y cruzaron la ilusión.

El pasillo era exactamente como lo recordaba. Piedra desnuda, con la altura justa para que las tropas forjadas pasaran por él, esferas de fuego frío colocadas a intervalos distantes iluminando débilmente el espacio.

—Sé que no nos encontramos ningún peligro en el túnel —dijo Daine en voz baja—, pero no recuerdo qué sucedió después. Jode, cuando estuvimos aquí, te mandé a explorar. ¿Qué recuerdas?

—Hay una especie de barracones más arriba —dijo Jode—. Ahora están vacíos. Vine a informarte de ello. Eso es todo lo que recuerdo.

—De aquí en adelante, avanzaremos en silencio y con cuidado. Dada la presencia de los forjados, tenemos que considerar la posibilidad de medidas mágicas. Lei, quiero que busques glifos, discos explosivos o cualquier otra cosa.

«Ése debería haber sido el trabajo de Krazhal —pensó Daine—. Me pregunto cómo le fue».

—Través, cierra el grupo. Si conseguimos más espacio, muévete a un lado. Si ves un disparo claro, aprovéchalo.

—¿Asumimos una actitud hostil? —dijo Través.

—¿Has olvidado la batalla? ¿Has visto esos cadáveres? Quienquiera que construyera este lugar es responsable de la muerte de esos soldados y quién sabe de qué más.

—Recuerda, es sólo un sueño —dijo Jode.

—Y si surge de mis recuerdos, entonces es nuestra oportunidad para hacer que esos bastardos paguen por lo que hicieron.

Lei asintió con una expresión adusta.

—Vamos.

Se ajustó los lentes y echó a andar. Algo se le ocurrió a Daine: «¿Cómo sabe qué hacen esos anteojos?». Se los había regalado Thelania, pero Daine nunca había visto que Lei se los pusiera estando despiertas. Ahora que estaban soñando se los ponía, al parecer con buen fin, pero si los poderes de sus armas se basaban en sus recuerdos, ¿cómo iba eso a funcionar?

Daine negó con la cabeza. Tenía su espada y su daga, y eso era todo lo que necesitaba. El resto de ese sueño se podía ir a Dolurh.

Avanzaron menos de cincuenta pies por el pasillo cuando Lei levantó una mano. «¡Peligro!». Se arrodilló, se adelantó un poco en esa posición y, cuando se puso de

pie, tenía un disco explosivo en la mano.

Uno de los discos explosivos de Krazhal.

Daine se dio cuenta de que allí era donde el enano había colocado la carga para derribar el túnel. Volvió la mirada hacia Jode. «¿Cómo es posible?».

—Es parte del ambiente —susurró Jode—. Sabías que estaría aquí. Sigamos avanzando y que Lei lo recoloque.

—No soy una zapadora —dijo Lei—. Puedo colocarlo, pero no para hacer el máximo daño.

—Lei, dudo seriamente que eso importe —dijo Jode en voz baja—. Ni siquiera es real. Sólo existe porque tiene un papel que desempeñar, y si debe derribar el túnel, sospecho que tu habilidad al colocarlo no será el factor decisivo.

—¿Y si me lo quedo? —susurró Lei.

—Creo que es mejor que no lo descubramos.

Daine asintió.

—Basta. Sigamos. Vuelve a colocar el disco detrás de nosotros.

Salieron a una cámara más grande. Como había dicho Jode, era una especie de barracón..., un barracón para forjados. No había camas ni mesas. Los forjados no necesitaban descansar. La sala estaba llena de herramientas de guerra. Los estantes de armas estaban casi vacíos, pero de la pared colgaban unas cuantas espadas y mazas junto a carcajes de flechas. Una pequeña forja calentaba la sala, y había martillos y tenazas esparcidos. No había moldes, nada que sirviera para crear nuevas armas. Era solamente una estación de reparación, en la que los forjados podían reparar los daños de la batalla.

Daine hizo un gesto. «Sigamos adelante». La duda le reconcomía. ¿Y si no había nada que encontrar? ¿Y si el lugar era solamente un puesto de avanzada para los soldados que estaban en el campo de batalla? ¿Podían Jode y él haberlo explorado y haberse marchado? «No», pensó, porque Krazhal y Kesht no habían sobrevivido a esa noche.

Lei los guió por los barracones y por un pasillo. El olor de hierro herrumbroso llenaba el aire mezclado con otra esencia. ¿Savia? ¿Madera quemada? Llegaron a la entrada de la siguiente cámara, y Lei se detuvo, asombrada.

Estaban en una amplia plataforma, en lo más alto de unas escaleras con al menos un centenar de escalones. La cámara era una gran esfera con muros de mármol negro pulido cubierto de líneas y símbolos, complejos grabados que latían con una luz morada. Pero fue el objeto del centro de la sala lo que les cortó la respiración. Era un pilar de mármol negro, pero no era ni liso ni uniforme. Parecía más bien el tronco de un árbol antiguo, retorcido y nudoso, con patrones de luz roja en lugar de las líneas de la corteza. Tenía incrustados tocones brillantes, como si le hubieran cortado las ramas con una hoja perfecta. La base del pilar estaba oculta en un estanque refulgente. Fibrosos zarcillos —grandes ramas— surgían del estanque, cubrían el suelo e iban a terminar en una vaina de piedra.

—Es una forja de creación —susurró Lei—. Esto es lo que la casa Cannith utiliza para producir forjados.

—Así que quienquiera que esté dirigiendo este lugar está utilizando esto para hacer el ejército forjado —dijo Daine.

—Seguramente —dijo Lei—. Pero sólo un portador de la Marca de Hacedores puede utilizar una forja de creación.

—¿Herederos rebeldes? ¿O tu casa estaba creando un ejército para sus propios fines?

Lei negó con la cabeza.

—No tiene sentido. No hay ninguna razón práctica para producir forjados tan diversos. El trabajo y los recursos necesarios para crear todos los diseños que vimos en el campo de batalla serían inmensos, así que ¿para qué? —Se quedó mirando la forja—. Y los colores, los dibujos... Hay algo raro en esta forja. Quiero observarla de cerca.

—Entonces vaya...

Daine no terminó la frase. Se había quedado cegado por el espectáculo de la forja y había permitido que la ausencia de amenazas les diera un exceso de confianza. El forjado estaba cubierto de metal negro y era casi invisible contra el muro de la sala, hasta que se movió. Lo único que vio Daine fue un borrón en movimiento seguido de un crujido y un grito de dolor estremecedor cuando el constructo embistió a Lei y la mandó rodando por las escaleras.

El constructo adoptaba una postura encorvada, como un simio. Tenía los brazos largos y fuertes, y caminaba sobre las cuatro extremidades. Su cabeza y su cara eran similares a las de Través, excepto por la boca: tenía unas inmensas fauces con cuchillos en la mandíbula. Se estaba acercando a Daine con la boca abierta.

Daine quiso seguir a Lei, pero si estaba herida no había nada que él pudiera hacer. Necesitaba despejar el camino para que Jode llegara hasta ella. «¿Fue, entonces, cuando murió Krazhal?», se preguntó. Estaba claro que esa criatura no caería fácilmente, pero en ese momento Daine sólo quería que se moviera. Atacó con su arma y consiguió golpear la cabeza de la criatura. Como esperaba, apenas dejó una marca, pero llamó la atención del monstruo de metal.

—¡Venga! —gritó Daine, retrocediendo unos cuantos pasos.

Su plan funcionó a la perfección. El forjado embistió. Era el movimiento que Daine quería que hiciera, pero había infravalorado la velocidad de su oponente. La bestia de metal impactó contra él y le arrojó al suelo. La luz llenó la sala —el mayal de Través—, pero el monstruo forjado ya estaba sobre Daine y sus puños de hierro descendían para aplastar carne y hueso.

«No».

En el pasado, Daine habría sido demasiado lento para eludir los golpes del constructo. En otro tiempo, en otro lugar, ése podría haber sido el fin. Pero no aquí. Sintió el fuego del dragón en su sangre, sintió su ira y su preocupación por Lei, y eso

le dio una fuerza y una velocidad que jamás habría creído posibles. El forjado golpeó la piedra y agrietó su superficie. Daine ya estaba de pie, detrás de la criatura, atacando con daga y espada. Través estaba a su lado, y el constructo enemigo dio un traspiés bajo los golpes del reluciente mayal. Pero la lucha no había ni mucho menos terminado.

Pese a su nueva fuerza, la espada de Daine no era una arma eficaz contra la armadura de la bestia de hierro. El constructo dio la espalda a Daine y golpeó a Través con ambos puños. El forjado quedó aturdido por el ataque, y el enemigo lo cogió por ambos brazos y lo levantó del suelo. La intención del constructo era evidente. Iba a arrancarle a Través cada una de sus extremidades.

—¡No!

Soltando su espada, Daine cogió la empuñadura de su daga con las dos manos y la clavó en la espalda del constructo. Ningún metal mundano podía repeler una hoja adamantina, y la daga se clavó hasta lo más hondo. Haciendo acopio de toda la energía inspirada por su sueño, Daine hundió aún más la hoja y creó una gran hendidura en el lugar que habría estado la columna vertebral de un humano. Por un momento, pareció que no tenía ningún efecto, y Daine oyó cómo se partían los zarcillos de las juntas de Través. Pero un estremecimiento recorrió el cuerpo de la bestia de hierro. Cayó de bruces, sobre Través.

—¿Través? ¡Través!

Daine trató de apartar la bestia de encima de su compañero. El constructo muerto cedió un poco, y después cayó de lado.

—Estoy... bien —dijo Través. Se puso en pie lentamente; un brazo le colgaba en un ángulo raro—. Gracias por tu ayuda, capitán.

—¿Todo el mundo está entero? —La voz de Jode surgió desde abajo—. Aquí tenemos un pequeño problema.

Daine maldijo. En silencio y con cuidado. ¿Podría haberlo dicho más claro?

Arrancó la daga del cuerpo del constructo.

—Si puedes utilizar la ballesta, sácala —le dijo a Través.

Daine corrió hacia la forja y bajó las escaleras saltando a cada paso dos o tres escalones.

Lei estaba junto al tronco central, estudiando el pilar de piedra mientras Jode seguía el rastro de una de las raíces.

—¿Qué estáis haciendo?

Daine cogió a Lei del brazo y le dio la vuelta. Parecía ilesa de su caída gracias, muy probablemente, a Jode, y la ira de Daine guerreaba con su alivio.

—Examinar la forja —respondió Lei.

Daine esperaba más de ella. Lei había tenido una vida protegida, y cuando se habían conocido, era sin duda inocente y arrogante, demasiado descuidada para su propia seguridad. La guerra la había cambiado, y Daine había acabado por confiar en su coraje y su inteligencia. Pero ceder a su amor por la investigación en mitad de un

baluarte enemigo mientras Través estaba herido...

—Través necesita ayuda. ¡Ahora!

Lei se soltó y se volvió hacia el tronco.

—No lo entiendes. La forja...

—Esperará —dijo Daine, volviendo a cogerla del brazo—. Necesito que repares a Través ahora mismo. El enemigo puede regresar en cualquier momento y...

Las luces se apagaron y la sala se quedó completamente a oscuras.

—Demasiado tarde —dijo Lei.

Una luz morada inundó la sala. El estanque central y todas las líneas de la pared que habían estado brillantes ahora ardían con una irradiación cegadora. Daine se tapó los ojos con la mano. Un fiero rugido recorrió la sala. El sonido zarandeó a Daine y arrasó cualquier otro pensamiento.

Daine apenas se dio cuenta de cuándo luces y sonido se desvanecieron. La cabeza le latía, tenía la vista herida por la terrible luz. Veía movimiento a su alrededor, formas en la sombra. Alzó la espada, pero todavía tenía los reflejos lentos. Sintió un escalofrío en la espalda, un estallido de frío que recorrió sus músculos y le dejó inmóvil.

Entonces, recuperó la vista. Estaba rodeado de forjados, al menos media docena, todos distintos. Algunos no iban armados, mientras que otros tenían picas, garras u otras armas fusionadas en sus brazos. Las piedras que rodeaban la forja... Daine vio que tenían tapa como los ataúdes y que estaban abiertas.

—¡Qué sorpresa!

La voz procedía de detrás de él. Daine trató de volver la cabeza, pero la magia que le tenía inmóvil había paralizado todos sus músculos. Ni siquiera podía hablar.

Un hombre caminó hacia él, un hombre alto, esbelto, con una túnica de colores cambiantes. Su cabello rojo ondulado tenía algunas vetas grises, y sus ojos verdes eran duros como la piedra. Tendió el brazo, cogió a Daine por la barbilla y le volvió la cabeza para estudiarle.

—Daine de la casa Deneith, ¿verdad? Ahora capitán en el ejército cyr, ¿no? —La voz del desconocido era fría y había algo terriblemente familiar en ella—. Dime, Daine, ¿qué le has hecho a mi hija?



RISCO DE
KELDAN
DAL QUOR

Su forja de creación era rara, distinta de cualquier diseño que Lei hubiera visto antes. No había sido formada para trabajar en una forja de creación. Uno tenía que ganarse el puesto de maestro de la forja. Pero aunque no tenía experiencia de primera mano con esos artefactos, se había pasado la infancia aprendiéndolo todo sobre ellos. Tras haber vivido en una fundición de forjados, no era de sorprender que estuviera fascinada por las forjas. Un vistazo le sirvió para darse cuenta de que la forja estaba en los últimos pasos de un ciclo de producción. Había tratado de interactuar con el pilar, con la esperanza de encontrar el modo de desbaratar las energías que había en su interior. Aunque Daine le hubiera dejado trabajar, era una tarea imposible. Nunca había visto nada tan complejo.

Sabiendo lo que podía esperarse de la forja, Lei pudo cubrirse los ojos a tiempo para preservar su vista. Pero no pudo hacer nada ante el sobrecogedor ruido. Tratando de mantenerse en pie, cogió el bastón de su bolsa. Con los ojos cerrados, se agarró al bastón buscando consuelo en su presencia.

Al final, el trueno se apagó. Lei abrió los ojos, pero, como se temía, las piedras de contención estaban abiertas y salían forjados de ellas. En una instalación Cannith tradicional, esos soldados recién nacidos estarían confundidos, necesitarían dirección e instrucción. Pero no los forjados del risco de Keldan, que parecían tener un claro fin en mente: detener a los intrusos.

Daine estaba estupefacto. Jode no aparecía por ninguna parte. Través, a su lado, disparó con su ballesta una flecha que se clavó en la garganta de cuero de un explorador forjado.

«Son forjados —pensó Lei—. Sé cómo enfrentarme a ellos».

Preparó los patrones de magia en su mente, infusiones que partirían y destruirían a todo constructo que tocara. Tendió la mano hacia el forjado más cercano, y todo quedó entumecido. Lei estaba inmóvil. Paralizada. Través había sacado su mayal y lo tenía alzado por encima de su cabeza, pero también él estaba quieto como una estatua.

Un panel de la pared de la sala se abrió, una puerta oculta que había escapado a su exploración. Se delineó la figura de un hombre con una varita en cada mano. Salió a

la luz, y Lei vio su cara.

«¡Padre!».

Lei trató de hablar, pero todos sus músculos estaban paralizados. No podía tratarse de un error. Era Talin d’Cannith. Tenía algunas arrugas más en la cara, el pelo un poco más gris. En lugar del tradicional uniforme azul de los forjadores Cannith, llevaba una túnica de hilo ilusorio de colores cambiantes y un arnés de cuero cargado con herramientas y varitas. Por un momento, Lei creyó que la imagen había surgido de sus sueños, pero a lo largo del último año siempre que había visto a sus padres en visiones, habían sido jóvenes. Aquél era Talin tal como debía ser entonces.

¿Qué estaba pasando?

¿Habían estado su padre en el risco de Keldan durante la batalla?

Un soldado forjado siguió a Talin desde la sala oculta, una figura esbelta con placas de mitral y armado con una espada y un escudo. Comparado con los demás forjados del risco de Keldan, era totalmente normal. De hecho, a Lei le recordó a Través. Había algo familiar en él, algo que le reconcomió, pero a esa distancia no pudo reconocerlo.

—¡Qué sorpresa! —Talin metió una de sus varitas en su arnés y pasó junto a Lei sin apenas mirarla. Se detuvo ante Daine y examinó su casa—. Daine de la casa Deneith, ¿verdad? Ahora capitán en el ejército cyr, ¿no? Dime, Daine, ¿qué le has hecho a mi hija?

«¡Estoy aquí!». ¿Por qué no la reconocía? ¿O es que le pasaba algo? ¿Era una corrupta a sus ojos?

Pensara lo que pensara, la pregunta de Talin era retórica. Lei Se dio cuenta de que Daine también estaba paralizado. Por ello, a Talin debió sorprenderle una voz que sonó por toda la sala.

—Estás haciendo la pregunta equivocada.

Jode salió de detrás de uno de los contenedores de piedra, tan alegre como siempre. Talin apuntó a Jode con la varita que tenía en la mano, y éste levantó las manos.

—Estás buscando a Lei, ¿verdad? —dijo Jode—. Si es así, mejor harías en preguntarte qué le has hecho tú.

—Explícate, mediano —dijo Talin.

—Lei está arriba, en el campo de batalla, enfrentándose a esos soldados tuyos. Puede ser que ya esté muerta. Si es así, ¿de quién es la culpa?, ¿de Daine o tuya?

Lei conocía a Jode. Estaba comprando tiempo, tratando de descubrir lo que pudiera mientras esperaba a que la magia paralizadora desapareciera. Y conocía a Daine. Ahora mismo, su padre estaba dándole la espalda a Daine, y para éste Talin era el hombre responsable de la muerte de sus soldados. Si Daine se liberaba, atacaría para matarle. Lei luchó contra el ensalmo, pero fue en vano. Era como si sus músculos fueran de piedra.

Entonces, sintió a los demás, apareciendo en su interior.

Primero fue Corazón Oscuro, el bastón que tenía en las manos. El vínculo era débil, pero el espíritu estaba allí. La vida de Corazón Oscuro había sido una cárcel, y ahora estaba encerrada en ese pedazo de madera. Quería la libertad más que nada, e hizo que ese deseo se introdujera en Lei y contagiara su deseo a su flaqueante voluntad. Corazón Oscuro no estaba sola. Ahora Lei sentía una segunda presencia, una voz en su mente. Través.

«Lucha, hermana». El pensamiento era fuerte y calmo, y evocaba recuerdos de todas las veces en que Través había combatido a su lado y la había protegido de cualquier daño. «Ésta es tu batalla. Mi fuerza es tuya».

Una vez más, Lei lanzó su voluntad contra la magia que la tenía paralizada, y el ensalmo se hizo añicos ante la resolución sumada de todos los aliados de Lei.

Casi fue demasiado tarde. Daine se liberó en el mismo momento en que lo hacía Lei. Otro instante, y su daga se habría clavado en la espalda de su padre.

«¡No!». Fuera por la magia de los sueños o por su pura determinación, Lei se movió más de prisa que Daine. Golpeó con el bastón, le sorprendió con la guardia baja y lo envió al suelo, maldiciendo.

La sala se convirtió en un caos. Talin alzó su varita, y Lei se la arrebató de las manos. El forjado se puso en movimiento, pero el ensalmo se había roto, y Través y Daine estaban listos para la batalla. Esos forjados eran más capaces para la lucha que los recién nacidos normales, pero Través y Daine eran verdaderos veteranos. Lei tenía la confianza de que se las arreglarían, al menos por un rato.

—¡Padre! —dijo—. ¿Qué estás haciendo? ¡Estoy aquí!

Talin la miró a los ojos, y Lei no vio más que confusión en él. Y entonces, se dio cuenta. «Esto es el sueño de Daine. Surgido de sus recuerdos. Yo no estaba allí». Quizá estuviera interpretando el papel de Krazhal. Quizá él no podía verla. Quizá para él su hija seguía en el campo de batalla.

Una nueva voz resonó en la sala.

—¡Basta! ¡Hay un terrible peligro!

Era raro, pero la voz parecía proceder de ambos extremos de la sala al mismo tiempo, de lo alto de las escaleras y de la cámara secreta de Talin. Los ojos de éste se abrieron como platos, y Lei se dio cuenta de que había oído dos voces, casi idénticas pero no del todo; eran dos voces hablando al unísono: su voz y la de su madre.

Lei siguió la mirada sorprendida de su padre y, por un momento, se vio a sí misma bajando las escaleras con un disco explosivo en la mano, el disco que había dejado en el túnel y que debía haber desactivado. Través estaba tras ella con la armadura agrietada por las heridas de la batalla. Durante un instante, estuvo demasiado estupefacta para actuar. Y entonces, la segunda Lei pareció disolverse, desvanecerse en una columna de luz y manar hacia el interior de la otra. Un torrente de recuerdos inundó su mente. Preparar el falso cerco, tratar de mantener la posición contra los forjados, el terrible descubrimiento que obligó a Través y a ella a correr tras Daine, y su sorpresa al ver a su padre en el salón.

Esa vez tres voces hablaron al mismo tiempo. Su padre, sorprendido pero tranquilo y alerta. Daine, confundido y alterado. Y su madre, cuya voz albergaba miedo y alegría al mismo tiempo. A su alrededor, la batalla se había interrumpido porque los forjados habían obedecido la voz de su dueña. Sólo uno seguía en guardia..., el alto soldado con la espada, el gemelo de Través.

Talin colocó las manos en los hombros de su hija y la miró a los ojos. Pero le habló a su madre.

—¿Qué pasa, Aleisa? —dijo.

Sólo entonces recordó Lei la visión que había tenido después de caer al río, cuando su padre había incapacitado a la pequeña Lei con el tacto. Si trataba de alejarse, ¿podía derribarla?

¿Lo haría?

—Hay una ola de energía mágica procedente del corazón de Cyre. Su poder es asombroso. Sólo disponemos de unos minutos antes de que nos golpee. —Ahora Aleisa estaba junto a Lei y apartó las manos de Talin de su hija—. Ve a verlo tú mismo.

Talin se alejó corriendo, y el soldado alto lo siguió. Daine se puso a hablar, pero Jode le dio una patada, y él cerró la boca.

—Mírate, hija mía —dijo Aleisa. Miró de soslayo a Través—. Y tú, a su lado. Es bueno ver que algunas cosas están bien en el mundo. Pero me temo que es un mal momento para este encuentro. Ven, de prisa.

—Daine... —dijo Lei.

—Tráelo si es necesario. Pero aparta esa espada, chico.

Daine miró a Lei.

—Por favor —dijo ella—. Necesitamos respuestas. ¿No lo ves? Esto es lo que sucedió. Y son mis padres. Tenemos que saberlo.

—De acuerdo —dijo Daine envainando su espada y poniéndose tras ella—. Pero no veo cómo va a ayudarnos esto a luchar contra Lakashtai.

Jode le hizo callar y le curó las heridas con su tacto sanador.

La cámara secreta era algo sólo comparable a lo que Lei había visto en las forjas de Cannith. En las paredes había incrustadas esferas de cristal, cristales cargados místicamente que mostraban lugares distantes o patrones de energía mágica. Había dos mesas cubiertas de varitas de madera y cristal, montones de papiros y toda clase de herramientas mundanas. En un rincón, había en el suelo un sello pintado en plata, un círculo conjurado de considerable sofisticación.

Aleisa se unió a su marido. Talin miraba una esfera de cristal. Había en ella un mapa de Cyre con patrones de luz jugueteando en los contornos. Pasó las manos por un mosaico de piedras de dragón, y éstas cambiaron de color.

—Esto es —dijo Lei cuando los recuerdos afloraron a la superficie—. Esto es lo que vimos. Una ola en el horizonte, ocupándolo todo, avanzando. Les dije a los demás que retrocedieran y vinimos a por ti, para sacarte antes de que golpeará.

—El Luto —dijo Jode.

Fue un alivio, por pequeño que fuera. Desde el momento en que vio a su padre en ese lugar, Lei se había visto atenazada por un miedo terrible: que sus padres fueran los responsables de la destrucción de Cyre.

—Madre —dijo Lei, acercándose a sus padres—, ¿qué es?

—No lo sé, Lei. El patrón es tan poderoso que abrumba cualquier intento de análisis, no digamos ya cualquier intento de rechazarlo o interrumpirlo. No sé quién puede haber desatado ese nivel de poder.

—Claro que lo sabes —dijo Talin—. No esperaba algo de esta magnitud, pero piensa en las posibilidades. Piensa lo que esto hará a la gente de Eberron.

—Disculpa, marido, pero en este momento estoy más preocupada por mi destino y el de nuestra hija.

—¿Qué estás diciendo? —dijo Daine, cogiendo a Talin por el hombro—. ¿Sabes quién ha hecho esto?

El punto de la espada brilló en el aire y el acero rajó la mejilla de Daine siguiendo precisamente la cicatriz que tenía en ella. Era el soldado forjado que había ido detrás de Talin, el espejo de Través. Sin duda, compartía su misma velocidad, y su hoja estaba perfectamente inmóvil debajo del ojo de Daine. Éste soltó cuidadosamente al padre de Lei y dio un paso atrás, observando al forjado con veneno en la mirada.

—Te he dicho que no hay tiempo para esto —dijo Aleisa, que miró el orbe una vez más—. Capitán Daine, al amanecer tu nación habrá dejado de existir. Mi marido puede tener sus propias ideas sobre la causa de ello, pero ahora mismo mi única preocupación es salvaguardar a mi hija. Por lo que a ti respecta, me temo que esta guerra ocasionará unas cuantas bajas más.

—¿Puedes salvar a Lei? —dijo Daine.

—Sí, aunque será necesario hacer algunos sacrificios. ¿Talin?

—Casi completo, querida. Empieza las preparaciones.

—Muy bien. Lei, coge a Quinto y quédate junto al círculo de plata.

Aleisa bajó la mirada hacia su mosaico de cristal e hizo algunos ajustes, girando algunos cristales y sustituyendo otros. Un cosquilleo de energía mágica llenó el aire.

—¿Quinto? —dijo Lei.

Su mente se arremolinó. Aquello estaba sucediendo demasiado de prisa. ¿Su padre creía saber quién había provocado el Luto? ¿Y qué tenía eso que ver con la forja de creación, con el ejército de forjados?

Aleisa negó con la cabeza y señaló a Través.

—Ése. Tú, comoquiera que te llames ahora, lleva a mi hija al círculo. —Puso la mano en el hombro de Lei—. Confía en mí. Vete, y te lo explicaremos todo pronto.

El forjado sin identificar tenía todavía la espada en la mano y seguía amenazando a Daine.

—Señora —dijo, y hubo algo familiar en su voz—. El círculo sólo puede transportar a cuatro seres.

Talin se volvió hacia él.

—Cierto. Tú tendrás que quedarte aquí con estos dos prisioneros. La expansión es impredecible. Puede ser que tengáis tiempo de escapar.

—Fui creado para sobrevivir, señor. A cualquier coste.

—De todos nosotros, Cuarto, tienes las mayores posibilidades de sobrevivir al desastre. Ahora, obedece.

Lei miró el círculo de plata y lo comprendió todo. Era un círculo de teletransportación capaz de transportar a quienes entraran en él a algún lugar distante, un lugar que sus padres habían establecido mediante los cristales. Una herramienta así permitiría a sus padres hacerse con suministros de todo el mundo y, en parte, explicaba cómo habían podido operar una forja en secreto. Pero aquello era una magia inmensamente poderosa, mucho más allá de cualquier cosa utilizada por la casa Cannith. ¿De dónde lo habían sacado sus padres? Sólo entonces comprendió el resto de la frase. «Tú tendrás que quedarte aquí con estos dos prisioneros».

—No puedo irme sin Daine y Jode —dijo Lei.

—Sí puedes, hija. —Una vez más, Talin tenía una varita en cada mano, una apuntando a Daine y la otra a Lei—. Por favor, no hagas las cosas difíciles. Tú y tu compañero debéis sobrevivir. Estos dos, por otro lado, son sin duda sacrificables. Ahora, ve al círculo. Si tengo que paralizarte y llevarte yo mismo, lo haré.

—Señor —dijo el soldado forjado—, ¿por qué te llevas a Quinto en mi lugar? Te he servido personalmente.

—No me cuestiones de nuevo, Cuarto —dijo Talin—. Necesito a Quinto. Y te lo he dicho, tienes muchas posibilidades de sobrevivir.

—¿Y ya no me necesitarás más?

—¿En serio, Cuarto? Esperaba más de ti. No te construí para que fueras un patético soldado. Hay grandeza en tu interior. Quizá este reto es lo que necesites para liberarla.

—Quizá sí.

El forjado golpeó al mismo tiempo que hablaba. Talin le estaba dando la espalda, y el golpe alcanzó al artificiero justo en la espina dorsal. Volvió a golpear antes de que Lei asimilara del todo lo que estaba sucediendo, y su hoja le atravesó el hígado. La sangre cubrió la túnica de colores cambiantes de sangre, y el artificiero cayó al suelo.

Fue entonces, mirando al soldado que estaba junto a su padre herido, cuando Lei se dio cuenta de por qué le resultaba tan familiar ese forjado. No era su cuerpo. Era su cabeza. Mientras que el cuerpo estaba cubierto de mitral, su cabeza había sido forjada con adamantino. Cada forjado llevaba un diseño en la frente, un símbolo tan único como una huella dactilar. Mirando al soldado, Lei recordó dónde había visto antes esa marca, maltrecha y ennegrecida, pero claramente visible.

Harmattan.

—Maldita sea, Quinto, ¡protege a mi hija! —gritó Aleisa.

Era demasiado tarde para Talin. Mientras trataba de ponerse en pie, Harmattan volvió a atacar, dos golpes en la espina. Alzó su escudo a tiempo para evitar la bola descendiente del mayal de Través. El orbe radiante dejó una abolladura chamuscada en el escudo, pero Harmattan siguió ileso.

—¿Por qué me atacas, hermanito? —gritó, retrocediendo y adoptando una posición defensiva.

Lei se dio cuenta de por qué le parecía tan familiar... La voz era muy distinta, pero la forma de hablar era la misma que había oído en Xen'drik. Siguió hablando mientras Través le atacaba y él esquivaba todos sus golpes.

—¡Ha llegado el momento de coger nuestro destino con nuestras propias manos! Ésta es la voluntad de nuestro verdadero creador. Únete a mí. Derrotemos a estas criaturas de carne y abandonemos este lugar juntos.

—No de una pieza —dijo Daine.

La atención de Harmattan estaba centrada en Través y no había visto que Daine se unía a la refriega. Daine clavó sus hojas en el espacio blando que había entre las juntas de la armadura de Harmattan. El forjado era fuerte y rápido, pero carecía de la fortaleza y la capacidad de resistencia de la bestia de metal contra la que habían luchado hacía un momento.

O eso parecía. Harmattan siseó, airado, y Daine retiró sus armas para esquivar el golpe. Desde donde estaba, Lei se dio cuenta de que la herida empezaba a sanar inmediatamente. Las raíces-músculos de debajo de la armadura se reconstruyeron. «Fui creado para sobrevivir», había dicho. Y en su mente, Lei vio a su padre sosteniendo la cabeza del forjado. «Así es como se derrota a la muerte».

En ese momento, supo que Harmattan nunca caería ante una espada o un mayal. Sólo había una esperanza. Se abrió camino entre el desorden, ignorando el grito de dolor de Daine, que había recibido un golpe de Harmattan. Se agachó bajo Través y llegó hasta Harmattan, pero le faltó velocidad. Su escudo le dio de lleno, la hizo retroceder y casi la tira al suelo.

Sus compañeros no eran estúpidos y se dieron cuenta de lo que trataba de hacer. Redoblaron sus esfuerzos, ahora ni siquiera trataban de derribar al forjado, sólo querían distraerlo. Harmattan podía reparar los daños provocados por los ataques de Través, pero aunque no le causara un daño permanente, era difícil ignorar un golpe de mayal en la cara. Daine engarzó la espada del forjado con la suya para impedir que atacara a Lei. Sólo estaban comprando tiempo, pero era lo único que Lei necesitaba. Deslizándose tras él, puso la mano en la espalda de Harmattan y dejó que toda su ira y su furia se filtraran en él. Las indignidades que había sufrido en Xen'drik, la muerte de su padre, los misterios que quizá nunca se resolvieran. Su furia era un cuchillo al rojo vivo y cortó el centro mismo del ser de Harmattan.

Explotó. Los pedazos se esparcieron por la sala, fragmentos de raíz y trozos de metal. Lei supo que el Harmattan que habían conocido en Xen'drik podía reconstruirse a sí mismo incluso en un estado tan ruinoso, y contuvo el aliento. Pero

nada sucedió. Los pedazos cayeron al suelo y se quedaron inmóviles. Lei suspiró.

—No hay más tiempo. —Aleisa estaba arrodillada junto a Talin y tenía la túnica manchada de su sangre—. He preparado el círculo para que te lleve adonde tienes que ir. Vete. De prisa.

—Madre... —dijo Lei. Se arrodilló junto a ella y fue a tocarla—. No puedo dejarte. No sabes lo que se acerca. No...

—Sí lo sé, hija mía, más que yo. Talin no quería que sucediera así, pero sabía que era inevitable. Todo lo que es carne debe morir, después de todo. —Esbozó una sonrisa gastada y besó a su hija en la mejilla—. Mi trabajo aquí ha terminado, Lei. Mientras estés viva, yo estaré contigo.

Se puso en pie sosteniendo la mano de Lei y la llevó al círculo. Cuando volvió a hablar, había algo distinto en su voz, incluso en su cara. Parecía que era más joven, más semejante a Lei en cada momento.

—Recuerda, Lei. «Quiere ser destruido». Ése es su fin. Mira en tu interior y sigue el camino.

—¿Madre? —preguntó Lei, confundida.

Aleisa se volvió hacia Daine.

—En este momento, tienes más poder del que te imaginas, y es ese poder el que te llevará adonde tienes que ir. En este lugar, estás atado por tus propios recuerdos. En el lugar al que vas, tendrás que utilizar tu don hasta sus últimas consecuencias.

—Un momento —dijo Jode—. ¿Quieres decir que eres...?

—¡No hay más tiempo! —dijo Aleisa.

Mientras hablaba, se produjo un cambio en el aire, un terrible escalofrío que pareció retorcer la carne y los pensamientos de Lei.

—¡Vete! —dijo Aleisa, empujándolos al círculo plateado. La sala empezó a llenarse de una mortal bruma gris.

—¡Madre! —gritó Lei.

Y se fueron.

CAPÍTULO 32

LA OSCURIDAD
ONÍRICA
DAL QUOR

—Esto no es la meseta de Dorn —dijo Daine.

«Os habéis teletransportado —informó Shira—. Seguíis en Dal Quor. Vuestra situación actual... es imposible».

Través sintió que Shira irradiaba asombro, un estallido de emoción impropio de ella. «¿Por qué?». Los alrededores parecían mundanos. Estaban en una meseta, una elevación que dominaba un cañón. Una sola luna brillaba sobre ellos, llena pero raramente débil.

«Habéis entrado en el corazón de Dal Quor. Ningún ensalmo común permite este desplazamiento».

—La historia ha sido alterada —dijo Jode—. Creo que mucho de lo que hemos visto sucedió realmente en el risco de Keldan. Eso explicaría por qué el padre de Lei no la ha reconocido al principio, y por qué habéis tenido tantos problemas con el segundo forjado.

—Cuarto —dijo Través.

—Como quieras —dijo Jode—. Al final, la mujer se estaba dirigiendo claramente a nosotros en el momento presente. No hablaba de nuestra historia. Ella debe habernos mandado aquí..., «adonde tenemos que ir».

—Y ha dicho que estaba utilizando la fuerza de Daine para hacerlo —observó Través.

«Muy probablemente era una referencia a la energía del eidolon dracónico —observó Shira—. He infravalorado ese poder. Creo que está en marcha un efecto exponencial».

—¿Y por qué no recordábamos nada de eso? —dijo Daine.

—Ya has visto la neblina que ha llenado la sala al final —respondió Jode—. Hemos visto esa bruma antes, señalando la barrera del Luto. Quizá cuando sucedió en realidad estuvimos atrapados más tiempo y nuestra amnesia fue producto de una breve exposición a las energías del Luto.

—O quizá los padres de Lei nos hicieron olvidar —dijo Daine—. ¡Todavía no sabemos qué estaban haciendo allí! Ellos...

Daine se detuvo, y un ligero rubor encendió sus mejillas. Través estaba perplejo. Se dio cuenta de que Lei acababa de ver morir a sus padres, y fuera en sueños o no,

esa experiencia era, sin duda, difícil. En circunstancias normales habría intervenido en la discusión sobre teoría arcana y de planos, y su silencio decía mucho de su estado. En realidad, se había alejado de los demás y caminaba hacia el borde de la meseta.

Través y Daine intercambiaron una mirada.

—Capitán —dijo Través—, aunque conozco la fuerza de tus sentimientos, en este momento creo que mi presencia la reconfortará más.

Daine suspiró.

—Ve.

Través alcanzó rápidamente a Lei. Ella estaba mirando la tierra baldía que había más abajo, oculta en la oscuridad de la noche. Través tendió la mano. No estaba seguro de si ése era el gesto correcto, pero ella tendió la suya y la cogió con tuerza. No dijo nada y dejó que fuera ella quien decidiera cuándo hablar.

—No puedo pensar en eso ahora —dijo. Su voz era espesa, tenía las mejillas llenas de lágrimas—. Esto... ahora no. No con todo lo demás en juego.

—Lo entiendo —dijo Través.

Y, por una vez, era cierto. Sintió emociones guerreando en su interior, sentimientos que no sabía que tenía. Reconocer a Harmattan había sido todo un sobresalto. Pero había algo más, un sentimiento más raro. Talin y Aleisa eran también sus padres. Nunca había conocido a sus creadores y nunca había creído que ese conocimiento importara. Pero ahora su mente estaba llena de preguntas. ¿Qué esperaban sus padres de él? ¿Había cumplido? ¿Qué planes tenían para él?

¿Y qué quería decir Harmattan? «Ésta es la voluntad de nuestro verdadero creador».

Aunque sentía la pérdida y la confusión, había en su interior un ascua brillante. Lei. Su hermana. Afrontarían el futuro juntos, y si esos misterios podían ser desvelados, encontrarían el modo de hacerlo.

Lei apretó su mano con más fuerza.

—¡Hueste soberana! —dijo, asombrada—. ¡Mira las llanuras!

Través dejó a un lado sus atribulados pensamientos y miró el desierto. Al principio, no vio nada raro. Estaban sobre las llanuras, y la luna era débil, pero después se dio cuenta...

Las llanuras se estaban moviendo.

No había en ella hogueras, ni luces de ninguna clase, y Través tardó un momento en ajustarse a la distancia y la visibilidad limitada. Un ejército se extendía en el desierto, hasta donde le llegaba la vista. Través había visto muchos ejércitos durante la Última guerra, pero aquella fuerza surgía de pesadillas. Pelotones de insectos horribles junto a masas de tentáculos reptiles y figuras formadas de pura sombra. Formas de extrañas máquinas de asedio se alzaban en la noche, cañones de cristal y hueso curvado. A pesar del movimiento constante, un espeluznante silencio reinaba en el desierto. Ninguna luz, ningún sonido, sólo pesadillas aprestándose para la

guerra.

Daine corrió hasta ellos.

—¿Qué es eso?

Lei se puso los anteojos y se ajustó los lentes.

—Son miles —dijo—. Decenas de miles. Quizá más. Veo... círculos, anillos de cristal, tal vez de cuarenta pies.

«Las legiones de Dal Quor se preparan para la batalla. Recuerdo cuando mi pueblo se reunió en las puertas. —El pensamiento de Shira estaba teñido de pena y vergüenza—. Las canciones llenaban el aire y nuestros pendones de cristal convertían la llanura en un océano de estrellas. Servíamos a la gran luz. Nos creíamos los heraldos de la gloria, encarnaciones perfectas de la sabiduría. Pero Xen'drik desdeñó nuestra guía y se negó a ser el ejército de nuestro pueblo. Y como no nos protegieron de la destrucción, nos declaramos en guerra. Golpeamos sus sueños. Rasgamos el tejido de la realidad. Y esos horrores de ahí abajo harán cosas mucho peores. No hay en ellos piedad, sólo malicia. Lo percibo».

—Llama —murmuró Daine—, no podemos enfrentarnos a eso.

—No tenemos por qué —dijo Lei, quitándose los anteojos—. Lo único que tenemos que hacer es encontrar el orbe y destruirlo. Eso es lo que ha dicho mi madre. Nos ha mandado adonde teníamos que estar. La única cuestión es qué hacer ahora.

—¿Darse la vuelta? —dijo Jode.

Través siguió la mirada de Jode, pero sólo vio piedra y cielo.

—¿De qué estás hablando, Jode? —dijo Daine.

—Allí, en el centro de la meseta. ¿No veis la torre?

«Tiene razón —dijo Shira—. Hay una fuerza que trata de engañar a vuestros sentidos, de ocultar lo que hay ante vosotros. Mirad más allá de la mentira».

Través estudió la meseta. Una torre, había dicho Jode. Si había una torre allí, ¿cómo podía ser? Dejó que la imagen vagara en su mente, una oscura aguja alzándose hacia el cielo sin estrellas..., y apareció. Una torre de dientes. Cuatro inmensos colmillos ascendían por la noche y sostenían una sola aguja de marfil y carne. Docenas de bocas adornaban los muros de músculo negro, y las fauces de un viejo dragón eran la puerta de entrada, sonriendo sobre un pequeño tramo de escaleras.

—¿Qué es eso? —dijo Daine, contemplando la torre—. ¿Está vivo? ¿Nos ve?

—Es una manifestación de la Oscuridad onírica —dijo Través, permitiendo que Shira hablara por medio de él—. Como lo es la piedra sobre la que estamos. En cierto sentido, la torre se comportará como un ser vivo. Pinchad un muro y sangrará. Pero no hay inteligencia tras sus acciones, y no puede percibir nuestra presencia.

—Es la forre de los Mil Dientes —dijo Lei—. Ahí es donde nos dijo el dragón que estaba el orbe.

—¿Dónde están los guardianes? —dijo Daine—. Esto no me gusta.

Una vez más, Través dio voz a los pensamientos de Shira:

—Los guardianes están a nuestro alrededor, capitán. Los quori no creen que sea

posible teletransportarse a este sitio. Estamos en el corazón de un ejército, y cualquier intruso habría tenido que luchar contra miles de espíritus de pesadilla para llegar hasta aquí. Con suerte los señores de este reino no considerarán necesaria más seguridad que ésa.

—No nos fiemos de la suerte —dijo Daine mientras examinaba la torre—. Es pequeña, así que preparaos para luchar cuerpo a cuerpo. Través, prepara tu mayal. Lei, ¿cómo estás?

—Cerca del límite —respondió—. Enfrentarme a Harmattan me ha dejado exhausta.

—¿Jode?

El mediano se pasó una mano por encima de la cabeza.

—Me queda un poco más de magia, creo. Tratad de no perder un brazo.

Daine asintió.

—Lei, arregla como puedas a Través; después, echa un vistazo al camino. Sería una muerte estúpida llegar hasta aquí para pisar un disco explosivo.

«No hay discos explosivos ni guardas místicas de ninguna clase».

—No hay discos explosivos —dijo Través.

—Me gustaría que fuera Lei quien me lo dijera —dijo Daine.

«No confía en mí —pensó Shira—. Quizá sea sensato. Siento la oscuridad creciendo en mi interior. Pero moriré antes de que me vuelva contra ti. Y moriré pronto».

Través sintió una punzada de dolor, pero sabía que no podía hacer nada. Cada vez que se comunicaban, sentía que los pensamientos de Shira eran más débiles. En el pasado su presencia era tan fuerte como la del propio Través; ahora, sus pensamientos parecían débiles ecos en lo más hondo de su mente.

«Quédate cerca de Lei —le dijo Shira—. Mi fortaleza se desvanece rápidamente y si te alejas mucho de ella perderás la conexión».

Lei acabó su trabajo con Través y centró su atención en la meseta. Dio unos cuantos pasos en dirección a la torre.

—No hay discos explosivos, no hay nada —dijo—. Camino despejado.

—Entonces, entremos —dijo Jode—. Puede ser que estemos lejos del ejército de ahajo, pero algunas de mis pesadillas tienen alas y no quiero estar aquí cuando una de ellas llegue.

—De acuerdo —dijo Daine. Desenvainó su espada y el Ojo vigilante que había grabado en la empuñadura brilló en la noche—. Través, a mi lado. Lei, justo detrás, y cuidado con las guardas.

Ninguna amenaza emergió de la oscuridad mientras cruzaban la meseta, ningún horror cayó del cielo ni surgió de las llanuras. Sólo hubo un problema: abrir las fauces del dragón. Los dientes y las paredes de carne se resistieron tanto a la magia de Lei como a la hoja adamantina de Daine.

«Éste es el sueño de la oscuridad —le dijo Shira a Través—. La fuerza no os

servirá de nada. Sólo la voluntad abre las puertas. La imaginación es la llave».

Daine pareció escéptico cuando Través se lo contó, pero Jode lo comprendió.

—Todo cuadra —dijo—. Daine, no comprendo el poder que parecemos tener, pero somos más fuertes juntos. La madre de Lei ha dicho que tendrías que utilizar «tu don hasta sus últimas consecuencias». Creo que podemos abrir las fauces.

—¿Sólo pensando en ello? —dijo Daine.

—Sólo pensando en ello.

—Vale la pena intentarlo —dijo Daine. Miró a cada uno de sus compañeros—. No sé si vamos a salir de ésta vivos...

—Dudo de que yo lo haga —dijo Jode. Suspiró—. Lo siento, ya lo sé, no es momento para bromas.

—No, tienes razón, Jode —dijo Daine—. Ya has sacrificado tu vida, y ahora te pido que arriesgues tu alma. Pero mira por el borde de ese acantilado. Creía que el Luto era el peor desastre que había visto jamás. Pero que Dolurh me maldiga antes de dejar que esa horda llegue a Khorvaire.

Se volvió hacia Través.

—Cuando te conocí no sabía mucho de los forjados. Me avergüenzo de haber creído que eras un objeto, una arma.

—Yo también lo pensaba, capitán.

—Esta noche soy sólo Daine. Has sido un buen soldado, Través. El mejor que he visto jamás. Pero has sido un amigo aún mejor y me considero afortunado de haberte conocido.

—Somos igualmente afortunados, Daine —dijo Través—. Y no voy a dejarte morir esta noche.

Daine sonrió. Miró a Lei y abrió la boca para hablar, pero ella le besó antes de que pudiera decir una palabra.

Observando a los dos, Través sintió una punzada de envidia. Aunque tenía sentido del tacto, nunca sabría cómo era ese momento para ellos. Después pensó en Índigo y en el placer que había hallado en su compañía..., una simple satisfacción cuando Lei le había cogido de la mano. Quizá no supiera lo que era el amor para un humano, pero sabía lo que era para un forjado.

—No me digas adiós —dijo Lei cuando se separaron—. No voy a dejar que te vayas.

Daine la miró a los ojos en silencio y finalmente se volvió.

—Bien, Jode —dijo. Se agachó y le dio la mano al mediano.

Y lentamente, muy lentamente, las fauces del dragón se abrieron.

—Conmigo, Través —dijo Daine. Y juntos, entraron en la Torre de los Mil Dientes.



Al entrar en la torre, Través se dispuso para la batalla. La guerra era su fin y se excitó al prepararse para enfrentar al enemigo. Había trazado planes para una docena de posibilidades, dependiendo del número y la naturaleza de los enemigos que les esperaran.

Pero la sala estaba silenciosa y vacía.

No había guardianes, ni bestias salidas de pesadillas, al menos no visibles. El suelo era músculo blando, pero Través sentía el rasguño del marfil contra los pies. La sala estaba completamente a oscuras, y aunque la vista de Través era suficientemente potente como para asegurar que no había movimientos en el lugar, no podía ver mucho más.

Una pálida luz cobró forma tras ellos. Lei, tejiendo fuego frío en su guante. Ahora podían ver la aridez de aquel espacio.

No había muebles, ni pendones, nada más que carne y dientes. Través echó un vistazo al centro de la sala. El suelo era una gran boca. El forjado acababa de subirse a un diente puntiagudo más grande que él. No sabía si la boca podía abrirse del todo, pero si podía, todos caerían a lo que quisiera que hubiera más abajo.

Daine le llamó la atención para que regresara al muro, lejos de la gran boca. El capitán señaló hacia arriba. Unos largos colmillos salían de las paredes de la sala, y Través se dio cuenta de que formaban una escalera que se alzaba hacia una abertura del techo. La torre no era muy grande, y esa cámara superior sería su cúspide. El fin de su búsqueda debía estar arriba.

«A menos que esté abajo», pensó Través, mirando las fauces sonrientes que se abrían en el suelo. Tensó que Shira respondería, pero permaneció en silencio.

Daine se envolvió en su capa vidente mientras ascendía por las escaleras. Estaba amortajado en sombras, y Través casi le perdió de vista. Le seguía de cerca. Los largos dientes eran resbaladizos y parecían muy frágiles bajo los pies de Través, pero a pesar de sus preocupaciones aguantaron su peso y subió hasta la cámara superior.

Seis colmillos surgían del suelo de carne de la sala, pilares curvos de marfil formando un círculo en el centro de la cámara. Cada uno de ellos doblaba la altura de Través y podría haber sido escondrijo de un enemigo. Daine señaló hacia la derecha y procedió a rodear lentamente el anillo hacia la izquierda, siempre cerca de la pared. Través siguió su señal y se deslizó también pegado al muro.

Nada.

El centro de la sala, el espacio entre colmillos..., allí no había nada. Ni monstruos ni un orbe reluciente, sólo un mosaico de dientes entrelazados procedentes de

docenas de criaturas distintas.

Través siguió rodeando el círculo. Cuando encontrara a Daine decidirían cuál sería su siguiente paso.

Tero cuando Través llegó hasta él, Daine ya estaba muerto. Le habían cortado el cuello, una herida profunda que le había partido la columna vertebral y casi le había decapitado. Otro golpe le había alcanzado en el corazón, había atravesado la malla y le había salido por la espalda. Tenía los ojos abiertos y asustados. Le salía sangre de las heridas, pero el suelo de carne la absorbía.

No había tiempo para el miedo. La criatura que hubiera hecho eso se movía rápida y silenciosamente. Través ni siquiera había oído cómo caía el cuerpo de Daine al suelo. Ya habría tiempo para llorar la muerte del capitán más tarde. Ahora tenía que defender a los vivos.

«¿Lei? —Través todavía no dominaba el uso del vínculo telepático que compartía con la artificiera, y no estaba seguro de cómo activarlo—. Peligro».

No hubo respuesta.

Con la espalda contra la pared, Través regresó rápidamente hasta la escalera. Vio la luz del fuego frío de Lei en lo más alto. Cuando se acercó, vio una mano en un guante brillante cortada sobre el suelo.

«¡Lei!».

—¿Crees que esto es doloroso? —La voz procedía de detrás de los pilares de marfil. La figura que salió a la vista apenas era visible. Tenía la piel cubierta de dibujos cambiantes de la oscuridad—. Todavía tienes mucho que aprender del dolor.

Través puso a girar su mayal y la bola dorada se encendió, ardiendo con un calor tan intenso como su furia. Índigo estaba delante de él, y unos pinchos adamantinos emergieron de las placas de sus antebrazos.

—No puedes estar aquí —dijo Través. La duda guerreaba con la ira—. No puedes soñar.

—Te olvidas, hermano —dijo—. Trataste de enterrarme en una bodega bajo Xen'drik, la misma bodega de donde sacaste a tu compañera de metal. ¿Crees que era la única?

Través vio la gema esférica que Índigo tenía en el pecho, una esfera casi idéntica a la de Shira. «¿Es esto posible?», pensó, pero no halló respuesta.

—Puede ser que esté atrapada para siempre en el Monolito de Karul'tash. —Índigo siguió trazando un círculo a su alrededor, lentamente—, pero me dieron una última oportunidad para ver si pagas tu traición. Te lo dije, Través. Si muero, ella muere conmigo. Y ahora lo ha hecho. —Abrió los brazos—. Venga, hermano, ¿no acabarás lo que empezaste?

—No —dijo Través. Sus pensamientos eran un remolino. Podría haber destruido a Índigo antes de abandonar Karul'tash, cuando le había permitido sobrevivir en un estado inerte—. No entiendes lo que has hecho. El destino de Eberon...

—No significa nada para mí —dijo Índigo—. Ya lo viste. ¿Por qué iba a

preocuparme por lo que sucede en el mundo que hay fuera de mi cárcel? Sólo quería que sintieras mi dolor, y eso ya lo he hecho. Venga, Través, muramos en la batalla. Es lo que siempre hemos hecho.

«No», pensó Través. Lei y Daine, y probablemente Jode, estaban muertos. Nada podía hacerse por ellos. Había terminado. ¿De qué iba a servir otra muerte?

—Quizá deberías quedarte esto —dijo Índigo—. Para recordarla.

Le dio una patada a la mano cortada de Lei, que rebotó en el suelo y fue a dar contra el pie de Través.

Y algo se rompió en su interior.

Través no era proclive a la ira. La batalla era una cuestión de cuidadoso cálculo. Hasta ese momento. Una ira pura tiró de él por el suelo de marfil y su mayal fue un rayo luminoso. Pese a su rapidez, Índigo no estaba preparada para la furia de la embestida de Través y la bola impactó contra su pecho dejando su armadura abollada y quemando los cordones que había debajo. Retrocedió dando un traspié, y Través alzó su mayal para acabar con ella. Pero antes de que pudiera golpear, Índigo se lanzó hacia adelante con los brazos tendidos. Unas hojas adamantinas deberían haberse clavado en el torso de Través, pero no sintió el impacto. En lugar de eso, un fuego invadió su cuerpo y quemó su interior. La agonía fue terrible y demasiado conocida.

«¡Lei!», gritó en su mente, y el dolor borró todo pensamiento.



CAPÍTULO 33 TORRE DE
LOS MIL DIENTES

Lei sólo necesitó un pensamiento para tejer fuego frío en su guante y conjurar una débil luz para hacer que a las sombras retrocedieran. Sus ojos se abrieron como platos cuando vio la inmensa boca que había en el suelo. Través estaba sobre un diente y resultaba demasiado fácil imaginar a la boca abriéndose y tragándose entero.

Daine le dedicó una mirada inquisitiva, y Lei se puso los anteojos y escudriñó la sala. Esos lentes eran una herramienta diseñada para localizar y analizar auras mágicas. Si había defensas mágicas en el lugar, los anteojos la ayudarían a encontrarlas. Los lentes eran, sin duda, un regalo inesperado por parte de una reina hada. Llevaban las marcas de un diseño Cannith y parecían haber sido muy utilizadas. Naturalmente, Lei había visto unas idénticas hacía menos de un día, después de caer en el río de la verdad y contemplar a su joven madre en Xen'drik. ¿Podían haber pertenecido a la madre de Lei? ¿Cómo habían ido a parar a manos de la reina del Ocaso y por qué se las había devuelto a Lei?

Esas preguntas no podían ser respondidas en Dal Quor, y Lei centró toda su atención en la tarea que tenía delante. No vio indicios de glifos ni guardas y le hizo a Daine la señal de que todo estaba en orden. Éste, a su vez, le hizo un gesto a Través, y los dos guerreros subieron por las inquietantes escaleras.

Lei esperó al pie. Por muy útil que su guante iluminado pudiera ser en esa oscuridad, sin duda llamaría la atención de cualquier criatura que se encontrara en el segundo piso. Tenía que dar a Través y Daine la posibilidad de alejarse de las escaleras antes de seguirlos. Miró a Jode, y éste le sonrió. A pesar de todo el horror que les rodeaba, Lei no podía evitar una cierta sensación de calidez. Los cuatro volvían a estar juntos y sentía que nada podía detenerlos.

«Ya ha pasado tiempo suficiente», pensó. Empezó a subir por las traicioneras escaleras, tratando de mantener el equilibrio. Tendió un brazo para apoyarse en la pared, pero encogió los dedos cuando unos pequeños dientes afilados se los mordieron. Paso a paso. Poco a poco.

Llegó a la cima de las escaleras. Fue un cambio agradable después de la carne y los huesos del piso inferior. La piedra negra era confortablemente estable bajo sus pies. Y había una luz que se filtraba desde los faroles de fuego frío del gran salón. Un

pasillo demasiado largo para caber en la torre, al menos tal como parecía desde el exterior. Miró el farol más cercano y un estremecimiento recorrió su columna.

Estaba en León negro. Las escaleras a su espalda habían desaparecido y no había ni rastro de Jode, Daine ni Través.

—Esto es un sueño —dijo—. No estoy loca. Nada de esto es real. Sólo estás viendo imágenes de tu mente.

«¿Lei?».

¿Era un sonido? ¿O sólo un pensamiento presionando su mente?

—Esto es un sueño —repitió Lei.

Recordaba lo que Jode les había dicho acerca de la naturaleza de ese lugar y trató de imaginar muros de piedra negra desvaneciéndose. Pero oyó pasos, lejos, en el pasillo, la débil risa de una niña. Y un frío susurro resonando en la piedra.

«Tendremos que destruirla».

Era la voz de su padre y no pudo reprimir un estremecimiento.

—Muy listo —gritó—. Pero empecé a trabajar con ilusiones cuando era una niña. Tendrás que hacer algo más para impresionarme.

«No pretendemos impresionarte».

El fuego frío brillaba en un millar de pedazos del cuerpo de Harmattan y la capa de cuchillas que le rodeaba. Como cuando le había visto por primera vez, tenía la cabeza envuelta en una nube de bruma. Ahora que la oscuridad se posaba sobre su cuerpo, revelaba la cabeza con cicatrices de un forjado..., los maltrechos restos de su cuerpo original.

«Sólo pretendemos destruirte, hermanita».

—Entonces, ¿por qué no lo hacéis? —dijo Lei—. Estás tratando de provocarme. Evocándome recuerdos. Mostrándome a la criatura que mató a mi padre. Si quieres destruirme, podrías golpearme sin decir una palabra.

«No he dicho que quiera matarte, Lei. He dicho que quiero destruirte. No tienes ni idea de los problemas que has causado. Dejarte morir rápida e inconscientemente... El tiempo de esa piedad pasó hace mucho tiempo».

Lei luchó contra la duda. ¿Podía estar diciendo la verdad? Sabía muy poco de Harmattan. ¿De qué era capaz?

—¿Dónde están los demás? —dijo—. ¿Daine? ¿Través?

«Allí —dijo Harmattan—. Eso bastará. Muere ahora sin conocer su destino».

Había olvidado lo rápido que podía moverse. Su puño fue un borrón y sintió que la carne se le partía y las costillas se le rompían cuando impactó contra ella. La fuerza física la arrojó hacia atrás, pero había algo más, un terrible calor que le quemó la piel.

Harmattan alzó su puño para otro golpe, pero antes de que pudiera atacar, Lei saltó y le hundió las manos en su pecho. No tenía ni idea de si podía herirle de ese modo, pero de todas formas seguía siendo un forjado. Sintió la red vital ante ella y descargó toda su energía, tratando de hacer añicos a Harmattan una vez más. Sólo entonces se dio cuenta: el patrón que percibía era muy familiar.

«¡Lei!».

Era Través quien ardía ante sus manos. Lei le soltó, la cabeza le daba vueltas a causa de sus terribles heridas y sintió que caía contra el suelo de marfil.



LA TORRE
DE MIL DIENTES
DAL QUOR

—¿Través? —dijo Daine en voz baja.

Los dos habían subido hasta la cámara del segundo piso y habían recorrido el borde de la sala. Al principio, Daine quedó decepcionado. Pensó que su suerte había dado un vuelco, que habían encontrado el orbe esperándolos sin vigilancia.

Cuando cruzó la sala y se reencontró con Través, su decepción se convirtió en preocupación. El forjado ignoró la señal de Daine, incluso sus palabras, y pasó ante él de camino a las escaleras.

—No puede oírte.

La voz procedía de debajo de uno de los colmillos que había en el centro de la sala. Y era una voz que Daine conocía bien.

—Lakashtai —dijo—. Y yo que creía que tendría que luchar contra todo ese ejército para encontrarte.

—¡Oh, Daine! ¿Has venido por mí? Estoy conmovida.

Lakashtai entró en el círculo de colmillos y su ligera sonrisa provocó un escalofrío en Daine. Era una criatura de sueños, demasiado perfecta para la naturaleza, su piel blanca como la nieve, su pelo como un río negro manado por su espalda, sus rasgos esculpidos por un artesano con talento para la belleza, pero incapaz de comprender la emoción. Los ojos verdes de Lakashtai parecían brillar a la débil luz que subía desde la cámara inferior, e incluso desde el otro lado de la sala, Daine sintió la fuerza de su personalidad, su carisma casi irresistible.

Daine no dudó. Se lanzó hacia ella con la punta de la espada a la altura de su garganta. La respuesta de Lakashtai fue perfecta. Dio un largo paso atrás, con una lánguida elegancia, como si no le preocupara cómo acabara aquello. Pero ese paso fue suficiente para alejarla de Daine. Éste estaba atacando por segunda vez cuando ella volvió a hablar.

—¡Lei!

Una palabra, pero fue suficiente para detener a Daine. Mantuvo su espada alzada, dispuesta a atacar.

—¿Qué pasa con ella?

—Si te preocupan Lei y Través, te recomiendo que bajes la espada.

—¡Lei! —gritó Daine. La luz se estaba haciendo más fuerte. Lei estaba subiendo por las escaleras—. ¡Lei! —gritó de nuevo.

No hubo respuesta. Mirando por encima de su hombro, Daine vio que Través estaba arrodillado, como si examinara algo en el suelo. Lei apareció en la cima de la escalera. Si oyó a Daine, no dio muestras de ello, ni reconoció su presencia. Miró por la sala con una expresión confundida.

—¿Qué les has hecho? —dijo Daine.

—Baja la espada, capitán Daine, o te aseguro que lo descubrirás.

Los ojos de Lakashtai refulgían en la oscuridad, y Daine sintió una sutil necesidad de obedecer su orden. Era un efecto poderoso e insidioso, y sólo entonces se dio cuenta de las muchas veces que lo había utilizado con él en el pasado. Aunque en ese momento tuvo poco impacto, no tenía elección. Bajó el arma.

—Debo reconocer que nunca esperé ver a un forjado aquí —dijo Lakashtai, observando cómo Través se ponía en pie y cómo Lei cruzaba la sala—. Si hubiera sabido que era posible, podría haberme centrado en Lei desde el principio y eso habría sido mucho más fácil.

—¿Qué les has hecho? —dijo Daine.

—Controla tu temperamento, capitán —dijo Lakashtai. Una bruma negra jugueteaba alrededor de sus pies y unas sombras pendían del dobladillo de su túnica negra—. Ya no estás en tus sueños, pequeño Daine. Estás en los míos. Ellos ven lo que yo quiero que vean.

—Pues no. ¿Interesante, verdad? —dijo Jode.

El mediano debía haber seguido a Lei. Estaba apoyado en uno de los colmillos curvados. Los ojos de Lakashtai se abrieron como platos. Para ello, eso era tan significativo como un grito.

—¿Sorprendida de verme?

—Esa maldita esfinge —dijo Lakashtai, y su tranquila fachada se vino abajo para revelar la ira que había tras ella—. Lo reconozco, me he preguntado qué había sido de ti, Daine, por qué ya no podía tocar tu mente.

Daine recordó su primer sueño después de beberse la poción en Karul'tash... La visión del gigante oscuro aplastando el escudo de luz.

—No podías vencer nuestras fuerzas sumadas.

Lakashtai sonrió.

—¡Oh, Daine! Sí, vuestras almas gemelas son más poderosas de lo que esperaba. Una jugada inteligente. Pero ahora te has puesto en mis manos. Puedes tener la fuerza de dos almas, pero yo soy una de las elegidas por la mismísima Oscuridad onírica, y éste es el lugar en el que tengo más poder. Deberías haberte marchado solo y disfrutar del poco tiempo que le queda a tu mundo.

—Eres lista —dijo Jode—, pero pese a tus bravatas, sigues aquí. No creo que puedas detenernos. Danos la luna de cristal y acabemos de una vez.

Lakashtai se rió, fue un sonido terrible.

—¿No crees que pueda deteneros? No tienes ni idea, mediano. La Oscuridad onírica me ha recompensado por mi leal servicio y no puedes ni imaginar cuál es mi poder. Estás vivo sólo porque me divierte..., y creo que ya he tenido suficiente contigo. —Miró a Daine y sonrió—. Daine, ¿por qué no matas a tu amigo para mí?

—¿Por qué iba a...?

—Porque si lo haces, dejaré que Lei se vaya y os permitiré a ambos despertaros y pasar vuestros últimos días juntos. Si no es así, morirá ante tus ojos. Después mataré a tu amigo. Y si tienes suerte luego dejaré que mueras. —Extendió el brazo, y la oscuridad ascendió hasta rodear sus dedos—. Tienes cinco segundos.

—No —dijo Daine—. No es necesario. Has ganado.

Algunas imágenes cruzaron su mente. El vasto ejército en el exterior. Criaturas de pesadilla derribando las murallas de Altos muros y Sharn. Y Lei. Tendida en una cama en Thelanis, prácticamente muerta. El desgarró de su corazón cuando creyó haberla perdido.

—Daine... —dijo Jode.

—Lo siento.

Daine expulsó todas las emociones de su mente. Alzó su espada y su daga y recurrió a la velocidad y la fuerza del fuego del dragón que todavía ardía en su interior.

Golpeó a Lakashtai.

Por una vez, Daine cogió a Lakashtai desprevenida. La punta de la espada de su abuelo desapareció en la garganta mientras la daga destellaba hacia un ojo verde brillante. Fue rápido y brutal, y Daine no se enorgulleció de lo hecho. Pero no podía arriesgarse a dejarla viva un momento más.

Pero siguió viva. Cayó sobre sus rodillas. La sangre le goteaba por la pura piel blanca. Pero no murió. Abrió el ojo destrozado, que ahora era un estanque de pura oscuridad.

En ese momento, Través se lanzó contra Lei; su mayal fue como un rayo de luz en las sombras. Daine oyó un terrible crujido cuando la bola impactó contra el pecho de Lei. Le salió sangre de la boca mientras retrocedía dando un traspié.

—¡No! —gritó Daine.

Obligó a Lakashtai a permanecer en el suelo golpeándola una y otra vez. La ira abrumaba todos sus sentidos. Cuando su visión se aclaró, tenía las manos cubiertas de sangre y la vida había abandonado el cuerpo de Lakashtai. Se volvió, asustado por lo que podía encontrarse.

Lei debía haber devuelto el ataque de Través; ambos estaban tendidos en el suelo. El jergón verde de Lei estaba hecho trizas y quemado, y le salía sangre del pecho. La mitad de los músculos de Través se habían partido y tenía las placas de la armadura abolladas, algunas colgando de su cuerpo. Jode se arrodilló junto a Lei y la Marca de dragón de su cabeza ardió con luz azul.

Daine estuvo allí en un instante, arrodillado entre los dos.

—¿Es grave?

—Estoy... bien... —dijo Través; su voz fue apenas un susurro. Levantó la cabeza, aunque pareció tener dificultades en mantenerla erguida—. ¿Lei?

—Estoy haciendo lo que puedo —murmuró Jode.

Un instante después, Lei tosió y le salió sangre de los labios.

—Jode —dijo débilmente, y el corazón de Daine dio un vuelco.

—Sí, Lei —dijo Jode—. Todavía no te has deshecho de nosotros.

«¡Oh!, pero yo lo haré».

La nueva voz resonó a su alrededor, y Daine no supo si era un sonido o tenía lugar en su mente. No había nada humano en esa voz. Era miedo frío, la fuerza que un niño ve en la oscuridad, un horror aún peor por no ser visible.

—¿Creéis que matar un cuerpo significa algo para mí? No tenéis ni idea de lo que somos. Soy tus pesadillas, Daine. Soy cada miedo que has tenido en tu vida, y los horrores que nunca has imaginado.

—Protégelos, Daine —dijo Jode, cogiendo al capitán por la muñeca—. Sabemos que podemos hacerlo. No le permitas que se haga con ellos otra vez.

Una vez más, Daine sintió un calor manando de Jode a él. Notó las emociones de su amigo, su amor y su valentía. Pensó en Lei y Través, y extendió sus sentimientos hasta cubrirles de luz. Y se volvió.

Había una sombra sobre el cadáver de Lakashtai, una masa de pura oscuridad. Daine vio las formas ocultas en su interior...

Lakashtai de nuevo en pie.

Su padre con una espada en la mano.

Niños asesinados en las calles de Altos muros.

El terror y la desesperación se apoderaron de él, y sintió un loco deseo de cortarse el cuello. Pero Jode estaba a su lado, y Lei y Través le necesitaban. Lanzó su voluntad contra la temible tormenta, y ésta se aplacó.

—Impresionante. Tenía tantas esperanzas de ver cómo os matabais entre vosotros. Pero no puedes luchar contra mí.

Unos tentáculos salieron de la nube, unos tentáculos reptiles de sombra sólida. Algunos tenían cabezas de terribles bestias y otros terminaban con afiladas hojas. Avanzaron hacia Daine y Jode, lenta pero inexorablemente, y el capitán sabía que ninguna espada podía tocar esa oscuridad.

Pero el fuego sí.

El brazo de Daine se alzó por voluntad propia, y su espada cayó de unos dedos que, de repente, se habían quedado sin nervio. La energía en su interior formó una ola, el fuego del dragón, el regalo del eidolon dracónico. La oscuridad se derrumbó sobre sí misma en una red de luz prismática. Y la sombra aulló.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Jode.

Daine no tenía ni idea. Sentía que el poder crecía en su interior, pero no lo estaba haciendo él.

—¡No puedes hacerme daño! —La voz rugió a su alrededor—. Soy parte de este reino, ¡una parte de la oscuridad! ¡No puedo morir!

Daine sintió un terrible dolor, como si le estuvieran vertiendo ácido en la espalda. La Marca de dragón le abrasaba la carne y un brillo rojo vivo llenó la cámara, una luz procedente de su marca que atravesó la armadura para iluminar la sala. La agonía crecía a cada momento. Y entonces, explotó. Un rayo de energía salió de su pecho, una masa de líneas retorcidas. Era como si la Marca de dragón se estuviera expandiendo. Ese rayo impactó contra la nube de oscuridad, la envolvió, la consumió... Y desapareció, volviendo a introducirse en Daine con otra oleada de dolor. Lo único que quedaba del espíritu de Lakashtai era una bola de luz brillante, un orbe de cristal. La esfera cayó al suelo y rodó.

—Luna —dijo Lei. Se incorporó sobre una rodilla, y Jode la ayudó a acercarse a la esfera.

—¿Qué has... hecho..., capitán? —Través se puso en pie trabajosamente—. Shira... dice... que el espíritu está... destruido. Imposible.

—No lo sé —dijo Daine.

Cada uno de sus nervios gritaba de dolor y la espalda todavía le ardía. En lugar de disminuir, la presencia del fuego de dragón era más fuerte que antes.

—Capitán —dijo Través—. Lei y yo... sólo un momento... Shira muere. —Caminó dando tumbos hacia Lei.

La torre se estremeció.

—¿Qué es eso? —dijo Daine.

Través se arrodilló junto a Lei, que tenía en la mano la esfera de cristal.

—Tu obra... no ha pasado desapercibida —dijo—. La Oscuridad onírica... se alza.

—Necesito tiempo —dijo Lei. La esfera latía en sus manos, y ella tenía el rostro tenso por la concentración.

Jode cogió a Daine de la mano.

—Un momento más, amigo mío. Mantengamos este lugar en pie.

Los muros se estremecieron. Todas las bocas se abrieron y un aullido inhumano llenó la sala. Las paredes se abrían hacia fuera.

—Imagina —dijo Jode.

Daine lo hizo. Mientras la torre se derrumbaba a su alrededor, imaginó un refugio seguro. Una casa. Un confortable luego. Las voces de niños procedentes del piso de abajo. Las murallas de carne y marfil se cayeron y sólo el suelo permaneció en su lugar. Estaban atrapados en el ojo de una tormenta, y todo a su alrededor era una oscuridad aullante, un caos de horror.

—Sí —dijo Lei—. Quiere ser destruida. Es una arma. Fue hecha para atravesar, para romper los vínculos entre planos. Lo único que tengo que hacer es encontrar el camino adecuado. Un momento más...

Tenía la cara manchada de sangre, la ropa rasgada, la piel llena de rasguños y

quemaduras. Pero era la mujer más hermosa que Daine había visto jamás, y la luz de sus ojos le daba fuerza, para luchar contra la tormenta.

Entonces, Lei desapareció.

La esfera estaba brillando, latiendo en su mano, y cayó al suelo. Lei y Través habían desaparecido. Daine vio una sombra en el lugar de Través que después fue arrastrada hacia la espiral que les rodeaba.

—¡No! —gritó.

La desesperación le abrumó, partió su escudo emocional. El suelo tembló bajo sus pies, y Daine y Jode cayeron hacia la oscuridad. El horror aullaba, triunfante.

Pero mientras caían, la luna cayó con ellos.

Aparecieron grietas, primero pequeñas, después cada vez más grande. Y mientras la oscuridad se levantaba para encontrarse con ellos, el orbe se convirtió en una esfera de pura energía, brillante como el sol, y les envolvió con su fulgor.

Daine sintió que el fuego de dragón crecía en su interior de nuevo, partiendo carne y espíritu y tirando.

Y el sueño se desvaneció.



Luz.

Luz del sol.

Un desierto. Estaba tendido en un desierto de arena, bajo un sol brillante.

No..., dos soles brillantes.

—¿Daine? —Jode se puso en pie y miró a su alrededor—. ¿Estás herido?

—Creo que no —dijo Daine.

Se sentó. Algo iba mal. Algo faltaba. El fuego de dragón. Esa sensación de energía ardiente, la extraña presencia en su interior..., había desaparecido.

De repente, la tierra tembló y todo cambió. Aire, arena, hasta los soles; por un momento, parecieron parpadear y casi apagarse.

—¿Dónde estamos? —susurró Daine.

—Esto es un sueño —dijo Jode, mirando alrededor—. Estamos en el linde de Dal Quor.

—¿No es un sueño mío? —dijo Daine, mirando los dos soles.

—No, creo que no. —Jode puso la mano en el pecho de Daine y su Marca de dragón brilló—. No sé qué ha sucedido, pero creo que ya no estás soñando.

—¿De qué estás hablando? —dijo Daine. El estremecimiento se repitió, y esa vez fue más fuerte. Cuando pasó, la arena se había convertido en una lámina de cristal

rojo.

—Estos terremotos... creo que son a causa de lo que hemos hecho. El plano está saliendo de su alineamiento con Eberon. No sé si ésa es la razón o no, pero te has convertido como yo. Has perdido la relación con tu cuerpo.

—No.

—Entonces, despierta. —Jode tendió su mano.

Daine la cogió y pensó en el primer sueño en Karul'tash, recordando lo que había hecho.

«Despierta».

Abrió los ojos..., y el desierto seguía allí.

—Lei —dijo—. Través. ¿Están...?

—Deben estar bien —dijo Jode—. Través ha dicho que su conexión estaba fallando. Han desaparecido antes de que la luna estallara en pedazos. No hay ninguna razón por la que sus espíritus no hayan vuelto a sus cuerpos.

«Lei». La vio en su mente, ensangrentada y hermosa, orgullosa y fuerte. Enfrentándose al Hombre del Bosque. Mirándole aquella noche en Thelanis, con la luna en sus ojos. Recordó la calidez de sus brazos. «Habrà tiempo para nosotros», le había dicho.

—No —dijo Daine—. No lo acepto. Hay un camino de salida. Tiene que haberlo. Y vamos a encontrarlo. —Bajó la mirada hacia Jode—. Para los dos.

Otro temblor. Se abrieron grietas en el desierto de cristal.

—No estamos solos —dijo Jode—. Quizá hayamos impedido que la Oscuridad onírica abriera sus puertas, pero los quori todavía reinan en este lugar. Tendremos que permanecer en el linde, seguir moviéndonos.

—Lo que haga falta. Pero encontraré un camino de vuelta a Lei, Jode.

—¿Aunque tengas que enfrentarte a mil pesadillas para hacerlo?

Daine asintió.

—Creo que acabamos de salvar el mundo. No puede ser tan difícil.

Jode sonrió y le tendió la mano.

—Entonces, vamos, amigo mío. Si la mujer adecuada está soñando, conozco una posada que prepara un estofado de tríbex como ninguno que hayas probado en el mundo despierto.

Daine le cogió la mano, y ambos se alejaron.



Lei abrió los ojos.

«¿Había funcionado?». Mientras su espíritu estaba siendo arrancado del orbe de cristal, había encontrado la hebra adecuada y habría mandado la orden. ¿Había actuado a tiempo?

Se puso en pie trabajosamente y dio tumbos hacia la abertura más cercana. Sentía un dolor fantasmal en el pecho, pero no tenía sangre en la piel ni ningún hueso roto. Estaba despierta, de vuelta en el monolito riedrano.

Llegó al arco y miró la noche. Las lunas apenas se habían movido. Parecía que el tiempo pasara más de prisa en Dal Quor que en Eberon. Escudriñó el cielo, buscando...

«¡Allí!». El orbe negro seguía en el cielo, apenas visible. La decimotercera luna. El corazón le dio un vuelco.

Entonces, la luna desapareció.

«Lo hemos logrado». No había ninguna duda en su mente. Sabía el poder que había en el orbe de cristal. Lo había sentido, se había fusionado con él. Si la luna se alejaba, Dal Quor estaba atrapado otra vez. Ahora sólo tenían que regresar a Thelanis y encontrar la puerta que les devolviera a Khorvaire. Con la ayuda de la reina del Ocaso, podrían estar en casa por la mañana.

«Lei. Regresa. Hay peligro». Los pensamientos de Través fluyeron en su mente y su preocupación hizo añicos el entusiasmo de Lei. Se volvió y se acercó a Través..., y se detuvo repentinamente.

—Xu'sasar estaba tendida en el suelo.

—¿Qué ha pasado? —dijo Lei.

—No lo sé. Está viva, pero inconsciente. Kin no está en ninguna parte.

—¿Qué hay de... Shira?

Través apartó la mirada.

—Shira ya no existe. Tenemos otras preocupaciones. Mira a Daine.

El corazón de Lei se aceleró. Miró hacia el suelo y lo vio tendido. Sintió pánico mientras corría hasta su lado, pero vio que su pecho se hinchaba y se deshinchaba. Estaba vivo.

Entonces, Lei se dio cuenta de lo que Través había dicho. Había un círculo alrededor de Daine, un dibujo pintado en plata y oro. Era un círculo de llamada, diseñado para ayudar el conjuro o la unión de espíritus. Entonces, Lei vio otra cosa. La espada de Daine... la vaina había sido sustituida y su espada estaba ahora en la vaina con joyas que había cogido en las Andas del Dormilón.

Daine se estiró. Sus ojos se abrieron y se sentó dando un respingo; miró a su alrededor nerviosamente. Lei se acercó a él, y él le cogió la mano como si fuera una cuerda que pudiera sacarlo de un mar tormentoso. Después, respiró hondo y le sonrió.

—Es bueno estar en casa —dijo.

GLOSARIO



- Adamantino:** aleación de extraordinaria fortaleza, el adamantino sólo puede ser forjado por medio de la magia. Las armas de adamantino son prácticamente indestructibles y pueden cortar cualquier material inferior.
- Alina Lorridan Lyrris:** maga gnomo con considerable riqueza e influencia. Sea una verdadera criminal o una simple amoral, Alina es una mujer poderosa que suele trabajar en las sombras. En el pasado vivió en la ciudad de Metrol, donde conoció a Daine. Actualmente reside en el distrito de Den'iyas, en Sharn.
- Altos muros:** distrito de la guarda del Bajo Desembarco de Tavick de Sharn. Durante la Última guerra muchos extranjeros que vivían en la ciudad fueron reubicados en Altos muros, y la mayoría de los cyr que viven en la ciudad lo hacen en este distrito.
- AR:** la mayoría de las naciones de Khorvaire utilizan el calendario de Galifar. La fecha actual se calcula a partir del nacimiento del reino de Galifar, el año desde la fundación del reino, o más sencillamente, AR.
- Árbol Torcido, El:** posada que se halla bajo la Luna de Densobosque de Thelanis. A pesar de estar en el dominio del Hombre del Bosque, El Árbol Torcido es una casa pública que se escapa a su control.
- Argonessen:** vasto continente al sureste de Eberron. Se dice que es el hogar de los dragones.
- Artesano mágico:** término genérico para cualquier profesional que utiliza la magia para aumentar su talento artesanal. El artesano mágico típico puede llevar a cabo sólo uno o dos encantamientos: entre los ejemplos se incluyen el herrero que aplica la magia para su tarea, el farolero que produce lámparas eternas y el augur que adivina el futuro de sus clientes.
- Artificiero:** encantador que canaliza la magia en el interior de los objetos, creando herramientas y armas temporales o permanentes.
- Áureon:** es el Soberano de la ley y el saber popular, la fuente del orden y el conocimiento. Guía a los gobernantes y los que juzgan, guía a los escribas y los

estudiantes, y se dice que ha creado los principios que los magos utilizan para hacer sus conjuros.

Balinor: es el Soberano del cuerno y la caza. Es el señor del mundo salvaje y los que se adentran en él. El cazador y el cazado están ambos a su cargo. Es considerado un protector del mundo natural, pero guía al cazador que obra con moderación y toma sólo lo que necesita.

Breland: la mayor de las Cinco naciones originales de Galifar. Breland es el centro de la industria pesada. El actual rey de Breland es el rey Boranel ir'Wyrnarn.

Cannith, casa: casa de los hacedores con la Marca de dragón.

Cantante del ocaso cyr:: pájaro nocturno que fue nativo de la nación de Cyre, el cantante del ocaso está probablemente extinguido tras el Luto. Los comandos cyr con frecuencia utilizan las llamadas del cantante del ocaso como señales de reconocimiento.

Casalon: ciudad fortificada de Cyre destruida en el Luto.

Cazador: señor de Thelanis. El Cazador es uno de los Nueve hermanos de la Noche, cada uno de los cuales domina un reino en Thelanis. El dominio del Cazador es conocido como Luna del Cazador.

Chimenea blanca: forja de la casa Cannith en Cyre. Se cree que fue destruida durante el Luto.

Cinco naciones: las cinco provincias del reino de Galifar: Aundair, Breland, Cyre, Karrnath y Thrane.

Colchyn: poderoso jabalí que vive bajo la Luna del Cazador de Thelanis.

Corazón Oscuro, señora: la más joven de las Hijas de Maderaoscura. Es también conocida como el Corazón de la Arboleda de Maderaoscura. Se trata de un poderoso espíritu de madera. Fue prometida a Torenas, el Hombre del Bosque, pero trató de escapar a su destino. Thelania la ayudó a huir a Eberron, donde se casó con Jura Corazón Oscuro. Finalmente, su espíritu se vio atrapado en un bastón de maderaoscura, que es donde sigue.

Corona: la corona de cobre es la moneda de menor valor acuñada bajo el gobierno de Galifar.

Corvagura: una de las provincias más grandes de la nación de Riedra. Corvagura es un reino de fértiles llanuras y bosques húmedos.

Cuarto: otro nombre del forjado ahora conocido como Harmattan.

Cyre: una de las Cinco naciones originales de Galifar, conocida por sus artes y artesanías. El gobernador de Cyre era tradicionalmente ascendido al trono de Galifar, pero en 894 AR Kaius de Karrnath, Wroann de Breland y Thalin de Thrane se rebelaron contra Mishann de Cyre. Durante la guerra, Cyre perdió significativas cantidades de territorio a manos de mercenarios elfos y duendes, que crearon las naciones de Valenar y Darguun. En 994 AR, Cyre fue devastada por un desastre de origen desconocido que convirtió la nación en una tierra baldía hostil poblada por monstruos mortales. Breland ofreció refugio a

los supervivientes del Luto, y la mayor parte de los refugiados cyr se aprovecharon de esa amnistía.

D’Cannith, Aaren: artificiero portador de la Marca de dragón, en el pasado barón de Metrol y miembro del Consejo Cannith con sede en Cyre. Los registros oficiales de la casa consideran que Aaren dio con el avance místico que dio verdadera conciencia a los forjados. Aaren estaba fascinado con el misterioso continente de Xen’drik, y algunos dicen que su trabajo se basaba en antiguos secretos recuperados allí. Aaren falleció en 984 AR. Le sobrevivió su hijo Merrix d’Cannith.

D’Cannith, Aleisa: artificiera portadora de la Marca de dragón de la casa Cannith y madre de Lei d’Cannith. Aleisa estuvo implicada en el desarrollo de los forjados, pero todos los registros de su trabajo se perdieron en la guerra. Se cree que murió en Cyre el Día del luto.

D’Cannith, Banon: artificiero de la forja de León negro.

D’Cannith, Hadran: heredero de la Marca de dragón. Los ancestros de Hadran fueron una de las primeras ramas de la casa Cannith que echó raíces en Sharn, y posee una considerable riqueza e influencia. Viudo sin hijos, Hadran es el prometido de Lei d’Cannith.

D’Cannith, Lei: heredera de la Marca de dragón, hija de Aleisa d’Cannith. Lei estudió artes místicas en Sharn y Metrol. Como muchos jóvenes artificieros, decidió servir en los cuerpos de apoyo Cannith durante la guerra. Sirvió con las fuerzas militares de las Cinco naciones para mantener a los soldados forjados y otras armas que las distintas naciones habían comprado a los Cannith. En 990 AR, Lei fue destinada al comando del sur de Cyre, donde sirvió con Daine, Través y Jode. En 993 AR sus padres concertaron su matrimonio con Hadran d’Cannith, pero antes de que terminara su período de servicio se vio atrapada en el Día del luto y estuvo a punto de morir.

D’Cannith, Merrix: como barón de la casa Cannith, Merrix supervisa las actividades de la casa en Sharn. Hijo de Aaren d’Cannith, Merrix es un talentoso artificiero que ha pasado una década trabajando en nuevos diseños para forjados. Tras la Última guerra ha mostrado taimados instintos políticos y se ha beneficiado del caos creado por la destrucción del Consejo de la casa. Es el barón Cannith más influyente en Breland, y muchos creen que aspira a hacerse con el control de la casa.

D’Deneith, Morim: soldado de la casa Deneith. Es un hombre cruel que ha trabajado como guardián de Alina Lorridan Lyrris durante la Última guerra.

Daine: soldado antes mercenario, Daine prefiere no hablar de su pasado. Nacido en Cyre, se sabe que ha trabajado para Alina Lorridan Lyrris durante un extenso período de tiempo. En 988 AR se sumó a la guardia de Cyre de la Reina y finalmente alcanzó el rango de capitán en el comando del sureste. Tras el Luto y la destrucción de Cyre, ha llevado a sus soldados supervivientes a Sharn.

Dal Quor: otro plano de existencia. Se dice que los espíritus mortales viajan a Dal Quor cuando sueñan. Hace miles de años, los habitantes de Dal Quor invadieron la tierra de Xen'drik y lucharon contra los gigantes que vivían allí. Los gigantes plantaron cara con una poderosa magia que cortó totalmente la conexión entre los dos planos. Aunque el viaje físico entre los dos planos es difícil, los espíritus mortales todavía viajan a Dal Quor cuando sueñan.

Deneith, casa: casa portadora de la Marca de dragón del centinela.

Diente del Vagabundo: poderoso artefacto ahora en posesión de Xu'sasar. El Diente del Vagabundo es una arma que cambia de forma de acuerdo con los deseos de quien la blande. Se desconocen todas sus capacidades, pero es aparentemente indestructible y puede secretar veneno.

Dientes de Dorn, por los: suave juramento que invoca a Dol Dorn, el señor Soberano de la Guerra.

Dolurrrh: la Llanura de los Muertos. Cuando los mortales mueren, sus espíritus, se dice, viajan a Dolurrrh y después se desvanecen lentamente, pasando al destino final que espera a los muertos.

Donal: soldado del ejército cyrano. Donal sirvió a las órdenes de Daine en la batalla del risco de Keldan. No ha sido visto desde el Luto.

Dormilón: héroe caído. Su verdadera identidad es un misterio, pero se dice que fue un guerrero de otra era que se ganó el corazón de Thelania. Fue derrotado en la batalla, pero sus restos fueron conservados en Thelanis, en una tumba conocida como Andas del Dormilón.

Dorn, meseta de: gran meseta en la montaña de Dorn.

Dragón: 1. Reptil que representa una gran amenaza física y posee un gran poder místico. 2. Moneda de platino que muestra la imagen de un dragón en una de las caras. El dragón de platino es la moneda de más alto valor acuñada bajo el poder de Galifar.

Dríada: espíritu de la madera. Una dríada está vinculada a un árbol determinado, aunque normalmente puede abandonarlo y recorrer una corta distancia. Las dríadas asociadas a árboles de maderaoscura —como la señora de Corazón Oscuro— son muy poderosas.

Drow: raza humanoide que se halla en el continente de Xen'drik. Hay muchas similitudes entre los drows y los elfos, y los primeros son con frecuencia llamados elfos oscuros en referencia a su piel negra y sus costumbres nocturnas.

Duendoide: término general que abarca las tres especies de humanoides: los pequeños y astutos duendes, los guerreros trasgos, y los grandes y fuertes chinches.

Eberron: 1. El mundo. 2. Dragón mítico del que se dice que formó el mundo con su cuerpo en tiempos primordiales y que dio nacimiento a la vida natural. También conocido como el Dragón Entre. Ver *Khyber*, *Siberys*.

Eldeen: en el pasado este término era utilizado para describir las vastas extensiones boscosas situadas en la costa oeste de Khorvaire, habitadas sobre todo por tribus nómadas y sectas de druidas. En 958 AR el pueblo occidental de Aundair rompió los lazos con la corona audairiana y unió sus tierras a Eldeen, incrementando enormemente la población de la nación y haciéndola visible al ojo público.

Espina: espíritu vidente menor. Las espinas son guerreros que sirven a los señores de Thelanis, especialmente a los que tienen dominio sobre los bosques. Disponen de largas espinas en lugar de espadas y con frecuencia cubren sus armas con un veneno que paraliza a la víctima.

Expósito: las Marcas de dragón están vinculadas a la línea de una sola familia. Cualquiera que posea la Marca de hacedores tiene algún vínculo con la casa Cannith. Sin embargo, las casas han existido durante miles de años, y esas familias han crecido con el tiempo. Cuando alguien desarrolla una Marca de dragón pero no tiene un vínculo con la casa que porta esa Marca, es conocido como expósito. Las casas portadoras de la Marca de dragón tradicionalmente acogen a los expósitos para mantener el control de la Marca, pero los expósitos raramente ascienden mucho en la jerarquía de la casa y no pueden utilizar el apellido completo. El hijo de un expósito y todos los herederos de la casa sí pueden tomar su nombre. Ver *Marca de dragón; casas portadoras de*.

Fernia: un plano de existencia conocido como el Mar de fuego.

Ferric: posadero de El Árbol Torcido. Es un poderoso vidente que obtiene poder adicional sirviendo en El Árbol Torcido. Es un taimado tramposo y también un enemigo declarado del Hombre del Bosque.

Forjado: raza de artefactos humanoides contruidos con madera, cuero, metal y piedra que obtienen su conciencia por medio de la magia. Los forjados fueron creados por la casa Cannith, que pretendía disponer de soldados incansables y comerciables, capaces de adaptarse a cualquier situación táctica. Cannith desarrolló una amplia gama de autómatas militares, pero no dispusieron de verdadera conciencia hasta 965 AR, cuando Aaren d’Cannith perfeccionó el primer forjado moderno. Un soldado forjado es básicamente de la misma forma que un hombre adulto, aunque un poco más alto y pesado. Hay distintas clases de forjados, cada una de ellas para una función militar específica: con armadura pesada, tropas de infantería, exploradores rápidos y escaramuzadores. Si bien los forjados cobran existencia con el conocimiento requerido para llevar a cabo su función, tienen la capacidad de aprender y, con la guerra a punto de llegar a su final, muchos buscan en sus almas —aunque se pone en duda que tengan almas— y se preguntan qué lugar pueden ocupar en un mundo en paz.

Fuego eterno: ver *Fuego frío*.

Fuego frío: llama mágica que no produce calor y no arde. El fuego frío se utiliza para iluminar la mayor parte de ciudades de Khorvaire.

- Galifar:** 1. Astuto guerrero y talentoso diplomático que forjó Cinco naciones en un solo reino que dominó el continente de Khorvaire. 2. El reino de Galifar I, que terminó el 894 AR. 3. Moneda de oro acuñada por el reino que muestra la imagen del primer rey. El galifar de oro todavía se utiliza hoy y equivale a diez soberanos.
- Ghallanda, casa:** casa portadora de la Marca de dragón de la hospitalidad.
- Ghulra:** marca en la frente de los forjados. Cada forjado tiene una ghurla única, del mismo modo en que los humanos tienen huellas dactilares únicas.
- Glifo:** símbolo místico. Con frecuencia utilizado en referencia al glifo de guarda, un sistema de seguridad mágico que lanza un ensalmo a cualquiera que cruce el glifo sin pronunciar la frase adecuada.
- Gnomo:** raza de pequeños humanoides. Los gnomos se hallan en todo Khorvaire, pero están concentrados en la nación de Zilargo.
- Gorgona:** criatura de gran tamaño, con escamas tan duras como el hierro y aliento que convierte en piedra a los enemigos. La gorgona es el símbolo heráldico de la casa Cannith. La carne de la gorgona es considerada una delicadeza en algunas naciones, en parte debido a la dificultad y el peligro de conseguirla.
- Guerra de la marca:** quinientos años antes de la creación de Galifar, las familias portadoras de la Marca de dragón unieron fuerzas para eliminar a los poseedores de Marcas aberrantes. Finalmente, los aberrantes unieron fuerzas y formaron un ejército bajo el liderazgo de Halas Tarkanan y su amante, la Señora de la plaga. A pesar del talento de Tarkanan y su poder personal, sus soldados eran escasos y estaban mal organizados, y no pudo resistir ante los portadores de la Marca de dragón. Después de la guerra, las familias establecieron formalmente las primeras casas con la Marca.
- Harmattan:** carismático insurgente forjado. Harmattan posee unas habilidades físicas inusuales.
- Hidra:** 1. Gran criatura reptil con numerosas cabezas. 2. Forjado inusual que sirve a Harmattan. La conciencia de Hidra está dividida entre diversos cuerpos. Aunque Través destruyó buena parte de esos cuerpos, no se sabe cuántos más tiene el forjado.
- Hilo ilusorio:** término general utilizado para describir ropa que ha sido alterada mágicamente con fines cosméticos. Una prenda de hilo ilusorio puede adquirir el aspecto de quien la lleva —ocultando marcas, añadiendo color al pelo o los ojos—, o poseer colores o dibujos que no podrían ser reproducidos con tejido mundano.
- Hojas de selas:** halladas en primera instancia en la Marisma de la bruma, el uso de esta hierba aromática se ha extendido por las Cinco naciones en los tres últimos siglos. Se ha convertido en una de las bases de la comida cyrana, especialmente de las carnes rojas.
- Hombre del Bosque:** señor de Thelanis. Torenas, el Hombre del Bosque, es el más

joven de los Nueve hermanos de la Noche, cada uno de los cuales tiene un reino en Thelanis. El dominio del Hombre del Bosque es conocido como Luna del Densobosque. Torenas está prometido con la señora Corazón Oscuro.

Hueste soberana: religión panteísta con un fuerte seguimiento en Khorvaire.

Hul'drac: uno de los grandes espíritus reverenciados por los qaltiar. Hul'drac es el espíritu de la pantera cambiante. Es un cazador taimado que utiliza la astucia para evitar los golpes del enemigo. Para los qaltiar, es el segundo espíritu en importancia tras Vulkoor.

Huwen: espíritu que vive bajo la Luna de Densobosque en Thelanis. Tiene la forma de un cuervo. Posee habilidades telepáticas y afirma alimentarse de secretos.

Índigo: asesina forjada que sirve a Harmattan.

Inspirados, los: los señores de la tierra de Riedra. Los súbditos de los Inspirados afirman que estos nobles están guiados por los más sabios espíritus del pasado. Los kalashtar creen que los Inspirados son conductos de los espíritus quori: los agentes directos de la Oscuridad onírica en Eberron.

Ir': cuando va unido a un apellido, este prefijo indica una de las líneas aristocráticas de Gaidar. Los descendientes del rey de Gaidar I pertenecen al linaje Ir'Wyrnarn.

Ir'Soras, Teral: en el pasado consejero de la corte de Cyre, Teral ir'Soras estaba retirado de la política y disfrutaba de su mediana edad. Esta vida tranquila terminó cuando el Luto destruyó Cyre. Teral sobrevivió al desastre y viajó a Sharn. Como uno de los pocos nobles cyr en la ciudad, Teral se siente obligado a utilizar su talento para preservar lo que queda de la civilización cyrana y se ha dedicado a organizar a los refugiados de Altos muros.

Ira del escorpión: guerrero sagrado de los drows qaltiar, bendecido con la velocidad y la habilidad del depredador. «Ira del escorpión» se dice *Vulk N'tash* en la lengua de los qaltiar.

Jalag qaltiar: tribu de los drows qaltiar. Xu'sasar es el último miembro superviviente de los jalag.

Jholeg: un duende explorador que sirvió en el ejército cyrano bajo las órdenes de Daine.

Jode: este mediano ha revelado poco acerca de su pasado. Porta la Marca de la sanación, pero nunca ha reconocido tener algún vínculo con la casa Jorasco. Aunque ocasionalmente habla de su infancia en las llanuras de Talenta, Jode se trasladó a las Cinco naciones a edad temprana. En 988 AR entró a servir en la Guardia de la Reina de Cyre en compañía de su amigo Daine. Nunca buscó conseguir ningún cargo de oficial, sino que sirvió como sanador y explorador ocasional, utilizando su Marca de dragón y su rápida inteligencia para ayudar a su amigo.

Jorasco, casa: casa portadora de la Marca de dragón de la sanación.

Jura Corazón Oscuro: nacido Jura d'Cannith, este aristócrata con la Marca de

dragón fue expulsado de la casa Cannith después de casarse con una dríada. Permaneció en Sharn después de ser expulsado. Su esposa murió en 995 AR.

Juramento roto: Ver *qaltiar*.

Kalashtar: los kalashtar son humanos tocados por Dal Quor, la región de los sueños. Cada kalashtar tiene un vínculo con uno de los espíritus quori rebeldes que se opusieron a la Oscuridad onírica y fueron obligados a huir de Dal Quor. Recurriendo a este vínculo, los kalashtar con frecuencia pueden desarrollar importantes poderes mentales. Los kalashtar utilizan el nombre de su espíritu quori como sufijo. Así, Lakashtai y Tetkashtai son kalashtar del linaje de Kashtai.

Karnath: una de las Cinco naciones originales de Galifar. Karnath es una tierra fría y adusta, cuyo pueblo fue conocido por su audacia marcial. El gobernante actual de Karnath es el rey Kaius ir'Wyrnarn III.

Karul'tash: antigua forja construida por los gigantes de Xen'drik.

Keldan, risco de: remota región de colinas en el sur de Cyre. Mientras pasaban por el risco en 994, los soldados de Daine encontraron un ejército fuertemente armado de nacionalidad desconocida. Este enemigo dispersó a las fuerzas cyranas; fue esta retirada forzada lo que empujó a Daine, Lei, Través y Jode fuera del radio del Luto.

Kellan: héroe del folclore cuyas aventuras se cuentan a los niños de las Cinco naciones. Se dice que Kellan fue caballero de Galifar, una región que hoy es Aundair. Patrullaba los límites del gran bosque del oeste y luchó contra muchos monstruos. De vez en cuando, se hallaba en el plano de Thelanis, donde utilizaba la espada y la astucia contra los videntes.

Kesht: replicante que sirvió a Daine durante la Última guerra. Murió en la batalla del risco de Keldan.

Khorvaire: uno de los continentes de Eberron.

Khyber: 1. El submundo. 2. Dragón mítico, también conocido como el Dragón de Abajo. Después de matar a Siberys, Khyber fue encarcelado por Eberron y transformado en el submundo. Se dice que Khyber dio luz un ejército de demonios y otras criaturas sobrenaturales.

Kin: replicante de Eldeen. Fue llevado a Thelanis de muy niño y adoptado en el servicio de Thelania.

Ko'molaq: espíritu conocido en las leyendas de los drows qaltiar que adopta la forma de una inmensa serpiente de dos cabezas. Su nombre significa «el Guardián de los Secretos» y se dice que posee conocimientos de muchas cosas ocultas.

Krazhal: enano ingeniero de asedios que sirvió a Daine durante la Última guerra. Murió en la batalla del risco de Keldan.

Kura'tra: uno de los grandes espíritus reverenciados por los drows qaltiar. Kura'tra es el espíritu del pájaro tilxin, una criatura inteligente que utiliza su velocidad y sus despiertos sentidos para esquivar a los mortales depredadores de Xen'drik.

Aunque los qaltiar respetan más a los depredadores que a sus presas, Kura'tra es considerado un espíritu sabio y taimado, y los drows pueden buscar en él inspiración o velocidad en la batalla.

Kundarak, casa: casa portadora de la Marca de dragón de la guarda.

¡**Laraek been korthb!**!: Invocación dracónica que se traduce aproximadamente por: «¡Arma de fuego con poder!».

Lakashtai: agente de la Oscuridad onírica, Lakashtai engañó a Daine y le mintió para que matara a Tashana. Lakashtai robó un poderoso artefacto de Karul'tash y escapó a Dal Quor.

León negro: forja de la casa Cannith. Durante la Última guerra, Aleisa y Talin d'Cannith trabajaron allí con forjados.

Lharvion: 1. Las ocho lunas del calendario de Galifar. 2. Una de las doce lunas de Eberron.

Linde tormentoso: la ciudad humana más grande del continente de Xen'drik. En el pasado avanzadilla pirata, este puerto ve navios de Khorvaire, Aerenal e incluso Sarlona.

«¡**Llama!**»: juramento común derivado de la fuerza divina conocida como Llama de plata.

Llama de plata, la: poderosa fuerza espiritual dedicada a eliminar las influencias malignas del mundo. Durante los últimos quinientos años, se ha establecido una poderosa iglesia alrededor de la Llama de plata.

Llamaviento: esfinge residente en la ciudad de Sharn, donde es respetada por sus poderes oraculares. Es en ocasiones agente de Thelania, y transmitió información a Daine, Lei, Jode y Través de parte de la reina del Ocaso.

Luna del Cazador: una de las regiones de Thelanis. La Luna del Cazador es uno de los reinos de la Noche y está regido por el Cazador.

Luto, el: desastre que tuvo lugar el 20 de olarune de 994 AR. El origen y la naturaleza precisa del Luto son desconocidos. El 20 de olarune, una bruma gris se extendió por todo Cyre y todo lo atrapado en el interior de esa bruma fue transformado o destruido. Ver *Tierras Enlutadas*.

Lyrandar, casa: casa portadora de la Marca de dragón de la tormenta.

Madera oscura: esta rara madera debe su nombre a su color oscuro. Es dura como el roble, pero notablemente ligera, al menos la mitad del peso de las demás maderas. Con frecuencia se utiliza en la creación de bastones y varitas mágicas.

Marca de dragón: 1. Marca mística que aparece en la piel y concede poderes místicos a su portador. 2. Término de la jerga para el portador de una Marca de dragón.

Marca de dragón aberrante: hay doce Marcas de dragón, como se ha descrito anteriormente, pero se dice que cuando los linajes con la Marca de dragón se mezclan, producen marcas pervertidas. Como las verdaderas Marcas de dragón, poseen poderes mágicos, pero estos poderes son oscuros y peligrosos, hacen

pagar un elevado precio a la mente y el cuerpo del portador.

Marca de dragón, casas portadoras de: una de las trece familias cuyos linajes tienen el potencial de manifestar una Marca de dragón. Muchas de las casas portadoras de la Marca de dragón existieron antes del reino de Galifar y han usado sus poderes místicos para conseguir una considerable influencia política y económica.

Metrol: capital de Cyre. Metrol fue destruida por el Luto.

Mitral: metal parecido a la plata que es tan fuerte como el hierro, pero mucho más ligero y maleable.

Monan: replicante que sirvió a Teral ir'Soras. Monan luchó contra Daine en Sharn y casi le destruye con un insidioso ataque mental.

Nueve, los: término utilizado para referirse a las nueve deidades de la Hueste soberana.

Ojo de Deneith: la mayor parte de las casas portadoras de la Marca de dragón tienen dos emblemas heráldicos: una bestia mágica asociada con la historia de la casa y un símbolo más sencillo e icónico. La quimera de tres cabezas es la bestia de Deneith, mientras que su icono es un ojo de plata rodeado de los rayos dorados del sol. Este símbolo es conocido como Ojo vigilante u Ojo de Deneith.

Onatar: deidad de la Hueste Soberana, Señor del fuego y la forja. Es el patrón de los herreros y los artificieros, y da habilidades a los que siguen las tradiciones antiguas.

Oscuridad onírica: 1. Orden secreta de espías psiónicos y asesinos que sirve como ojos y manos de los quori de Dal Quor, la región de los sueños. 2. Fuerza espiritual que guía a los quori, también conocida como Il-Lavashtar, «la oscuridad que sueña».

Pantera cambiante: Nombre drow para la bestia desplazante, un depredador mágico que se halla en Xen'drik y el Khorvaire occidental. La bestia desplazante parece estar a unos pies de distancia de su verdadera posición, por lo que es difícil luchar con ella.

Piedra de dragón: forma de mineral con propiedades místicas, considerada un fragmento de uno de los Grandes Dragones Progenitores. Hay diferentes clases de piedra, cada una con distintas propiedades. Una piedra no tiene poderes en sí misma, pero un artificiero o mago puede utilizarla para crear un objeto con efectos útiles. Las piedras Siberys caen del cielo y tienen el potencial de aumentar el poder de las Marcas de dragón. Las piedras Eberron se encuentran en el suelo y potencian la magia tradicional. Las piedras Khyber se hallan en el subsuelo del mundo y se utilizan como un elemento vinculador de la energía mística.

Prueba de Siberys: los miembros de las casas portadoras de la Marca de dragón no nacen con sus Marcas. Cualquiera que posee la sangre de una casa tiene la posibilidad de manifestar una Marca, pero normalmente la Marca sólo aparece

bajo condiciones de tensión, cuando su poder es realmente necesario. La Prueba de Siberys es un ritual formal administrado por la casa. En teoría obliga a la Marca durmiente a salir a la superficie, aunque hay quienes no han pasado la prueba pero han desarrollado la Marca posteriormente. La naturaleza precisa de la prueba varía según la casa. En algunas casas, puede ser peligrosa.

Qaltiar: una de las tribus de Xen'drik. Su nombre significa «juramento roto». Los qaltiar están motivados por una antigua venganza contra los gigantes de Xen'drik y los drows sulatar. Aunque muchas tribus reverencian a Vulkoor, los qaltiar consideran que es sólo uno de los grandes espíritus de la selva. Esto con frecuencia causa tensiones con otras tribus drows. Xu'sasar es miembro de la tribu jalaq de los qaltiar.

Quinto: otro nombre del forjado Través, utilizado por Talin y Aleisa d'Cannith.

Quori: nombre común para algo o alguien procedente del plano de Dal Quor. Los habitantes de Dal Quor son entidades espirituales que normalmente se aparecen a los humanos en forma de pesadillas. Muchos de estos espíritus disfrutaban angustiando a los humanos y atacan a los mortales que sueñan.

Replicante: los miembros de la raza replicante poseen una ilimitada capacidad de cambiar de rostro y forma, lo que permite a un replicante disfrazarse como miembro de otra raza o como otro individuo. Se dice que los replicantes son la descendencia de humanos y dobles. Son relativamente escasos en número y no tienen tierra ni cultura propias, sino que están esparcidos por todo Khorvaire.

Respirador: término desdeñoso utilizado por los forjados para describir a las criaturas no construidas: elfos, humanos, medianos.

Riedra: el país más grande del continente de Sarlona. En el pasado una suma de estados en guerra, Riedra superó su conflicto interno y rompió todos los vínculos con el resto de Eberron. Después de mil años de silencio, Riedra está sólo empezando a restablecer relaciones diplomáticas con las naciones de Khorvaire. Casi todo ese reino sigue siendo un misterio.

Sahuagin: raza de humanoides anfibios que viven en los océanos de Eberron. Las tribus de sahuagin agresivas atacan a los barcos que cruzan su territorio; otras venden sus servicios como guías acuáticos.

Sarlona: uno de los continentes de Eberron. La humanidad surgió en Sarlona, y sus colonizadores establecieron la civilización humana en Khorvaire.

Semiorco: cuando los humanos y los orcos se hibridan, la descendencia posee, normalmente, características de ambas razas. Estos semiorcos no son bestiales en apariencia, pero son más grandes y fuertes que la mayor parte de los humanos y poseen algunos rasgos propios de los orcos, como la piel gris y unos dientes caninos pronunciados. Los semiorcos son muy comunes en la Marisma de la bruma, pero pueden hallarse en todo Khorvaire.

Serpiente sueño: grandes serpientes nativas del continente de Xen'drik. El veneno de estas serpientes induce a sus víctimas a un profundo sueño. Los drows de

Xen'drik con frecuencia cazan estas serpientes como alimento y para obtener su potente veneno.

Shaarat: palabra duende que se traduce como «espada» u «hoja».

Sharn: también conocida como Ciudad de las Torres, Sharn es la ciudad más grande de Khorvaire.

Siberys: 1. El anillo de piedras que rodea el mundo. 2. Dragón mítico, también llamado el Dragón de Arriba. Se dice que Siberys fue destruido por Khyber. Algunos creen que el anillo de Siberys es la fuente de toda la magia.

Sivis, casa: casa portadora de la Marca de dragón de la escritura.

Soberano: 1. Moneda de plata en la que aparece un monarca actual o reciente. Un soberano equivale a diez coronas. 2. Una de las deidades de la Hueste soberana.

Sulatar: una de las culturas drows de Xen'drik. *Sulatar* significa «unidor de fuego» en el idioma de los gigantes. Hace miles de años, los drows aprendieron técnicas de magia con fuego de los magos gigantes, y los elfos oscuros mantuvieron mucho de ese conocimiento después de que un cataclismo destruyera las naciones gigantes. Los sulatar son muy religiosos y creen que su fe será recompensada con la inmortalidad y el poder con el que conquistar todo Eberron.

Tal: bebida de las llanuras de Talenta. El tal fue introducido en las Cinco naciones por los medianos de la casa Ghallanda. Hecho de hierbas hervidas, tiene muchas finalidades dependiendo de las hierbas utilizadas. Hay docenas de variedades. El tal miliano se sirve frío y se dice que calma la fiebre, mientras que el de raíz negra se sirve caliente y se toma al mediodía.

Tarkanan, casa: organización criminal con sede en Sharn, especializada en el robo y el asesinato. Sólo los poseedores de Marcas de dragón aberrantes pueden unirse a la casa Tarkanan, y los miembros de la casa son enseñados a mejorar su talento para aplicarlo en su trabajo. La organización se estructura como una sátira de las verdaderas casas portadoras de la Marca de dragón, en recordatorio de la alianza aberrante que surgió durante la Guerra de la marca.

Tashana: guerrera psiónica que pretendía eliminar a Lakashtai. Daine creyó originalmente que Tashana era una sirviente de la Oscuridad onírica. Luchó contra Tashana y la hirió de muerte, pero descubrió que era una agente kalashtar que se enfrentaba a la oscuridad.

Thelanis: uno de los planos de existencia exteriores, también llamado la Corte de las Hadas. Thelanis es conocido por ser el hogar de los videntes. Algunos dicen que es una de las fuentes de la magia y que la energía de Thelanis fluye hacia el mundo, donde es moldeada por los magos y los hechiceros.

Tierras Enlutadas: nombre común para la tierra baldía dejada por el Luto. Una pared de bruma mortalmente gris rodea las fronteras de la tierra que en el pasado fue Cyre. Tras esa bruma, la tierra ha sido transformada en algo negro y

retorcido. La mayor parte de las criaturas que no murieron se transformaron en horribles monstruos. Las leyendas hablan de tormentas de sangre, cadáveres que no se descomponen, soldados fantasmales que combaten en batallas sin fin y cosas mucho peores.

Tierras Finales: la otra vida de los qaltiar. Las tierras Finales, se dice, son una serie de pruebas para los guerreros caídos. Los que superan esas pruebas se unen a los espíritus de otros héroes triunfantes en una batalla infinita.

Tilxin: pequeño pájaro nativo de la tierra de Xen'drik. El tilxin posee una velocidad y maniobrabilidad sobrenaturales. Su sangre es un importante ingrediente en los objetos mágicos que aumentan la velocidad, y la casa Cannith paga por ella. Los drows qaltiar los cazan como prueba de velocidad y astucia.

Torre de los Mil Dientes: fortaleza en el corazón de Dal Quor.

Torres de los Doce: fundación para la investigación mística y el desarrollo formada como esfuerzo conjunto de todas las casas portadoras de Marcas de dragón.

Través: soldado forjado, Través fue construido por la casa Cannith y vendido al ejército de Cyre. Fue diseñado para servir como escaramuzador y explorador, especializado en el combate cuerpo a cuerpo. Sus camaradas lo llamaron así por su talento con la ballesta. Tras la destrucción de Cyre, fue elegido para permanecer junto a Daine, su último capitán.

Ultima guerra: este conflicto empezó en 894 AR con la muerte del rey Jarot ir'Wyrnarn, el último rey de Galifar. Tras la muerte de Jarot, tres de sus cinco hijos se negaron a seguir la antigua tradición de sucesión, y el reino se dividió. La guerra duró más de cien años, y fue necesaria la total destrucción de Cyre para llevar a las demás naciones a la mesa negociadora. Nadie ha admitido la derrota ni tampoco quiere ser la próxima víctima del Luto. Las crónicas llaman al conflicto la Ultima guerra, con la esperanza de que el derramamiento de sangre haya apagado finalmente la sed de violencia de la humanidad. Sólo el tiempo dirá si esta esperanza tiene algún fundamento.

Unión del fuego: Técnica enseñada a los artificieros que incluye la creación de fuego frío y llama verdadera, lo que les permite producir una espada en llamas o acabar con un caballero hirviéndolo dentro de su armadura.

Valenar: 1. Nación del sureste de Khorvaire. 2. Nombre común de alguien o algo de la nación valenar.

Viajero, el: incluido vagamente entre los Seis oscuros, esta deidad es la encarnación de la intriga y el artificio. El Viajero es un consumado transformista que no puede ser identificado con una forma o un género. Caso único entre las demás deidades, se dice que camina por la tierra, aunque esas leyendas normalmente pueden deberse a las acciones de sacerdotes replicantes. Un proverbio común dice: «Cuidado con los regalos del Viajero», referencia al hecho de que la buena suerte suele tener efectos inesperados.

Vidente: término utilizado para describir a los nativos del plano de Thelanis. Se trata

de criaturas de magia y misterio. Muchos tienen un fuerte vínculo con la naturaleza, como las dríadas. En la tradición de Eberron, son típicamente considerados como tramposos.

Vulkoor: espíritu primario reverenciado por los drows de Xen'drik. Vulkoor es el gran escorpión y es considerado un cazador mortal y un sabio proveedor. Aunque todos los escorpiones son considerados ojos de Vulkoor, los drows normalmente lo retratan como un escorpión fantasma. Los guerreros drows con frecuencia llevan armaduras blancas pálidas hechas de cascarón de escorpión fantasma, que consideran uno de los muchos regalos de Vulkoor.

Xen'drik: gran continente al sur de Khorvaire. En el pasado hogar de la avanzada civilización gigante, Xen'drik fue devastado por un terrible cataclismo hace casi cuarenta mil años. Los efectos de este desastre todavía perduran. El espacio y el tiempo son allí, con frecuencia, impredecibles, y han aparecido en esa tierra asolada muchas extrañas criaturas y culturas.

Xu'sasar: ira del escorpión de los drows qaltiar.

Zimi: músico de El Árbol Torcido, es parcialmente un insecto.